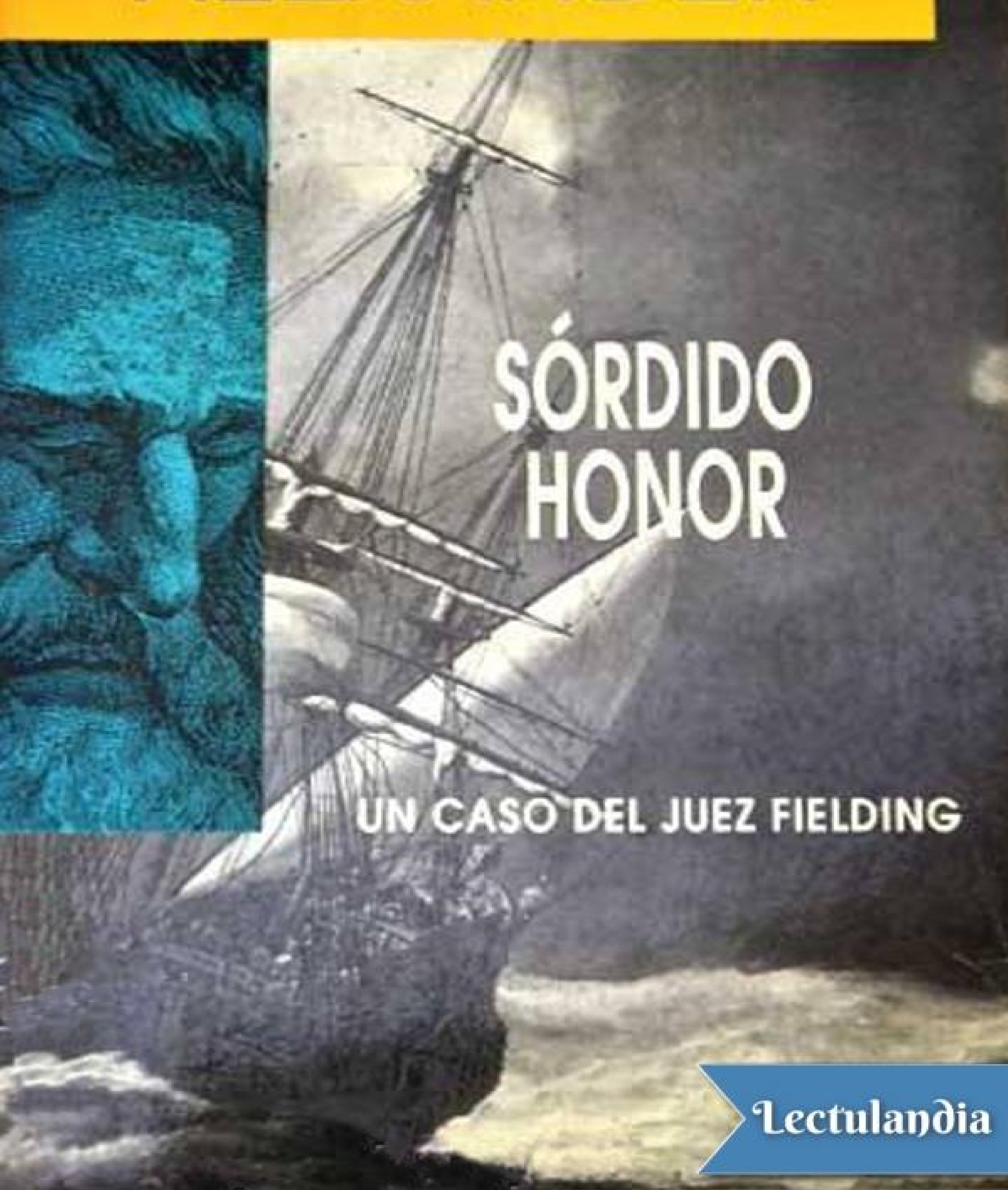
BRUCE ALEXANDER



La inminente llegada a puerto de la fragata Adventure se espera con inquietud en Londres. El juez John Fielding sabe bien lo que supone el desembarco de una ingente cantidad de marineros ávidos de diversión, pero aquí lo alarmante es la sombra de sospechas se cierne además sobre la tripulación. Se habla de un motín, de la enigmática muerte del capitán, e incluso de un pacto de silencio entre la oficialidad y la marinería.

Bruce Alexander

Sórdido honor

Juez Fielding - 3

ePub r1.1
Ablewhite 16.02.16

Título original: *Watery Grave*
Bruce Alexander, 1996
Traducción: Matuca Fernández de Villavicencio

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

NOTA AL LECTOR

En la que cada testigo interpreta el mismo acto de forma diferente

Si tuviera la deferencia de intentarlo, querido lector, tal vez podría imaginar una tormenta en el mar. Pero quizá le pido demasiado, pues a menos que lleve ya muchos viajes a las espaldas y conozca los peligros del mal tiempo a bordo de un barco, le resultará imposible concebir la magnitud de una tormenta que muchos marineros experimentados juzgaron como la peor que habían padecido en sus vidas.

Es media tarde y las nubes han oscurecido el cielo hasta tal punto que parece noche cerrada. De esas nubes cae una lluvia continua, pero inestable, pues tan pronto se precipita con tremendo ímpetu engullendo al propio mar, como descuida su intensidad durante unos minutos para volver a estallar en un auténtico diluvio. Las aguas del mar se alzan como montañas, de manera que una embarcación de considerable tamaño, una fragata de la Armada Real, es sacudida de arriba abajo y de izquierda a derecha como una bombonera con velamen.

A bordo la tripulación de cubierta lucha por mantener la fragata a flote mientras la ve estrellarse contra el oleaje y absorber sus aguas, dando bandazos a babor y estribor en el proceso. Los tripulantes que se agolpan en las bodegas rezan, maldicen y permanecen próximos a la escala para ser los primeros en alcanzar los botes en caso de que el barco comience a resquebrajarse.

En medio de esta infernal escena dos figuras aparecen sobre la cubierta de popa, que al ser el punto más alto del barco constituye, en esas circunstancias, el lugar más peligroso. Han emergido de las bodegas y cruzan trabajosamente la cubierta azotada por el viento. Solo uno de ellos avanza por su propio pie. El otro, sostenido por su compañero, no puede decirse que camine pese a tener los pies apoyados en el suelo. La pareja avanza con paso inseguro. El que soporta la carga sufre calambres en las piernas a causa del peso.

Poco a poco se abren paso hacia la escala de estribor. A medio camino la fragata se hunde en el seno de una ola colosal. El más débil se suelta involuntariamente del más fuerte y sale lanzado contra la barandilla de babor. Milagrosamente conserva el equilibrio, mas no por mucho tiempo. Su compañero extiende los brazos, y el hombre desaparece por la borda.

Este último movimiento es presenciado por dos marinos que se hallan en el alcázar. El primero, que lucha por dominar el timón, alza la vista en el momento clave y lo interpreta como un intento infructuoso de salvar al desventurado. El segundo, que se aferra con fuerza a la maroma de un cañón, lo describe luego como el empellón final que envía al desafortunado a su tumba marina.

¿Salvador o asesino? La pregunta habría de tenernos profundamente ocupados desde entonces. E incluso hoy esa duda es causa de acaloradas discusiones y hasta de amargas disputas entre los muchos cuyas vidas se vieron afectadas por aquel hecho.

I

En el que conozco a mi futuro hermanastro

Un día de julio de 1769 sir John Fielding me ordenó que acompañara a lady Fielding al muelle de la Torre para recibir a su hijo Tom, que regresaba al hogar después de tres años de servicio en la India. Sir John me había informado que la ceremonia de bienvenida del buque *HMS Adventure* no había de celebrarse antes del mediodía, y nuestra partida de Bow Street dejaba amplio margen para una pronta llegada. Mas la hora fijada excluyó la posibilidad de que sir John asistiera al evento, como él habría deseado, pues ese día había de celebrar su sesión en el tribunal de Bow Street, tal como acostumbraba hacer a menos que una enfermedad u otro acontecimiento imprevisto se lo impidiera. Así pues, haciéndome entrega de una conveniente suma de chelines y peniques, me ordenó que llevara a lady Fielding al muelle de la Torre y regresara a Bow Street con ella y su hijo. Constituía una gran responsabilidad para el muchacho de catorce años que yo era entonces, si bien durante los últimos meses había crecido un par de pulgadas y adquirido el tamaño de un hombre menudo.

Descendíamos por Tower Hill cuando el conductor del coche de alquiler detuvo los caballos.

—Solo puedo acercarlos hasta aquí —dijo—. Crucen el puente peatonal —señaló al frente—, suban las escaleras y desembocarán en el muelle.

De modo que caminamos hasta el pie de Tower Hill en dirección al Támesis, con el foso a nuestra izquierda. Estaba seguro de que no llegábamos tarde al acto. En ese momento, no obstante, una banda invisible se hizo oír al otro lado de la escalinata con un potente redoble de tambores, flautines y trompetas. Lady Fielding salió disparada y desapareció por las escaleras. Para cuando le hube dado alcance se había sumado a la multitud que se agolpaba en el muelle, abriéndose paso a empujones como un ama de casa en un puesto de verduras de Covent Garden.

Allí, venciendo la barahúnda y el griterío, el estruendo de la banda congregada a solo diez pasos del cordón que la separaba de la multitud era todavía mayor. También allí, cerca del frente formado por el gentío, yo gozaba de la mejor vista del Támesis. Por lo que recuerdo, tenía la vaga idea de que el *HMS Adventure* había atracado en el muelle de la Torre. Mas no fue así. Estaba anclado a cierta distancia del muelle, río arriba, con las velas recogidas y los gallardetes ondeando al viento. La razón era evidente: el buque era demasiado grande para el muelle. Como había de averiguar más tarde, los buques de guerra, además, tenían por costumbre mantenerse a prudente distancia de la costa. El *Adventure* era una fragata, según me habían contado. Sabía que la flota de su majestad contaba con barcos de proporciones aún mayores, pero a mi corta edad me resultaba imposible imaginarlos.

Un amplio bote de ocho remeros había partido de la fragata. La embarcación rebosaba de hombres y los remeros tenían problemas para avanzar.

—¡Oh, Jeremy! —exclamó lady Fielding a mi lado—. ¿Qué pasará si no lo reconozco? No era más que un muchacho cuando se marchó. Ahora, a juzgar por sus cartas, parece un hombre.

—Las madres siempre reconocen a sus hijos. —Me pareció el comentario más oportuno.

Lady Fielding recapacitó por un instante y asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, siempre.

El bote había desaparecido bajo el muelle. Esperaba que sus pasajeros asomaran en cualquier momento, mas antes había un protocolo que cumplir. De pronto resonó una voz.

—¡Permiso para desembarcar!

Un hombre uniformado dio un paso al frente en el muelle y, en lugar de responder con palabras, emitió una tonada con su largo silbato.

Luego, tras una pausa, los tripulantes del *HMS Adventure* comenzaron a despuntar. Supuse que subían por una escala. La multitud aplaudía la aparición de cada marinero, y ciertamente parecía apropiado, pues había algo de teatral en todo aquello. Poco a poco, los hombres fueron formando una fila irregular a lo largo del muelle. Para cuando estuvieron todos reunidos, sumaban quince. Una vez juntos, todos en la misma postura rígida, tuvieron que esperar mientras un hombre de constitución robusta y edad madura se aproximaba y se detenía frente a ellos.

El recién llegado les endilgó un discurso de varios minutos. Lanzando su voz a uno y otro lado consiguió dirigirse a los marineros y a la multitud que había acudido a recibirlos. Rubicundo, lucía un elegante uniforme lleno de medallas y galones. Sin conocer su rango supuse que, cuando menos, debía de ser contralmirante. El discurso, en nada memorable, elogiaba a los hombres que mantenían las rutas comerciales libres del asalto de piratas y corsarios. Mencionó más de veinte combates en que la tripulación del *Adventure* había actuado admirablemente: recuperando botines, salvando toneladas de mercancías, etcétera. Todo aquello escapaba a mi entendimiento, como al de la mayoría de los presentes. Pero el hombre continuó, y esta vez se dirigió exclusivamente a los miembros de la tripulación, instándoles a perseverar en el cumplimiento del deber pese a las aparentes disensiones surgidas en los rangos superiores y a los rumores sobre una agresión violenta.

Esta última observación me sorprendió, y al parecer también a lady Fielding, pues ambos intercambiamos miradas de asombro. Los tripulantes del *Adventure* más que asombrados parecían molestos. Algunos osaron volver la cabeza hacia sus compañeros para cambiar miradas de resentimiento. Más de uno se mostró claramente irritado.

—Si alguno de ustedes tiene información sobre el asunto —prosiguió el orador—, le ruego dé un paso al frente.

Nadie avanzó.

—Así sea, pues. Pero no olviden que mi despacho permanecerá abierto. Cuanto me sea confiado en privado será mantenido en secreto. —Hizo otra pausa—. Por lo demás, sepan que han cumplido con su deber para con su buque, su rey y su país. Estamos orgullosos de ustedes. ¡Contramaestre!

Cuando el hombre del silbato se adelantó para tocar, el orador dio un paso al frente, rompió las filas de los tripulantes y desapareció por la misma escala por la que habían subido. La última vez que lo vi iba sentado en el bote que los ocho remeros conducían de vuelta a la fragata.

Aquello me extrañó, como también que no hubiese mencionado al capitán como otro más hacia quien la tripulación había cumplido con su deber.

El contramaestre entonó algunas notas y la banda empezó a tocar. Los tripulantes se mezclaron con la muchedumbre, borrando cuanto había de extraño o misterioso en lo que habíamos visto y oído. Durante el trasiego fui alejado de lady Fielding y casi derribado.

Cuando volví a divisarla, estaba abrazada a un joven de buen parecer, algunas pulgadas más alto que yo. Sobrepasaba con holgura a su madre, aún más baja que yo, pero la mujer lo abrazaba y estrechaba con tanta fuerza que pensé que iba a ahogarlo. Él sonreía. Finalmente se apartó y, cogiendo las manos de su madre entre las suyas, comenzó a hablarle con énfasis. Ella respondía con pasión, retirando una mano para enjugarse las lágrimas de los ojos. Todo ello vi, pero nada oí, pues había juzgado oportuno mantenerme alejado de tan conmovedora escena hasta que mi presencia fuese requerida. Entretanto, la banda seguía tocando.

Dos noches antes, lady Fielding me había contado que la última vez que había visto a su hijo Tom fue en el Tribunal de lo Criminal de Londres. Cuando lo vio salir de la sala del tribunal acompañado de los otros dos, tuvo la certeza, porque el juez así lo había declarado, de que iban a colgarlo.

Recuerdo que estábamos en la cocina tomando una última taza de té. La señora Gredge, la cocinera y ama de llaves, se había retirado a dormir. Sir John estaba en el piso de abajo discutiendo algún asunto con el señor Bailey, el capitán de los alguaciles de Bow Street. Aunque yo conocía la situación del hijo de lady Fielding por boca de sir John, ella jamás me había hablado del asunto, tanto dolor provocaba en su memoria.

—Créeme, Jeremy —había proseguido—, si te digo que cuando vi a mi hijo, a mi único hijo, salir de la sala del tribunal encadenado y camino de lo que parecía una muerte segura… aquel, mi querido y joven amigo, fue el momento más penoso de mi vida. Apenas un muchacho, más joven de lo que tú eres ahora, y estaba a punto de perder la vida. ¿Y por qué? Por unos cuantos chelines, quizá una libra, que tenía intención de entregar a su madre, a mí, para que nunca volviéramos a pasar hambre. A decir verdad, ya no me importaba vivir o morir. Mejor dicho, deseaba la muerte, y estoy segura de que habría terminado con mi vida de no ser por Jack.

Se refería a sir John. Así lo llamaba ella, y así lo había llamado la primera lady Fielding, a quien conocí pocas semanas antes de su muerte.

Sir John Fielding había recurrido con insistencia al presidente del Tribunal Supremo para salvar las vidas de los tres muchachos en consideración a su corta edad —el mayor solo tenía catorce años—. Había conseguido salvar a otros jóvenes a cambio de sus vidas al servicio de la Armada Real. La propia reina Carlota había aprobado explícitamente esta forma de clemencia, y el rey había concedido el título de «sir» al magistrado del tribunal de Bow Street en reconocimiento a ello. Así pues, el presidente del Tribunal Supremo estaba preparado cuando sir John le presentó su petición y sus argumentos. Con todo, el hombre se opuso a ellos con firmeza.

Se opuso no por obstinación o dureza de corazón, sino porque durante el robo, la víctima, un tendero, había sido herido. Cuando el hombre opuso resistencia, el mayor de los muchachos le propinó una tanda de golpes con un palo contundente, abriéndole una brecha en el cráneo y fracturándole una pierna. Obviamente, el tendero no pudo perseguir a sus agresores. Los muchachos, atemorizados por el delito cometido, habían huido. Se dio la alarma y fueron apresados.

Al final, fue el testimonio del tendero lo que propició la salvación de los dos muchachos más jóvenes. La víctima declaró en el juicio que estos se mostraron horrorizados por lo que el mayor le estaba haciendo e intentaron arrebatarle el palo. Sir John sostuvo ante el presidente del Tribunal Supremo que su actuación demostraba que, pese a haber participado en el robo, los dos jóvenes no eran culpables de las lesiones causadas al tendero. El presidente del Tribunal Supremo aceptó con reticencia el argumento de sir John y firmó una orden decretando el ingreso de Jonah Falkirk y Thomas Durham en la Armada Real. Y así es como fueron salvados. John Dickey, de catorce años, fue ahorcado en Tyburn dos días después de que sus compañeros zarparan de Portsmouth a bordo del *HMS Adventure*.

Todo ello lo sabía por sir John, pero en todo el año que llevaba compartiendo techo con lady Fielding jamás había hecho alusión al tema ni hablado de sus sentimientos al respecto, hasta esa noche en la cocina frente a una taza de té. Me explicó que sir John no le había informado de sus esfuerzos por salvar a su hijo hasta que llegaron a buen fin.

—No quería crearme falsas esperanzas —dijo—. Probablemente fue lo mejor, pero si hubiese conocido la intensidad de mi desesperación habría obrado de otro modo. Con todo, cuando me convocó en Bow Street y me comunicó la buena nueva, una buena nueva de hecho parcial, fue como si me hubiese devuelto la vida, una razón para seguir viviendo. Fue el acto más bondadoso que un hombre podría hacer por un muchacho y su madre.

Lady Fielding se sumió en un largo silencio, tan largo que me incorporé y recogí mi taza y la tetera vacía para lavarlas.

Mas en el último momento reanudó su discurso.

—Y el hecho de que ese mismo hombre bueno, amable y generoso me hiciera su

esposa, conociendo mi pasado, es para mí un milagro. Nadie puede saber, Jeremy, lo que le depara el destino.

—Desde luego —respondí.

Lady Fielding me dirigió la más seria de las sonrisas.

—Nadie mejor que tú para comprenderlo.

Y esa fue le conversación que habíamos tenido dos días antes. ¿Cómo podía interrumpir el reencuentro con su hijo en el muelle de la Torre? Me mantuve a distancia hasta que lady Fielding me buscó con la mirada, preguntándose dónde me había metido.

Solo entonces me acerqué a ellos. El muelle se estaba despejando con rapidez. La tripulación del *Adventure* había formado una hilera delante de un oficial sentado a una mesa.

—Debo sumarme a la cola de la paga —explicó Tom a su madre— o estos tres años habrán sido en balde.

—Ve, Tom —respondió ella—. Jeremy irá en busca de nuestro coche. Yo te esperaré aquí.

El hijo sonrió a su madre mientras retrocedía hacia la cola de la paga. A mí me dijo:

—Jeremy, llévame la bolsa al coche. Es todo mi equipaje. —Y señaló el objeto que descansaba a mis pies.

Dicho sea en su honor, lady Fielding dio un paso adelante y repuso:

—Tom, Jeremy no es un criado. Pídeselo por favor y estoy segura de que te complacerá encantado.

—Oh, hazlo tú por mí, madre. Debo recoger mi paga y mi carta de permiso. —Y sin más, se marchó y ocupó su lugar en la cola de la paga.

Si yo no era un criado, ¿qué era entonces? Raras veces reflexionaba acerca de mi posición en casa de sir John Fielding, magistrado del Tribunal de Bow Street, tan agradecido estaba de haber sido aceptado en ella. Sir John se había convertido en mi señor y amigo hacía poco más de un año, el día en que yo, Jeremy Proctor, comparecí ante él falsamente acusado de robo. Aunque ciego, sir John supo ver más allá de la maraña de embustes tejida por quienes habían perjurado contra mí y me recogió, siendo yo huérfano, para que le ayudara en la casa y en el tribunal y para ser, de vez en cuando, sus ojos en sus investigaciones criminales.

En casi todo me trataba como a un hijo adoptivo. La primera lady Fielding había expresado en su lecho de muerte la esperanza de que yo fuese un buen hijo para su marido. Kate Durham, a quien había conocido y comenzado a querer como amiga antes de su matrimonio con sir John, era menos maternal. Pero como segunda lady Fielding me brindó sus buenos consejos y su amistad, interesándose constantemente por mi bienestar. Fue ella quien sugirió la conveniencia de enviarme a la escuela. Sir

John Fielding no lo consideró necesario siempre y cuando siguiera devorando libros como había hecho hasta entonces. Así pues, lady Fielding se encargó de dirigir mis lecturas interrogándome sobre el contenido de cada libro y ordenándome la redacción de trabajos sobre temas diversos. Me atrevería a decir que era tan exigente como un maestro o un tutor.

En cuanto a mis deberes domésticos, me parecía justo ayudar a la señora Gredge, pues con los años cada vez estaba más débil y arisca. Por otro lado, disfrutaba haciendo cuanto sir Fielding me ordenaba en calidad de magistrado. Había recados que cumplir, cartas que recoger y repartir, y otras muchas tareas demasiado diversas para mencionarlas ahora. Yo era, como él me había apodado jocosamente una vez, su «Viernes». Habiendo leído *Robinson Crusoe* de Defoe en más de una ocasión pese a mi corta edad, agradecí el apodo, pues sabía que Viernes era un trabajador solícito e ingenioso.

De modo que eso era yo, algo menos que un hijo, algo más que un criado. La orden de Tom Durham y la rauda réplica de su madre no habían hecho sino recordarme lo ambiguo de mi situación. Sin esperar a que lady Fielding se disculpara por él, como había sugerido su hijo, recogí sonriente la bolsa, que no era pesada ni abultada, y me encaminé a Tower Hill.

—Hablaré con Tom —vociferó lady Fielding a mi espalda.

Me volví, sonriendo una vez más, y agité una mano como respuesta. Y mientras lo hacía abrigué la esperanza de que una vez que hubiese hablado con su hijo, también intentase sacarme a mí de dudas.

El magistrado del tribunal de Bow Street había tenido un año sumamente azaroso. No solo había tendido una trampa a los autores de la «gran masacre de Grub Street», como se dio a conocer en periódicos y gacetas, sino que desposó a la viuda Durham en la iglesia de San Pablo de Covent Garden. La convivencia en los meses siguientes había transcurrido apacible y tranquila, sin rencores ni discordias. La pareja se sonreía con frecuencia y gustaba de mantener largas charlas vespertinas en el estudio umbroso de sir John. Tenían pocas visitas, y quienes no venían no eran echados en falta.

Los únicos problemas surgidos durante ese año tenían su origen en la señora Gredge, la cocinera. Ya he dicho que cada día estaba más débil y arisca. Irritable sería la palabra justa. Tras una larga temporada amohinada, un día estallaba de repente en un arranque de ira que generalmente iba dirigido a mí, lo cual no me dolía porque estaba acostumbrado a sus ataques. Pero en dos o tres ocasiones había arremetido contra lady Fielding. Cuando eso ocurría, poco podía hacerse para apaciguarla. Se diría que la ofendían los cambios efectuados en la dirección de la casa, incluso cuando se hacían para beneficiarla a ella. Sir John estaba perplejo y me confesó que creía que la señora Gredge abrigaba cierta hostilidad hacia la segunda lady Fielding

causada por su lealtad a la primera. En mi opinión, sir John poco podía hacer al respecto.

Mas el nombre de la señora Gredge apenas fue mencionado cuando, el día de la llegada de Tom, visité como de costumbre a sir John en su despacho después de su sesión en el tribunal. Llamé a la puerta y me invitó a pasar. Lo hallé como era habitual en tales ocasiones, con el chaleco desabrochado, la peluca sobre el escritorio, y los pies en lo alto de una silla.

—Y bien, Jeremy —dijo—, ¿has venido en busca de trabajo?

—Sí, señor.

—¿Has acabado por hoy con la señora Gredge?

—Desde luego, señor. Tan enfrascada está preparando la cena que me echó de la cocina.

—¿Tan pronto? Todavía faltan tres o cuatro horas para la cena.

—Al parecer tiene mucho que hornear antes de pensar siquiera en preparar la comida. O eso dijo antes de ahuyentarme.

—Ah —dijo sir John—, los misterios de la cocina. ¿Y qué hay de la madre y el hijo? ¿Transcurre bien el reencuentro?

—Por supuesto, señor. Ahora mismo están conversando seriamente en el salón.

—¿Fue todo bien en el muelle de la Torre?

—Oh, sí. Tocó una banda, y uno que debía de ser cuando menos almirante ofreció un discurso. Fue una gran ceremonia.

—¿Y cómo se llamaba ese almirante, Jeremy?

—Lo ignoro, señor. No dijo su nombre.

Sir John rio.

—No, supongo que no. Pero dime, ¿dijo ese almirante algo que te resultara extraño o inusual?

¿Cómo podía saberlo?

—Pues… sí, o por lo menos a mí me lo pareció. Había algo que él y la tripulación sabían, pero que el resto de nosotros ignoraba. Habló de disensiones en los rangos superiores y de una agresión violenta. Pidió que si alguien sabía algo del asunto diese un paso al frente. Puesto que nadie reaccionó, dijo que su despacho estaría abierto a todos y… y que cuanto le fuera confiado en privado sería mantenido en secreto.

—Hasta el consejo de guerra, claro está —murmuró sir John.

—¿Qué ha dicho, sir John?

—Oh… nada, nada. —El magistrado calló y bajó los pies, inclinándose ligeramente hacia mí. Entonces dijo—: Hace un instante utilizaste una frase que me pareció significativa. Dijiste que Kate y su hijo estaban conversando seriamente. ¿Conoces la naturaleza de su conversación?

—Sir John, la puerta del salón estaba cerrada. Jamás habría osado escuchar a escondidas.

—Por supuesto que no, ni yo te lo habría permitido. Pero ¿dijeron algo en tu

presencia, antes de cerrar la puerta, que indicase de qué podrían estar hablando ahora?

—Bueno…

La pregunta me había incomodado. Para mí era, poco más o menos, como espiar.

—Cuanto me confíes en privado será mantenido en secreto.

—¿Hasta el consejo de guerra? —pregunté, quizá con cierta insolencia.

Sir John se echó a reír.

—Vaya, vaya, conque has oído mis murmuraciones. Te aseguro, Jeremy, que no habrá consejo de guerra. Tengo buenas razones para preguntártelo. No es la curiosidad lo que me induce a ello.

Como es natural, acepté sus argumentos. Y así, de buena gana, le conté la conversación que había tenido lugar en el coche durante nuestro regreso a Bow Street: la intención de lady Fielding de comprar un vestuario adecuado para Tom y la firme negativa de su hijo. Cité las palabras de Tom: «Soy marinero y estoy orgulloso de serlo», y conté a sir John que lady Fielding había zanjado el asunto diciendo que hablarían del tema más tarde.

Sir John escuchó mi relato como si estuviera presidiendo un juicio, sin alterar la expresión de su cara y permitiéndose un momento de reflexión cuando hube terminado. Luego dio una palmada en la mesa con tal fuerza que la peluca dio un brinco.

—¡Ja! —exclamó—. ¡Lo sabía! Se lo dije a Kate, le advertí una y otra vez que en cuanto el muchacho probase el agua salada ya no querría regresar a tierra. Pero, como madre que es, no quiso atender a razones y solo hablaba de las ventajas que su hijo encontraría aquí, de la posibilidad de ingresarlo de nuevo en Westminster como un buen colegial. ¡Tonterías! El muchacho tiene dieciséis años, es casi un hombre, desde luego más hombre que cualquier oficinista o secretario de la ciudad. ¿Qué opinas de él, Jeremy?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Qué opinas de Tom Durham? ¿Qué aspecto tiene?

—Oh… bueno.

—¿Varonil?

—Es alto.

—Por supuesto que es alto, teniendo en cuenta su edad. Pero ¿qué me dices de sus modales, su voz, su porte?

—Tiene una voz profunda, señor. —De ese detalle fui dolorosamente consciente, pues por aquel entonces mi voz seguía traicionándome. Nunca sabía qué octava iba a sonar cuando abría la boca para hablar.

—¿Posee dotes de mando?

Pensé en el desparpajo con que me ordenó que llevara sus cosas hasta el coche.

—Yo diría que sí, señor. —Luego, titubeando, añadí—: Y… y no hay duda de que posee el hablar de un joven caballero mezclado con el vocabulario de un marinero.

Habla con rudeza pero como podría hacerlo un caballero.

—Ah —dijo sir John—, excelente, excelente.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras reflexionaba sobre algún asunto relacionado indudablemente con Tom Durham. Intuí que, de no ser por la banda de seda negra que le cubría los ojos, los habría visto brillar de excitación. Sin duda sir John tenía un plan.

—¿Piensa recibirle pronto? —pregunté.

—Todavía no. Conviene que hablen largo y tendido. Tal vez entonces Kate se preste a escuchar mi plan. —Palpando la superficie de la mesa encontró una abultada carta sellada—. Esta carta es para el presidente del Tribunal Supremo. Supongo que conoces el camino hasta la plaza Bloomsbury.

Cogí la carta. Por supuesto que conocía el camino. Solía hacer el trayecto hasta la imponente residencia del conde de Mansfield, en Bloomsbury, una o dos veces por semana.

—¿Precisa respuesta? —pregunté.

—No. —Sir John ahondó en el voluminoso bolsillo de su chaqueta y extrajo algunas monedas que palpó para calcular su valor—. Cógelas —dijo— y tómate el resto de la tarde libre. Ve a Grub Street y cómprate un libro.

Me tendió las monedas con insistencia y las acepté.

—Gracias, sir John. Creo que eso haré.

—Es hora de que empieces a recibir una paga regular. Recuérdamelo, por favor.

—Oh, desde luego que lo haré, sir John.

—Ahora vete, pero regresa antes de la cena.

Así fue como regresé poco después de las cinco y encontré a la señora Gredge presa de un ataque de nervios. Corría de un lado a otro de la cocina, sin rumbo fijo, frotándose las manos en el delantal.

—Oh, Jeremy, ¿dónde estabas? ¡Te he necesitado tanto!

—¡Pero si usted misma me echó de la cocina!

La mujer suspiró.

Oh, tal vez lo hiciera. Pero cuando te necesito, te necesito.

—¿Qué quiere que haga, señora Gredge?

—Mete el asado en el horno —dijo—. He hecho un buen fuego, pero temo que me fallen las fuerzas y no pueda con tanto peso.

—Abra las puertas del horno, señora Gredge, e introduciré el asado.

La mujer corrió hasta el horno y, empleando un grueso trapo, lo hizo. El fuego del horno estaba realmente fuerte; confié en que no arruinara el asado. En cuanto a este, sabía que no era tan pesado como había insinuado la señora Gredge. Yo mismo se lo había comprado al señor Tolliver. Sabía perfectamente que ella podía levantarlo con cazuela y patatas incluidas. Últimamente la había visto levantar cosas más pesadas.

Me pregunté qué estaría tramando.

Mas preferí no desafiarla. Simplemente le pregunté por qué no había solicitado la ayuda de Tom Durham en mi ausencia.

Su respuesta me sorprendió.

—¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Acaso la cena de esta noche no es en honor del joven caballero?

Y así, imaginando que lo que acababa de meter en el horno también habría de ser yo quien lo sacara, me senté a la mesa de la cocina, abrí el libro que había comprado en la librería Boyer de Grub Street y me dispuse a leer. La señora Gredge seguía revoloteando fastidiosamente, realizando las muchas otras tareas que quedaban pendientes. Sir John abandonó al fin su despacho, situado en la planta baja, donde había mantenido una larga reunión con el señor Marsden, el secretario del juzgado. Tras un breve saludo, cruzó el comedor y entró en el salón.

El libro era una vieja edición obtenida a buen precio del *Viaje alrededor del mundo* de lord Anson. Sir John parecía interesado en que yo aprendiera cosas sobre el mar. Y el libro trataba, en cierta medida, de China, y abrigaba la esperanza de que me proporcionara algo de que hablar con Tom Durham. Lo deseaba de veras, pues se diría que teníamos muy pocas cosas en común. Acababa de leer la introducción escrita por el verdadero autor del libro, un tal Richard Walter, capellán del *Centurion*, el barco que había realizado la travesía, cuando, para mi sorpresa, la señora Gredge se agarró súbitamente a la mesa, soltó un potente aullido y, jadeando, se derrumbó en la silla que había a mi lado.

¿Estaba inconsciente? ¿Era un ataque de apoplejía? Lo ignoraba. ¿Qué debía hacer? No ocurriéndoseme nada mejor, le llevé una taza de agua para reanimarla. Le pedí que bebiera un poco. Me dio las gracias y con un gemido expresó su deseo de hablar con sir John. Corrí al salón. Llamé con urgencia a la puerta y anuncié que la señora Gredge había sufrido un colapso.

Un raudo tropel me siguió hasta la cocina.

—¿Se ha desmayado?

—¿Cayó al suelo?

Lady Fielding, tras contemplar a la mujer, que tenía la cabeza recostada en el respaldo de la silla y las manos cruzadas sobre el regazo, corrió a su lado exclamando:

—¡Pobrecilla! ¿Qué ha pasado?

—Me han fallado las fuerzas —respondió la señora Gredge con una voz que daba fe de su debilidad—. ¿Sir John?

—Estoy aquí, señora Gredge.

—Creo que debería acostarme. ¿Podría Jeremy ayudarme a subir las escaleras?

—Por supuesto —dijo él—. Jeremy y Tom la ayudarán.

La subimos a trompicones y regresamos rápidamente a la cocina.

Allí me esperaban dos semblantes graves y severos.

—Jeremy —dijo sir John—, ¿no hubo nada que te hiciese sospechar del debilitamiento de la señora Gredge?

—No, señor —respondí—. Estuvo trajinando por la cocina hasta que se derrumbó en la silla.

—¿Y dónde estabas cuando eso ocurrió?

—Justo aquí, sentado a la mesa.

—¿Haciendo qué, si puede saberse?

—Leyendo. Creí… creí conveniente permanecer cerca de la señora Gredge por si necesitaba más ayuda.

—¿Más ayuda? Explícate, por favor —exigió sir John con su voz de magistrado. No había escapatoria.

Respiré profundamente y dije la verdad.

—Me había pedido que metiera el asado en el horno. Dijo que temía que le fallaran las fuerzas.

—¿Y no lo interpretaste como una señal de debilitamiento? —Otra vez ese tono solemne, y yo, asustado y avergonzado, pensé que no podría articular palabra. Finalmente, hablé:

—En aquel momento, señor, pensé que fingía. Ahora… ahora veo que estaba equivocado.

—¿Y por qué pensaste que fingía, Jeremy? —preguntó lady Fielding.

—Porque últimamente la había visto levantar cosas más pesadas.

—No dudo que comprendes la torpeza de tu razonamiento —dijo sir John.

—Sí, señor.

—Corre a buscar al doctor Carr, el mismo que no hace mucho atendió a Kate, quiero decir a lady Fielding.

—Sí, señor —dije, alcanzando mi sombrero y corriendo hacia la puerta.

Para mi sorpresa, Tom Durham se adelantó y dijo:

—Creo que acompañaré a Jeremy. El paseo me sentará bien. —Y en tres rápidas zancadas lo tuve a mi altura.

Dicho esto, partimos raudos y veloces, yo en cabeza. Pasamos frente al alguacil Baker y la cámara acorazada, cruzamos el vestíbulo y salimos a Bow Street. Caminamos hacia Drury Street, donde Amos Carr tenía la consulta, en silencio.

—Hay algo que quiero decirte —dijo finalmente Tom.

—¿De veras? —repuse sin aminorar el paso—. ¿De qué se trata?

—No debes afligirte por la dureza con que te ha tratado sir John. Cuando las cosas van mal, la gente busca alguien a quien culpar. Es normal. Estoy seguro de que decías la verdad y te mantuviste cerca de la señora Gredge para ayudarla. Cuando estaba en el *Adventure*, fui vapuleado en dos ocasiones porque era el que se hallaba más cerca. Esa mujer ya está vieja. Tarde o temprano tenía que ocurrirle.

—Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —replicó Tom con firmeza—. Son gente buena, mi

madre y sir John, e hiciste bien en decir la verdad. Recapacitarán sobre cuanto se dijo y tomarán en cuenta el estado de esa vieja alcahueta. No volverán a vapulearte. Recuerda mis palabras.

Amos Carr examinó a la señora Gredge y declaró que su repentino desfallecimiento se debía simplemente al agotamiento. Le recetó descanso. Antes de marcharse, preguntó su edad. Nadie la sabía.

—En fin —dijo—, está claro que no es una niña. No puede hacer las mismas cosas que hacía antes. —Sonrió con orgullo, convencido de que acababa de impartir una gran lección a sus oyentes—. Son cinco chelines, sir John.

Mientras sir John lo acompañaba a la puerta, buscó en su bolsillo, pagó al médico y prácticamente lo echó de la casa de un empujón.

—¡Increíble! —exclamó—. Cinco chelines por decirnos que la señora Gredge necesita reposo. En fin, por lo menos ya podemos sentarnos a cenar.

Mas antes lady Fielding me llevó a la cocina y me soltó un quedo discurso:

—Jeremy, sir John y yo creemos que te hemos tratado con excesiva severidad. Actuaste pensando en el bien de la señora Gredge. Sir John es el primero en admitir que es una mujer difícil. Como todos nosotros, tiene sus manías, y nadie lo sabe mejor que tú. En cualquier caso, sir John y yo coincidimos en que actuaste con mayor sensatez de la que juzgamos en un principio. Después de todo, permaneciste en la cocina y pudiste avisarnos de su desfallecimiento. De no haber estado allí, quién sabe cuánto tiempo se habría prolongado el sufrimiento de la señora Gredge.

Tom Durham, que había escuchado las palabras de su madre con disimulo, no me hizo ningún comentario… bueno, solo uno. Cuando lady Fielding se volvió, Tom me dedicó un prodigioso guiño.

Saqué el asado del horno y advertí que su aspecto dejaba mucho que desear. La señora Gredge, dado su incierto estado, había intentado agilizar la cocción generando un fuego que habría podido reducir a cenizas el número 4 de Bow Street si no hubiese estado contenido en el sólido horno de la cocina. Así pues, el asado estaba acartonado y negro por fuera y poco hecho por dentro. Fui el primero en darme cuenta, pues me había tocado trincharlo. Lady Fielding se disculpó, pero ni sir John ni Tom Durham parecieron encontrarle defectos.

El primero, tras uno o dos bocados juiciosos, declaró que se trataba de «un buen trozo de buey inglés» y añadió:

—Es prácticamente imposible estropear una carne tan excelente. La elegiste tú, ¿verdad, Jeremy?

—Así es, señor.

—Buen trabajo, muchacho.

Tom, por su parte, parecía extasiado.

—Casi había olvidado el sabor del buey en su estado natural después de tanto

tiempo teniendo que soportar la carne salada. Jeremy, córtame otro trozo, por favor, y bien grueso.

Había devorado el primero en cuestión de segundos. Esta vez le corté un cuarto entero.

—Kate, querida, ¿tienen los chicos vino para bajar la carne? —preguntó sir John.

—El suficiente —repuso ella.

—Sírveles un poco más. ¿Qué daño puede hacerles?

Lady Fielding obedeció con resignación.

—Te aseguro, Tom, que recuerdo muy bien el sabor de la carne salada y hasta su textura —dijo sir John.

—¡Dura como una piedra!

Y ambos se echaron a reír, como si hubiesen oído un gran chiste.

—De modo, sir John, que ha vivido en alta mar —dijo Tom.

—¡Por supuesto!

—¿En un buque de guerra?

—En el buque de su majestad *Resolute* de setenta cañones. Ya lo han retirado.

—Háblenos de ello, señor. ¿Cuánto hace de eso?

Sir John agitó una mano para restar importancia al asunto.

—Demasiado tiempo para poder recordarlo —respondió—. Preferiría escuchar algo de tus experiencias. El *Adventure* tenía la misión de proteger los barcos de las Indias Orientales, ¿verdad?

—Exacto, señor.

—Pero los barcos que comercian con las Indias están bien armados. ¿No pueden protegerse a sí mismos?

—La Compañía de las Indias Orientales solicitó ayuda y el *Adventure* se la brindó —declaró con orgullo Tom—. Corsarios, piratas, fragatas, balandras, cubetas. Lo que no podíamos apresar lo hundíamos.

—Promete ser interesante y quiero oírlo todo, pero antes dime qué diantre es una «cubeta».

—Oh, eso requiere una definición y una historia que contar.

—Entonces define y cuenta.

Llevado por la expectación, sir John se inclinó hacia adelante, apuró su copa de vino y la levantó hacia lady Fielding para que se la llenara.

—Una cubeta —dijo Tom— es una especie de galera de remos y velas, pequeña y ligeramente armada, muy apreciada por los piratas angrianos. En sí misma no es gran cosa. Posee algunos cañones giratorios de reducido tamaño y una capacidad para menos de cincuenta hombres. Sin embargo, operan en grupos de cinco o seis, y a veces más, a lo largo de la costa de Malabar. Se aproximan a los barcos por debajo de los cañones y saltan a cubierta. Han apresado dos barcos de la Compañía de las Indias Orientales con esa estrategia. Ahora, la historia…

—¡Sí, por favor, la historia!

—Acabábamos de dejar la costa. Anochecía. En aquel entonces yo era poco mayor que Jeremy. Rodeamos un cabo que protegía una especie de ensenada y allí estaban, esperándonos. Un enjambre de cubetas, por lo menos seis, se abalanzó sobre nosotros. En menos que canta un gallo se situaron debajo de nuestros cañones. A esas alturas, ya solo nuestros morteros giratorios tenían alguna utilidad.

—¿Qué hicisteis?

Sir John tanteó y encontró su copa. Bebió un gran sorbo de vino mientras Tom mantenía el suspense.

—¡Luchar! ¡Y de qué manera!

Lo que siguió fue la narración precipitada de la batalla.

Los matices y detalles sobresalían como en un enorme lienzo que visto al completo puede parecer un revoltijo. Tom gesticulaba vehementemente con el cuchillo y el tenedor sobre su trozo de carne, cortando el aire. La narración lo exaltó sobremanera —la acción implacable de los mosquetes empuñados por los marineros, los pesados alfanjes distribuidos a toda prisa entre los tripulantes, el estallido constante de las pistolas, la determinación, el coraje desesperado—. Aunque yo había leído cuentos de esa clase, era la primera vez que oía narrar uno. La emoción de cada instante me mantenía en tensión. También sir John escuchaba con atención, fascinado por el glorioso final, donde todo el que consiguió abordar el *Adventure* fue muerto o apresado. Las cubetas fueron incendiadas y abandonadas a su suerte —si bien una o dos lograron escapar— y la enseña británica ondeó aún más alto.

Durante el relato se me ocurrió mirar a lady Fielding. No parecía agradarle la historia ni la forma en que su hijo la narraba. Tenía la mandíbula rígida, los labios apretados. Su rostro era de severa desaprobación.

Así pues, cuando el relato hubo concluido no me sorprendió, a diferencia de Tom y sir John, que lady Fielding se levantara y anunciara su retirada.

—Me temo que la excitación de hoy me ha dejado agotada —se disculpó—. Jeremy, ¿te importaría recoger la mesa?

Prometí que así lo haría y que también lavaría los platos.

—Entonces, buenas noches. No os deis prisa en acostaros. Veo que tenéis mucho de qué hablar.

Nos levantamos para despedirla. Tom se acercó a su madre, la besó en la mejilla y le susurró unas palabras mientras ella se encaminaba a la puerta.

Regresamos a nuestro sitio y permanecimos callados durante largo rato, hasta que finalmente Tom habló.

—Creo que ha sido por mi causa —dijo.

—¿Por la historia? —se aventuró sir John—. Yo la encuentro fascinante.

—Por la historia, sí, pero también por mi negativa a quedarme en tierra. Tengo intención de volver a embarcarme en el *Adventure*. Ella piensa que puede persuadirme de que me quede, y que usted se encargará de arreglarlo con la Armada. Mi alistamiento se fijó en siete años, y suerte tuve de conseguirlo. Nunca podré

agradecérselo lo bastante. Pero, obligado o no, regresaré al mar. Es mi vida.

—Tu madre me habló de ello cuando tú y Jeremy fuisteis a buscar al doctor.

—Tal vez usted comprenda mis sentimientos mejor que ella.

—Oh, te comprendo perfectamente —aseguró sir John.

—Usted conoce el mar —dijo Tom.

—Desde luego —repuso el magistrado—, y en él pasé los mejores años de mi vida. Pero dime, ¿qué ha sido del compañero que embarcó contigo en el *Adventure*? Creo que se llamaba Jonah Falkirk.

—Así es. Lamento comunicarle que pereció durante la batalla contra los angrianos. Le dispararon en la garganta. Aunque me separé de él durante la contienda, me contaron que luchó valientemente. —Tom vaciló un instante y luego añadió—: Pensé que era preferible no incluirlo en el relato estando mi madre presente.

—Pensaste bien —dijo sir John—. Y ahora escúchame con atención, pues deseo proponerte algo. Pero antes dime, ¿has regresado como grumete?

—No, señor. Fui ascendido a marinero después de la batalla contra las cubetas. Hacia el final del viaje, siendo la mayor parte de nuestra tripulación india, me ascendieron a marinero de trinquete.

—¿Marinero de trinquete? Eso es excelente, Tom. Me admira tu progreso. Y de eso justamente quería hablarte, de tu progreso. Tal vez esté en mi mano conseguir tu nombramiento como guardiamarina. ¿Qué te parecería la idea, muchacho?

Tom Durham estaba abrumado.

—No sé qué decir —farfulló, y calló para reflexionar sobre la propuesta.

—Eso significaría —prosiguió sir John— que tendrías por delante la carrera de oficial. Contarías con la ventaja de tu edad, de tu madurez y tu experiencia como marinero de fragata. Pero no intentaré conseguir tu nombramiento para guardiamarina mientras no te oiga decir que lo deseas realmente.

—Oh, señor, claro que lo deseo —aseguró Tom Durham—. No lo dude ni un momento. Pero existe un inconveniente. Si consigue que me nombren guardiamarina, no deseo trabajar en el *Adventure*.

—Te comprendo y tu actitud es digna de elogio. No deseas ocupar una posición de modesto mando que te sitúe por encima de tus antiguos compañeros de bodega.

—¿Cree que la Armada me aceptaría como guardiamarina conociendo mi… mi pasado?

—He ahí el problema. Recuerda, dije que *tal vez* esté en mi mano conseguirlo. No te prometo nada, pero primero tenía que saber si aceptarías el nombramiento en caso de ofrecértelo.

—Desde luego, señor, y con mi más sincero agradecimiento.

—Entonces, ya solo me queda actuar. Creo, además, que a tu madre la tranquilizaría enormemente que devinieras guardiamarina. Abriga la falsa idea de que un oficial, hasta el más subalterno, está más seguro a bordo de un barco e incluso en

plena batalla que un miembro ordinario de la tripulación.

Tom Durham sonrió con una sabiduría que yo no tenía y nunca tendría.

—No hay duda de que esa es su opinión, sir John.

—Tu nombramiento la tranquilizará y la hará sentirse orgullosa de ti. —Con un vigoroso asentimiento de la cabeza, añadió—: Veré qué puedo hacer. No obstante, tengo otra pregunta, o puede que más de una, que hacerte.

—Responderé como mejor pueda.

—Estoy seguro de ello.

Mientras tamborileaba la mesa con los dedos, sir John recapacitó sobre la mejor forma de abordar el problema. Tom, entretanto, me dirigió una mirada interrogativa a la que yo respondí con un gesto de la cabeza tranquilizador. Finalmente, sir John retomó la conversación donde la había dejado.

—No es normal que un barco como el *Adventure* regrese después de casi tres años de travesía por Oriente y atraque en el muelle de la Torre. ¿Tienes idea de por qué habéis atracado en Londres en lugar de Portsmouth?

—Hace dos días mi respuesta habría sido negativa —dijo Tom—. Pero ayer noche corrió entre la tripulación un rumor sorprendente, por no decir increíble. Al parecer, uno de nuestros oficiales, el teniente de navío Landon, fue confinado en su camarote y pronto habrá de comparecer ante un tribunal militar.

—¿De qué se le acusa?

—Del asesinato del capitán del *Adventure*.

Sir John pareció desconcertado.

—¿Asesinato? ¿Y cuándo tuvo lugar ese supuesto asesinato?

—Eso es algo que nos sorprendió aún más, señor. El capitán cayó al mar durante una feroz tormenta acaecida dos años atrás. Hasta ahora su muerte había sido calificada de accidental.

—¿Y por qué ya no? ¿Qué ha cambiado?

—Poco, que nosotros sepamos, salvo que el teniente de navío Hartsell ha levantado una acusación contra el teniente Landon, un oficial amado por todos, un hombre honrado.

—¿Y quién es el teniente Hartsell?

—Oh, lo lamento, señor. Es el primer oficial del *Adventure* y ha sido nuestro capitán en funciones.

—¿Es querido entre la tripulación?

—El teniente Hartsell no es tan popular —respondió Tom, dando la impresión de que podría haber dicho más.

—Comprendo. Jeremy me ha contado que cuando la tripulación desembarcó en el muelle de la Torre se dirigió a ella un oficial de alto rango.

—El almirante sir Robert Redmond, señor.

—Quien pidió que si alguno de vosotros sabía algo sobre este asunto diese un paso al frente. Según me contó Jeremy, nadie reaccionó.

—Por buenas razones, señor, pues nadie sabe nada del asunto o por lo menos eso creo. Cuando el capitán murió, no hubo rumores ni taimadas sospechas. La noticia de la acusación contra el teniente Landon nos cayó como llovida del cielo.

Sin decir palabra, sir John empujó su copa para que se la llenara con la botella que tenía a mi lado. Lo hice. Dio un sorbo y aguardó, como si esperara a que Tom prosiguiera. Mas el joven marinero, al parecer, no tenía nada que añadir.

—Quizá te interese saber —dijo finalmente el magistrado— que sir Robert me ha escrito una carta relacionada con este asunto, solicitando mi opinión. No obstante, se mostró muy parsimonioso en los detalles. Por ejemplo, hablando contigo he descubierto que hay una acusación de asesinato por medio. Sir Robert solo me hablaba de un asunto fastidioso ocurrido a bordo del *Adventure* que probablemente derivaría en un consejo de guerra que él habría de presidir. Sir Robert y yo somos viejos amigos. Fuimos camaradas a bordo del *Resolute*. Como ya dije, ha solicitado mi ayuda. Ignoro lo que ello implica, pero no puedo negársela. Jeremy y yo nos reuniremos con él mañana por la tarde en Tower Hill.

—¿Eso haremos, sir John? —pregunté, desconcertado.

—Desde luego. Me temo que olvidé mencionártelo. ¿No deseas acompañarme?

—Oh, claro que sí, señor.

Poco después, mientras la conversación proseguía, me dispuse a recoger la mesa sabiendo que si no comenzaba ya, sería incapaz de mantener la promesa hecha a *lady* Fielding. El poco vino que había bebido se me había subido a la cabeza y aunque no estaba borracho, sentía una profunda modorra.

Retiré los platos y los exiguos restos del asado, dejando únicamente las copas de Tom y *sir* John. Cuando regresé por última vez a la mesa, el joven marinero estaba descorchando una de las botellas de vino tinto mientras narraba el apresamiento de un corsario frente a la peligrosa costa de Coromandel. Relataba el acontecimiento con el mismo entusiasmo que había mostrado en su narración de la batalla contra las cubetas.

Finalmente, conseguí hacer el lavado, o parte del mismo, pues dejé algunas cosas para el día siguiente. Cuando crucé el comedor arrastrando los pies, les oí hablar apaciblemente. De tanto en tanto la voz de *sir* John se sumaba a la de Tom para preguntarle sobre cuestiones de armamento y demás. Eran historias que *sir* John estaba impaciente por oír. Nunca antes le había visto tan absorbido en su papel de oyente.

Treinta años han transcurrido desde aquel día y no deja de sorprenderme el hecho de que un asunto que causó más polémica que cualquier investigación de *sir* John Fielding hubiese comenzado así, entre temas domésticos y consideraciones familiares, en una cena de bienvenida. Es cierto, no obstante, que nadie puede saber cuándo o cómo comenzaron los grandes acontecimientos de su vida, ni si una vez

ocurridos le afectaron para bien o para mal. No hay duda de que los acontecimientos que tan modestamente comenzaron aquel día conmovieron profundamente a *sir* John. Después de sucedidos, habría de hablar de ellos con intensa amargura. Pero en mi opinión, aunque perdió algo, también ganó mucho, pues siempre hemos de ver como un beneficio la oportunidad de examinar nuestras vidas, hacer inventario y decidir qué parte del pasado debemos desechar.

II

En el que las amistades se recuperan y ponen aprueba

Ignoro a qué hora Tom Durham se retiró a dormir, pero a la mañana siguiente, cuando desperté, lo encontré convertido en mi compañero de cama. Como no había necesidad de despertarlo, me deslicé con sigilo por debajo de la colcha, me vestí apresuradamente y salí del cuarto dejando la puerta entreabierta. En realidad, fue absurdo tanto cuidado, pues mi compañero de cama dormía con la misma profundidad que cualquier hombre a este lado de la tumba.

Con todo, descendí las escaleras de puntillas, portando los zapatos en la mano. Casi siempre era el primero en levantarme. Tenía el deber de encender el fuego del horno para la señora Gredge. Dada su repentina invalidez, confirmada por la fatigosa respiración que emanaba de su habitación, esa mañana decidí preparar el desayuno de toda la familia. Para sorpresa mía, descubrí que lady Fielding se había hecho con el mando de la cocina. La mujer se movía diligentemente, haciendo todo lo que debía hacerse para el desayuno. Por lo avanzado de la labor, deduje que llevaba trabajando cerca de una hora.

—¿Se me han pegado las sábanas? —pregunté de pie frente a ella, frotándome los ojos—. ¿Qué hora es?

—No, no se te han pegado las sábanas —respondió ella—. Me desperté temprano y decidí hacer algo útil, como tú ayer.

—¿Qué?

—Ayer fregaste los platos.

—Ah, eso —dije, encogiéndome de hombros—. Siempre lo hago.

—Y yo, por una vez, agradecí encontrar la tarea hecha. —Lady Fielding dio una palmada autoritaria—: Pero siéntate, Jeremy, tómate tus gachas y una taza de té. Luego, si quieres, puedes llevar el desayuno a nuestra cocinera enferma.

De modo que me senté y desayuné. Lady Fielding me ofreció pan y gachas con sendas porciones de mantequilla. Tras colocarme delante una taza de té, se sirvió una para ella y se sentó a la mesa para verme comer. Su actitud me resultó curiosa. Aunque a mí me causaba azoramiento, a ella parecía proporcionarle verdadero placer.

—Están deliciosas —dije, elogiando su labor.

—Vamos, Jeremy, las gachas son solo gachas. Se les puede añadir mantequilla y sal para darles sabor, cosa que he hecho, pero poco más. —Apiadándose de mí, añadió—: No obstante, debo reconocer que es un placer verte comer con tanto entusiasmo. Mi pequeño Tom solía comer así —suspiró—. Ahora ya no es mi pequeño Tom.

—¿Tanto ha cambiado?

Lady Fielding asintió enérgicamente con la cabeza.

—Desde luego —respondió—, aunque no tanto para bien o para mal. Simplemente ha cambiado de tal modo que ya no lo conozco. Creo que Jack le comprende ahora mejor que yo… yo, que soy su madre. ¡Tú, Jeremy!

Lady Fielding apuntó hacia mí con un amplio gesto.

¿Qué significaba eso? ¿Qué había hecho yo?

—¿Sí, señora?

—Es probable que tú también le comprendas mejor que yo.

—¿En qué sentido?

—Tú sabrás. ¿Puedes comprender por qué ansia tanto volver a ese… a ese barco?

—¿El *Adventure*?

—Como se llame. ¿Por qué desea volver?

—Si entendí bien lo que Tom dijo anoche, no es tanto el barco o los compañeros lo que le atrae, sino la vida en el mar.

—¿Pero por qué?

—No sé. Será por los rigores físicos, los peligros, la posibilidad de demostrarse que es un hombre.

—¡Un hombre! —sonrió tristemente lady Fielding—. Pero si no es más que un muchacho. Nunca comprenderé la prisa que tienen los jóvenes por hacerse hombres, ni ese amor al peligro. Tal vez sea algo —rumió en voz alta— que no pueden controlar. Quizá en un momento dado suena en ellos una alarma que los insta a embarcarse en quién sabe qué locura para demostrar su hombría, ya sea marcial, intelectual o… —Se detuvo, como si de repente hubiese recordado algo—. ¿Jeremy?

—¿Sí, señora?

—Me preguntaba si estarías dispuesto a hacerme un favor.

—Con mucho gusto.

—Tengo una pila de ropa que he reunido para el Hogar de Magdalena. He pensado que podrías ayudarme a cargarla en un coche. Una vez allí, las señoritas del hogar se ofrecerán a descargarla. Tenía intención de pedir a Tom que me acompañara para que se hiciera una idea de lo que me ha tenido ocupada este último año, pero he pensado que sería mejor dejarle dormir. Imagino que cuando saliste de la habitación se hallaba profundamente arrullado en los brazos de Morfeo.

—Así es. Dormía como un lirón.

—Estupendo —dijo lady Fielding—. Cuando hayas llevado la bandeja a la señora Gredge, quiero que salgas a la calle a buscar un coche. Tráelo hasta aquí y yo te ayudaré a cargarlo. No hace falta que mencionemos el asunto del hogar a Tom.

El Hogar de Magdalena para Prostitutas Arrepentidas constituía el mejor proyecto de aquel último año, impulsado conjuntamente por sir John y lady Fielding. Ella había puesto la idea y su marido la energía y la planificación para convertirla en realidad.

También yo hice mi modesta contribución, pues ¿quién si no había repartido las rogativas de sir John por toda la ciudad?

Así fue como se dio a conocer el proyecto y se recogieron los fondos necesarios. Aunque las primeras donaciones no fueron en absoluto abrumadoras, sí bastaron para comprar una casa sólida y reconstruir su interior a gusto de lady Fielding, contratar personal y abrir finalmente sus puertas. Lo cierto es que muchos donantes, antes de prestar su apoyo, quisieron comprobar qué tal funcionaba el lugar. La mayoría, tanto damas como caballeros, dudaban incluso de que existieran prostitutas arrepentidas, y se decía que el hogar jamás se llenaría. Por otro lado, había quienes aseguraban que el Hogar de Magdalena se convertiría en el burdel más concurrido de Londres.

Naturalmente, ni una ni otra predicción se cumplieron. Por supuesto que existían y todavía existen prostitutas arrepentidas, pues el Hogar de Magdalena se llenó enseguida y aunque ninguna de sus residentes permanecía en él más de un año, hoy día sigue lleno. No es, como algunos lo han llamado hasta ahora, un club para mujeres perdidas. Lady Fielding insistía en que había mujeres dispuestas a abandonar la calle si se les daba una oportunidad. Si poseían un oficio u otro medio de ganarse la vida, se hacía lo posible por colocarlas en un trabajo. Ello se conseguía en pocos meses. Si carecían de oficio, como era el caso de la mayoría, se les enseñaba uno durante su estancia en el Hogar de Magdalena. Después de todo, en este mundo hay pocos trabajos femeninos que no puedan aprenderse en un año.

De modo que era ese hogar, situado en Westminster, el que lady Fielding tenía intención de visitar esa mañana. Dirigí el coche hasta el número 4 de Bow Street. Sin ayuda del conductor, cargué la colosal pila de vestidos, faldas y camisas que previamente había subido del sótano. Apenas quedaba espacio en el interior del vehículo para lady Fielding cuando finalmente salió de la casa, disculpándose por el retraso y colmándome de elogios por haberlo hecho todo sin su ayuda (la cual, en cualquier caso, no habría aceptado).

—Estaré ausente gran parte del día —dijo—. Quiero buscar entre las señoritas del hogar alguna que nos ayude en la cocina.

—Puede que la señora Gredge se recupere pronto.

—Y puede que no. —Lady Fielding suspiró—. Bien, Jeremy, no es necesario que menciones este asunto a Tom. Dile simplemente que volveré en cuanto pueda. Estoy segura de que sabrás entretenerle.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—Y no permitas que se meta en líos.

En cuanto a eso, no hice promesa alguna. Simplemente agité una mano mientras el coche se alejaba.

—Cuéntame más cosas de ese lugar —dijo Tom Durham—. ¿Una casa de caridad para mujeres jóvenes? ¿Lo he entendido bien?

—Creo que no te diré nada más —repliqué.

—¿Oh? ¿Y por qué no?

—Porque tu madre desea mantenerte ajeno a este asunto.

Tom soltó una carcajada y seguimos caminando en silencio durante un largo trecho.

Al fin y al cabo, la idea de dar un paseo por Covent Garden había sido suya. Hice las compras que lady Fielding me había encargado: verduras para el estofado que pensaba preparar con la carne que había quedado del asado. El resto del tiempo lo pasamos en el Garden, deambulando de un extremo a otro de la gran plaza. A Tom aquello le divertía.

Tal como había imaginado, su uniforme de marinero despertó el interés de los gandules de la plaza. Llamaban a Tom a voces, pero él se limitaba a sonreír y a saludar agitando una mano. Uno de ellos se plantó frente a nosotros y trató de emular los pasos del *hornpipe* para mofarse de Tom, quien a su vez hizo una hábil demostración de cómo se bailaba realmente esa danza. También las mujeres de la calle reclamaban su atención con gritos, tonadas e invitaciones descaradas. A estas Tom respondía con queda indiferencia. Sí, no había duda de que estaba causando un gran alboroto.

—Ah, Jeremy —dijo tras la dulce invitación de una encantadora muchacha de pelo moreno y ojos azules—, supongo que debería elegir a la más bella y hacerlo de una vez por todas. Tengo el dinero y Dios sabe que también el apetito.

Sentí una profunda decepción. Había imaginado que Tom Durham me llevaría gran ventaja en lo referente a experiencias carnales. Confiaba en que pudiera proporcionarme los conocimientos necesarios sobre tan peliagudo tema. Con todo, me mostré solidario con su situación, tanto se asemejaba a la mía, y decidí responder afablemente a sus lamentaciones.

—¿Qué te impide hacerlo?

—La falta de oportunidades, imagino.

¿Cómo era posible? Se diría que la mitad de las mujeres fáciles de Londres se había congregado en Covent Garden.

—Y la sífilis —añadió Tom—. Será mejor que te lo confiese: tengo pánico a la sífilis.

—Comparto tu pánico —le confié a mi vez en un susurro.

—¿Y qué haces? —Era como si un muchacho de dieciséis años buscara el consejo de uno de catorce.

Su pregunta fue tan directa que no dejaba lugar para evasivas o subterfugios. No tenía más remedio que decir la verdad.

—Me temo que abstenerme.

—Me temo que eso mismo hago yo. Mis amigos me tienen por un bicho raro. Hasta el médico del barco se empeñó en examinarme cuando le llegaron rumores. Y todo porque me negué a acompañar a mis camaradas a una lamentable expedición a

un burdel de Bombay de la que tres regresaron sifilíticos. ¿No te parece gracioso que mi madre intente mantenerme alejado de ese hogar para mujeres jóvenes porque me tiene por una especie de lobo capaz de devorar a sus corderitos descarriados?

—Creo que ahí te equivocas.

—Entonces, ¿qué opinas tú?

—Esas mujeres no tienen nada de corderitos y tu madre lo sabe. Probablemente teme que sean ellas quienes te devoren a ti. Al fin y al cabo eres su hijo y quiere protegerte de todo mal a cualquier precio.

—En eso último estoy de acuerdo —dijo Tom—, a cualquier precio.

Tras un largo ir y venir por el Garden, fuimos a descansar a un pilar que a la sazón se hallaba en el centro exacto de la plaza. Nos recostamos en la base y, aunque exaltados por nuestras frustraciones, continuamos hablando con voz queda. De hecho, hablábamos tan quedamente, con las cabezas tan juntas, que debíamos de parecer un par de conspiradores, pues cuando Jimmie Bunkins nos vio y se acercó a nosotros, exclamó:

—¡Pero qué ven mis ojos! El gran timador de Tom vestido como un elegante marinero y arrastrando a mi amigo Jeremy a una vida de bribón.

Tom Durham soltó una carcajada, dio un salto y extendió los brazos.

—¡Jimmie B.! ¿Todavía no te han pillado los sabuesos? Te hacía en la academia flotante de Duncan Campbell, o peor aún. Tus pistolas te han mantenido fuera del agujero, ¿no es eso?

Yo estaba doblemente sorprendido. Primero, de que ambos se conocieran. Segundo, de que Tom conociera la jerga de Covent Garden y, lo que es más, que la recordara tras una ausencia de casi tres años.

Se abrazaron como dos buenos amigos. Tom, el más alto de los dos, levantó a Bunkins del suelo. A esto siguieron algunos puñetazos suaves y apretones de mano al grito de «¿Cómo te va?», «Estás hecho todo un hombre» y demás.

Luego Bunkins, el ladrón reformado, se volvió hacia mí y expresó nuevamente su asombro de vernos a Tom y a mí juntos. Le expliqué como mejor pude la relación que nos unía. Acto seguido, Tom me contó su relación con el llamado Jimmie B.

—Éramos compañeros de bribonadas —dijo—. Durante el año que viví en el Garden fue para mí un auténtico camarada. Me enseñó a hurtar, a aplastar garrapatas y otras artes oscuras practicadas en el barrio. ¿No es cierto, Jimmie B.?

—Y que lo digas —aseguró Bunkins—, y nunca tuve mejor estudiante. ¡Solo hay que oírle hablar! —Bunkins se me acercó y, mirando de reojo a Tom, musitó—: De hecho, si se hubiese limitado a hurto, como fue mi consejo, no se habría enemistado con los alguaciles del juecillo. —Luego, dirigiéndose a Tom, añadió—: fue el juecillo quien te salvó, ¿verdad? —Se refería, lector, a sir John.

—Así es —respondió Tom Durham.

—Un tipo raro —opinó Bunkins.

—Sí, un tipo raro —convino Tom.

—¿Dónde está tu amigo Jonah? ¿No embarcasteis juntos?

—Mantén el pico cerrado, porque todo el que tenga la oportunidad de embarcarse debería aprovecharla, pero Jonah la palmó en la costa de Malabar.

—¡Diantre! ¿Lo pillaron robando?

—Oh, no, todo eso lo dejamos en tierra. Jonah Falkirk murió como un valiente marinero luchando contra piratas indios.

—¿Piratas indios? Caray, Tom, parece que tienes muchas historias que contar.

—Algunas.

—Mi jefe era marinero —explicó Bunkins con orgullo, y en un susurro añadió—: Dicen que era pirata, pero nunca habla de ello.

—¿Tu jefe? ¿Y quién es tu jefe?

—John Bilbo.

—¿Black Jack Bilbo? ¿El que tiene la casa de juego en Mayfair?

—El mismo, pero no todo el mundo puede llamarle así. A mí me hace llamarle señor Bilbo, lo cual hago con gusto, pues me trata bien y se preocupa por mí.

—Ya había notado que habías crecido —dijo Tom— y no solo me refiero a tu estatura. Vistes buenas ropas y si no recuerdo mal es la primera vez que te veo la cara aseada. Tengo delante de mí a un nuevo Jimmie Bunkins.

—Y que lo digas, pero no sabes de la historia la mitad. El señor Bilbo me obliga a aprender a leer y a hacer cuentas. —Miró astutamente alrededor—. ¿Te gustaría conocerlo? Es un buen tipo, ¿verdad, Jeremy?

—Desde luego —aseguré—. Es amigo de sir John, aunque tienen sus diferencias.

—Ven tú también, Jeremy. Le caes bien, siempre está preguntando por ti y por sir John.

Negando tristemente con la cabeza, alcé la bolsa con las verduras que había comprado en el mercado.

—Si queremos comer esta noche, debo regresar a casa con esto. Ve tú, Tom, y por el camino cuenta a Bunkins la historia de las cubetas.

Nos despedimos. Mientras se alejaban, oí a Jimmie Bunkins preguntar:

—¿Qué demonios es una cubeta?

Mientras cruzaba Covent Garden camino de Bow Street, pensé que Tom Durham y Jimmie B. hacían una extraña pareja, aunque, pensándolo bien, no menos extraña que la que formábamos Bunkins y yo.

No había caído en la cuenta de que Tom Durham guardaba semejante pasado en el mundo de la pillería. Ambos eran tunantes reformados y cada uno había sufrido su propia penitencia. Decidí que era preferible no contar a lady Fielding adonde había ido su hijo y con quién. Seguramente sacaría conclusiones equivocadas.

Una vez en casa, cuando hube terminado con la señora Gredge fui en busca de *sir* John. Me había pedido que estuviese listo para cuando finalizara su sesión en el

tribunal, a fin de partir hacia el Ministerio de Marina para la reunión con el vicealmirante *sir* Robert Redmond. Antes de visitar a la señora Gredge había entreabierto la puerta de la sala del tribunal y encontrado a *sir* John enfrascado en el interrogatorio de un testigo. Pensé que la sesión iría para largo, pero cuando dejé a la señora Gredge y regresé a la sala, la encontré vacía.

Asustado, pues no quería que *sir* John hiciese solo un trayecto tan largo ni deseaba perderme la oportunidad de conocer a un almirante, lo busqué y finalmente lo hallé en el pequeño nicho que servía de despacho al señor Marsden, el secretario del tribunal.

Sir John giró la cabeza en mi dirección antes de que yo pudiese pronunciar palabra.

—Jeremy, ¿eres tú? —preguntó.

—Sí, señor.

—En ese caso, ya podemos irnos. ¿Está todo claro, señor Marsden?

—Sí, señor. Esta noche, antes de irme, dejaré las cartas sobre su mesa para que las firme.

—¿Vamos, Jeremy?

El señor Marsden, o bien el señor Fuller, o cualquiera de los caballeros del turno de día, se había encargado de pedir un coche. Este nos aguardaba frente al portal.

Mientras subíamos, *sir* John informó al cochero de nuestro destino.

—Tower Hill. Ministerio de Marina.

Cerré la puerta y me volví hacia *sir* John.

—Señor, cuando hace un momento entré en el despacho del señor Marsden, enseguida supo que era yo. No había abierto la boca, pero usted sabía que era yo. Ha ocurrido más veces de las que puedo recordar. Si no es indiscreción, *sir* John, ¿puedo preguntarle por qué lo sabe?

Él sonrió.

—Por un lado, es una cuestión de anticipación. Te esperaba, pues habíamos acordado ir juntos a Tower Hill. Por otro, tal vez se deba a tu forma de andar. Es algo más ligera y rápida que la mayoría de las que se oyen en esta casa.

Titubeó un instante y frunció el entrecejo, como si meditara sobre la conveniencia de proseguir. Finalmente, dijo:

—Hay otro aspecto a tener en cuenta.

—¿Cuál es, *sir* John?

—Tu olor.

—¿Huelo… huelo mal? —Yo me lavaba lo suficiente para deshacerme de esos hedores corporales que otros disimulaban con perfumes.

—En absoluto, Jeremy, no lo interpretes como una ofensa. Cada persona tiene un olor característico. Así es como nos distinguen los perros, no por nuestras ropas, que apenas aprecian, ni por nuestras caras, que raras veces ven, sino por nuestro olor. Tienen el sentido del olfato mucho más desarrollado que el de la vista.

—¿Usted también?

—No soy un perro de caza, pero puedo olfatear un rastro cuando la situación lo requiere. —Y rio su pequeña broma.

Tras un silencio, se me ocurrió preguntar:

—¿Cómo es mi olor?

—¡Vaya pregunta! —exclamó *sir* John—. ¿Qué diferencia una cara de otra? ¿Una nariz más larga? ¿Un mentón más firme o más débil? La combinación de todos esos elementos, su equilibrio, es lo que caracteriza una cara, o eso recuerdo de los tiempos en que veía. ¿No estás de acuerdo? También el olor se compone de muchos elementos. Por ejemplo, el sudor. Tú tienes un sudor más bien fuerte. O la leche. Tú bebes mucha leche. Y hay otras cosas, imagino. En cualquier caso, no es un olor desagradable, si eso es lo que te preocupa. Es, simplemente, tu olor.

—¿Y cada persona tiene el suyo propio?

—Por supuesto.

Callé, pues aquello me había dado mucho en que pensar. También *sir* John guardó silencio, como era su costumbre, y no volvió a hablar hasta que la Torre asomó ante nosotros.

—¿Fuiste a ver a la señora Gredge?

—Sí, señor.

—¿Cómo la encontraste? ¿Mejor? ¿Peor?

—En cierta manera, mejor. Estaba despierta y despabilada, pero observé cierta dificultad en su habla, como si la lengua le hubiese crecido y fuera excesivamente grande para su boca.

—También yo lo he notado. Probablemente se deba a una apoplejía. Hay que evitar que vuelva a trabajar. Temo que sería el fin para ella. Intentaré localizar a sus hijos. Tiene tres y creo que dos de ellos viven en Londres.

La conversación sobre el lamentable estado de la señora Gredge terminó ahí, pues el cochero se había detenido frente a un edificio enorme integrado en una hilera de edificios igualmente enormes. Pese a divisarse desde la enorme muralla y el foso, no había reparado en ellos en mi visita del día anterior, tan absorbido estaba por el panorama de la Torre.

Los edificios acogían los despachos del Ministerio de Marina. En uno de ellos nos aguardaba el vicealmirante *sir* Robert Redmond. Subimos las escaleras y, una vez en el vestíbulo, nos presentamos a un suboficial de marina que, tras señalar a uno de los tres marineros que había sentados en un banco, le indicó que nos acompañara hasta el despacho del vicealmirante. Subimos más escaleras y atravesamos un largo pasillo. *Sir* John no tenía problemas para seguir al hombre, pero, al igual que yo, ignoraba adonde nos llevaba. El guía efectuó dos giros imprevistos que casi nos hicieron chocar con él, pero finalmente llegamos a la puerta oportuna.

El marinero llamó y vociferó:

—¡Permiso para entrar, señor!

Del otro lado de la puerta sonó una voz casi igual de fuerte:

—¡Permiso concedido!

La puerta se abrió de par en par y desembocamos en una antesala presidida por un joven teniente. La puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas. Quedamos a cargo del teniente. Estaba rígido, con la gorra doblada debajo del brazo. Nos habló con un sonsonete nasal poco natural, como si estuviera dándonos órdenes.

—¿Es usted *sir* John Fielding?

—Lo soy.

—¿Y el joven?

—Mi acompañante.

Aquello pareció desconcertarle. Tras un leve titubeo, asintió bruscamente con la cabeza, giró sobre sus talones y se encaminó a una gran puerta situada detrás de su escritorio.

Pasamos a una cámara dos veces mayor que la que habíamos dejado atrás. Por el tamaño y el mobiliario, me recordó a la sala ocupada por *sir* Percival Peeper en la Compañía de las Indias Orientales de Leadenhall Street, no demasiado distante de este edificio. Con todo, mientras la de Percival era una sala oscura con unas cortinas siempre corridas que la oscurecían aún más, el despacho del almirante estaba inundado de luz. La pared del fondo la ocupaba un gran ventanal. El sol, reflejado en el vasto río, me deslumbró. Desde aquí el Támesis se mostraba en toda su extensión, con sus muelles y sus barcos y los botes, grandes y pequeños, surcando sus aguas en ambas direcciones.

El hombre que se hallaba de pie en el centro de tan espléndida imagen era, naturalmente, el mismo que había hablado a la tripulación en el muelle de la Torre. Nada más vernos, rodeó su escritorio y corrió a saludar a *sir* John. Ambos consiguieron a un mismo tiempo estrecharse las manos, abrazarse y palmotearse las espaldas, proeza que en aquel momento me pareció sumamente difícil. Entretanto, entonaban un canto a la amistad, comentando con entusiasmo el largo tiempo que había pasado desde la última vez que estuvieron juntos, deleitándose en la oportunidad de renovar su relación, diciéndose, en resumidas cuentas, todas esas cosas que los hombres maduros se dicen cuando se vuelven a encontrar tras una prolongada separación.

—Pero dime, Jack, ¿quién es este muchacho? —preguntó *sir* Robert—. ¿Tu hijo?

—No, pero lo será hasta que la naturaleza me brinde uno. Se llama Jeremy Proctor y es mi ayudante.

Abrumado por tan elogiosa presentación de mi humilde ser, no supe qué decir o hacer. Me quedé mirando a *sir* John durante tanto rato que casi pasé por alto la mano que *sir* Robert me tendía. Finalmente, aunque con cierto retraso, se la estreché con entusiasmo.

—He observado —dijo *sir* Robert— que nuestra vista del Támesis te ha ensimismado.

—Así es, señor.

—El buque más grande, el de la derecha, es *el Adventure*, recién llegado de la India. ¿Lo ves?

—Lo veo, señor.

—Pues esa, Jeremy, esa, mi querido amigo, es la causa de todos mis problemas. Pero, por favor, sentaos y os lo explicaré todo.

Con gesto arrogante señaló un sofá que había adosado a la pared. Cogí a *sir* John por el codo y le conduje hasta él. En el momento en que tomábamos asiento, *sir* Robert comenzó a hablar. Durante el rato que estuvo contando su caso demostró ser un orador que gustaba de pasear arriba y abajo por el gran espacio del que gozaba. Me extrañó que semejante hábito pudiese haberlo adquirido a bordo de un barco. El despacho parecía hacerle de alcázar.

—Sentí una gran consternación —dijo— cuando descubrí que mi ascenso a almirante significaba el final de mi carrera en el mar. Lo que más me gustaba de la Armada era la vida en el barco, y de repente todo terminó. Me pusieron al mando de los Almacenes Navales de Portsmouth, hice algunos cambios útiles en cuestiones de contabilidad e inventario que derivaron en mi nombramiento para el Ministerio de Marina y mi traslado a Londres. Soy un ferviente partidario de aumentar la representación de hombres de la Armada en el ministerio. Los asuntos sobre adquisiciones, suministros y reservas son demasiado importantes para dejarlos en manos de políticos y secretarios. ¿No estás de acuerdo, Jack?

—¿Qué? Oh, sí, desde luego.

Por su respuesta, sospeché que *sir* John no estaba prestando atención, lo cual me sorprendió.

—Mas cuando hace poco menos de un mes llegué a Londres, se me pidió, o mejor dicho se me ordenó, pues no podía negarme, que hiciera de juez supremo en lo que había de ser, según me contaron, uno de esos consejos de guerra excepcionales que se celebran en Londres y no en Portsmouth porque se refieren a ofensas capitales como piratería, amotinamiento y, por supuesto, asesinato.

»Resulta que dicho consejo de guerra puede que no sea tan excepcional como parece, pues a mi llegada al ministerio me esperaba una carta que lleva más de un año pasando de mano en mano y de despacho en despacho. Al leerla, comprendí por qué nadie quería asumir la responsabilidad del caso.

El almirante se interrumpió al mismo tiempo que detenía sus inquietos pies. Miró a *sir* John como si esperara algún comentario o pregunta. El magistrado se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Puedo leértela, Jack?

—Desde luego, Bobbie. ¿Tan complejo es el caso?

—Escabroso, diría yo. Hay tantas irregularidades, tantas preguntas que se derivan de lo que se dice, que por una vez me gustaría saber lo que no se dice. ¿Comprendes?

—Tal vez —repuso *sir* John—, pero no podré asegurarlo hasta que me hayas

leído la carta, ¿no te parece?

—¿Cómo? Oh, claro. La tengo por aquí. Voy a buscarla… no tardaré.

De espaldas a nosotros, *sir* Robert Redmond revolvió con impaciencia los papeles que tenía apilados sobre el escritorio. Finalmente encontró la carta y se volvió hacia nosotros con unos espejuelos encaramados a la nariz.

—Está dirigida —comenzó— a quien sea juez de los tribunales de la Armada de su majestad y dice así: «El siguiente escrito es una acusación formal contra William Landon, teniente de la Armada Real, que en la noche del 12 de abril de 1767, frente al Cabo de Buena Esperanza y durante una feroz tormenta, empujó al capitán de la Armada Real Josiah Markham por la barandilla y contra las aguas del océano, donde pereció ahogado, lo que constituye el asesinato y el homicidio del oficial superior por parte del teniente Landon. Los hechos fueron presenciados por el abajo firmante, que jura por Dios Todopoderoso que así sucedieron». Lo firma el «teniente de la Armada Real James Hartsell, capitán en funciones del *HMS Adventure*».

—Bien —dijo *sir* John tras un momento de silencio—, no está muy bien redactado que digamos, pero es claro. Si quieres saber mi opinión, será tomado como auto de acusación.

—De no ser por la fecha en que fue redactado, esto es, el veinticinco de noviembre de 1767, siete meses después de que ocurriera el suceso descrito.

—¿Y dónde estuvo el teniente Landon durante todo ese tiempo?

(Como también habrá intuido, querido lector, *sir* John estaba haciendo preguntas cuyas respuestas ya conocía. Probablemente había decidido no mencionar la información que Tom Durham le había facilitado la noche antes).

—Imagino que piensas que fue recluido con grilletes a bordo del barco o internado en alguna prisión de la India a la espera de poder someterlo allí a un consejo de guerra, ¿verdad?

—Algo así.

—En ese caso estás equivocado, como también lo estaba yo, pues también fue esa mi suposición. El teniente Hartsell mantuvo a Landon como primer oficial en funciones del *Adventure* durante todo el período de servicio en la India. Landon no fue informado de la acusación que había contra él hasta poco antes de anclar frente al muelle de la Torre. Solo entonces fue confinado en su camarote.

—Qué extraño —dijo *sir* John—. ¿Por qué ese Hartsell no intentó que Landon fuera juzgado en la India?

—Después de la guerra con Francia la Armada Real dejó de tener presencia regular en la India. La Compañía de las Indias Orientales decidió entonces armar sus barcos para protegerlos y proteger las preciadas mercancías que transportaban. Supongo que lo ignorabas.

—¿De modo que los avaros banqueros de Leadenhall Street tienen su propia flota?

—Sí, puede decirse que sí. Con todo, el Almirantazgo no puso reparos. Como

sabrás, estamos reduciendo nuestra fuerza naval en todas las formas posibles. No es mi deseo ni el de mis compañeros, pero los políticos nos han desautorizado. Pero cuando los barones de la Compañía de las Indias Orientales perdieron dos de sus preciados barcos mercantes a manos de piratas, pidieron al Almirantazgo que enviara una fragata para alquilarlos. El buque británico *Adventure* fue la fragata enviada. Según he oído, la misión se llevó a cabo con éxito.

—¿Insinúas que no pudo celebrarse un consejo de guerra en la India por falta de oficiales, capitanes u otros rangos superiores de la Armada Real?

—Exacto.

—Según el viejo código militar —dijo *sir* John—, el teniente Hartsell podría haber juzgado a Landon allí mismo, haberlo envuelto en una vela y haber ordenado que lo arrojaran por la borda, siendo, como era, juez y testigo principal de la acusación. Supongo que no habría dudado de su propio testimonio.

—No, pero quizá temía que otros lo hicieran. Hartsell me comunicó que no se creía en el poder de actuar de ese modo, dado que solo era capitán en funciones.

—Por tanto, ya has hablado con él.

—Así es.

—¿Y con Landon?

—También.

—Entonces, ¿qué opinas, Bobbie?

—¿Que qué opino? Opino que se trata, como ya dije al principio, de un asunto escabroso. Creo que el comportamiento de Hartsell, esto es, lo tardío de su acusación y el hecho de que no destituyera y confinara a Landon, basta para poner en duda su testimonio.

—¿Y qué tiene que decir Landon en su defensa?

—Muy poco, aparte de declararse inocente. No obstante…

La voz del vicealmirante *sir* Robert Redmond se apagó, incapaz de continuar.

—¿Cuál es el problema, viejo amigo? Habla, por favor.

—El problema es mi incapacidad para tratar este asunto, Jack. Sé muy poco de leyes y aún menos de cómo interrogar a un testigo, cómo cotejar testimonios y demás. No estoy preparado para asumir semejante responsabilidad y desearía que no me hubiese sido impuesta. Jack, ¿podrías…? —El hombre calló de nuevo, pero enseguida prosiguió—. Como ya te conté en mi carta, necesito ayuda. ¿Crees que podrías echarme una mano en este asunto?

—¿Cómo?

—No sé interrogar, no sé cómo hacer hablar a un hombre, cómo conseguir que se contradiga si es necesario. Estoy seguro de que en ti es un don natural. Hoy tenía previsto visitar el *Adventure* para interrogar a los dos hombres, dado que ayer apenas obtuve nada de ellos. ¿Estarías dispuesto a acompañarme, tú y el chico?

Podrías formularles tus propias preguntas. Sabes mucho mejor que yo cómo hacerlo.

—Bobbie, han pasado muchos años desde la última vez que subí a un barco.
—¿Es eso un sí o un no?
—Es un sí definitivo.

III

En el que acusador y acusado dan su parecer

La misma pinaza de ocho remos que había trasladado a la tripulación del *Adventure* a tierra nos aguardaba en el muelle de la Torre, ahora desierto. El suboficial que nos esperaba recibió al almirante con el saludo reglamentario. Sir Robert respondió con el aire cansino de una alta autoridad.

—¡A sus órdenes, señor!

—Somos tres.

—¡Por aquí, señor!

—Jack, ¿podrás bajar solo la escalerilla? —preguntó sir Robert.

—Lo he hecho cientos de veces —respondió sir John—. Si la memoria no me falla, es una cuestión de tacto más que de vista.

—Si tú lo dices. Será mejor que el muchacho te preceda.

—De acuerdo. ¿Jeremy?

Sir John posó una mano sobre mi hombro y caminamos hasta el lugar que me indicaba el suboficial. Lo único que lo diferenciaba de los demás lugares eran las dos cuerdas clavadas en los maderos. Me asomé con cuidado y miré. Al pie de la escala, mecido por el Támesis, había un bote de considerables dimensiones. A mí me pareció que ya iba demasiado lleno con los ocho remeros, y por Dios que había una larga distancia hasta el agua. ¿Soportaría mi peso la escalerilla? ¿Soportaría el enorme peso de sir John? Tenía un aspecto tan endeble. ¿Y si el bote se alejaba justo en el momento en que yo alcanzaba el último travesaño? Tal vez debería confesar que no sabía nadar. Tal vez entonces me dispensaran de tan peligroso ejercicio.

—¿Jeremy? —dijo sir John.

—¿Se… señor?

—Solo tienes que girarte y buscar el primer travesaño con un pie —me explicó con voz queda—. Luego agarra una cuerda con cada mano y busca el siguiente travesaño. Cuando llegues abajo, los hombres del bote te recogerán.

—Sí, señor —dije, todavía indeciso.

—Date la vuelta y agárrate a mis manos. Te sostendré hasta que te sientas seguro.

Y así, sujeto por un hombre ciego, descendí y busqué con el pie derecho el primer travesaño, luego con el izquierdo. La fuerza de sus manos me inyectó valor. Sir John se arrodilló y al advertir que yo buscaba las cuerdas con mis manos, me soltó. Una vez tuve las cuatro extremidades ocupadas, me relajé.

Estaba a punto de alcanzar el final de la escalerilla cuando esta se tensó por el efecto de otro peso. Alcé la vista y vi que sir John había iniciado su descenso. Nada podía hacer salvo depositar toda mi fe en el débil instrumento que ahora nos sostenía

a ambos. Torpemente, aceleré el ritmo y los brazos morenos de un remero me recogieron. Sin decir palabra, el hombre señaló un lugar al otro lado del barco. Aunque el balanceo del bote me desequilibraba a cada paso, conseguí instalarme entre dos morenos tripulantes.

Estos, me dije, debían de ser los marineros indios de los que había hablado Durham. El de mi derecha, que no parecía mucho mayor que yo y tampoco más grande, me saludó con la cabeza y sonrió abiertamente, mostrando una dentadura perfecta. Le devolví el saludo y esbocé una sonrisa, aunque probablemente no tan resuelta.

Al poco rato, sir John ocupó su puesto detrás de mí e instantes después embarcaron sir Robert y el suboficial. Soltamos amarras y partimos. Aunque los remeros eran marineros indios no mucho más corpulentos que el muchacho que tenía a mi lado, avanzábamos con rapidez. Cuando nos acercábamos al *Adventure*, vi algo en lo que no había reparado antes: una flotilla de cinco o seis embarcaciones de remos nos precedía repletas de artículos y… sí, de mujeres. ¿Qué podían querer unas mujeres de un buque de guerra? ¿Qué podía querer un buque de guerra de unas mujeres?

Observé atónito cómo una tras otra ascendía por una escalerilla que habían lanzado por un costado del buque, alzando sus revoltosos faldones con una agilidad pasmosa.

—¡Ah del barco! —gritó el suboficial desde su puesto en la caña del timón—. ¡Despeja la escalerilla!

—Lo haré —vociferó a su vez el barquero— en cuanto cobre el traslado de estas alcahuetas.

—¡Apresúrate o arremeteremos contra tu bote!

Como nuestra embarcación era mucho mayor, y viendo que nos dirigíamos directamente hacia él, el barquero no tuvo más remedio que obedecer al suboficial, al tiempo que soltaba una retahíla de maldiciones. Curiosamente, el suceso provocó las carcajadas de los demás barqueros y sus pasajeras. El hombre respondió a las burlas arrugando el rostro.

Los marineros indios no le prestaron atención y estacionaron la pinaza junto al *Adventure*, en el espacio que hacía un minuto ocupara el barquero enfurruñado. Esta vez me sentí menos intimidado por la escala que pendía del buque. Por otro lado, estaba deseando acabar de una vez por todas con la experiencia. Me disponía a incorporarme cuando sir John me frenó.

—Sir Robert primero —me susurró.

Entonces, el suboficial bramó:

—¡Contramaestre, anuncie el embarque del almirante!

Por encima de nuestras cabezas sonaron las singulares notas de un silbato. Finalizada la tonada, el bote se zarandeó ligeramente. Miré por encima de mi hombro y vi a sir Robert subir por la escalerilla con admirable habilidad. La mano de sir John

seguía retenida en mi hombro. Enseguida comprendí el motivo. Tras una breve pausa, una banda de flautines y tambores entonó una marcha militar. Muchos saludos y pavoneos iban a tener lugar sobre cubierta antes de que se nos permitiera embarcar.

—La Armada ama realmente sus costumbres y ceremonias, ¿verdad, sir John?

—Demasiado —fue su respuesta.

Al fin, la situación se calmó. El suboficial se acercó y susurró algo al oído de sir John, que se dejó guiar hasta la escalerilla. Yo le seguí. A la siguiente sacudida del bote contra el buque sir John agarró la escalerilla que le tendían, colocó un pie en un travesaño, como si se tratara de un estribo, e inició el ascenso. Subía con confianza, con el bastón atravesado en uno de los amplios ojales de su chaqueta. Cuando estuvo casi arriba, el suboficial me hizo señas. Agarró la escala y la sostuvo mientras me subía a ella. Entonces comencé a trepar.

Aunque tenía mucho camino por delante, encontré mucho más leve el ascenso que el descenso. La vida sobre la cubierta del buque había recuperado la normalidad. Los marineros se agolpaban sobre la barandilla y gritaban a las pequeñas embarcaciones que rodeaban nuestra pinaza, recibiendo respuestas como:

—¡Eh, marinero, traigo suficiente licor para tenerte borracho una semana, un mes e incluso un año!

—¡Ron, ginebra o cerveza!

—¡Y una mujer con quien compartirlo que te colmará de alegría!

—¡Mirad qué chicuelas! ¡No querréis separaros de ellas!

Y así siguieron con sus sonsonetes, mientras los de arriba respondían groseramente con rechiflas y silbidos. ¡Era como un Covent Garden sobre el Támesis! Ignoraba que semejante comercio tuviera lugar en los grandes barcos anclados en el río. (Comercio que hoy día, querido lector, sigue existiendo, o eso me han dicho).

Cuando llegué a la barandilla, no había nadie para ayudarme, tan ensimismados estaban los marineros con los mercachifles de abajo. Lancé una pierna por encima de la borda y aterricé suavemente sobre la cubierta del barco con un estilo, en mi opinión, nada desdeñable.

De abajo llegaban la música de un alegre violín, canciones estridentes y el clop-clop-clop de pies bailando. A través de un espacio abierto en cubierta, observé a unos hombres y mujeres comportándose de forma extravagante. En ningún momento imaginé que semejante jolgorio fuera posible a bordo de un buque de guerra. El almirante no había hecho nada para reprimir la diversión.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba sir John? En la bodega seguro que no. Escudriñé la cubierta donde había aterrizado pero no los vi. Solo había marineros y algunos oficiales. De repente divisé una cubierta superior en la parte trasera del barco —la «popa», como averigüé más tarde— y una estrecha escalera («escalerilla») que conducía a ella. Corrí y la salvé de un salto. Un muchacho algo mayor que yo me cerró el paso. Iba vestido con un uniforme que no era de marinero pero tampoco de

oficial, de modo que ignoraba su rango. Yo sabía, no obstante, que sir John y sir Robert estaban detrás de él hablando con un hombre que supuse era el capitán en funciones. Intenté zafarme del molesto muchacho.

—Vuelve por donde has venido —me espetó—. Los tipos como tú no pueden subir a menos que hayan sido llamados. Deberías saberlo.

No solo sus palabras eran arrogantes, sino también sus modales. Traté de explicarle quién era y por qué debía dejarme pasar. Desoyendo mis palabras, el muchacho alzó el mentón y siguió intimidándome en un tono de voz quedo y amenazador.

—Eres un grumete reclutado a la fuerza, ¿verdad? Llámame señor Boone y ten por seguro que tu vida será un infierno a bordo de este barco si no bajas a las bodegas ahora mismo.

—Se equivoca —protesté—. No pertenezco a su tripulación. Déjeme que le explique…

—¿Quieres que te azote aquí mismo? Voy a darte una paliza que… que…

El muchacho anunció sus intenciones apretando la mandíbula y extendiendo las manos. Justo cuando se disponía a salvar los tres pies que nos separaban, salté a un lado y dejé libre el camino de la escalerilla, que mi agresor recorrió rodando incontroladamente, primero de cabeza, luego de pies, hasta aterrizar con un gemido.

Incapaz de sentir compasión por él, pues era evidente que su intención había sido la de arrojarme contra la cubierta, dejándome en un estado similar al suyo, lamenté no obstante el incidente y confié en que la culpa no recayera sobre mí. No había contado con la reacción de la tripulación. Los hombres nos habían rodeado en silencio. Cuando el muchacho trató de levantarse, se oyeron algunas risas sofocadas y más de una carcajada clara y fuerte. Finalmente, la cubierta entera rompió a reír ante el infortunio del señor Boone. Algunos marineros subieron de la bodega y al ver el penoso esfuerzo del muchacho por ponerse en pie, se sumaron a las carcajadas de sus compañeros. Nadie intentó ayudarle, y fue cuando deduje que el joven señor Boone no era muy querido entre los miembros de la tripulación.

—¿Qué ocurre aquí?

Alcé la vista y encontré a mi lado al oficial que había tomado por el capitán en funciones, es decir, el autor de la acusación que sir Robert nos había leído. Rubicundo como el almirante, parecía hallarse en un estado emocional agudo, como si fuera colérico por naturaleza. También era alto y poseía una voz fuerte y autoritaria.

—Creo que ha tropezado por las escaleras —dije con expresión inocente.

El capitán me fulminó con la mirada, pero en lugar de responderme se dirigió a los tripulantes:

—¡Basta de risas! Vuestra actitud es incalificable.

El alborozo terminó con mayor brusquedad de como había comenzado.

—Tú y tú —dijo, señalando a dos marineros—, llevad al señor Boone al médico.

—Ya no está con nosotros, señor —repuso uno de los elegidos.

—Entonces llévalo a su ayudante, idiota.

—Sí, señor.

Súbitamente solícitos, los dos marineros levantaron suavemente al señor Boone. Flanqueado por ambos, caminó cojeando hacia la bodega.

El capitán en funciones giró bruscamente sobre sus talones y caminando a grandes zancadas se reunió de nuevo con sir John y el almirante. Le seguí y me coloqué con sigilo al lado del magistrado. Sentí su fuerte mano sobre mi hombro. Sabía que tarde o temprano tendría que darle una explicación.

—Si no les importa —dijo el capitán en funciones—, sugiero que sigamos hablando en mi camarote.

Sir Robert murmuró su aprobación.

—Señor Grimsby —prosiguió el capitán (su nombre era Hartsell, ahora lo recordaba)—, que otro guardiamarina ocupe el puesto del señor Boone.

Un joven oficial, en quien no había reparado antes, dio un paso al frente. Se había mantenido alejado del resto de la tripulación, como para distanciarse de la discusión.

—Me encargaré de ello, señor Hartsell —dijo.

—¿Caballeros?

Seguimos al señor Hartsell, sir John y yo cerrando la marcha, y llegamos a una escala aún más estrecha. Mi compañero invidente mantenía su mano firme sobre mi hombro. Justo cuando nos disponíamos a bajar, me detuvo.

—¿Tuviste algo que ver con eso? —susurró en tono se— vero—. ¿Empujaste a ese guardiamarina por la escalera?

—Sir John —dije—, os doy mi palabra de que no le puse un dedo encima.

Sir John vaciló un instante.

—Acepto tu palabra, Jeremy.

Me dio una palmada en el hombro e iniciamos el descenso.

—Cuidado, señor, es bastante estrecha.

—No hace falta que me prevengas —dijo sir John—. A tu edad ya había bajado muchas escalerillas como esta, si bien reconozco que a la sazón mi tamaño era más parecido al tuyo que al mío.

Entramos en el primer camarote de una hilera que se extendía a lo largo de un estrecho pasillo, y el cual para tratarse de un barco resultaba de lo más espacioso. Era el camarote del capitán Markham. El teniente Hartsell explicó que lo había ocupado desde la muerte de aquel. Había sillas para todos, mas por respeto a sir John decidí quedarme de pie a su lado, en actitud de ayudante.

—Ahora que estamos sentados en la intimidad de su camarote, señor Hartsell —comenzó sir Robert—, quiero que repita lo que me contó ayer.

—¿Es preciso? —suspiró el teniente—. Lo dejé todo bien claro en mi declaración.

—Aun así.

—Como usted diga. Fuimos sorprendidos por una fuerte tormenta a un día de distancia de Ciudad del Cabo, lo que significa que nos hallábamos al sur del cabo de Buena Esperanza, y…

—Disculpe la interrupción —dijo sir John—, pero cuando sir Robert me leyó su acusación contra el teniente Landon, no especificaba la posición concreta de la brújula en el momento de producirse el lamentable suceso. ¿Por qué?

—Aceptaré la interrupción y responderé a sus preguntas —repuso fríamente el teniente Hartsell— si me dice con qué autoridad actúa. Le han presentado como sir John Fielding, magistrado del Tribunal de Bow Street. Teniendo en cuenta que tales sucesos tuvieron lugar a muchos miles de millas de Londres, no comprendo qué interés puede tener en el asunto.

Dicho esto, el capitán en funciones del *Adventure* cruzó los brazos y esperó una respuesta. Sir John, por su parte, esbozó una sonrisa tolerante y esperó a su vez una respuesta, pues sabía que esta no había de venir de él.

El vicealmirante sir Robert Redmond se aclaró la garganta y finalmente dijo:

—Sir John está aquí por invitación mía y goza de mi autorización para hablar. Es un investigador experto en temas criminales.

—Pero este caso compete a un tribunal militar.

—Es un caso de asesinato, y ello constituye un acto de carácter criminal, seguro que estará de acuerdo conmigo. Así que le ruego que responda a la pregunta, teniente Hartsell. También a mí me gustaría oírla.

—Muy bien. En la mañana del doce de abril de 1767 fue anotada la posición marcada por la brújula en el diario de a bordo. Con las horas, la intensidad de la ventisca aumentó hasta convertirse en tormenta. Como bien sabe sir Robert, las aguas del Cabo de Buena Esperanza son elevadas incluso cuando el tiempo es favorable, y tuvimos que luchar con olas de hasta noventa pies. La posición del *Adventure* en aquel fatídico día era tan peligrosa, que durante la peor parte de la tormenta avanzamos horizontalmente de babor a estribor. Estábamos zozobrando. Bajo esas circunstancias no hubo ocasión de volver a leer la brújula para anotar el acontecimiento, aunque reconozco que hubiera debido hacerse. De hecho, no se hizo otra lectura hasta el día siguiente, una vez que la tormenta hubo amainado. Apenas habíamos avanzado, pues la mayor parte del tiempo estuvimos a merced de la tormenta.

—Muy comprensible —dijo sir John—. Pero dígame, teniente Hartsell, ¿estuvo el capitán en la cubierta durante la peor parte de la galerna?

—No —respondió con cierta cautela el capitán en funciones.

—¿Dónde estaba?

—En su camarote… en este camarote. El capitán Markham estaba enfermo. Estuvo enfermo casi todo el viaje. Actué en su nombre la mayor parte del tiempo. Así lo quiso él. Yo había ostentado el rango de capitán durante los dos últimos años de la guerra con Francia.

—¿De veras?

—Fue degradado para que pudiera seguir en la Armada —explicó sir Robert—. Solo se retuvo a los mejores. El teniente Hartsell era capitán de una fragata de veintiséis cañones. Su actuación durante y después de la guerra ha sido ejemplar.

—Estoy seguro de ello —dijo sir John—. Pero me intriga la tardía presencia en cubierta del capitán Markham. ¿Cuándo apareció y por qué?

—Lo mandé llamar. Sospechaba que el trinquete podía romperse y quise consultarle la posibilidad de bajarlo. No deseaba tomar la decisión yo solo. Al final el trinquete resistió, aunque sufrió algunas grietas. Lo sustituimos por otro en Bombay.

—¿Fue ese el consejo del capitán Markham?

—Fue… fue empujado por la borda antes de que tuviera oportunidad de hablar con él.

—¿Cómo fue requerida la presencia en cubierta del capitán Markham?

—Envié al teniente Landon a buscarlo.

—Mmm… interesante. ¿Y regresó con él?

El teniente Hartsell empezaba a mostrar signos de exasperación por el minucioso interrogatorio de sir John. Yo estaba seguro de que su exasperación iría en aumento si la conversación seguía por esa línea. Sir Robert, aunque tenía poco que decir, parecía acongojado por lo que estaba pasando.

—Sí, regresó con él, aunque con cierta dilación. Fue entonces cuando…

—Lamento interrumpirle de nuevo, pero ¿qué hora era?

—¿Cómo voy a saberlo? Dios santo, estaba luchando por mantener el *Adventure* a flote. Temía que el trinquete no resistiera la tormenta. Tenía cien motivos por los que preocuparme. ¡Y créame si le digo que lo que menos me importaba en esos momentos era la hora y el minuto exactos en que el capitán apareció en la popa y fue arrojado al mar por el teniente Landon! —Hartsell había hablado en tal estado de agitación que para cuando hubo terminado jadeaba. Después de recuperar la serenidad, añadió—: Digamos que fue a media tarde, o como se diga en términos de tierra.

Sir John asintió pensativamente con la cabeza.

—Muy bien —dijo—, digamos que fue a media tarde. Lo que me intriga es cómo, en semejante estado de aturdimiento, pudo estar tan seguro del acto que vio cometer al teniente Landon.

—Permítame, sir John Fielding, que les cuente lo que vi.

—No, no lo cuente —le interrumpió sir John—. Prefiero que nos lo muestre. Con su permiso, sir Robert, me gustaría regresar a la cubierta de popa para asistir a una representación del suceso.

—¿Qué? En fin… —Cogido por sorpresa, el almirante titubeó antes de admitir que le parecía una buena idea—. Siempre digo que no hay mejor momento que el presente, ¿no les parece?

Así pues, regresamos por donde habíamos venido. Sir Robert iba en cabeza y el

teniente Hartsell cerraba la marcha. Una vez en la cubierta de popa, el teniente y el almirante miraron a sir John a la espera de recibir instrucciones.

—Ahora —dijo sir John a Hartsell—, colóquese lo más cerca posible del lugar que ocupaba en la popa cuando vio al teniente Landon cometer el supuesto acto.

—Yo ya no estaba en la popa. Había bajado al alcázar.

—¡Ah! Eso significa que no se hallaba muy cerca.

—Estaba lo bastante cerca.

—En ese caso, bajemos al alcázar. Sitúese en el lugar exacto. Jeremy, tú te quedarás aquí e interpretarás el papel del teniente Landon. ¿Quién podría hacer de capitán Markham? Creo que hay otro oficial en cubierta.

El oficial al que Hartsell había dado órdenes con anterioridad dio un paso al frente.

—Así es, señor. Teniente Grimsby a sus órdenes.

Sir John se volvió hacia el hombre con una sonrisa.

—Bien, teniente, ¿estaría dispuesto a participar en esta pequeña farsa?

—Desde luego, señor.

—Estupendo. Entonces permanezca en la popa con mi joven ayudante, Jeremy Proctor. Nosotros tres bajaremos al alcázar y el teniente Hartsell les colocará según le dicte su memoria. ¿Están todos de acuerdo?

Aunque Hartsell no respondió, su desacuerdo quedaba claramente reflejado en su cara. Aun así, guio a sir John y sir Robert hasta el alcázar y tras una o dos tentativas, se situó a estribor de cubierta, junto a un cañón.

Entretanto, la tripulación había interrumpido la algarabía que mantenía con los botes que holgazaneaban en el río y se había calmado. Ahora miraban a cierta distancia, atentos a los cambios y movimientos que tenían lugar en el alcázar. El señor Grimsby y yo mirábamos también, listos para interpretar nuestros personajes siguiendo las indicaciones del teniente Hartsell.

—Ahora, señor Hartsell, ¿le importaría comunicar a nuestros dos actores adonde han de ir?

—Acérquense a la esquina de la popa más próxima a la escalerilla de estribor —dijo Hartsell.

Avanzamos hasta el lugar que el capitán en funciones había señalado. El señor Grimsby sabía exactamente dónde era.

—Cerca de la barandilla —añadió Hartsell.

Nos colocamos cerca de la lustrosa barandilla que hacía de barrera y rodeaba lo que llamaban la cubierta de popa. Observé que en la escalerilla de estribor, situada a mi izquierda, era donde había tropezado con el guardia-marina Boone.

De haber estado a un mismo nivel, la distancia que nos separaba de Hartsell no habría superado los diez pies. No obstante, la cubierta de popa se hallaba a más de seis pies de altura del alcázar.

—¿Hacia dónde tenía dirigida la mirada, señor Hartsell? —preguntó sir John.

—Hacia ellos, naturalmente. —Hizo una pausa y reflexionó—. Comprendo por qué lo pregunta. En realidad, mientras se acercaban yo estaba mirando hacia adelante. Extrañado por el retraso, me volví y fue entonces cuando los vi como ahora están.

—¿Como ahora están?

—No, no exactamente. El capitán Markham estaba de espaldas a la barandilla y cuando miré, el teniente Landon extendió los brazos y lo empujó al mar.

—Increíble —dijo sir John—. ¿No le parece, sin embargo, que la barandilla constituye una importante barrera? Ahora mismo Jeremy tendría dificultades para empujar al señor Grimsby al Támesis.

—Cierto, pero el barco se había inclinado hacia estribor. En ese momento, ambos estaban casi horizontales.

—Al igual que usted.

—Exacto, al igual que yo. Me había agarrado a este cañón del dieciocho para conservar el equilibrio.

—Antes dijo que el suceso ocurrió aproximadamente a media tarde. ¿Cuál era la intensidad de la luz en aquel momento? ¿Debo suponer que no había sol?

Hartsell miró atónito al almirante, como si pusiera en duda la cordura de sir John.

—Con todos mis respetos, señor, ¿ha padecido alguna vez una tormenta en alta mar?

—Sí, la verdad es que sí.

—Entonces sabrá que el día se oscurece hasta casi hacerse de noche.

—¿Llovía?

—¡Maldita sea, claro que llovía!

Sir John guardó silencio por un largo momento y cuando finalmente habló, lo hizo con tono profundo y sonoro para que todos los presentes pudieran oírle.

—En ese caso, señor, dudo que sus ojos alcanzaran a ver con tanta claridad como asegura. Permítame que le recuerde sus palabras. Estaba tan oscuro que casi parecía de noche. Llovía. Usted divisaba la popa desde una perspectiva algo peculiar, dado que estaba abrazado a un cañón para no caer. ¿Cómo puede estar tan seguro de lo que vio?

Hartsell no vaciló un solo instante. Habló con voz alta y clara para que todos pudieran oírle.

—Vi lo que vi.

—¡Jeremy! —gritó el magistrado—. ¿Sigues ahí con el señor Grimsby?

—Sí, señor —respondí.

—Extiende las manos hacia él, como si quisieras empujarlo por la borda, pero mantenlas en esa posición.

Hice como me ordenó. Llevado por la importancia del momento, arremetí contra el señor Grimsby con excesiva fuerza.

El oficial soltó un gemido y musitó:

—No dudo de que podrías tirarme al río, muchacho, pero afloja un poco.

Obedecí y me disculpé, pero mantuve las palmas de mis manos contra su pecho.

—¿Lo has hecho? —preguntó sir John.

—Sí, señor —contesté.

—Ahora —dijo sir John dirigiéndose a Hartsell—, mire hacia allí. La escena se aproxima a la que usted vio. ¿No cree posible que el teniente Landon hubiese alargado los brazos hacia el capitán Markham no para empujarlo, sino para salvarlo?

Hartsell se limitó a repetir:

—Vi lo que vi.

Un murmullo de enojo surgió de la tripulación. Sir Robert frunció el entrecejo y murmuró algo al oído de sir John, que respondió con un encogimiento de hombros.

—No hay más preguntas —dijo el almirante a Hartsell.

—Confío en que así sea. ¿Me necesitan para algo más?

—En realidad, sí —dijo sir Robert—. Dadas las circunstancias, debo pedirle que me entregue el diario de navegación.

—Lo tendrá en sus manos antes de abandonar el *Adventure*. ¿Puedo retirarme ya? Desearía volver a mi camarote. Como imaginarán, ha sido una experiencia agotadora.

—Puede retirarse, teniente Hartsell. Le agradezco su colaboración.

Sin dirigir la palabra a sir John, Hartsell saludó al almirante y se encaminó a la cubierta de popa, optando por la escalerilla de babor para evitarnos al señor Grimsby y a mí.

—Jeremy —me llamó sir John—, ¿puedes venir un momento? Usted, señor Grimsby, no se mueva de donde está.

El señor Grimsby, un tipo realmente cordial, me dio una palmada en la espalda y me deseó buena suerte. Sir John me aguardaba a cierta distancia del almirante. Cuando llegué, me atrajo hacia él.

—Jeremy —dijo—, quiero que te coloques detrás del timón y me digas si puedes ver la figura completa del señor Grimsby.

—¿El timón, señor?

—La gran rueda con que se gobierna el barco.

—Ah, ya la veo.

Era imposible no localizar el timón una vez me lo hubo descrito. La rueda, desatendida, estaba separada de la pared de la cubierta de popa. Me coloqué detrás de ella y miré hacia mi derecha. Allí se encontraba el señor Grimsby, o la mayor parte de él, pues estaba cortado por las rodillas. Nos miramos a un tiempo y me saludó con gesto burlón. Regresé junto a sir John y le di mi informe. Como de costumbre, él me dio las gracias pero se abstuvo de explicarme el significado de aquello.

El vicealmirante sir Robert nos llamó y nos condujo de nuevo por el estrecho pasillo. Mientras llamaba resueltamente a una puerta, miré a mi alrededor y caí en la cuenta de que el teniente Hartsell se hallaba a tan solo unos pasos de nosotros, en el camarote del capitán. Extraño barco este, pensé, donde acusador y acusado habitaban uno al lado del otro. La puerta ni siquiera estaba atrancada por fuera. El teniente

Landon tenía solo su palabra de honor para ser retenido como prisionero.

La puerta se abrió y apareció un hombre de no más de veinticinco años, constitución enjuta y rostro delgado. Su pelo era moreno y largo. La sombría expresión de sus ojos fulguró un instante al reconocer a su visitante.

—Sir Robert —dijo—, me alegro de volver a verle. Entren, por favor, y tomen asiento.

Teniendo en cuenta su situación, sus modales resultaban muy informales. El almirante presentó a sir John e informó al teniente de su cargo y del motivo de su visita. No obstante, cuando el teniente tomó asiento y puso a un lado la Biblia que estaba leyendo, la luz de sus ojos se apagó, como si el mero hecho de hablar con otras personas de la acusación habida contra él le recordara que su caso era insalvable. Casi se diría que aceptaba su suerte. Daba la impresión de un hombre ya condenado, de alguien que simplemente aguarda su cita con el verdugo.

Si hubiese presenciado el interrogatorio a Hartsell, me dije, no se hallaría en semejante estado. Si hubiese visto cómo sir John confundía al capitán en funciones basándose en sus propias palabras, habría cobrado ánimo. No me cabía duda.

Cuando comenzaron a conversar sobre el asunto, el teniente habló con un tono tan apático como su aspecto. Cuando sir John le preguntó si había estado en la cubierta de popa con el capitán Markham cuando este cayó al agua, respondió que así era y añadió que estaba allí por orden del teniente Hartsell.

—¿Podría describirme los hechos que condujeron a la precipitación del capitán al mar?

—Cuando el capitán y yo subimos a cubierta —explicó el teniente Landon—, busqué al teniente Hartsell en la popa, que era donde lo había dejado. Me había ordenado explícitamente que lo llevara allí, pero para entonces el teniente se hallaba en el alcázar. Traté de conducir al capitán hasta la escalerilla de estribor. Justo en aquel momento el barco se inclinó hacia estribor y quedamos prácticamente paralelos al mar. El capitán se me escurrió de las manos y fue arrastrado hasta la barandilla. Vi que sus pies se separaban del suelo y comenzaba a resbalar por la borda. Le agarré de la chaqueta y luego de los pies, hasta que finalmente desapareció. Me quedé con uno de sus zapatos en la mano.

—¿Sabe por qué el teniente Hartsell tiene la convicción de que usted estaba empujando al capitán en lugar de tirar de él?

—No lo sé. Tan solo puedo insistir en que mi intención no era empujar al capitán, sino salvarlo.

Si el teniente Landon hubiese dicho esto último con firmeza y convicción, habría sido contemplado como una negación impresionante. Pero las palabras habían salido inciertas e indiferentes de su boca. Cuando terminó de hablar, se encogió de hombros, dando a entender que poco importaba si negaba o confesaba su culpabilidad.

—Joven —le espetó severamente sir John—, en lo sucesivo tendrá que hacerlo mejor si no quiere ir a la horca.

Ignoro si fue la franca exposición de semejante porvenir o el tono con que lo dijo, pero el caso es que el teniente Landon se enderezó, asintió con la cabeza y contestó:

—Sí, señor.

De haber estado de pie, me atrevería a decir que habría brindado al magistrado el saludo negado al almirante.

—Tengo dos preguntas más que formularle —prosiguió sir John—. En primer lugar, puesto que no niega que tenía los brazos extendidos hacia el capitán, el problema se ciñe a una cuestión de interpretación de la acción. ¿Tiene idea de por qué el teniente Hartsell interpretó su acción de forma tan negativa?

Al igual que en el camarote del capitán, también aquí me hallaba junto a sir John. Desde ese ángulo ventajoso advertí que las miradas del teniente Landon y sir Robert se cruzaban. La mirada del teniente era interrogativa; la del almirante, aleccionadora. Todo ello ocurrió con suma rapidez, pues apenas hubo una pausa antes de que Landon respondiera.

—He meditado sobre ello, señor —dijo con rotundidad—, pero no se me ocurre ningún motivo.

—Pues medite un poco más, porque es un aspecto importante. La segunda pregunta tiene relación con la primera. ¿Hay alguna razón que le indujera a arremeter con violencia contra el capitán Markham? Es decir, ¿tenía algún motivo para hacerle daño?

—No, ninguno. De hecho, dudo incluso que el capitán me conociese.

—Me extraña oír eso. Usted era su segundo oficial, ¿verdad?

—Así es, señor, pero como bien sabrá, el capitán estuvo enfermo la mayor parte del viaje. Apenas salía de su camarote.

—¿Qué padecía exactamente?

—Poco valdría mi opinión, puesto que no soy médico. Le aconsejo que hable con el médico de a bordo, Donald MacNaughton, aunque tengo entendido que ha desembarcado.

—Probablemente lo haga. Por ahora, eso es todo, teniente Landon.

Sir John se incorporó y golpeó el suelo del camarote con su bastón. Me coloqué a su lado y caminamos hacia la puerta. Sorprendidos por el raudo éxodo, el teniente y el almirante se pusieron rápidamente en pie y antes de que terminaran de despedirse yo ya había abierto la puerta y sir John había salido al pasillo. Me disponía a seguirle cuando oí a sir Robert preguntar al joven teniente si le alimentaban bien y si le permitían salir del camarote para hacer ejercicio. Dadas las circunstancias, la actitud del almirante me pareció extrañamente solícita.

También me resultó extraño que sir John y sir Robert apenas cruzaran diez palabras cuando se reencontraron. Sir Robert comentó que debía regresar cuanto antes a su despacho del Ministerio de Marina. Sir John convino en que se estaba haciendo tarde. Un guardiamarina entregó el diario de navegación al almirante al pie de la escalerilla del buque. Sir John soltó un gruñido de escepticismo. Y nada se

dijeron durante el tiempo que duró la travesía hasta tierra a bordo de la pinaza del *Adventure*.

Una vez más, fui el último en ascender por la escalerilla del muelle de la Torre. Teniendo en cuenta el silencio guardado por mis dos acompañantes, cuando llegué arriba me sorprendió oírles hablar de forma tan animada. Hubiera jurado que estaban discutiendo. Y de hecho, así era. Ignoraba qué había sucedido previamente, pero cuando asomé la cabeza por el muelle vi al almirante clavarse el puño de una mano en la palma de la otra.

—Por Dios, Jack —estaba diciendo—, no ha estado bien la forma en que le has hablado. Él lo sabía. Yo lo sabía. Y él sabía que yo lo sabía.

—¿Qué importa? —replicó el magistrado—. Le he tratado como trataría a cualquier testigo.

—Pero él no es ningún testigo. Es el capitán del *Adventure*.

—Capitán en funciones.

—No te vengas con sutilezas. Ha servido como capitán de hecho durante más de dos años. Y hablarle de ese modo delante de su tripulación, exhibiendo tu escepticismo… ¿Qué fue lo que dijiste? «Dudo que sus ojos alcanzaran a ver con tanta claridad como asegura».

—Lo dudaba, Bobbie, y todavía lo dudo.

—Pero hacer semejante declaración delante de su tripulación equivale a provocar un motín.

—Tonterías —dijo sir John—. El capitán que no goza de la confianza de su tripulación no es capitán ni es nada.

—Eso nos enseñaron, mas también es cierto que los hombres como Hartsell tienen que tratar con criminales, con asesinos y con todo aquello que las levas consiguen rebañar de las capas más bajas de la sociedad. Para conservar la confianza de su tripulación, a veces un hombre tiene que mostrarse duro, inflexible y hasta caprichoso, pero nunca debe permitir que duden de él.

—Cada día trato con gente de esa clase en Bow Street y sé por experiencia que se obtiene mucho más respeto y confianza de ellos a través de la imparcialidad y la coherencia.

Era evidente que sir Robert estaba harto de discutir. Cogió a sir John por el brazo y lo condujo hasta las escaleras al tiempo que me instaba a seguirles. Sabía que mi jefe y señor raras veces permitía ser guiado de ese modo; un toque en el codo era cuanto estaba dispuesto a aceptar, pues detestaba que le recordaran que era ciego. Aun así, a su viejo amigo se lo toleraba.

—Con todo, Jack, reconozco que yo jamás habría conseguido sonsacar tanta información al teniente Hartsell.

—Es mi trabajo, Bobbie. Me temo, no obstante, que no me fue tan bien con el acusado. Parece que ese joven y tú hacéis buenas migas. Deberías instarle a que reflexione y hable en su defensa con mayor vigor. Actúa con languidez, como si se

hubiese dado por vencido. ¿Has nombrado ya un abogado para su defensa?

—Todavía no. La oferta en Londres es limitada.

—¿Ha de pertenecer a la Armada?

—Naturalmente.

—Estoy dispuesto a asesorarle, y le asesoraré si así lo deseas, pero le diré que combata el testimonio de Hartsell y busque otros testigos entre la tripulación.

—Ningún miembro de la tripulación se ha ofrecido a hablar, por lo menos los que están de permiso. En cuanto a lo que propones sobre el teniente Hartsell…

—¿Qué? ¿Insinúas que podría suscitar dudas? Ese, si me disculpas, es justamente el objetivo. Y no me hables de los tripulantes. Ninguno de ellos estará presente.

—Pero Jack, Hartsell es el capitán.

—Y todo lo que tiene que hacer es repetir una y otra vez: «Vi lo que vi», ¿no? Casi se diría que estaba diciendo: «Soy lo que soy», ¿no te parece?

—Es el capitán.

—Ah, Bobbie, estoy empezando a comprender que la jurisprudencia de alta mar difiere en mucho de la de tierra. Pero separémonos sin rencillas, querido amigo. Tú y yo compartimos demasiados buenos recuerdos. Te propongo una cosa. Cena con nosotros mañana por la noche y no mencionaremos una palabra de este asunto. Será una comida sencilla, pero te prometo que no faltará el vino.

Se habían detenido en Tower Hill. El edificio que alojaba a los oficiales del Ministerio de Marina se hallaba cerca. El almirante cogió la mano de sir John y la estrechó calurosamente entre las suyas.

—Mañana a los ocho. Número cuatro de Bow Street, encima del tribunal.

—Estoy deseando conocer a tu esposa. Hasta mañana a las ocho.

Sir Robert se alejó y su colosal figura de largo abrigo y robustas charreteras cruzó apresuradamente la calle. No se había despedido de mí, pero después de todo él era un almirante y yo un humilde miembro de la tripulación de sir John.

—Ahora, Jeremy, ve a buscar un coche.

—Hay uno esperando allí delante —dije.

—Pues hazle señales para que se acerque. Ya he tenido suficiente traqueteo por hoy.

Una vez en el coche, sir John se lamentó de haberse visto obligado a invitar al vicealmirante sir Robert Redmond.

—A Kate no le hará ninguna gracia —dijo tristemente—, estando convaleciente la señora Gredge. Con suerte, puede que para entonces la pobrecilla se haya recuperado lo suficiente para echar una mano.

—Ha dicho que se vio obligado, señor —le interrumpí—. No acabo de…

—Oh, es por lo del nombramiento de guardiamarina de Tom Durham. Confío en conseguir el apoyo de sir Robert. Estaba tan enfrascado en el interrogatorio de esos dos (reconozco que estuve grosero) que olvidé que había venido a mendigar. Luego vino la discusión con Bobbie, y juzgué de poco diplomático mencionar el tema con

un «Oh, a propósito». Tendremos que esperar a mañana por la noche. Debemos poner en marcha el asunto cuanto antes.

Recorrimos larga parte del trayecto en silencio. En un momento dado sir John comenzó a martillear el suelo del vehículo con su bastón. ¿Estaba meditando o era fruto de la impaciencia? Puesto que tenía un asunto que comentarle, esperé un rato, pero al final juzgué preferible hablar.

—¿Sir John?

—Dime, muchacho.

—Cuando preguntó al señor Landon si sabía de alguna razón que hubiese inducido al señor Hartsell a malinterpretar su acción con el capitán, el joven teniente miró al almirante con las cejas enarcadas y este le respondió frunciendo el entrecejo y negando ligeramente con la cabeza.

—¿De veras? Permiso solicitado, permiso denegado. Interesante, ¿no te parece?

—Sus relaciones parecen bastante informales.

—Cierto. Como esas montañas de hielo que flotan en los mares del norte, hay mucho más debajo de la superficie que sobre ella, mucho más de lo deseable.

A nuestro regreso nos esperaba una sorpresa. *Lady* Fielding había vuelto del Hogar de Magdalena para Prostitutas Arrepentidas con una muchacha para que le ayudara en la cocina. Dado que había mencionado su esperanza de encontrar una, no fue esa la sorpresa. Lo sorprendente fue que la muchacha en cuestión no era otra que Annie, la fregona coqueta y descarada de la cocina del difunto lord Goodhope. Recordé que *sir* John había expresado su temor de que acabara en las calles, y esa era la tortuosa ruta por la que había aterrizado en nuestra cocina.

Cuando *sir* John y yo entramos, encontramos a ambas mujeres enfrascadas casi con alegría en la preparación de la cena: pelando, cortando y hablando como hablan las mujeres cuando están en la cocina. De ahí había de surgir un estofado con las sobras del asado de la noche anterior —una carne demasiado buena para acabar así— y su delicioso aroma impregnaba el lugar. La señora Gredge no estaba.

Lady Fielding presentó a Annie Oakum como una muchacha del Hogar de Magdalena con cierta experiencia culinaria. Y añadió:

—Jack, Annie me ha contado que hace un año os conocisteis durante el infame asunto Goodhope. —*Lady* Fielding, todo sonrisas, parecía una maestra presentando a su mejor pupila.

—¡Desde luego! —exclamó *sir* John tendiendo su mano—. Naturalmente que te recuerdo, Annie, y me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado de nuevo.

Y así, la saludó como a una vieja amiga. Annie, con sus continuas reverencias y un «señor» cada tres palabras, era un ejemplo de educación. Estaba decidida a dar buena impresión y no había duda de que lo estaba consiguiendo. A mí me guiñó un ojo.

Tras invitar a *lady* Fielding al piso de arriba para mantener una «charla», *sir* John se encaminó a su despacho. Yo sabía mejor que mi señora el asunto que deseaba tratar. *Lady* Fielding estaba algo confundida.

—¿Podrás arreglártelas sola hasta que vuelva? —preguntó a Annie.

Annie.

—Quédese tranquila, señora. No tiene de qué preocuparse.

—No me preocuparé, Annie. Desde ahora estás al mando de la cocina.

Luego se volvió hacia mí con expresión ceñuda.

—Jeremy, ¿sabes dónde ha ido Tom? Lleva fuera mucho tiempo.

Por supuesto que lo sabía, pero solo habría conseguido inquietarla (¿cómo iba a explicarle que su hijo había ido a conocer a un expirata?). Así pues, me limité a revelarle los hechos que realmente conocía.

—La última vez que lo vi estaba paseando por Covent Garden con un viejo amigo.

—Espero que no sea uno de los que le indujeron a delinquir.

—Es un buen muchacho —dije—. Lo conozco bien.

—¿Responderías por él?

Reflexioné un breve instante.

—Sí —dije al fin—. Lo haría.

—Bien —repuso ella—, pero si Tom no regresa pronto, habré de enviarte a buscarlo.

Tras un firme asentimiento, *lady* Fielding se dirigió a la escalera. Annie y yo la seguimos con la mirada. Segura de que ya nadie podía oírnos, la muchacha estalló en una risa ahogada.

—Tendrías que haberte visto la cara —dijo—. Me mirabas boquiabierto. Tuve que hacer esfuerzos para no reír.

—La verdad —dije con cierto apuro—, no esperaba verte.

—No hace falta que lo jures —dijo la muchacha riendo de nuevo—. Pero más vale que te vayas acostumbrando a verme por aquí, viejo amigo, porque soy tu nueva cocinera.

—¿Tan segura estás? Es posible que la señora Gredge no tarde en recuperarse.

—Tu señora no opina lo mismo. Dijo que me daría una oportunidad, y una oportunidad es todo lo que pido. No deseo volver al lugar de donde vengo.

—¿Por qué? —pregunté ingenuamente—. ¿Tan horrible es la vida en el Hogar de Magdalena?

—No me refería a eso.

—Oh. —Me pregunté por un instante a qué se refería. Luego, mi joven mente se desvió hacia temas más prácticos—. Annie, disculpa la pregunta, pero ¿sabes cocinar? Pensaba que tú y Meg os limitabais a fregar cacharros.

Annie irguió la espalda y alzó el mentón.

—Pues bien, señor sabelotodo, deberías saber que Meggie y yo también

cocinábamos en aquella casa además de fregar. La cocinera nos consideraba sus aprendices y nos enseñó muchas cosas, aunque nunca firmó ningún papel. Dudo que pudiera hacerlo, siendo mujer. Aun así, aprendimos mucho de ella.

—¿Has… —comencé tímidamente— has tenido noticias de Meg desde que se fue a Lancashire?

—¿De modo que el gusto era mutuo?

Ignoré la pregunta, pues sabía que Annie no esperaba respuesta.

—No, no he tenido noticias de Meg y dudo que las tenga. Ella no sabe escribir y yo no sé leer.

Fue entonces cuando Tom Durham se ahorró el ultraje de ser arrastrado de la guarida del pirata. Subió las escaleras a grandes zancadas y entró en la cocina esbozando una amplia sonrisa, reflejo de una agradable tarde en compañía de Jimmie Bunkins y su jefe, Black Jack Bilbo. Tom no me pareció excepcional ni diferente del muchacho con quien había estado aquel mismo día.

Mas cuando me volví hacia Annie para presentarla, comprobé que ella, tan rápida con su lengua, se había quedado muda. Su rostro reflejaba un respeto casi reverencial.

Probablemente, Tom también lo notó. Sin embargo, con la buena educación que lo caracterizaba, alargó un brazo y estrechó la mano de la muchacha.

—¿Annie Oakum? Es un placer conocerla. Espero que pase con nosotros una buena temporada.

—Oh —dijo ella con un profundo suspiro—, yo también lo espero.

IV

En el que averiguamos cómo sir John Fielding perdió la vista

El caso es que aquella noche, después de la cena, Annie regresó al Hogar de Magdalena para Prostitutas Arrepentidas habiendo demostrado su entera capacidad para elaborar y mejorar la comida que lady Fielding había iniciado. La conversación con sir John se había alargado, y ello le brindó la oportunidad de condimentar el guiso a su gusto. Llegó al extremo de verter en la cazuela los restos de una botella de vino tinto, dejándonos a Tom y a mí boquiabiertos, pues nunca habíamos visto darle al vino semejante uso.

—Los franceses lo utilizan mucho en sus guisos —nos explicó Annie a modo de confidencia—. Es para darles sabor.

Ya fuese por el vino o por la diligente condimentación de pimienta y tomillo, el caso es que el estofado estaba delicioso. Sentados los cinco en torno a la mesa de la cocina, sir John y lady Fielding sumergieron la cuchara en sus respectivos platos para catarlo. La sonrisa que alumbró sus rostros entusiasmó a Annie y a mí me tranquilizó. Sir John volvió a hundir la cuchara y siguió comiendo con gran deleite. Lady Fielding se inclinó hacia su protegida y expresó su aprobación con un enérgico movimiento de la cabeza.

—Querida —dijo—, es el estofado más sabroso que he probado en mi vida. Sospecho que has añadido algo de tu propia cosecha.

—Me tomé algunas libertades, señora.

—No hay duda de que todas para bien.

—Delicioso, sencillamente delicioso —dijo sir John, sin abandonar su labor.

Así fue como quedó sellado el destino de la ausente señora Gredge. Después de visitarla, este había sido discutido junto con el futuro de Tom Durham en el despacho de sir John. El hecho de que en Annie tenían una sustituta de la señora Gredge quedó decidido en cuanto lady Fielding y sir John hubieron vaciado sus platos. Annie, naturalmente, estaría encantada. Solo quedaba informar a la pobre señora Gredge, y eso se disponían a hacer cuando procedí a recoger la mesa. Lady Fielding llenó un cuenco con los restos del estofado para subirlo a su habitación. Luego se volvió hacia mí con otro de sus enérgicos movimientos de cabeza.

—Jeremy —dijo—, quiero que acompañes a Annie en coche al hogar. ¿Te queda dinero de ayer?

—Sí.

—Bien, entonces acompáñala hasta la puerta del hogar y luego regresa. Dile al cochero que te espere. —Seguidamente, se dirigió a Annie—: Recoge todas tus cosas,

querida, y mañana por la tarde regresarás conmigo para instalarte en la habitación de la señora Gredge.

—Muchas gracias, señora.

—Y, por supuesto, te pagaremos. Sir John resolverá ese asunto contigo.

—Gracias, señora.

Dicho esto, lady Fielding se despidió de nosotros y, con el cuenco de estofado en la mano, subió las escaleras con sir John.

Y así, poco después, acompañé a Annie al hogar en coche. Toda la euforia que se debatía en el interior de la muchacha estalló en una ráfaga de apremiantes preguntas, si bien todas ellas tenían relación con «ese encantador, adorable muchacho» que le había presentado, Tom Durham.

Le conté muchas cosas de él, aunque no todas: que era el hijo de lady Fielding, que la muerte de su padre había degradado enormemente su situación e interrumpido su educación, que había zarpado en el *Adventure* dos años y medio atrás y servido en la India, que estaba decidido a hacerse de nuevo a la mar pero que (y aquí quizá me excedí) sir John esperaba conseguir su nombramiento de guardiamarina. Como es natural, omití las circunstancias que condujeron al reclutamiento de Tom en la Armada Real: su vida de delincuente y su cercano encuentro con el verdugo.

Annie escuchaba embelesada los detalles que yo le divulgaba. Cuando ya no tuve más que decir acerca de Tom, guardó silencio y miró por la ventana del carruaje. ¿Qué veía? En realidad poco importaba, pues estaba seguro de que por su cabeza solo rondaban pensamientos y fantasías relacionadas con su querido Tom. No sabía qué conclusiones sacar, pues nunca había tropezado con esta clase de emociones en las rudas calles de Covent Garden. Lo que había entre sir John y lady Fielding se acercaba más a una gran amistad que a esta repentina obsesión. ¿Era esta una inflación de mis tiernos sentimientos hacia Meg, su compañera de cocina? ¿O era esa gran cosa de la que hablaban los poetas? ¿Era el amor de Julieta por Romeo lo que sentía la descarada Annie por Tom? Probablemente no. Teniendo en cuenta la vida tan dura que la había traído hasta nosotros, confiaba en que no.

Antes de lo que esperaba, el coche se detuvo frente al Hogar de Magdalena. Indiqué al cochero que aguardara mi regreso si deseaba cobrar y acompañé a Annie hasta el portal. La temible directora la recibió con hostilidad.

—¿Ya estás de vuelta? —le espetó.

—Sí, pero no por mucho tiempo —respondió Annie elevando el mentón—. Mañana he de regresar para quedarme.

—Bien, señorita Engreída, veremos cuánto duras.

Ignorando el comentario, Annie me besó fugazmente en la mejilla.

—Gracias, Jeremy —me dijo, y desapareció dejando atrás a la negra figura.

Durante el trayecto de vuelta a Bow Street me sentí algo amohinado por el fugaz agradecimiento de Annie. ¿Acaso no éramos viejos amigos? ¿Tan encaprichada estaba con Tom Durham? Mas qué importaba eso, me dije, siempre que su

incorporación a la familia fuera para bien. Pues, a decir verdad, yo había de beneficiarme tanto como ellos. Aunque en los últimos doce meses había comido con deleite los guisos de la señora Gredge, siempre me parecieron demasiado suaves.

Llegué a la casa de Bow Street que tan bien conocía. Una vez dentro, saludé al señor Baker, quien, de todos los secretarios del tribunal, era el único presente a esa hora. Subí al primer piso y entré en la cocina, donde me aguardaba una agradable sorpresa. Durante mi ausencia alguien había hecho el fregado, y a conciencia. Como la cocina estaba desierta, subí al segundo piso, donde oí el zumbido de una voz profunda que surgía del dormitorio de la señora Gredge —la voz de sir John— y continué hasta la habitación del ático que ahora compartía con Tom Durham. Lo hallé cruzado sobre la cama, leyendo mi nuevo ejemplar del *Viaje alrededor del mundo* de lord Anson. Levantó la vista, sonrió y me mostró el libro.

—Hola —dijo—. ¿Es tuyo?

—Sí. Lo compré ayer, pero puedes leerlo.

—Ah, este Anson sí era un auténtico marinero, ¿no te parece?

Me mostré de acuerdo y escuché una inteligente disquisición sobre las proezas de George Anson como marino, navegante, combatiente y ministro de Marina. Cuando Tom hubo terminado, esbozó una triste sonrisa.

—¿Sabes quién me habló de Anson? El teniente Landon del *Adventure*, el mismo teniente Landon que ahora permanece recluido en su camarote falsamente acusado de asesinato. Fue él quien me ascendió a marinero de cubierta y posteriormente a marinero de trinquete.

—Dices que la acusación es falsa. ¿Podrías aportar pruebas en su favor?

—¡Ojalá! No, solo sé que un hombre de la honestidad del teniente Landon jamás podría hacer lo que se dice que ha hecho. Le conozco bien, pues hemos pasado muchas noches conversando frente a las costas de Coromandel y Malabar. Gracias a él llegué a amar el mar.

—Hoy conocí al teniente Landon —dije, lo cual no era del todo cierto, pues no nos habían presentado.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está animado?

Respondí con sinceridad.

—Habla en su defensa con poca convicción, o eso opina sir John.

—Hoy estuviste a bordo del *Adventure* con sir John. Cuéntame todo lo que viste y oíste. Por favor, Jeremy, tengo que saberlo.

Así pues, acabé ofreciendo a Tom Durham un informe tan exhaustivo y real como los que había dado a sir John hasta ahora. Tom escuchó con atención cuando le conté cómo el magistrado, en su astuto interrogatorio, casi obligó al teniente Hartsell a admitir que en ese momento no podía ver con tanta claridad como afirmaba. También le hablé de los oscuros murmullos que corrían entre la tripulación mientras sir John interrogaba a Hartsell. Luego pasé a mencionar los recelos del almirante, su comentario sobre la incitación a un motín y demás.

—¿Y qué dijo sir John a eso? —preguntó Tom, interrumpiéndome por primera vez.

—Dijo —agravé la voz para imitar al magistrado—: «Un capitán que no goza de la confianza de su tripulación no es un capitán».

Mi representación provocó las carcajadas de Tom. Luego, su rostro se ensombreció.

—Y tiene razón —dijo—. Pero lo cierto es que el teniente Hartsell no goza de la confianza de la tripulación, de modo que el almirante no iba desencaminado cuando sugirió la posibilidad de un motín.

—¿En pleno puerto? —pregunté con incredulidad—. ¿En Londres?

—Tal vez no —repuso Tom—, pero todo es posible en alta mar. Apuesto a que si Hartsell hubiese hecho su acusación contra el teniente Landon con anterioridad y la tripulación se hubiese enterado, se habría producido un motín en el *Adventure*. Cuando menos, Hartsell habría sufrido un accidente mortal. Estoy convencido de que esa fue la razón por la que no arrestó al teniente Landon ni hizo pública su acusación hasta la noche antes de echar anclas.

—¿Realmente era tan querido el teniente Landon?

—Era el oficial más competente, valiente y justo que hemos tenido. Puede que Hartsell hiciera de capitán, pero el líder del barco era Landon. ¿Pero qué hay de él? Cuéntame.

Y eso hice, aunque muy brevemente. Ojalá hubiese podido ofrecer a Tom una imagen más favorable de su oficial predilecto. Mas no tuve más remedio que describir a un hombre melancólico que nos recibió con la Biblia en la mano y resignado a su destino. Landon únicamente pudo ofrecer en su defensa que no había empujado al capitán por la borda, que su intención había sido atraerlo hacia sí, lo cual, en cualquier caso, sir John ya había comprendido.

(Como bien habrá observado, querido lector, oculté a Tom la peculiar relación entre el vicealmirante sir Robert Redmond y el teniente Landon, así como las miradas que intercambiaron en un momento crucial del interrogatorio. Había decidido que esa información pertenecía al magistrado y solo a él).

Comprendí que mi relato había entristecido a Tom Durham, pues cuando hube finalizado guardó silencio durante largo rato, si bien su rostro se mantenía inexpresivo. Sospeché que estaba inmerso en profundas reflexiones.

Finalmente se volvió hacia mí y dijo:

—Ojalá encontrara el modo de ayudarle.

—Tal vez se te presente alguno.

—Tal vez.

Hablamos de muchas otras cosas esa noche: de Black Jack Bilbo y Jimmie Bunkins; de la futura visita del almirante; de las extrañas vidas que ambos habíamos llevado —huérfanos, desarraigados, abandonados a nuestra suerte—, pero no fue hasta el final de la noche, mientras bostezábamos y nos disponíamos a dormir, que a

Tom se le ocurrió mencionar a Annie. Me preguntó acerca de quién era y de qué la conocía. Le hablé del caso Goodhope y le conté que Annie había trabajado en la cocina de la gran mansión de Saint James Street.

—¿De veras? —exclamó Tom—. Justamente hoy estuve allí. Es la casa de Bilbo.

—Exacto —dije.

—En fin, imagino que el difunto lord Goodhope ya no puede hacer mucho uso de ella.

Celebramos con risas sofocadas la macabra broma de Tom, como muchachos irreflexivos que éramos.

—Pero Annie es una cocinera magnífica, de eso no hay duda —añadió—. Y mirándolo bien, también bonita. Me gustaría conocerla mejor.

Estábamos debajo de la colcha, con la vela apagada, a punto de dormirnos, cuando recordé algo.

—Tom —dije—, ¿fuiste tú quien fregó los platos de la cena?

—No tiene importancia, camarada —respondió medio amodorrado.

—De todos modos, te lo agradezco.

—Somos compañeros, ¿no? —Instantes después me llegó su respiración profunda y regular.

Me había llamado camarada y compañero. Eso significaba, sin lugar a dudas, que éramos amigos. Medité alegremente sobre ello hasta que el sueño me venció.

Lady Fielding decidió, con el apoyo de sir John, que antes de la visita del almirante había que comprar un traje a Tom. Era seguro que sir Robert se presentaría vestido con su uniforme naval, por lo que resultaba impropio que un subordinado apareciese también uniformado.

—No, muchacho —dijo sir John a Tom—, no puede ser. Tu madre me ha descrito ese uniforme de retazos que ahora llevas. Comprendo que estés orgulloso de él, pero constituiría una afrenta para el almirante pedirle que se sentara a la mesa con un marinero ordinario.

—Pero…

—Y puesto que —continuó sir John, interrumpiendo la objeción de Tom—, y puesto que el objeto de su visita es conseguir su apoyo para tu nombramiento de guardiamarina, es preferible presentarte como el joven caballero que podrías haber sido si la suerte no se hubiese vuelto contra ti.

—Pero tendrá que hablarle de… de las circunstancias de mi reclutamiento.

—Lo haré en su momento. Mi intención de esta noche es mostrarte en tu mejor aspecto, bien vestido y bien hablado, y sembrar en su mente la idea de que un muchacho como tú sería un excelente guardiamarina y un magnífico oficial.

Tom capituló con un suspiro.

—Lo que usted diga, sir John.

—Exacto.

Y así fue como lady Fielding vio cumplido su deseo. No iba a poder, como era su deseo, ver a su hijo con un traje hecho a medida, adaptado a sus nuevas dimensiones, pero en la calle Chandos había tiendas respetables que vendían trajes de aceptable calidad y trajes usados de excelente calidad susceptibles de retoques. Decidió que lo llevaría allí.

Antes de partir, me entregó una lista con los comestibles que debía comprar en Covent Garden para la cena del almirante. El primer artículo era «un costado de cordero listo para asar».

—Es difícil encontrar cordero —murmuré.

—Ve a ver al señor Tolliver —repuso lady Fielding—. Seguro que a estas horas todavía le queda alguno. De lo contrario, me temo que tendrás que acercarte al mercado de Smithfield.

—De acuerdo —dije—. Salgo ahora mismo.

Y eso hice, abriéndome paso, como hacía la mayoría de los días, entre el gentío de la plaza, saltando de puesto en puesto, examinando la mercancía en busca de la mejor calidad. Me había convertido en un sabio comprador durante el año que llevaba con sir John. Satisfacer a la señora Gredge no era tarea fácil, pero gracias a lady Fielding había aprendido que comprar la pieza más grande no siempre significa comprar la mejor, que el color más vivo no siempre asegura el mejor sabor.

Durante nuestras visitas al Garden, me había sorprendido comprobar que lady Fielding evitaba el puesto de carne del señor Tolliver. Situado en una esquina del fondo de la plaza, no resultaba difícil eludirlo, pero no olvidaba que había sido justamente mi señora quien me condujo por primera vez al otro lado del Garden para presentarme al señor Tolliver, asegurándome que su carne era la mejor del mercado y que ofrecía los mejores trozos al mejor precio. Todo ello, sin embargo, fue antes de su matrimonio con sir John. Durante su breve noviazgo, yo había hecho entrega a lady Fielding de un mensaje del señor Tolliver, y luego le había visto salir de la casa de mi señora triste y abatido. Ahora sé, aunque a la sazón fui incapaz de percibirlo, que el carnicero de Covent Garden pretendía la mano de mi señora. Tras su matrimonio con sir John, lady Fielding debió de juzgar conveniente evitar por completo el puesto del señor Tolliver. Y así, siguiendo su ejemplo y sus directrices, comencé a frecuentar a sus competidores menores. Cuando deseaba algo especial, como el gran asado de buey servido en la cena de bienvenida a Tom, lady Fielding me enviaba al remoto mercado de Smithfield. Sin embargo, este día no. ¿Por qué? Incluso ahora, solo se me ocurre que se debiera a una cuestión de tiempo o calidad, pues la carne del señor Tolliver era tan buena como la de Smithfield, y lady Fielding lo sabía.

En cualquier caso, fue al puesto del señor Tolliver al que me dirigí ese cálido día de julio de 1769 en busca de «un costado de cordero listo para asar». Allí estaba el hombre, atendiendo a sus numerosos clientes. Me puse en la cola y mientras esperaba, me reconoció y me saludó con su enorme cabeza. Cuando llegó mi turno,

en lugar de esperar a que yo hablara, se apresuró a darme la bienvenida con cierto titubeo.

—Cuánto tiempo sin verte por aquí, Jeremy —dijo.

—Así es, señor —repuse—, aunque no estoy seguro del motivo.

—Me temo que yo sí.

—He estado yendo a Smithfield.

—Tienen buena carne allí, aunque no mejor que la mía, como pronto podrás comprobar. ¿Qué deseas?

Se lo dije y el hombre se acercó a la carne, descubrió una pequeña res muerta que colgaba separada de las demás, y con algunos giros ágiles de su enorme cuchillo cortó casi la mitad y luego siguió cortando un poco más. Tras ahuyentar las moscas, envolvió el resto de la res con su tela y mi carne con un trozo de papel. Me entregó el paquete.

—Es auténtico cordero —dijo—, nada de borrego. La pieza es más pequeña de lo que probablemente esperabas, de modo que te he añadido una pierna por mi cuenta. Considéralo como un regalo por tu regreso.

—Gracias, señor. —Le entregué las monedas una a una.

—De todos modos, me agrada verte tanto si me compras como si no. Eres un buen chico, Jeremy, y muy valiente. ¿Recuerdas el día que ahuyentamos a aquellos demonios vestidos de negro?

—Desde luego, señor —repliqué con entusiasmo.

—Les dimos una buena lección, ¿no crees? —El señor Tolliver meneó la cabeza y esbozó una extraña sonrisa, como si el recuerdo le provocara placer y dolor al mismo tiempo—. Dale recuerdos a tu señora. ¿Siguiente?

Una cocinera con prisas me empujó a un lado. Con el paquete de carne bajo un brazo y las demás compras llenando mis manos, emprendí el camino de vuelta a Bow Street. No sabía muy bien por qué, pero el encuentro me había emocionado. Si pudiéramos de jóvenes comprender nuestros sentimientos, cuán sabios seríamos.

Al llegar a casa encontré a un extraño en nuestra cocina, escuchando a sir John. Era un hombre menudo, poco distinguido, quizá un tendero o un secretario. Estrujando su tricornio entre las manos, me tendió una breve sonrisa nerviosa cuando me acerqué a la mesa para dejar los paquetes. La señora Gredge estaba sentada y vestida, en actitud de espera, sin mejor ni peor aspecto que el día anterior. Me echó un vistazo y bajó los ojos sin dejar de escuchar a sir John.

—… y dado que, teniendo en cuenta los largos y numerosos años que ha servido en mi casa, siento la obligación, o mejor dicho el deber, de velar por sus últimos años de vida, he decidido asignarle la cantidad mensual de una libra.

—Es usted muy generoso, señor —dijo el hombre, apretando el tricornio aún con más fuerza. Temí que acabara por aplastarlo.

—¿Está casado?

—Sí, señor.

—¿Tiene hijos?

—Dios nos ha bendecido con tres.

—El trío de pillos más ruidoso que he oído en mi vida —graznó la señora Gredge con su inimitable voz de grajo. Su lengua todavía parecía demasiado grande para su boca.

—Oh, madre —protestó el hombre y, por lo visto, su hijo—, hace cuatro años que no los ves. Han cambiado.

—Es posible —intervino sir John—, pero dígame, ¿cuántas habitaciones tiene su casa?

—Dos, señor.

—En ese caso, esta libra extraordinaria al mes les permitirá mudarse a un lugar más espacioso, uno donde su madre disponga de una habitación exclusiva para ella, privilegio del que siempre gozó con nosotros. Confío en que así lo haga. ¿Ha comprendido, señor Gredge?

—Oh, desde luego, señor, y estoy de acuerdo. Cuando Will Gredge da su palabra, señor, la mantiene. En el gremio de sastres soy famoso por eso.

—Magnífico —dijo sir John—. Podrá emplear el resto del dinero en mejorar su situación en general. La señora Gredge será la principal beneficiaria, por supuesto, pero usted y su familia merecen una recompensa por cuidarla.

—¡Adoro los dulces! —cacareó la señora Gredge con repentina vehemencia.

Sir John rio con fuerza.

—Cierto —dijo—, puede que demasiado. Preocúpese de darle alguno de vez en cuando, pero, sobre todo, que coma carne y verduras. ¿Puedo contar con usted?

—Por supuesto, señor.

—Bien. Puesto que todo ha quedado claro y acordado, acepte el primer pago de mi deuda con su madre por los servicios prestados en esta casa.

Y con eso, le tendió el billete de una libra que había guardado durante la conversación en la palma de su mano derecha. El señor Gredge aceptó felizmente el billete, demasiado felizmente diría yo, y se lo guardó en el bolsillo. Con todo, su respuesta pareció sincera.

—No le decepcionaré, señor. Ni a usted, madre. La cuidaré bien.

La señora Gredge se puso en pie con cierta dificultad, pero ganó la batalla y su victoria la animó a dar unos pasos en dirección a sir John. Le cogió la mano.

—Ha sido usted un buen amo, sir John Fielding —dijo—. El mejor amo que una puede desear, y me ha asegurado una buena vejez. Solo lamento que mi viejo cuerpo me haya fallado y no pueda seguir sirviéndole el resto de mis días.

Con la mano izquierda, sir John buscó el hombro de la mujer y la atrajo hacia sí para abrazarla.

—Gracias, señora Gredge. Y desde lo más hondo de mi corazón le agradezco lo que hizo por mi pobre, mi querida difunta Kitty. No pudo tener una enfermera más competente y amable que usted. Nadie hubiera podido tratarla mejor. Siempre la

recordaré por ello.

La señora Gredge se apartó al tiempo que las lágrimas surcaban sus ajadas mejillas.

—Estoy lista, Will —anunció—. Bájame el baúl.

—Cuando… —comenzó sir John. Luego se aclaró la garganta y comenzó de nuevo—: El primer día del próximo mes recibirá otro pago de una libra, Will Gredge. Espero que para entonces se hayan mudado a una casa más grande. No olvide comunicarnos la dirección.

—Descuide, señor, y gracias —replicó Will Gredge, inclinándose y arrastrando los pies.

—Jeremy —dijo sir John, sabedor de que yo estaba presente—, ayuda a la señora Gredge a bajar las escaleras. Su hijo tendrá las manos ocupadas. Luego pide un coche. —Moviendo enérgicamente la cabeza, dijo—: Adiós a todos. —Y cruzó la cocina que tan bien conocía en dirección a la escalera.

Will Gredge levantó el baúl con las pertenencias de su madre, el cual no resultó ser tan pesado pero sí abultado y difícil de acarrear.

—Vamos, madre.

El hijo bajó portando el baúl. La señora Gredge se apoyó en mí y lo seguimos lentamente, peldaño a peldaño. Para cuando llegamos abajo el señor Fuller, el alguacil del turno de día, ya se había personado para ayudar a Will. Entre ambos atravesaron el portal con el baúl sin apenas esfuerzo.

—Jeremy —dijo la señora Gredge mientras bajábamos—. Debo admitir que sir John estaba en lo cierto. Reconozco que tenía mis dudas, pero has resultado ser mucho mejor muchacho de lo que imaginaba. Cuida de sir John, obedécele en todo y ámale como amarías a tu padre si estuviera vivo.

—Así lo haré, señora Gredge.

—Tiene fe en ti, Jeremy, y grandes planes para tu futuro.

Habíamos alcanzado el portal de Bow Street. La ayudé a cruzarlo y vi que el señor Fuller ya había pedido un coche. Mientras él y Will entregaban el baúl al cochero, la señora Gredge me besó en la mejilla.

—Adiós, Jeremy. Cuídate.

—Adiós, señora. Nos veremos pronto.

—Si Dios quiere.

La ayudé a subir al coche y Will, que ya estaba dentro, tiró de ella. Nos manejábamos con torpeza y la mujer tropezó al entrar; pero dentro estaba, y la portezuela del coche se cerró tras ella. El conductor azuzó los caballos y el coche partió.

Me quedé solo en la acera. El señor Fuller se había marchado en cuanto el baúl estuvo cargado. Pensé que era mejor así, pues las lágrimas habían inundado mis ojos y comenzaban a caerme por las mejillas. Me enjugué el rostro, temeroso de que algún transeúnte reparara en ellas. En cierto modo, pensaba que era demasiado mayor para

llorar.

La desoladora despedida me había dejado tan apesadumbrado que cuando regresé a la cocina me senté frente a la mesa, presa del abatimiento. Ignoro cuánto tiempo estuve allí, pero cuando oí unos pasos que subían por la escalera, desperté de mi letargo y me puse a desempaquetar las cosas que había traído de Covent Garden.

Cuando apareció Tom Durham en un primer momento no lo reconocí, a pesar de que había entrado en la habitación con su madre y el juicio me dictaba que solo podía ser él. Tenía un aspecto espléndido con su nueva indumentaria, aunque originaba cambios en él que no había previsto. Parecía mucho mayor, más sereno y talentoso. Más tarde averigüé que la seria expresión de su cara se debía a la incomodidad que le provocaba el nuevo traje. Con todo, este le confería una imagen de madurez, la apariencia de un joven caballero de negocios. Los había visto muchas veces en el centro financiero de Londres.

—¿A que está elegante? —preguntó lady Fielding.

—Oh, desde luego.

—Parezco un palurdo —replicó tercamente Tom—. Lo sé porque he pasado un buen rato delante del espejo.

—Tuvimos mucha suerte —dijo emocionada lady Fielding—. Los pantalones son de confección y de un tejido de buena calidad. Le sientan muy bien, ¿no te parece, Jeremy?

—Sí.

—Ah, pero lo mejor es la chaqueta. ¡Qué chaqueta! Cierto que ya tuvo dueño, pero es evidente que apenas la usó. Solo hay que mirar los bordes y el magnífico trabajo de los ojales. Tócalos, Jeremy. Y parece hecha a su medida.

Toqué obedientemente donde me indicó. Tom parecía luchar contra el impulso de apartarse. De un lado, le compadecía por el ajetreo al que había sido sometido toda la mañana, pero sobre todo le envidiaba. El tejido era suave y resistente. Ciertamente era una chaqueta elegante.

—Me gustaría volver a mis viejas ropas, madre —dijo Tom, levantando el paquete que las contenía.

—Primero deja que te vea Jack.

—¡Pero si no puede verme!

—Te describiré con precisión y él sabrá crear la imagen en su mente. Es muy bueno en eso, Tom. A veces pienso que puede ver más que nosotros. ¿No tienes a veces esa misma impresión, Jeremy?

—Muchas más de las que imagina, señora.

—¿Está por aquí?

—Arriba, creo que en su estudio.

—Entonces iremos a su estudio. Vamos, Tom.

Lady Fielding partió en primer lugar. Cuando Tom se disponía a seguirla, giró expresivamente los ojos para mostrar lo mucho que le sorprendía lo que un muchacho

tenía que llegar a aguantar.

El resto del día lo dedicamos a prepararnos para la visita del vicealmirante sir Robert Redmond. Cuando lady Fielding bajó al fin, examinó mis compras y dio su aprobación, si bien se sorprendió de que me hubiese tomado la libertad de añadir una pierna de cordero al costado que ella me había encargado.

—Es un regalo del señor Tolliver —aclaré—, para atraernos de nuevo a su puesto.

Lady Fielding esbozó una sonrisa casi tan extraña como la que había visto en el rostro del carnicero.

—Ha sido muy amable. Quizá le hayamos tenido un poco abandonado. En lo sucesivo, Jeremy, puedes ir siempre al puesto del señor Tolliver, a menos que yo te indique lo contrario.

—Él asegura que su carne es tan buena como la de Smithfield —dije—, y creo que tiene razón.

—Muy bien, lo probaremos de nuevo, ¿de acuerdo? Pero ahora debo ir al Hogar. Tengo mucho que hacer allí antes de regresar con Annie y ponernos manos a la obra. Adiós, Jeremy.

Anduvo hasta la puerta, pero de repente se volvió y exclamó:

—¡Todo esto es tan emocionante! ¡Imagina a Tom de guardiamarina!

Luego desapareció por la puerta. Por el bien de todos, confié en que las cosas sucedieran como ella esperaba.

La partida de sir John fue mucho más silenciosa y sosegada. Atravesó la cocina a su hora habitual para dirigirse a la sala del tribunal.

—Tengo entendido, Jeremy, que apruebas la indumentaria de Tom.

—Desde luego, señor. No hay duda de que el almirante quedará impresionado.

—Eso es justamente lo que pretendemos.

Y siguió andando. Tanteó con el bastón la puerta que daba a la escalera y la abrió.

Como Tom no había bajado, imaginé que se hallaba en nuestra habitación, lamentando tal vez los ultrajes que su madre le había hecho padecer, tal vez leyendo el *Viaje alrededor del mundo* de lord Anson, tal vez haciendo ambas cosas. En cualquier caso, juzgué oportuno dejarlo solo. Abandonado a mi suerte, no tardé mucho en dirigirme a la sala del tribunal.

Sentía que últimamente la tenía algo olvidada. Con las compras, la limpieza y el alboroto previo a la llegada de Tom, apenas había dispuesto de tiempo y oportunidades para dedicarme a las cosas que más me gustaban. Y de todas ellas, la que más me gustaba era las horas que pasaba en la sala del magistrado del tribunal de Bow Street.

Como magistrado, sir John Fielding tenía poder para juzgar delitos menores, fallar pleitos menores y decretar el juicio de delitos capitales en el Tribunal de lo Criminal de Londres, que a la sazón eran numerosos y aún hoy son demasiados. Fue en esta

última especialidad donde sus célebres habilidades para investigar e interrogar comenzaron a destacar. Le había visto volver a un testigo del revés en infinidad de ocasiones, obligándole a admitir que en realidad no había visto lo que afirmaba haber visto, que solo lo había oído, o había oído hablar de ello, o había imaginado por otros factores que había ocurrido. Resultaba irónico que él, un hombre ciego, concediera tanta importancia a la evidencia de los ojos. (Así pues, querido lector, puede imaginar la frustración que sintió el magistrado tras el interrogatorio al capitán en funciones del *Adventure*).

Y una vez dicho todo esto, me temo que se sentirá decepcionado si le digo que en la sesión del tribunal a la que asistí ese día sir John no realizó ningún interrogatorio brillante, no volvió a nadie del revés ni instó a nadie a que le contara exclusivamente lo que había visto. Fue, como ocurría otros días en la sala del tribunal de sir John, una sesión más bien tediosa. Había una disputa entre un herrero y el conductor de un carruaje a cuenta del herrado de un caballo y de unas reparaciones en el vehículo que ascendían a dos libras. Sir John cerró la disputa amigablemente convenciendo al herrero de que aceptara tres cuartas partes de la suma convenida, que el herrero reconoció que era algo elevada, y en dos plazos. Dos hombres comparecieron ante sir John porque uno acusaba al otro de haberle agredido. El denunciante, no obstante, era mucho más corpulento que el denunciado, que parecía haberse llevado la peor parte. Según el agente Baker, que había aparecido en la escena y anotado la denuncia, solo se emplearon los puños, de modo que sir John determinó que la agresión fue mutua y absolvió al acusado, advirtiendo, no obstante, que si volvía a verlos por el tribunal, los declararía culpables de agresión y sancionaría a ambos con la misma multa.

Como puede ver, lector, hasta en los días más tranquilos sucedían en el tribunal cosas de interés para un muchacho de mi edad. Ver a sir John en acción un día tras otro me ayudaba a comprender el funcionamiento de su sorprendente mente, hecho que luego me ayudaría sobremanera en mi carrera de jurista.

El último caso del sumario de ese día fue de embriaguez en la vía pública, y resultó interesante no solo para mí sino también para sir John.

Los dos denunciados comparecieron ante sir John con aire desazonado. El señor Marsden, secretario del tribunal, leyó la querella contra ellos, de nombres Isaac Banneker y George Stonesifer, ambos marineros de la Armada Real. Cowley, el alguacil que efectuó el arresto, fue llamado a declarar y ofreció un breve informe sobre la detención de la pareja en la plaza Bloomsbury, donde estaban haciendo «un ruido considerable, señor».

—¿Discutían? —preguntó sir John.

—Oh, no, señor —respondió el agente Cowley—, todo lo contrario. Estaban muy alegres y cantaban a voz en grito para toda la plaza, pero hubo quejas. De hecho, mi presencia fue requerida por un lacayo de lord Mansfield.

—¿Por orden de lord Mansfield?

—Sí, señor.

—En fin —dijo sir John—, supongo que el presidente del Tribunal Supremo necesita dormir como todo el mundo. ¿Le dieron problemas estos dos alegres tenores cuando los invitó a visitar Bow Street?

—No, señor. Se habían bebido una botella de ginebra entera. Su único problema era mantenerse en pie. Les fallaban las piernas y les costaba caminar derechos, señor.

—Suele ocurrir —repuso sir John. Luego, dirigiéndose a Banneker y Stonesifer, dijo—: ¿Tienen algo que decir en su defensa?

—Señoría —dijo el primero—, no discutimos con el alguacil…

—¿Quién habla?

—Isaac Banneker, señoría.

—Continúe.

—Como iba diciendo, no discutimos con el alguacil. El hombre nos trató bien y seguramente ocurrió como él dice. En realidad, George y yo casi no recordamos nada. Desembarcamos ayer, recibimos la paga y el permiso. Para entonces ya era muy tarde. Decidimos comprar una botella y olvidarnos de las tabernas para ahorrar dinero. Caminamos hasta que encontramos un lugar tranquilo. Bebimos ginebra y empezamos a alegrarnos. Entonces George me dijo: «Isaac, ¿conoces esta?», y se puso a cantar la balada de *Molly en tierra*, y entonces…

—Eso es todo por ahora. Me gustaría oír a su compañero. ¿Es así como usted lo recuerda, señor Stonesifer?

—Sí, señor. Yo le canté esa canción y él me cantó otra. No recuerdo exactamente cuál, porque cantamos muchas. Nos estábamos divirtiendo de lo lindo, pero entonces llegó el alguacil y nos arrestó.

—¿Entonces se declaran culpables?

La pareja se miró, se encogió de hombros y respondió al unísono:

—Sí, señoría.

—Antes de proseguir —dijo sir John—, hay algo que me gustaría que me aclararan. Son marineros de la Armada Real, ¿no es así? Díganme, ¿cuál es su barco?

—El mismo que usted visitó ayer, señoría, el *Adventure* —respondió Isaac Banneker—. Hizo un buen trabajo con el señor Hartsell. Todos los tripulantes estábamos con usted, se lo aseguro.

Sir John, sorprendido por la respuesta, tardó en alzar la mano para silenciar al señor Banneker.

—Señor Banneker —dijo—, lo que yo hiciese o dejase de hacer ayer en el *Adventure* no concierne a este tribunal. Solo me interesa el asunto del permiso. ¿Dice que lo recibieron a altas horas de la noche?

—Bueno, por lo menos nuestro turno, señoría. Verá, poco después de que usted se fuera el bote empezó a hacer viajes entre el muelle y el *Adventure* hasta que toda la tripulación hubo desembarcado. El hecho nos sorprendió, pues lo normal es que el bote deje a quince tripulantes en tierra, recoja a veinte y luego desembarque a otros quince. Nos sorprendió que vaciaran el barco, sobre todo después de haber permitido

que subieran señoritas y licores para tenernos contentos. Pero aun así nos echaron a todos. No sé cuántos piensan regresar al *Adventure*, la verdad. George y yo fuimos el penúltimo grupo en desembarcar.

—De modo que ahora tendré a toda una tripulación de marineros borrachos jaraneando en mi jurisdicción. ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Toda la tripulación no, señoría. Los marineros indios, que suman unos cincuenta, los oficiales, los guardiamarinas y los suboficiales no desembarcaron. Hemos regresado a Londres algo escasos de personal. Yo diría que tendrá que vérselas con unos doscientos, señor, hasta que el *Adventure* leve anclas.

—Muy interesante —dijo el magistrado—. Alguien debió informarme de ello. Pero ahora tengo que vérmelas con ustedes dos, ¿no es cierto? Tengo dos opciones. Encerrarles en Newgate y dejar que cumplan una condena de treinta días por embriaguez en la vía pública, lo que significa que para cuando salgan el *Adventure* ya habrá zarpado y ustedes se habrán convertido en desertores, y ya saben cómo la Armada castiga a los desertores…

—Oh, sí, señor. ¿Pero no podríamos…?

—Silencio, por favor, no he terminado.

—Lo siento, señoría.

—Esa es una opción. La otra es esta: podría multarles y dejarles ir si me dan su palabra de que buscarán a sus compañeros y les comunicarán que no pienso tolerar conductas pendencieras y bulliciosas ni en Westminster ni en el municipio de Londres. Tales conductas serán severamente castigadas. Ahora, caballeros, dejaré que me ayuden a decidir. ¿Qué opción debo elegir?

—Oh, la segunda, señoría —contestó Isaac Banneker.

—Por favor, señor, la segunda —dijo George Stonesifer.

—Muy bien, que sea la segunda. Pero recuerden que no parten como hombres enteramente libres, pues se hallan bajo la obligación de difundir mi palabra tal como les he indicado. ¿Queda claro?

La pareja aceptó solemnemente las condiciones de sir John.

—La multa será de una libra cada uno. Paguen al señor Marsden.

La gente congregada en la sala encontró cierto divertimento en este último drama. Cuando sir John dio por concluida la sesión con un golpe de mazo, los espectadores procedieron a abandonar la sala sonriendo por la divertida resolución, aunque algo desconcertados por los detalles discutidos acerca de la fragata *Adventure*. Ellos ignoraban su significado, pero yo no.

Pues aunque el desembarco de la tripulación significaba que doscientas almas se habían sumado a la muchedumbre que ya poblaba las tascas, tabernas y cervecerías de la ciudad, también significaba que alguien —el teniente Hartsell o incluso el vicealmirante sir Robert Redmond— se había tomado muy en serio la posibilidad de un motín. Temían a la tripulación incluso en pleno puerto de Londres. La evaluación de la situación por parte de Tom Durham demostró ser, en cierto modo, acertada.

Aunque sentía el deseo de personarme en el despacho de sir John para comentarle el asunto, un impulso contrario me retuvo. Bajo su aspecto dominante, el magistrado parecía bastante contrariado por los acontecimientos que habían tenido y estaban teniendo lugar a bordo del *Adventure*. Así pues, decidí no importunarle y subí a casa, donde me entretuve limpiando y sacando brillo a la sala de estar en que, según me habían dicho, había de comenzar la reunión en honor del almirante.

Entrada la tarde, lady Fielding llegó del Hogar de Magdalena en compañía de Annie, que portaba un pequeño fardo con sus ropas y pertenencias. Tras dar el visto bueno a mi labor en el salón, lady Fielding corrió hasta la habitación del ático para pedir a Tom que se pusiera el traje nuevo. Me quedé en la cocina a solas con Annie. La muchacha me miró con severidad.

—Muy bien —dijo—, veamos qué me has traído para cocinar.

Annie se mostró satisfecha con las verduras, pero su interés se centró, sobre todo, en el paquete de carne que había comprado en el puesto del señor Tolliver. Lo abrí y Annie lo sometió a un examen exhaustivo.

—Mmmm, un costillar y una pierna —dijo, adelantando el labio inferior y asintiendo con la cabeza—. Esta noche no os levantaréis con hambre de la mesa. ¿Lo has comprado en Smithfield, Jeremy?

—No, en el Garden, en el puesto del señor Tolliver.

—Es buena carne. Pero dime, ¿la vieja que ocupaba mi puesto guardaba salsa de menta en algún lugar?

Creía haber visto un tarro no hacía mucho, mientras limpiaba las alacenas. Fui a buscarlo. Lo encontré cerrado, pero con grandes esfuerzos conseguí abrir la tapa. Annie hundió el dedo y cató el contenido.

—Esto servirá —dijo—, pero sé que en esta cocina no hay ajo ni especias, así que tendrás que correr hasta Covent Garden y comprarme una cabeza de ajo y un manojo de mejorana fresca. ¿Lo has entendido? Si tengo que preparar esta cena, por Dios que lo haré bien.

—Me prometiste una comida sencilla, Jack —dijo el almirante—, pero que me cuelguen si este no es el mejor cordero que he probado en mi vida.

—Me siento muy honrado, Bobbie.

—Tenemos una nueva cocinera —explicó *lady* Fielding—. Antes trabajaba en la cocina de lord Goodhope.

—Le ruego le haga llegar mi más sincera felicitación.

—Gracias —dijo *lady* Fielding—. Así lo haré.

—Lord Goodhope… Lord Goodhope —musitó *sir* Robert, tratando de refrescar su memoria—. Acabó mal, ¿verdad? Creo que tú tuviste algo que ver con ese vergonzoso asunto. ¿No llevaste a cabo una investigación?

—Así es —respondió *sir* John—. Y tienes razón, fue un asunto vergonzoso,

probablemente un asunto del que mi querida Kate no desea oír hablar en la mesa. En otra ocasión, quizá.

—Desde luego. Lo lamento, *lady* Fielding.

—No tiene de qué disculparse. Tom, la copa de *sir* Robert está vacía.

El hijo llenó con mano firme y generosa la copa del almirante.

—Gracias, muchacho —dijo *sir* Robert. Tras un largo sorbo, se dirigió a la mesa en general, aunque citando el nombre de su anfitrión—. Jack, realmente te envidio. Tienes una esposa encantadora y dos muchachos estupendos que te ayudan y reconfortan. En otras palabras, un verdadero hogar. En cambio yo, que nunca he estado casado, debo regresar a mis humildes habitaciones de la Torre y cenar a solas en el comedor de oficiales.

—¿Nunca ha estado casado? —preguntó *lady* Fielding—. ¡Qué lástima!

—He pasado demasiados años en el mar. Hubiera resultado injusto pedir a una mujer que soportara ausencias de dos o tres años a cambio de uno o dos meses de verdadera vida marital. Ahora que ya no vivo en el mar sino en tierra y que mi alcázar es un despacho, he empezado a desear que mi vida hubiese sido diferente, sobre todo cuando me hallo en una compañía como la de ahora.

—Pero todavía está a tiempo de casarse —le animó *lady* Fielding—. Todavía es usted un hombre fuerte y vigoroso.

—Por lo visto, la Armada no comparte su opinión, querida señora, o de lo contrario no me habría destinado al puesto que ahora ocupo. Mas por desgracia, me temo que estoy demasiado acostumbrado a la soltería para ser un buen marido. —*Sir* Robert sonrió para restar importancia al asunto—. Oh, admito que el deseo de ganarme su compasión, señora, me ha llevado a dibujar una imagen de mi situación más bien desoladora —prosiguió—. Llevo poco tiempo en Londres. En cuanto encuentre una casa adecuada, mi situación mejorará sobremanera. Entonces estaré en condiciones de corresponder a tu amable hospitalidad, Jack.

Lady Fielding, no obstante, insistió:

—¿Acaso son muchos los oficiales navales que, como usted, optan por la soltería?

—No todos, pero sí un número considerable.

—Detesto pensar que nunca vaya a tener nietos. Verá, mi hijo quiere hacer la carrera de marino.

En ese momento, el almirante enarcó las cejas y me miró.

—¿Se refiere a Jeremy? Me atrevería a asegurar que el muchacho promete. Sería un estupendo guardiamarina.

Antes de que *lady* Fielding pudiera corregir el error, *sir* John alzó la mano y habló:

—No, Bobbie, Jeremy quiere hacer la carrera de jurisprudencia, o por lo menos eso me ha dicho. Kate se refiere al hijo de su primer matrimonio, Tom Durham, que está sentado a tu derecha.

Naturalmente, el almirante se volvió hacia su derecha e inspeccionó a Tom. Parecía poco seguro de su valoración.

—No quiero resultar poco alentador —dijo—, pero la cuestión de la edad podría… ¿Qué edad tienes, joven?

—Dieciséis, *sir* Robert —respondió rápidamente Tom.

—¿Dieciséis? Te hubiera puesto por lo menos dieciocho, pero tu edad no se consideraría excesiva para un puesto de guardiamarina. ¿Qué opinión te merece la Armada, joven? La vida en el mar encierra una dureza difícil de imaginar. Se vive sometido a peligros continuos, no solo el de las guerras, sino también el de las tormentas. La gente que vive en tierra no puede imaginar los peligros que encierra una tormenta en alta mar.

—Creo que yo sí puedo, señor.

Lady Fielding los interrumpió impulsivamente.

—Tom ya conoce los peligros de los que usted habla, *sir* Robert.

—¿De veras? ¿Y cómo es eso? —preguntó el almirante, dirigiéndose a Tom.

Intrigado por la respuesta, dirigí mi atención a *sir* John, que ya había expresado sus dudas sobre la conveniencia de sacar a relucir las circunstancias del reclutamiento de Tom en la Armada. Aunque el magistrado, como de costumbre, tenía los ojos cubiertos por una banda de seda negra, haciéndolos ilegibles, advertí que había fruncido el entrecejo y detenido su tenedor a medio camino de la boca.

Finalmente, fue Tom quien respondió.

—He servido como marinero en el buque de su majestad *Adventure*, el último año como marinero de trinquete, señor.

En lugar de molestarse por la abrupta respuesta, el almirante sonrió.

—¡Caramba! —exclamó—. Me estaba preguntando sobre el origen de tu oscura tez y de tus andares de marinero, pues vistes y hablas como un caballero. —*Sir* Robert miró por un instante a *lady* Fielding y habló de nuevo a Tom—. Confío en que no hayas disgustado a tu madre escapándote al mar, como hacen algunos muchachos…

—No, señor, yo…

—Tom es un muchacho del tribunal —intervino *sir* John con voz queda y firme.

Tom calló y dejó que el magistrado explicara las desafortunadas circunstancias que habían originado su reclutamiento en la Armada Real. *Sir* John explicó que había necesitado la intercesión de la reina Carlota para salvar a Tom y a otro muchacho de la horca.

Sir Robert, que había mantenido un respetuoso silencio durante la larga conferencia de *sir* John, asintió con gravedad.

—Comprendo —dijo al fin—. Y ahora su madre quiere que sea oficial.

—No —replicó *sir* John—. Que quede claro que fue idea mía y solo mía conseguir el nombramiento de Tom como guardiamarina. Hace dos días, tras su regreso del *Adventure*, me encontré con un muchacho que amaba apasionadamente la

vida en el mar. Supe que durante su servicio en la estación de la India había pasado de marmitón a marinero ordinario y luego a marinero de trinquete. Pese a ser solo un muchacho, ha luchado contra piratas y corsarios, y ya conoces la crueldad con que estos últimos hacen su trabajo. Se ganó su ascenso por su actuación en la batalla. Me encontré con un joven educado hasta los trece años en la Escuela de Westminster y bendecido con los dones de la inteligencia, la fuerza y la entereza. En otras palabras, me encontré con un muchacho que podría ser un fantástico oficial de la Armada Real, un muchacho que hace tres años habría sido gustosamente aceptado como guardiamarina de no ser por el estigma que pesa sobre él. Sostengo que todavía puede ser un buen oficial y que su experiencia como marinero le convertiría en un guardiamarina excepcional.

—Hablas con gran convicción, Jack.

—Así es, Bobbie.

—Mentiría si digo que su nombramiento no generará oposiciones. Si su pasado se descubre, y por justicia habrá de desvelarse, algún miembro del Parlamento podría alegar: «¿No es preferible elegir al hijo del hacendado Comosellame de Northampton, un verdadero ángel?». No, no resultará fácil, pero creo que Tom Durham es tal como me lo has descrito y haré cuanto esté en mi mano para conseguir su nombramiento. Tienes mi palabra.

—No necesito más, viejo amigo.

—Con todo, Jack, déjame darte un consejo. Yo, en tu lugar, también estudiaría otras vías para alcanzar tu objetivo. Dijiste que te habías ganado el favor de la reina Carlota cuando intentaste enviar a este muchacho al mar. Su éxito a bordo del *Adventure* demuestra que tu plan de reclutar a los muchachos en la Armada es sumamente juicioso. ¿Por qué no le escribes hablándole de Tom y de tu deseo de verlo hecho guardiamarina? Su éxito como marinero fomentará la fe de la reina en tu empresa. Existen muchachos, no muchos pero algunos, que son nombrados directamente por el rey. Se les conoce como guardiamarina «por decreto del rey». Si el nombramiento de Tom procediera de esa fuente, nadie podría oponerse a él.

—Creía que esos decretos solo se concedían a hijos de la nobleza.

—Generalmente, pero no siempre. Creo que sería una negligencia de tu parte pasar por alto esa vía.

—En ese caso, seguiré tu consejo.

Sir John y el almirante zanjaron el asunto en tanto que apuraban sus respectivos platos. *Lady* Fielding se concentró en los escasos fragmentos de carne que quedaban en el hueso de su plato, pero fue incapaz de ocultar su satisfacción por que el asunto que ella misma había sacado a relucir se hubiese resuelto tan a su gusto. Solo los ojos de Tom y los míos quedaron vagando sin rumbo fijo. Miramos a un lado y a otro de la mesa y finalmente nos miramos el uno al otro. Tom me guiñó un ojo, yo le guiñé un ojo, y así comentamos favorablemente la representación.

El almirante y el magistrado ofrecieron sus platos para una segunda ración.

—Un poco más de cordero, si no es molestia —fue la petición de uno.

—Yo también repetiré —dijo el otro.

Tom se encargó de servir, ofreciendo a cada uno una segunda chuleta y un filete de la pierna. *Sir* John y *sir* Robert masticaron y tragaron en silencio. Pasaron algunos minutos. El vicealmirante fue el primero en hablar.

—Señora —dijo—, ¿debo suponer que usted también aprueba la carrera de su hijo?

—Así es —respondió *lady* Fielding—. Le aseguro, *sir* Robert, que mi hijo tendrá su vida en el mar sea de marinero o sea de oficial. Me lo ha dejado bien claro. Si mi marido cree que Tom puede ser un buen oficial, yo, naturalmente, apoyo su opinión.

—Como toda buena esposa haría, sin duda. No obstante, no puedo permitir que abrigue falsas esperanzas con respecto a la seguridad de los oficiales de la Armada Real. Cuando un barco se hunde en una tormenta, cosa que ocurre de tanto en tanto, los oficiales perecen junto con la tripulación. En el caso de una batalla, los oficiales están obligados a mantenerse firmes y dar ejemplo a sus hombres. Sus uniformes los convierten en el principal blanco de los mosquetes enemigos. En otras palabras, corren riesgos mayores que los marineros. No permita que nadie le diga lo contrario.

Durante el discurso, *sir* John se había mantenido imperturbable, escuchando y comiendo con el rostro impasible. Cuando hubo terminado, señaló su copa vacía y Tom se levantó para llenársela.

Lady Fielding, por su parte, había mirado al almirante directamente a los ojos en tanto asentía para darle a entender que era consciente de las severas posibilidades que le planteaba.

—Aun así —dijo al fin— mi hijo lo desea y mi marido también. Por tanto, poco queda que decir.

—Quizá quede algo que decir —la contradijo *sir* Robert— y trataré de ser breve. Es una historia que vale la pena contar por tres razones. La primera, porque muestra que ni siquiera los guardiamarinas son inmunes a los peligros que he descrito. La segunda, porque es un ejemplo de coraje que el joven Tom debería tomar como inspiración. En tercer lugar, porque creo que es una historia desconocida para los aquí presentes.

»Todo ocurrió durante el sitio de Cartagena, en la guerra contra los franceses y españoles que tuvo lugar hace treinta años. A la sazón, Cartagena era el principal puerto de los españoles en el mar Caribe, situado al sur de las Américas. En dicho puerto corría el oro y la plata y los españoles mantenían una escuadra de buques de guerra. No hay duda de que la captura de dicha escuadra habría representado el fulminante final de una guerra que duró muchos años, pues de ese modo habríamos cortado la fuente de ingresos de los españoles. Mas la campaña, que reunió al ejército y la Armada, a generales y almirantes, estuvo mal concebida y fue mal ejecutada.

»Naturalmente, había marinos en cada uno de nuestros barcos y batallones enteros del ejército en los buques de guerra, la mayoría de ellos —tanto marinos

como soldados— hombres novatos que jamás habían combatido. Dos fortalezas defendían la entrada al puerto interior, Boca Chica, que contaba con ochenta y cuatro cañones, y San José, que tenía treinta y seis. También poseían morteros, como muy pronto descubriríamos. Los generales insistieron en refrenar el asalto de sus soldados al puerto y la ciudad, y como dependía de la Armada abrir el paso en ambas fortalezas y tomarlas por asalto, algunos marinos desembarcaron en Boca Chica y un destacamento de marineros armados en San José. El *Resolute*, nuestro barco, desembarcó a sus marinos en la oscuridad de la noche, en posición de cañoneo con respecto al fuerte. Los marinos sumaban un centenar, y su traslado a tierra junto con el armamento exigió varios viajes en balandra. Para cuando el último marino hubo desembarcado, había amanecido y el bombardeo había comenzado. El guardiamarina que dirigía la balandra comprendió que era imposible regresar al *Resolute* y ordenó a sus remeros que cogieran sus pistolas y chifles para unirse a los marinos de la playa.

»El guardiamarina se personó con su tripulación ante el teniente del barco que estaba al mando del destacamento desembarcado. El teniente puso inmediatamente a este joven, que apenas tenía un año más que Tom, al mando de una batería de morteros trasladada desde el barco, pues aunque los marinos no eran numerosos estaban bien armados. Habían levantado precipitadamente un parapeto de arena y maderos de la playa que luego cubrieron con pedazos de cuero. De ese modo quedaban suficientemente protegidos de los disparos de mosquete de los españoles pero no de los morteros, pues cuando ellos disparaban desde la trinchera sus pequeños morteros contra la fortaleza, los españoles respondían con los suyos, que eran mayores. Así lucharon mientras el combate principal tenía lugar entre los cañones de la flota, mucho más numerosos, y los ochenta y cuatro cañones del fuerte de Boca Chica. La contienda duró gran parte de la mañana (un terrible estruendo envolvía la playa) y se produjeron bajas entre el destacamento desembarcado, incluida la de su dirigente, el teniente del *Resolute*, que fue destrozado por una ronda de morteros españoles.

»Cuando el guardiamarina, que en un mes había de pasar su examen para teniente, supo lo ocurrido, corrió a ocupar el lugar del oficial fallecido y dejó al mando de su batería de morteros a un sargento. Fue este sargento quien me contó toda la historia. Hacia el final de la mañana, los cañones del buque abrieron una brecha en el muro de la fortaleza. El guardiamarina comprendió que había llegado la hora de actuar. Recogió el mosquete de un marino muerto y ordenó a sus hombres que prepararan sus bayonetas. Saltó por encima del parapeto y, para señalar el avance, disparó el mosquete en dirección a la fortaleza. En el calor de la batalla un hombre falto de experiencia y serenidad puede, por error, duplicar la carga de su mosquete. El marino muerto que había cedido su arma al guardiamarina debió de estar tan nervioso que triplicó la carga del suyo, pues, según contó el sargento, cuando el guardiamarina disparó se produjo un tremendo fogonazo. El joven se tambaleó, recobró el equilibrio y envainó la espada del oficial que se había ceñido al cinturón. Blandió el arma,

apuntó hacia adelante y ordenó el avance de su grupo, bayoneta en mano, a paso ligero.

»Sé por experiencia que los hombres, cuando actúan en masa, son capaces de un coraje insospechado, pero necesitan un guía. El guardiamarina guio literalmente a los hombres a través de esa extensión de playa. Los españoles, sorprendidos por el repentino avance e ignorando si una segunda o tercera línea de marinos se ocultaba detrás del parapeto, comenzaron a abandonar sus cañones, los cuales, en cualquier caso, carecían de utilidad frente a un asalto a pie, pues apuntaban hacia el puerto. El bombardeo de la flota estalló. Muy pronto los marinos, dirigidos por el guardiamarina, avanzaron hasta un punto donde los morteros no podían alcanzarles. Con todo, comenzó a caer sobre ellos el fuego de los mosquetes de la retaguardia que los españoles habían dejado para cubrir la precipitada salida de los cañoneros. El guardiamarina detuvo en dos ocasiones el progreso para ordenar a sus hombres que combatieran el fuego de los mosquetes y volvieran a cargar sus armas. Después de la segunda descarga se hallaban a solo unos pasos de la brecha abierta en el muro del fuerte. Blandiendo la espada y con un potente grito, el guardiamarina los instó a cruzar la abertura. Los hombres corrieron con él y lo adelantaron, pero el guardiamarina chocó contra el muro.

»Quedó tumbado en el suelo, aturdido, mientras los marinos y sus remeros atravesaban el muro para desconcierto de los españoles que aún resistían. Los defensores del fuerte que no se rendían, huían. Boca Chica había caído. El sargento, creyendo que el joven guardiamarina estaba herido o muerto, regresó al muro, donde lo halló de pie, todavía aturdido pero incapaz de ver. El fogonazo del mosquete le había dejado ciego. El valeroso avance por la playa había sido dirigido por un hombre ciego.

Escuchamos el emocionante relato anonadados. El sorprendente final hizo estremecer a *lady* Fielding. Tom y yo nos miramos estupefactos. Solo *sir* John permanecía impasible.

—Y ese joven guardiamarina se halla esta noche entre nosotros —dijo *sir* Robert—. De hecho, está sentado a la cabeza de esta mesa. Su nombre era y sigue siendo *sir* John Fielding.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. *Sir* John callaba. Cuando finalmente habló, lo hizo con voz serena, casi coloquial.

—Oh, Bobbie —protestó—, detesto estropear un buen relato, pero lo cierto es que conservaba algo de visión en mi ojo izquierdo, pues lo había cerrado al apuntar el cañón del mosquete. Podía distinguir la forma global del fuerte y pensé que si llevaba a los hombres hasta allí, ellos harían el resto. Y así ocurrió. Esos muchachos fueron muy valientes.

—Pero finalmente perdiste la poca visión que te quedaba, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo *sir* John—. Regresé a Jamaica en el barco hospital. Creo que perdí totalmente la visión a causa de los gusanos. No me atendieron en todo el

viaje. ¿Os imagináis un barco hospital sin ningún médico a bordo?

—Jack, supongo que hicieron lo que pudieron. Si el resto de la batalla hubiese dependido de nosotros, te habrían enviado a casa cubierto de medallas y galones.

—Pero ciego.

—Pero ciego —convino *sir* Robert—. No obstante, te ascendieron a teniente.

—Sí, e inmediatamente después me jubilaron con medio sueldo. Fue cuanto tuve hasta que mi hermano Henry se hizo cargo de mí.

—Todos los del *Resolute* estábamos orgullosos de ti. Tus jóvenes compañeros guardiamarinas siempre te consideramos un héroe. El capitán y el capellán organizaron un oficio en tu honor.

—Y estoy agradecido, desde luego. Pero hablemos de otras cosas, ¿no te parece?

No fue tarea fácil. El peso del relato de *sir* Robert empañó el resto de la velada. Comimos el *puding* de Annie prácticamente en silencio. *Lady* Fielding ni siquiera lo probó.

Finalizada la cena, *sir* John propuso una copa de oporto y *lady* Fielding anunció su retirada. *Sir* Robert rehusó la invitación. Se levantó y agradeció efusivamente a su anfitriona la excelente cena y la amabilidad que le había dispensado. Le aseguró que haría cuanto estuviera en su mano para ayudar a su hijo. Ella se lo agradeció calurosamente y se marchó en dirección a la cocina.

El resto atravesamos el salón y llegamos a la entrada principal del número 4 de Bow Street, que raras veces utilizábamos.

—Jeremy, ¿te importaría recoger el sombrero de *sir* Robert? —me preguntó *sir* John.

—Enseguida, señor.

Y fui hasta la cocina, donde encontré el sombrero engalonado que yo mismo había colgado de una percha. También encontré a mi señora sentada a la mesa, llorando mientras Annie trataba de consolarla. Deseé consolarla a mi vez, pero tenía que volver con el tricornio del almirante.

Cuando llegué a la puerta, los dos hombres estaban hablando con tono grave mientras Tom se mantenía ligeramente apartado.

—Aun así —estaba diciendo *sir* John—, habría preferido que no lo hubieras contado en presencia de ella.

—Pero Jack, las mujeres deben saber qué ocurre en las guerras.

—¿Por qué?

—Para que no aplaudan con tanto entusiasmo cuando embarcamos.

—¿Preferirías que lloraran?

—Sería más apropiado.

—Sí, lo sería.

Sir Robert recogió el sombrero de mi mano con indiferencia.

—Jack —dijo—, sé que prometimos no hablar del tema que tratamos ayer, pero el médico del barco, MacNaughton, ha sido localizado en Portsmouth, listo para

embarcar.

—También a mí me extraña. ¿Crees que podrías acompañarme mañana a Portsmouth para interrogarlo?

—Hace siglos que no salgo de Londres. Te acompañaré, Bobbie, y también Jeremy, si consigo que el señor Saunders Welch se haga cargo de mis casos del día.

V

En el que viajamos a Portsmouth y soy momentáneamente reclutado

El siguiente día comenzó tranquilo, pero transcurrió con una rapidez pasmosa. Por la mañana sir John me dictó una carta dirigida al señor Saunders Welch, magistrado de los distritos allende de los de sir John. En ella le rogaba que atendiera sus casos, civiles y criminales, previstos para el día siguiente. Una vez dictada, sir John firmó en el lugar donde le coloqué la mano con la pluma. Una vez firmada, la sellé con cera. Una vez sellada, la entregué a la persona a quien iba dirigida.

Saunders Welch era un hombre apuesto que parecía muy satisfecho de sí mismo. Aceptó la misiva con una mano lánguida, suave y aseada como la de un noble. La abrió con soltura y leyó.

—¿Así que sir John quiere que cubra su puesto?

—Supongo, señor, si eso dice la carta. —Obviamente, conocía el contenido, pues había hecho de amanuense de sir John.

—¿Tiene previsto salir de la ciudad?

—No me lo ha dicho, señor. —De hecho, se lo había dicho al vicealmirante sir Robert Redmond; yo simplemente estaba presente cuando lo hizo.

—¡Caray! —exclamó consternado el señor Welch ante mi ignorancia.

Giró rápidamente sobre sus talones y caminó a grandes zancadas hasta un escritorio situado en un recodo del despacho. Sin sentarse siquiera, hundió una pluma en el tintero y garabateó un mensaje al pie de la carta. Tras secarla y doblarla de nuevo, me la entregó sin sellar.

—Puedes irte, muchacho.

—De acuerdo, señor —dije, encantado de abandonar ese lugar.

Salí a paso ligero de lo que era la casa y el tribunal del magistrado, ambos alojados en un edificio que parecía dos veces más grande que el de sir John. Una vez me hube alejado, abrí la carta —imaginando que si su contenido hubiese sido verdaderamente confidencial, el señor Saunders Welch la habría sellado— y leí la respuesta: «Será un placer, S. W.».

El corazón me dio un vuelco. Sir John iba a viajar a Portsmouth, el hogar de la Armada de Su Majestad, y yo viajaría con él.

A decir verdad, el señor Welch no podía rechazar la petición de sir John, dado que este le había sustituido en numerosas ocasiones. Yo sabía por la señora Gredge que en un principio existía animosidad entre ambos magistrados. Cuando en 1754 Henry Fielding anunció su intención de abandonar Bow Street y viajar a Portugal por motivos de salud (de donde nunca regresó, pues murió allí antes de cumplir el año), el

señor Welch confió en que le nombraran su sucesor. No obstante, fue el hermanastro de Henry, sir John, quien recibió el nombramiento de magistrado del tribunal de Bow Street. El señor Welch, dominado por la envidia y la amargura, dio a entender que un hombre ciego no podía hacer el trabajo (aun cuando sir John ya había demostrado su valía como juez en Bow Street). El señor Welch se estableció fuera de la jurisdicción de John Fielding y muy pronto comprendió que le convenía hacer las paces, pues se ausentaba con frecuencia y necesitaba un sustituto. La balanza de favores prestados estaba desequilibrada. Hacía casi un año que sir John no pedía al señor Welch que le reemplazara.

Con la noticia en la mano y la expectación creciendo en mi pecho, salvé corriendo casi toda la distancia que me separaba de Bow Street. Encontré al magistrado reunido con su secretario y a duras penas pude aguardar a que terminaran. Cuando finalmente lo hicieron, y antes de que pudiera hacerle entrega de la carta, sir John se volvió bruscamente hacia mí y habló.

—¿Qué sucede, Jeremy? No has dejado de sudar y brincar desde tu llegada. Creo que nunca te he visto tan alterado.

—El señor Saunders Welch ha aceptado, ha dicho que será un placer.

—¿Cómo lo sabes? No dudo que habrá dado su aprobación por escrito.

—Bueno, la escribió al pie de la carta que le entregué, señor, y… y no la selló.

—Y lo que no está sellado es caza no vedada, ¿es esa tu norma? —Sir John hablaba con tono burlón, pues a menudo gustaba de fastidiarme, y leí la sonrisa en su cara.

—¿No le parece justo, sir John?

—En lo sucesivo recordaré tu norma y advertiré de ella a mis correspondientes. Pero resulta que ya contaba con la aceptación del señor Welch y mi querida Kate me ha preparado el equipaje. Estoy listo para partir en cuanto termine la sesión. Te aconsejo que corras a hacer tu equipaje. No querrás que te dejemos aquí, ¿verdad?

—¡No, señor!

Y sin más, corrí hacia la escalera perseguido por la risa de sir John.

Cuando irrumpí en la cocina, encontré a Tom sentado a la mesa y a Annie apoyada sobre una alacena. Aunque no había nada extraño en la postura, conducta o tono de ambos, parecían sobresaltados por mi aparición. (¿Realmente lo advertí entonces, o el tiempo me ha dado esta sabiduría retrospectiva?).

—He de hacerme el equipaje —anuncié sin aliento.

—¿Adónde vas? —preguntó Annie.

—A Portsmouth. Pero Tom, ¿qué debo llevarme? Nunca he hecho un equipaje.

—No necesitas mucho… Una camisa limpia, un…

—Había pensado ponerme mi camisa limpia hoy.

—No, la que llevas está bien. Es preferible guardarse la limpia para el segundo día. Y unas medias. ¿Tienes unas medias limpias?

—Y debes llevarte el chaleco que mi madre me compró ayer.

—Oh, no puedo hacer eso.

—Por supuesto que puedes. Te cabrá todo en mi bolsa si lo doblamos correctamente. No podemos permitir que deambules por Portsmouth con un fardo colgado de un palo. ¿Qué pensaría el almirante? Vamos, yo te ayudaré.

Me entregué a él por completo. Tom había viajado por el mundo y sabía de estas cosas, mientras que yo había hecho un único viaje en toda mi vida, y fue a Londres sin otro equipaje que un fardo de ropa a la espalda. Mientras subíamos a nuestra habitación, solo podía pensar en lo estupendo que era tener un amigo sabio y generoso en un momento como este.

Tenía la impresión de que llevábamos una eternidad sufriendo tumbos y sacudidas, mas teniendo en cuenta que el sol seguía alto en el cielo de julio, no podían haber pasado más de cuatro o cinco horas. Aunque sir Robert había prometido un viaje agradable en su carruaje de cuatro caballos, yo habría preferido caminar. Los asientos eran blandos, pero debajo de ellos había algo duro e inflexible que castigaba el espinazo pero dejaba ilesas las nalgas.

A mis compañeros de viaje no parecía importarles, pues todos eran más pesados que yo y no daban tantos tumbos ni tan altos. Éramos cuatro. Aparte del almirante, sir John y yo, estaba el teniente que había visto en la oficina del almirante, un hombre corpulento que pesaba más de doscientas libras. Sir Robert había elegido al teniente —de nombre Byner— como abogado del acusado. Al principio del viaje, mientras cruzábamos lentamente Londres y todavía era posible hablar dentro del coche, sir John preguntó al teniente si había recibido formación jurídica. El hombre respondió con un audible «¡No!», pero aseguró que estaría encantado de aprender cuanto el magistrado deseara enseñarle. Aquello debió de parecerle a sir John un mal comienzo, pues no ahondó en el tema.

Una vez en la carretera, la conversación se hizo imposible. Con el girar de las ruedas, las pisadas galopantes de los cascos de los caballos, el traqueteo del vehículo y las sacudidas de los pasajeros, nada podía decirse que no fuera a gritos. Solo en los intervalos en que los caballos reducían la marcha para descansar era posible reanudar la conversación. En uno de esos intervalos el almirante anunció que había previsto parar en una posada del camino.

—¿No esperarás que hagamos noche en ella? —dijo sir John.

—Por supuesto que no. Dormiremos en el George de Portsmouth. Aunque nos demoremos, estoy seguro de que nos harán un sitio.

Sir John gruñó en señal de aprobación.

—Simplemente pensé que algo de cena nos vendría bien. Aunque es algo pronto para comer, no encontraremos un lugar mejor hasta nuestro destino, aunque me temo que no podrá competir con el banquete de ayer noche. Fue el cordero más tierno, sabroso y mejor condimentado que he probado en mi vida.

Me pregunté si Annie estaba informada de la opinión del almirante.

—De acuerdo, pero no quiero que se nos caiga la noche encima, Bobbie. Los caminos que llevan al sur están llenos de salteadores.

—¡Nadie se atrevería a asaltarnos!

—Desde luego que se atreverían. Los salteadores son gente intrépida.

Poco después, con gran alboroto de riendas y cascos, nos detuvimos en la posada que sir Robert había designado como punto de descanso. El lugar era de aspecto vulgar. Había visto muchos como ese durante mi viaje a Londres: dos plantas de construcción irregular, una reliquia del siglo pasado o incluso del anterior. Había dos caballos atados a la entrada y un coche más pequeño que el nuestro estacionado a un lado, donde los caballos podían beber.

El interior de la posada no resultó ser mejor que la fachada. En el comedor, una estancia oscura, estrecha y poco acogedora, estaban los pasajeros del carruaje pequeño, un matrimonio de aspecto respetable, y en el recodo del fondo dos hombres de baja condición que parecían llevar mucho rato sentados a la mesa bebiendo. Cuando tomé asiento junto al hombre y su esposa, observé que estaban a punto de apurar su cena, compuesta de pan, queso y una botella de vino.

—En esta posada hacen un buen estofado —informó el almirante.

—Entonces comeré estofado, Bobbie, y también Jeremy.

—¿Ha oído, posadero? —vociferó sir Robert al hombre que había detrás del mostrador—. Sirva cuatro estofados y traiga una botella de vino y otra de *brandy*.

El posadero se apresuró a servirnos. Nos trajo la bebida antes que la comida. Colocó cuatro vasos frente a nosotros y destapó el vino. Llenó los vasos y dejó la botella sobre la mesa.

—El hombre acusa una sed terrible cuando viaja —comentó el almirante tras vaciar la mitad de su vaso—. ¿No crees, Jack?

—En realidad viajo muy poco, de modo que no puedo opinar.

—Bien, brindemos por la salud de los aquí reunidos.

—Y por la del teniente Landon —añadió sir John alzando el vaso.

—¿Qué? Ah, sí, por supuesto.

Probé el vino. Tenía un sabor áspero, amargo, muy diferente de los que había probado en casa de sir John, pero al almirante no pareció importarle. El teniente Byner, que se limitó a dar un ligero sorbo, no lo encontró de su agrado.

Mientras el posadero nos servía el estofado, la pareja sentada a nuestro lado se levantó. El hombre dejó algunas monedas sobre la mesa y condujo a su mujer hasta la puerta. De repente se produjo un alboroto en la mesa de la esquina. Afiné la vista y vi que uno de los tipos tiraba hacia atrás a su compañero. Cruzaron unas palabras en voz baja y me pareció que uno de ellos asentía con la cabeza en nuestra dirección.

—Bobbie, durante mi sesión de ayer en el tribunal ocurrió algo realmente curioso.

—Cuéntame, Jack.

—Llegaron dos marineros del *Adventure* acusados de escándalo público por

embriaguez.

Sir Robert rompió a reír con tan poca contención que un trozo de estofado escapó de su boca y le rodó por el mentón. Tras limpiarlo, apuró su vaso de vino y lo llenó de nuevo.

—¿Qué tiene de curioso un marinero borracho? —dijo finalmente—. En mi opinión, un marinero borracho es la cosa menos curiosa de este mundo. Pon a un marinero en tierra y solo hará dos cosas: emborracharse y pillar la gonorrea. —Rio de nuevo, pero esta vez con moderación.

—Puede —dijo sir John—, pero lo sorprendente es que esos dos hombres declararon que la misma noche de su arresto habían recibido permiso para abandonar el *Adventure*, que de hecho toda la tripulación había desembarcado.

—¡No es cierto! Los marineros indios siguen a bordo. No sería buena idea dejar a cincuenta negros sueltos por Londres.

—¿Insinúas que doscientos borrachos blancos a la caza de prostitutas no son motivo de preocupación?

—Hombre…

—A mí, desde luego, me preocupan —dijo sir John—. Con la ayuda de mis alguaciles conseguimos mantener la paz en Westminster, pero no es tarea fácil.

—Me temo, no obstante —dijo el almirante con cierto tono de censura—, que parte de la culpa es tuya. Tu espectáculo con el capitán agitó a la tripulación. Temía la posibilidad de un motín, de modo que les di permiso para desembarcar.

—Permiso por adelantado, supongo.

—Ofrecí al teniente Hartsell una opción y él la aceptó. No resultó fácil conseguir permisos y pagas para todos. Exigió un enorme esfuerzo por parte del administrador, ¿verdad, teniente Byner?

—¡Así es, señor! —respondió el rollizo teniente.

—Se pasó media noche en el muelle de la Torre contando libras y peniques a la luz de una vela. Pero Jack, no empañemos nuestra pequeña excursión con este tema. Veo que has terminado tu estofado. ¿Por qué no apuras tu vaso para que pueda llenártelo de *brandy*?

Sir Robert levantó la botella y extrajo el tapón.

—No, gracias —rehusó sir John—. Aguanto bien el vino, pero los licores me vencen.

—Y pensar que eras el mayor borrachín de todos nosotros. En fin…

Sir Robert vació su vaso de vino y lo llenó de *brandy*. Luego se lo bebió de un trago.

—¿Y tú, muchacho? —me preguntó—. ¿Quieres probar un poco de *brandy*?

—No, señor, pero le agradezco la invitación —respondí con suma educación.

El vicealmirante sir Robert Redmond estaba mostrando un lado de su personalidad que yo desconocía. Ya parecía medio embriagado. Recordé su comedimiento de la noche anterior. Sería un fastidio que se desplomara borracho en

esta posada. ¿Qué haríamos entonces? El teniente parecía preocupado, y por la severa expresión de los labios de sir John, comprendí que este no recibiría bien semejante posibilidad.

Contemplé a los dos hombres de la mesa del fondo. El estado del almirante y nuestro malestar parecía interesarles y divertirles. ¿Y por qué no? Sir Robert iba vestido de uniforme, al igual que su teniente. ¿Cuántas veces tenía uno la oportunidad de ver a un almirante borracho?

(La respuesta es: demasiadas, como el lector probablemente habrá imaginado).

Sir John se levantó bruscamente al tiempo que me indicaba con una mano que le siguiera. Yo, como es natural, obedecí.

—Creo que es hora de irnos, Bobbie.

Se produjo un gran ajetreo a mi derecha. La pareja de la mesa del fondo dejó unas monedas sobre la mesa y partió apresuradamente. ¿A qué se debía esa prisa repentina? Su actitud, pese a ser yo un ignorante, me dio mala espina.

—Oh, siéntate Jack. Tenemos tiempo de sobras. Si llegamos tarde, haré que un par de tenientes desalojen sus habitaciones. El George no osaría defraudarme.

—Quedan pocas horas de luz, Bobbie. Deberíamos ponernos en camino.

—Supongo que tienes razón. ¡Posadero! ¿Qué le debo? Me llevo conmigo la botella de *brandy*. Pero hágame un buen precio o calumniaré su nombre desde Portsmouth hasta Londres.

Mientras sir Robert ajustaba cuentas, insistiendo en obtener un recibo para su informe de gastos, guie a sir John por el estrecho pasillo que corría entre las mesas con algunos golpes en el codo y una o dos palabras al oído. Una vez fuera, reparé en que los dos caballos ya no estaban. Decidí que debía mencionar a sir John lo que había visto.

—Señor —dije en voz baja—, en un rincón del comedor había dos hombres bebiendo que se marcharon precipitadamente cuando usted se levantó y dijo que era hora de partir.

—Buena observación, Jeremy. También yo reparé en ellos, incluso conseguí oír algo de lo que hablaban. Pero lléveme hasta el coche y hablaré con el conductor y el lacayo.

Y eso hizo, mas me había ordenado que entrara en el vehículo y no pude oír nada. El semblante del lacayo, un joven marino como el cochero, parecía preocupado cuando ayudó a sir John a instalarse en el asiento contiguo al mío. Poco después se unió a nosotros el almirante. El teniente Byner había trepado hasta el techo del vehículo, donde estaba el equipaje. Bajó al cabo de escasos minutos.

—¿De modo, Jack, que crees que hay salteadores en este camino? —preguntó sir Robert.

—Sí, lo creo. Este camino no es diferente del resto de los de Inglaterra.

—Entre, señor Byner, y partamos de una vez.

El teniente entró con su voluminoso cuerpo por la portezuela del coche y la cerró

tras de sí. Observé que portaba un objeto de cuero con correas debajo del brazo. Se derrumbó en el asiento junto al almirante justo cuando el coche arrancaba y los caballos comenzaban a ganar velocidad.

—Si aparece algún salteador —dijo sir Robert—, estoy preparado para recibirlo.

Golpeó el espacio del asiento que mediaba entre él y el teniente. El señor Byner colocó allí el bulto y lo descubrió. Entonces aparecieron no una, sino dos pistolas enormes, cada una embutida en lo que ahora sé que eran unas pistoleras.

—Imagino —dijo sir John— que estás mostrando algún tipo de arma de fuego.

—Dos. El mejor par de pistolas que se han fabricado jamás. ¿Le parece justa mi descripción, señor Byner?

—Muy justa, señor.

—Se las gané en una partida de *whist* a un capitán de caballería. Son idóneas como pistolas ecuestres. Cada una mide cerca de dos pies de largo. Son lo bastante pesadas para disparar una enorme bala, pero también equilibradas, de modo que parecen mucho más ligeras de lo que en realidad son. ¿Quieres probar una, Jack?

—No, Bobbie. No he vuelto a disparar desde que aquel arma me estalló en la cara.

—¿Qué? Oh, claro, comprendo. —El almirante guardó silencio, pero solo por un breve instante—. No hace mucho que las tengo —prosiguió—, y espero que pronto me llegue el momento de probarlas. ¡Dejemos que los salteadores se nos acerquen!

—Confío en que no lo hagan —dijo sir John—. Y también confío en que detengas el coche y ordenes al teniente que devuelva eso a su lugar.

—¿Están cargadas, señor Byner?

El teniente hizo lo que yo no habría tenido valor de hacer. Inclinándose hacia la ventana, buscó la luz y miró por el cañón de las pistolas.

—Están cargadas, señor —respondió, devolviendo las armas a sus respectivas fundas.

—Bien —dijo el almirante—. Si fallan, ya tendré a quién culpar.

El teniente frunció el entrecejo, pero contuvo el impulso de examinar las pistolas una segunda vez.

Este último intercambio con el teniente Byner se había producido a gritos, pues el coche había alcanzado su velocidad máxima. Observé a mis acompañantes a fin de estudiar su actitud y sus pensamientos. Sir John, a quien tenía de perfil, estaba muy serio. El teniente parecía inquieto y sus ojos recorrían nerviosos el interior del coche, las pistolas y la ventana. Sir Robert abrió jactanciosamente la botella de *brandy* y bebió un largo trago. Luego la tapó y se la colocó a un lado.

Durante un buen rato trotamos por una región de campos y bosques. Por la posición del sol, supuse que eran algo más de las siete de la tarde. Quedaban algunas horas de luz, pero cada vez que el camino cruzaba un bosque, algunos densos y largos, caía sobre nosotros una noche falsa, tan oscura era la sombra de los elevados árboles.

Atravesábamos uno de esos trechos sombreados cuando, justo al salir de una curva, el cochero detuvo inesperadamente los caballos.

Los que íbamos dentro del coche sufrimos una fuerte sacudida. Las pistolas cayeron al suelo. El teniente, preso del pánico, se inclinó para recuperarlas pero se le volvieron a caer.

—¿Por qué nos hemos detenido? —vociferó el almirante.

—Porque hay dos hombres armados en el camino, señor —fue la respuesta.

—Lacayo, tiene una escopeta de caza y dos pistolas. Utilícelas.

—No puedo, señor.

—¿Por qué?

—Porque uno de ellos me está apuntando con su pistola al corazón. No puedo hacer nada, señor.

Oí la risa áspera de los salteadores y el avance parsimonioso de unos cascos.

—Por Dios que yo sí puedo —dijo sir Robert en voz baja.

Arrebató una pistola al teniente, que finalmente las había recuperado. Abrió la puerta y, tras tomarse un breve instante para calmarse y apuntar, apretó el gatillo. Se produjo una sonora explosión, seguida de lo que solo puede describirse como el relincho estridente de un caballo, y luego una explosión procedente de arriba.

Me incliné hacia adelante para ver qué había ocurrido. Sir John me empujó contra el respaldo del asiento y allí me retuvo.

—¡Maldita sea! He disparado al caballo.

Con mayor rapidez de la que habíamos empleado para detenernos, reanudamos la marcha. Las ruedas apenas habían dado dos vueltas cuando vi por la ventana a la pobre bestia moribunda tirada a un lado del camino. El almirante cerró la puerta con un golpe seco.

—¡Diantre! —gritó.

El teniente se encogió de miedo. Sir John y yo estábamos paralizados. Sir Robert Redmond alcanzó la otra pistola.

La ventana estalló. Algo había atravesado el respaldo de mi asiento, rozando mi cabeza. Miré aterrorizado a sir John, pero este parecía ileso. Solo entonces me desasió.

—Creo que encontrarás la bala exactamente entre nuestras dos cabezas, Jeremy —dijo.

Miré y hurgué en un agujero más largo que mi dedo y noté algo duro y todavía caliente.

Sir Robert quiso abrir la portezuela para disparar de nuevo, pero sir John le contuvo con una palmada en la rodilla.

—Maldita sea, Jack, no debí darle al caballo. Es una pena disparar a un animal como ese.

Se recostó en el asiento jadeando, sudando y murmurando para sus adentros:

—No debí matar a ese caballo.

Agarró la botella de *brandy* y bebió otro trago.

Todavía transcurrió un rato antes de que el cochero juzgara oportuno parar, y cuando lo hizo fue en un espacio abierto flanqueado de extensos campos. El lacayo bajó y abrió la puerta. Tenía en sus manos una escopeta de caza con el cañón más largo que había visto en mi vida.

—¿Todos bien, señor?

—Anduvo muy cerca, pero estamos bien.

Por lo visto, cuando el tiro del almirante derribó al caballo, el otro salteador estaba tan aturdido que el lacayo tuvo tiempo de apuntarle con el rifle y desmontarlo de la silla de un disparo. No obstante, el jinete a quien sir Robert disparara había logrado saltar de su caballo moribundo, y se hallaba a un lado del camino empuñando su pistola cuando el cochero reanudó la marcha. Fue él quien colocó la bala entre sir John y yo.

El lacayo, un suboficial, había expiado su falta a los ojos de su superior al matar a uno de los ladrones. El hombre aceptó la felicitación de sir Robert con modestia.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, señor. Les interesará saber que los hombres que nos asaltaron eran los mismos que estaban en la posada. Ni siquiera llevaban máscaras. —Y haciendo un saludo reglamentario, añadió—: Puesto que todos están bien, reanudaremos la marcha, señor.

Cerró la puerta del coche y el conductor cumplió la promesa del lacayo. El vehículo avanzaba a un ritmo comedido para dar un respiro a los caballos.

—¿Has oído eso, Jack? A plena luz del día y no llevaban máscaras.

—Lo he oído.

—Estos caminos ya no son seguros.

—Te lo advertí.

—Deberías hacer algo al respecto.

—Mi jurisdicción no llega hasta tan lejos, Bobbie. Pero ya que lo mencionas, se me ha pedido que instaure una patrulla montada en los caminos que rodean Londres. No me parece una buena idea.

—¿Por qué? Algo debe hacerse.

—La mayoría de mis alguaciles no saben montar a caballo. Apenas pueden mantenerse sobre la silla más de dos segundos seguidos. Tendría que contratar a hombres expertos, y ni el Parlamento ni el alcalde están dispuestos a destinar fondos para ese fin. En mi opinión, este trabajo compete al ejército. El cuerpo de caballería debería dejarse de tanto desfile y hacer algo útil.

—El trabajo del ejército consiste en librar guerras, Jack.

—Afortunadamente, en este momento no hay guerras que librar.

Sir Robert, no sabiendo qué responder, cogió la botella de *brandy* y le dio otro trago. De hecho, a medida que oscurecía, fue bebiendo a intervalos regulares hasta casi vaciar la botella. Para cuando hubo anochecido, dormía profundamente con la cabeza dando tumbos sobre el hombro del señor Byner.

Los caballos siguieron corcoveando en la oscuridad hasta que asomaron los primeros corros de luces. Estos eran algo más que los pueblos por los que habíamos pasado durante el viaje. Intuí que habíamos alcanzado los aledaños de Portsmouth.

El almirante seguía durmiendo, aunque sus sueños parecían turbarle. Creciendo en inquietud, sacudía la cabeza de un lado a otro para desasosiego del señor Byner, que cambiaba continuamente de postura para tratar de acomodar a su superior. Sir Robert comenzó a hablar en sueños, bien que en voz baja y de forma ininteligible. Agucé el oído, pero solo capté algunas palabras —«juicio», «nada que alegar», y el nombre de una mujer, «Margaret»— de las muchas que musitaba. Sir John también parecía interesado en esa oscura comunicación con el reino de los sueños. Se inclinó ligeramente hacia adelante, en esa postura atenta que tantas veces le había observado adoptar en el tribunal. El teniente, no obstante, parecía azorado por la inesperada locuacidad de su superior.

Cuando los caballos aminoraron la marcha y entramos en Portsmouth, sir Robert alcanzó una especie de clímax terrorífico. Todavía en sueños, comenzó a hablar —mejor dicho, a gritar—, esta vez de modo bastante inteligible.

—¡No —decía—, no pueden culparme, no pueden!

Y siguió protestando mientras sir John le propinaba fuertes palmadas en el muslo.

—¡Despierta, Bobbie, despierta! Es solo un mal sueño.

El durmiente abrió los ojos al tiempo que emitía un último «¡No!». Parpadeó. Miró alrededor.

—¿Un sueño? —dijo con voz tímida—. Una pesadilla, eso es lo que era.

Inopinadamente, se inclinó hacia sir John y lo cogió por las dos manos.

—Jack, debes hacer lo posible por salvar a mi sobrino. Busca testigos, enseña tus trucos a Byner. Haz lo que tengas que hacer, pero sálvalo.

—¿El teniente Landon es tu sobrino? —preguntó el magistrado, no con sorpresa, sino como si buscara la confirmación de un testigo.

—¡Sí, sí! Y en el sueño me estaba juzgando. ¡A mí! Él y su madre, mi hermana Margaret, y otra persona que mantuvo el rostro oculto hasta el final. Cuando lo vi era yo mismo. Me juzgaban y me condenaban a muerte, ignoro por qué. Fue horrible, horrible. Yo, el juez, aprobaba el veredicto. ¡Me estaba condenando a mí mismo!

—¡Bobbie, escúchame! Es preciso que te descalifiques. No puedes presidir el jurado de un tribunal militar que ha de juzgar a tu propio sobrino.

—Debo hacerlo, debo llegar hasta el final. Es lo que se espera de mí. Esto es la Armada, Jack, no una de tus sesiones jurídicas.

—Supongo que tienes razón.

Durante la conversación, el teniente —y confieso que yo también— miraba a uno y otro y escuchaba estupefacto. Probablemente conocía la situación, pero en apariencia no. Yo, por mi parte, comprendí por fin el motivo de la informal relación entre el almirante y el teniente Landon. Mas no todas las preguntas estaban despejadas, no, no todas.

El cochero detuvo el carruaje. Sir Robert, todavía adormilado, ignoraba dónde estábamos y probablemente temía la posibilidad de otro asalto. Se giró y asomó bruscamente la cabeza por la ventanilla del coche.

En ese preciso instante llegó un grito del cochero.

—Hemos llegado al George, señor.

A la mañana siguiente desperté con la luz del sol y un delicioso olor a mar. No era el Támesis cargado de inmundicias que corría bajo nuestra ventana, sino el inmenso, extenso, fulgurante mar. Salté de la cama y me acerqué a la ventana con toda la rapidez que me permitían mis silenciosos pies, para ver lo que estaba oliendo.

Y allí encontré el mar, frente a mí, mas sobre él —¡qué espectáculo, qué regalo para la vista!— estaba anclada lo que para mis ojos debía de ser la Marina Real al completo. (Naturalmente, no lo era: había barcos en Spithead, barcos en Bristol y barcos de servicio en cada punto de la brújula). Yo, que tenía al *Adventure* por una fragata excepcionalmente grande, no estaba preparado para encontrar tan cerca de mí dos y hasta tres fragatas de similares dimensiones y formas. Y aún estaba menos preparado para aquellos colosales buques de guerra de setenta y cuatro y ochenta cañones, anclados en el puerto un poco más lejos. Pero había otras embarcaciones —balandras, botes, guardacostas, esquifes—, de todas las formas y tamaños. Algunos barcos pequeños navegaban sobre la enorme boca del puerto, pero la mayoría estaban parados, meciéndose al sol de la mañana. Los mástiles desnudos, la velas arriadas sobre las vergas, daban al puerto el aspecto de un bosque movedizo.

Deseoso de ver más allá de lo que la ventana podía ofrecerme, corrí a lavarme y, recordando el consejo de Tom Durham, me puse la camisa y las medias limpias. Hice cuanto pude por dominar mi pelo indomable, supervisé los resultados en el espejo de la pared y los juzgué satisfactorios. Luego me senté a esperar.

Sir John había dormido profundamente durante mis preparativos y tenía todo el aspecto de querer dormir el resto de la mañana, lo cual, obviamente, no podía hacer. Cuando menos, debía estar presente durante el interrogatorio al médico que había servido en la fragata *Adventure*. Y, conociéndole como le conocía, no se limitaría a escuchar. Pensé que debía despertarle. ¿Podría hacerlo con discreción? Tosí ligeramente. Su respiración profunda y regular no se alteró. Tosí con más fuerza, pero solo obtuve de sir John una vaga agitación. Quizá era demasiado pronto para despertarle. Solo quería su permiso para dar una vuelta por el puerto. Estaba seguro de que me lo daría. ¿Qué sentido tenía despertarle? Tal vez sería mejor que saliera sin hacer ruido y bajara a consultar el reloj de la posada. Entonces, si juzgaba que era hora de levantarlo, regresaría a la habitación y le despertaría. Pero ya que bajaba, bien podía salir y echar una rápida ojeada al puerto. ¿Qué mal había en ello?

Así pues, abrí la puerta, salí con sigilo y la cerré tras de mí. Bajé las escaleras y desemboqué en una sala en la que no había reparado la noche anterior. El George era

una posada grande, con tres plantas y tantas habitaciones como las grandes posadas de Londres. Deambulé por la estancia y pronto encontré el reloj, un enorme cachivache más alto que yo.

—Es usted todo un madrugador, jovencito.

Advertí que el reloj apenas marcaba las seis y media.

El caballero que había hablado, seguramente el dueño de la posada, era un tipo de aspecto saludable, rostro rubicundo y estómago prominente. Llevaba en la mano una bandeja en la que agolpaba los vasos y botellas esparcidos por la sala.

—Ignoraba que fuese tan temprano —dije.

—No tienes de qué avergonzarte —repuso el posadero—. Yo soy el madrugador de mi familia. Mi hijo abre la posada por la noche y sirve licores y vino a los jóvenes tenientes. Como yo siempre me levanto a las cinco, hago la limpieza. Pero ¿y tú? ¿Qué te trae tan temprano por aquí abajo?

Reflexioné un instante.

—En mi casa soy el encargado de encender el fuego de la cocina por las mañanas —dije—, así que estoy acostumbrado a despertarme a las seis.

—Todos somos criaturas de costumbres —declaró el posadero.

—Había pensado dar una vuelta por el puerto.

—Tenemos un buen puerto. —El hombre rumió un instante y añadió con cautela —: Pero no te alejes de la posada. Últimamente las bandas han estado rondando por aquí, y un muchacho solo es justamente lo que buscan.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Hazlo, muchacho —insistió el posadero, volviendo a su trabajo—. Te deseo una feliz mañana.

Salí de la posada algo perplejo. ¿Qué bandas eran esas que buscaban muchachos jóvenes como yo? Londres estaba repleto de bandas dedicadas al robo y el saqueo. Pero ¿robar muchachos de las calles? En mi vida había oído barbaridad semejante. ¿Qué hacían con ellos? ¿Venderlos como esclavos a los turcos? La Armada Real no lo permitiría, y Portsmouth era y sigue siendo el hogar de la Armada. Quizá hubiera debido hacer más preguntas al posadero.

Pero tan poseído estaba por la vista y el olor a mar, que no regresé para hacer más preguntas. Rodeé la posada para obtener una mejor vista y fui a parar a la fachada del George que daba directamente al puerto. Descubrí que este era aún más largo y ancho de lo que había imaginado, y había muchos más barcos anclados, algunos de ellos en recodos bastante cerrados. Otros estaban atracados en alta mar. No podía dejar de mirar y aspirar el aire. ¡Qué maravilla!

Pero ¿no sería aún más maravilloso si me acercaba un poco más? No lejos del dique había un arcén. Sin duda vería más y mejor desde allí. Así pues, confiando en la capacidad de la Armada Real para mantener el orden en su hogar y diciéndome que jamás había oído hablar de bandas que cometieran sus vilezas a las seis y media de la mañana, caminé en dirección al dique.

Nunca llegué a mi destino, pues a medio camino, cuando doblaba una esquina, me asaltó un grupo de hombres que esperaban a alguien como yo: un muchacho ingenuo e inocente que desconociera sus sucias estratagemas.

Para ser tantos, actuaba con sumo sigilo. No había intuido su presencia. Al doblar la esquina, se abalanzaron sobre mí cinco hombres armados con listones. ¡Cómo luché! Y grité con tanta fuerza que debí de despertar a los habitantes de las casas vecinas, que era justamente mi intención. Mas nadie salió en mi ayuda. ¿Cómo podían mostrarse tan indiferentes a los apuros de un pobre muchacho? ¿Qué clase de gente residía en Portsmouth?

Me arrastraron a empujones hasta un sexto miembro de la banda. ¿Y qué fue lo que descubrí? Que el hombre lucía el uniforme de teniente de la Armada Real. Me resistía a creer que alguien con semejante cargo de confianza y autoridad participara en prácticas delictivas. No obstante, mientras resollaba, incapaz de hablar por la sorpresa, advertí que los hombres que me sujetaban vestían a su vez ropas de marinero. ¿Acaso existían bandas organizadas dentro de la Armada?

—¿Servirá este, señor? —preguntó uno de los matones.

—Déjame echarle un vistazo —respondió dubitativamente el teniente.

Y empezó a zarandearme y cachearme, estrujándome aquí y allá.

—¡Basta! —grité yo, que no estaba acostumbrado a que me trataran como a un ternero—. Soy un ciudadano inglés nacido libre.

—¿De veras? —repuso el teniente con tono burlón—. Pues bien, muchacho, así es como tratamos a los insolentes como tú.

Y me propinó sendas bofetadas en las orejas. Nadie antes me había agredido de forma igual (y nadie volvió a hacerlo nunca). Inmovilizado, no tuve más remedio que padecer la afrenta y soportar el consiguiente pitido que atacaba mis oídos.

—Imagino que servirá. No es un muchacho de campo, pero con lo delgado que es podría llegar a vigía.

—Desde luego, señor. Y es más fuerte de lo que parece.

—Eso me tranquiliza. Y dime, señorito inglés, ¿vives en Portsmouth?

—Por supuesto que no —respondí acaloradamente—. Soy londinense, a mucho orgullo.

—Estupendo —dijo el teniente—. Llevadlo al bote.

Mis secuestradores me dieron la vuelta y me arrastraron a empujones hacia el dique, donde supuse que les aguardaba un bote. Pensé en desasirme y correr hasta la posada, mas con dos hombres a cada lado cogiéndome de los hombros y el cabecilla sujetándome la muñeca, resultaba imposible huir. Así pues, traté de dialogar con el teniente.

—Señor, soy el ayudante de sir John Fielding. Hemos venido a Portsmouth con el vicealmirante sir Robert Redmond.

—Cuéntame otro cuento, muchacho. ¿Y por qué no con el mismísimo ministro de Marina?

—Nos alojamos en el George. Si no me cree, vaya a la posada y pregunte.

—No hay tiempo. Debemos partir enseguida.

Y como no tenía elección, caminé en silencio un corto trecho. En ese momento oí a mi espalda los pasos de un caminante solitario y me hice el rezagado, obligando a mis secuestradores a empujarme y arrastrarme y consiguiendo de ese modo que aminoraran la marcha. Al fin advertí por los pasos sobre los guijarros que el caminante estaba a punto de darnos alcance. En ese momento eché la cabeza hacia atrás y grité:

—¡Socorro! ¡Me han secuestrado! ¡Dé la alarma!

Mi espalda recibió el contundente azote de un listón por el problema causado, y luego otro. Pero por lo menos había conseguido detener el grupo y despertar la curiosidad en el transeúnte, que resultó ser nada más y nada menos que el ayudante del almirante, el teniente Byner.

—¡Señor Byner! —grité.

El hombre me miró con cierta curiosidad, me saludó y siguió su camino.

—¡Dígales quién soy!

Deteniéndose de nuevo, puso cara de profunda reflexión.

—¿Cómo te llamas? —se preguntó a sí mismo—. Jeremy, ¿verdad? Me dijeron tu apellido, pero soy un desastre para estas cosas. De modo que habrá de bastarme con «Jeremy». Hola, Jeremy.

—¿Viajé o no viajé con usted y el almirante hasta Portsmouth?

—Sí, claro que sí —respondió el señor Byner frunciendo el entrecejo—. ¡Ah, ya comprendo! Tienes problemas, ¿no es eso? ¿Te gustaría que respondiera por ti?

—¡Claro que me gustaría!

Para entonces había conseguido, cuando menos, crear cierta confusión entre los malhechores de la banda. Los marineros se miraron incómodos y su cabecilla, el teniente, dio un paso al frente y se presentó. El teniente Byner se presentó a su vez y se dieron la mano como caballeros. Charlaron durante un rato y luego, bajando la voz, discutieron mi situación. Cuando al fin oí al señor Byner decir algo de que al almirante no le gustaría, me tranquilicé.

—Le causaría problemas, ¿comprendes?

—En ese caso, puedes llevártelo. Reconozco que dijo algo al respecto, pero no le creí. Oímos tantas historias, que si una esposa y siete hijos que mantener… ya sabes.

—Oh, desde luego.

—Pero no debemos causar problemas al almirante, ¿verdad? —El villano teniente miró a sus compinches—. Muy bien, compañeros, regresemos al punto de partida. Si nos funcionó una vez, puede funcionarnos de nuevo.

Sin una disculpa, los marineros me soltaron a regañadientes en tanto que yo agradecía profusamente al señor Byner su intercesión.

—Te has salvado por los pelos —dijo el teniente—. Si no hubiese aparecido, no habríamos sabido nada de ti en dos o tres años.

—¿Acaso los turcos me habrían liberado para entonces?

—¿Los turcos? ¿Qué tienen que ver los turcos con esto? ¿No sabes quiénes eran esos tipos? Eran una patrulla de reclutamiento del buque de guerra británico *Steadfast*, anclado en el puerto. Es una pena que te eligieran a ti y no a otro, pues es justamente el barco al que me dirijo para recoger a ese MacNaughton y llevarlo al George para interrogarlo. Podría haber ido con ellos, pero ya encontraré algún bote que me acompañe. Ahora debo irme.

—Gracias otra vez, señor.

El teniente echó a andar. Entonces gritó:

—Me tomará bastante tiempo. Diles que no me esperen hasta dentro de una hora por lo menos.

Y prosiguió su camino.

Corrí hasta el George raudo y veloz, temeroso de que la patrulla de reclutamiento cambiara de idea y me secuestrara de nuevo. Una vez en la posada, no me detuve para agradecer al posadero la amable advertencia que tan estúpidamente había ignorado. Subí directamente a la habitación que compartía con sir John e irrumpí en ella para contarle lo ocurrido.

—¿Quién es? —preguntó alarmado sir John—. ¿Eres tú, Jeremy?

Sir John se había levantado y estaba a medio vestir.

—Sí, señor. Tengo algo increíble que contarle —dije resollando.

—De acuerdo, pero primero ve a buscar agua caliente. Necesito que me afeites. Puedes contarme tu historia mientras lo haces.

Y así lo hice. Mientras cubría de espuma la cara del magistrado me dispuse a contar mi relato, que hice durar uno de mis especiales afeitados dobles colmándolo de detalles. Sir John respondía de tanto en tanto con un gruñido, mas no intentó hablar hasta que le hube secado la cara con una toalla.

—Has aprendido una buena lección, ¿no crees? —dijo—. En primer lugar, has aprendido a no ignorar una advertencia aun cuando escape a tu entendimiento. Pero sobre todo, y por desgracia, has aprendido algo sobre una de las prácticas más despreciables de la Armada Real. Esas patrullas de reclutamiento o «bandas de presión», como vulgarmente y con razón se las conoce, actúan libremente allí donde los magistrados hacen la vista gorda. Yo no las permitiría en mi jurisdicción. Secuestran indiscriminadamente a hombres de las calles y los obligan a alistarse. Detienen barcos mercantes y seleccionan a gente de la tripulación. Semejante práctica nació durante la guerra —ignoro cuál de ellas, pues tiene muchos años—, cuando existía la necesidad urgente de hombres, pero incluso ahora, en tiempos de paz, sigue utilizándose. Es una forma de esclavitud, de eso no hay duda. El señor Byner tiene razón. Si hubiesen conseguido embarcarte en el *Steadfast*, habrías desaparecido durante dos años como mínimo. Habríamos llorado tu pérdida, creyéndote muerto, hasta el día en que hubieses conseguido hacernos llegar una carta.

»Amo la Armada. Me quitó la vista, pero aun así sigo amándola. Con todo, sé que

tiene sus defectos, y este en concreto, que has padecido en propia carne, probablemente sea el peor. No hay excusas que justifiquen semejante práctica. Solo agradezco a Dios que lograses escapar.

Donald MacNaughton era escocés y, como muchos de sus compatriotas, tenía la costumbre de embarcarse en interminables distinciones, de plantear objeciones y contradecir opiniones por el mero deseo de discutir. Yo, por mi parte, he llegado a la conclusión de que es gente que gusta de llevar la contraria y crear polémica porque sí. Y así era el señor MacNaughton, un hombre cuyo aspecto físico ya dejaba entrever semejantes cualidades. Delgado, medía casi seis pies y aunque la boca le caía y la frente se le arrugaba con suma frecuencia, los ojos le brillaban cada vez que sentía que había ganado una batalla intelectual. Sus ojos siempre parecían sonreír.

De acuerdo con lo planeado, el señor Byner hizo pasar al señor MacNaughton al comedor de la posada, mucho más vacío en esos momentos de lo que podría haber estado. (Los bebedores nocturnos suelen dormir durante el día). *Sir* John y yo habíamos sido los primeros en llegar y habíamos disfrutado de un copioso desayuno inglés compuesto de gachas, huevos de gallina y pescado ahumado, más de lo que ambos habríamos comido en casa; mas este era un día medio festivo para *sir* John y del todo festivo para mí. *Sir* Robert apareció dando traspiés una hora después, derrotado por su aventura en la carretera, la botella de *brandy* y la pesadilla sufrida en el coche. Me pregunté si habría tenido más pesadillas durante la noche. Si así fue, no las mencionó. De hecho, habló muy poco y comió todavía menos. Ordenó que nos trajeran café (para regocijo mío, pues adoraba esa bebida) y esperó malhumorado la llegada del teniente y del médico del barco, quienes finalmente aparecieron pasadas las diez de la mañana según marcaba el reloj sobre la repisa de la chimenea. *Sir* Robert pidió más café.

Una vez hechas las presentaciones, el señor Byner declaró animadamente que durante su conversación con el señor MacNaughton acerca de la muerte del capitán del *Adventure* camino de la posada, este le había convencido de que no tenía nada nuevo que aportar.

—Bueno, no exactamente —se retractó el señor MacNaughton—. Quizá algo, aunque muy poca cosa.

—¿Por qué no deja que seamos nosotros quienes lo decidamos, señor MacNaughton? —dijo *sir* John.

—Está en su derecho, señor, pues tengo entendido que es el juez. Pero ¿quién sino yo conoce mejor mi propia mente?

—¿Qué es esa poca cosa, como usted ha dicho, que puede aportar al caso?

—Bueno, es innegable que yo estaba en el barco cuando tuvo lugar el suceso.

—¿Se refiere durante la tormenta?

—Llámela tormenta si quiere, señor, pero para mí fue un acto de Dios. Jamás he

vivido una experiencia igual. —Hizo una pausa—. Bueno, quizá hace cinco años, en el Caribe.

—¿Estuvo en cubierta en algún momento durante la tormenta?

—Absolutamente en ningún momento —respondió el médico, lo cual me pareció la primera afirmación desacertada.

—¿Dónde pasó la tormenta?

—Estuve la mayor parte del tiempo en mi camarote, rogando a la santísima Virgen María que me librara de la terrible tormenta.

—¿Es usted de la Iglesia Romana?

—Soy de Aberdeen, señor —respondió el médico, como si eso zanjara la cuestión.

—Dice que estuvo en su camarote «la mayor parte del tiempo», lo que implica que una parte del tiempo estuvo en otro lugar. ¿Dónde estuvo esa otra parte del tiempo?

—En la parte baja de popa, atendiendo mi consulta.

—¿Acaso se produjeron bajas durante la tormenta? Únicamente se me ha informado de la muerte del capitán Markham.

—El señor Hartsell las anotó en el diario de navegación —respondió *sir* Robert.

—Comprendo, Bobbie —dijo *sir* John—. Tendremos que hablar del contenido de ese diario.

—Todavía no he acabado de leerlo, Jack.

—Muy bien —dijo *sir* John, y concentrándose de nuevo en el señor MacNaughton, preguntó—: ¿Recuerda a quién atendió y por qué?

—He olvidado sus nombres, señor. Únicamente recuerdo los trastornos.

—¿Y qué trastornos eran esos?

—Dos marineros con sendos brazos rotos que logré recomponer. Otro con una pierna tan fracturada, con el hueso astillado atravesándole la piel, que tuve que amputarla porque era imposible recomponerla. Se llamaba Bartle. Lo recuerdo porque no le hizo ninguna gracia perder la pierna hasta la rodilla. Se puso furibundo y tuvimos que sujetarlo. —El médico hizo una pausa—. Ah, y antes hubo otra baja. Un vigía que cayó sobre la cubierta. Sus compañeros, al ver que todavía respiraba, lo bajaron hasta mi consulta. Ignoraban que se había desnucado, y el descenso lo mató, aunque poco habría podido hacer por salvarlo. Fue la primera muerte causada por la tormenta.

—¿La otra fue la del capitán Markham?

—Hubo también la de los cuatro marineros del bote que el señor Hartsell ordenó arriar para salvar al capitán.

—¿Oh? No lo sabía.

—Está anotado en el diario de navegación, Jack —informó el almirante.

—Me parece muy bien —espetó *sir* John—, pero por mucho que anote el teniente Hartsell, una vez que el capitán cayó al agua dudo que hubiese alguna esperanza de

salvarlo. ¿Arriar un bote? ¿No fue una medida excesiva?

No estaba claro si la pregunta iba dirigida al señor MacNaughton o a *sir* Robert Redmond, por lo que se produjo un silencio incómodo.

—Algunos miembros de la tripulación lo consideraron excesivo.

—¿Algunos?

—Bueno, todos aquellos con quienes hablé. Todos se quejaron salvo…

—¿Salvo quién? —preguntó *sir* John.

—Salvo los oficiales, claro, el señor Landon, el señor Grimsby y el señor Highet.

—¿Quién es el señor Highet?

—Era el cuarto oficial, señor. Murió un año después en la batalla contra el corsario holandés *Haarlem*. Un buen muchacho, muy joven. Fue una lástima.

—Siempre lo es.

—Ha hablado de la opinión que merecía al teniente Landon la decisión del teniente Hartsell de lanzar un bote al agua. Eso significa que habló con él sobre la caída del capitán Markham. ¿Cuándo hablaron? ¿Qué le dijo?

—Hablamos la noche siguiente a la tormenta, cuando las cosas se hubieron calmado. El teniente Landon estaba muy aturdido. Se culpaba de la muerte del capitán, pero no creo que se sintiera culpable.

—Está haciendo una distinción que no acabo de comprender.

—A mí me parece que está muy claro —repuso MacNaughton con cierta arrogancia—. Cuando se produce un contratiempo, la persona que ha intentado ayudar generalmente siente luego que podría haber hecho más o actuado de otra forma. Yo, como médico naval, conozco bien ese sentimiento. La persona se culpa a sí misma sabiendo, al mismo tiempo, que no fue la causa de la desgracia. En mi opinión, para sentirte realmente culpable has de sentir que fuiste la causa. Por eso digo que el señor Landon se culpó, pero no creo que se sintiera culpable.

—Apruebo su distinción —dijo *sir* John—. ¿Recuerda qué le dijo?

—No. —Y al punto reconsideró la pregunta—. En fin, quizá…

—¿Quizá? Hable, por favor. Hemos viajado hasta Portsmouth para conocer todo lo que usted sabe acerca de este asunto. Merecemos algo más que un «quizá». El señor Landon merece algo más que un «quizá».

—Es cierto —dijo MacNaughton—. Lo primero que dijo no fue importante, algo referente a que si hubiese agarrado al capitán Markham por el cinturón de los pantalones, tal vez lo habría salvado. Esas cosas que siempre nos decimos cuando recordamos lo ocurrido. —Al llegar a este punto, soltó una carcajada sonora e inoportuna—. Recuerdo cuando le conté a Tobías Trindle lo que el teniente Landon me había dicho. Tobías es un viejo marinero que estaba en el timón aquel terrible día y lo vio todo. Cuando oyó lo de agarrar al capitán por el cinturón de los pantalones, dijo: «Si el señor Landon hubiese hecho eso, habría terminado con los pantalones del capitán en la mano en lugar del zapato. Era imposible salvarlo». Eso dijo Tobías.

—¿Le importaría repetirlo?

—¿Lo que el teniente Landon dijo?

—No; lo que Tobías Trindle dijo.

Donald MacNaughton lo repitió, comprendiendo en ese instante la importancia de sus palabras. Los ojos le brillaron con perspicacia y su rostro reflejó, por vez primera, un atisbo de respeto hacia *sir* John.

—Ha insinuado que el señor Landon dijo algo después que sí era importante. ¿De qué se trata?

—Dijo que el capitán nunca debió subir a la cubierta de popa. Estaba muy enfermo. El señor Landon dijo que había regresado a cubierta e informado del estado del capitán al teniente Hartsell, pero que este se limitó a repetirle la orden de que fuera a buscarlo.

—Cuando hablé con el teniente Landon… ¿cuándo fue, Bobbie?… sí, hace unos tres días, declaró que usted era la única persona que podía desvelar la enfermedad que padecía el capitán. ¿Fue a su consulta el capitán Markham? ¿Le atendió usted?

El señor MacNaughton suspiró y por primera vez se mostró incómodo. Tras dudar un largo instante, finalmente dijo:

—Sí, vino a verme durante la travesía.

—¿Y cuál era la naturaleza de su queja?

—Tenía una hinchazón en las entrañas que le provocaba dolores.

Finalmente dijo:

—¿Cuál fue su diagnóstico? ¿Un tumor?

—No. Tenía el hígado hinchado. Le aconsejé que dejara la bebida. No… no siguió mi consejo.

—¿Insinúa que el capitán Markham era un bebedor?

—Me temo que mucho más que eso. En mi opinión, se hallaba en la última fase del alcoholismo. Probablemente hizo bien en no seguir mi consejo. De haber dejado la bebida, el choque que habría sufrido su organismo lo habría matado. No tenía salvación. La muerte que tuvo es la mejor que podría esperar.

—Ha vuelto a hacer una distinción. ¿Qué diferencia hay entre la embriaguez frecuente y el alcoholismo?

—Poca, pero básicamente estriba en el estado del cuerpo. El capitán estaba amarillento y, como ya he dicho, tenía el hígado hinchado y dolorido. Yo solía observarle en el comedor de oficiales. Apenas probaba bocado. Utilizaba la comida como una excusa para beber vino. Podía beberse hasta dos botellas en cada comida. Finalmente dejó de fingir que comía. Se quedaba en su camarote y bebía *brandy*. No le habría dado ni seis meses de vida. No comprendo cómo pudieron asignarle un puesto de mando en su estado.

El vicealmirante *sir* Robert Redmond tosió ruidosamente para advertir al señor MacNaughton que no toleraría críticas sobre las decisiones de la Armada.

—La situación debió de provocar una gran tensión a los demás oficiales —supuso *sir* John.

—Oh, desde luego, y en especial al teniente Hartsell. Era él quien trazaba la ruta, mantenía al día el diario de navegación y hacía doble guardia en cubierta. Se tomó sus deberes seriamente, demasiado seriamente en mi opinión.

—¿De veras?

—Bueno, quizá no. Después de todo, había servido como capitán en la guerra contra Francia. Probablemente sabía mejor que nadie lo que había que hacer.

—¿Qué intenta decir? —Por primera vez, *sir* John se mostró algo irritado con el médico.

—Sencillamente que mientras navegábamos a lo largo de la costa de África, el teniente Hartsell asumió la responsabilidad de casi todas las guardias casi todos los días. Se quejaba de que en los raros momentos en que podía permitirse dormir, era incapaz de conciliar el sueño. Se había convertido en un completo insomne.

—¿Qué diantre es un in-som-ne?

—Es un término médico —respondió MacNaughton enarcando las cejas y con un destello en los ojos—. Un insomne es la persona que tiene problemas para dormir.

—Eso ya lo dijo y lo entendí. ¿Qué necesidad hay de…? —*Sir* John se interrumpió, recuperó la calma y comenzó de nuevo—: ¿Debo suponer que recurrió a usted?

—Así es. ¿A quién si no iba a recurrir? Le propuse administrarle un somnífero, pero la medida le pareció poco práctica, dado que las oportunidades de dormir surgían a horas sueltas. Consideró más oportuno tener el medicamento a mano. Por tanto, le entregué algunas de las semillas de amapola que había traído de la India y le enseñé a hacer té con ellas.

—¿Se solucionó el problema?

—Creo que sí, pues no volvió a visitarme. De hecho, yo diría que su insomnio desapareció cuando el capitán cayó al mar.

—¿De veras? Qué interesante.

—Empezó a delegar más en sus compañeros oficiales, Landon, Grimsby y Highet. Ellos le apoyaron bien.

Hubo una pausa de cerca de un minuto. El silencio incomodó y desconcertó levemente al señor MacNaughton. Miró a los demás presentes: al almirante, al señor Byner, e incluso a mí, como si nos preguntara «¿Ha terminado conmigo?». Al cabo, con un estruendo flemático, *sir* John se aclaró la garganta y habló de nuevo:

—¿Qué opina del señor Hartsell?

—Es un buen oficial —replicó el señor MacNaughton—. Algo estricto, pero un navegante de primera clase y valiente en la batalla.

—¿Y como hombre?

—Bueno, ya sabe lo que dice la Biblia.

—Dice muchas cosas.

—No juzgues si no deseas ser juzgado.

—Sin embargo, a algunos les toca juzgar… —dijo *sir* John—, a mí, por ejemplo,

cuando actúo de magistrado, y a usted, señor, cuando se le hace la pregunta que acabo de formular.

Se produjo otra pausa incómoda. Los ojos del señor MacNaughton brillaron con mayor intensidad aún. Se revolvió en su asiento con la mirada gacha. Sorprendentemente, *sir* Robert acudió en su ayuda.

—Jack —dijo—, debo recordarte que no hemos venido a hablar del teniente Hartsell. No es la condenación del acusador sino la defensa del acusado lo que nos concierne.

Sir John frunció el entrecejo. Tuve la convicción de que se disponía a hablar llevado por la ira, pero no fue así. Habló con gran serenidad:

—En ese caso, dígame, señor MacNaughton, ¿qué opina del teniente Landon?

—William Landon es el mejor oficial y caballero cristiano que he conocido en mis quince años como médico de la Armada Real. Estoy convencido de que jamás pudo haber cometido el acto del que se le acusa.

La ira de *sir* John estalló al fin.

—¿Es por eso, señor, que huyó como un conejo asustado a Portsmouth en cuanto el *Adventure* atracó en el Támesis? ¿Para que no le llamaran a declarar a favor de ese gran oficial y caballero cristiano?

—¡Jack, cálmate! El señor MacNaughton se ha mostrado muy cooperativo.

—Sí —dijo *sir* John poniéndose de pie— y he de pedirle veinte minutos más de cooperación, el tiempo que Jeremy y yo necesitaremos para subir a nuestra habitación y redactar una declaración extraída del interrogatorio a este pusilánime escocés. No se inquiete, Donald MacNaughton, no pondré nada que usted no haya dicho. Pero tendrá que firmarla.

Sir John agitó una mano enérgica hacia mí, que también me había puesto de pie.

—Vamos, Jeremy.

VI

En el que recibimos una carta y regresamos al Adventure

Un extraño silencio flotaba en la cocina cuando sir John *y yo* regresamos de Portsmouth. Se acercaba la hora de cenar y estábamos hambrientos. Mientras subíamos las escaleras no oímos, sin embargo, alboroto ni traqueteo de ollas y sartenes. Tampoco las risas estridentes de Annie. Ambos, o por lo menos yo, llegamos a la conclusión de que la estancia estaba vacía. Mas cuando abrí la puerta, luchando con el baúl de sir John y con mi propio equipaje, me sorprendió encontrar a lady Fielding y a Tom Durham sentados cada uno en un extremo de la mesa de la cocina. Mi señora tenía los brazos cruzados. Tom estaba cabizbajo. No había rastro de Annie.

Tom se levantó de un salto para ayudarme con el baúl.

—Lo llevaré arriba —dijo, como si estuviera impaciente por desaparecer.

Y escapó portando el baúl. Su madre hizo ademán de detenerle, pero en el último instante cambió de idea.

Sir John entró en la cocina, avanzó unos pasos, se detuvo y aspiró el aire.

—No huelo a comida —dijo—. ¿No hay nada en el fuego? Convencí a Bobbie de que solo nos detuviéramos para dar de beber a los caballos. Supuse que Annie habría cocinado algo. ¿Dónde está?

—Annie Oakum ha vuelto al Hogar de Magdalena.

—¿De veras?

—Sí.

—Comprendo —dijo sir John con un tono que denotaba todo lo contrario—. ¿Pero no pudiste…?

—Me entretuve en el Hogar. Acabo de llegar. No tenía a nadie para ir a la compra.

—Pero… ¿Tom…?

—Tom está castigado.

—Castigado o no, ¿no podía…? En fin, ¿qué hay de comer en la casa?

—Pan y queso es cuanto puedo ofrecerte.

—En ese caso, comeremos pan y queso.

—Y té, por supuesto.

—Por supuesto. —Sir John rumió un instante y me dijo—: En fin, Jeremy, imagino que un par de viajeros hambrientos pueden llenar su estómago con una comida sencilla al igual que con una copiosa.

Antes de que pudiera expresar mi acuerdo, mi señora levantó un brazo casi amenazador y señaló la escalera.

—Jeremy —dijo—, sube a tu habitación, por favor. Os llamaré cuando la cena esté servida. Sir John y yo tenemos asuntos de que hablar.

Resignado, sin un buen motivo para oponerme, cogí mi equipaje y salí de la cocina. Tuve la tentación de detenerme y escuchar detrás de la puerta, pero finalmente proseguí mi camino sabedor de que Tom me contaría lo ocurrido.

Tom, no obstante, se mostró evasivo. Lo hallé en una postura similar a la que tenía en la cocina: sentado en la cama, los codos sobre las rodillas y el mentón entre las manos. Cuando levantó la vista y me saludó con la cabeza, fue la viva imagen de la tristeza. Dejé la bolsa en el suelo y me tiré sobre la cama.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin más rodeos.

—No me preguntes, Jeremy, te lo ruego.

—De acuerdo, pero al menos podrías decirme qué ha sido de Annie. Creo que merezco saberlo, pues es probable que caiga sobre mí una parte de culpa. En cierto modo, fui yo quien la introdujo en esta casa. ¿Por qué ha sido despedida?

—Está castigada.

—También tú, o eso dice tu madre.

—Lo sé, lo sé. No ha hecho más que repetírmelo desde que… En fin, más vale que lo dejemos.

—Como quieras.

Algo molesto, salté de la cama y caminé hasta la bolsa. La deshice en un santiamén, pues poco guardaba en su interior, y di las gracias a Tom por habérmela prestado. Tom se limitó a asentir con la cabeza, lo cual me molestó aún más. Así pues, sin nada mejor que hacer, me dirigí a los libros apilados contra la pared para buscar alguno que todavía no hubiese leído. Aunque sumaban cerca de cien, cada vez resultaba más difícil la elección. ¿Qué haría cuando los hubiese leído todos?

Sería una falsedad por mi parte hacerme el inocente con usted, lector. Si Tom y Annie estaban castigados, significaba que habían cometido algún acto reprobable juntos. Y sabía que lo que un hombre y una mujer hacían juntos se consideraba inmoral a menos que fueran marido y esposa. Para muchos, el acto resultaba aún más censurable si tenía lugar entre gente tan joven como Tom y Annie. Pero quería que Tom me contara lo ocurrido. Ante todo —y me avergüenza admitirlo— quería detalles aleccionadores.

Inopinadamente, Tom comenzó a hablarme en tono acusador:

—¿Por qué no hablaste de la verdadera naturaleza de ese Hogar de Magdalena? ¡Nada menos que prostitutas arrepentidas!

—Tu madre no me dejó.

—¿Por qué no me dijiste que Annie había sido prostituta?

—Tampoco a ella le dije que tú habías sido ladrón.

Me pareció una réplica razonable, si bien reconozco que mi intención era herir a Tom. ¿Cómo era posible que unos camaradas se hablaran de ese modo?

—Pudo contagiarme alguna enfermedad, la sífilis por ejemplo.

—¿Quién? ¿Annie? —La idea me pareció absurda—. A mí me parece que está muy sana.

—Mamá asegura que es algo que no puede saberse. No habla de otra cosa. Me ha metido el miedo en el cuerpo, como cuando estaba en Bombay.

—¿Y Annie? Podrías haberle hecho un niño.

—¿Hablas en serio?

—¿No es así como se hacen? Reconozco que no sé mucho del tema, pero eso en concreto me lo contó Jimmie Bunkins.

Tom parecía horrorizado con la idea.

—Dios mío, supongo que tienes razón.

—Puede que esté creciendo en su interior en este mismo instante.

—Pero es tan joven.

—Tú también.

Tom se sumió en un largo silencio. Tal vez meditaba sobre la sífilis o sobre su involuntaria paternidad. Pasó algún tiempo. Comencé a desear que sir John y lady Fielding terminaran pronto su conversación, por muy seria que fuera, para poder disfrutar de mi ración de pan con queso. Sabía que echaría de menos a Annie mucho después de que Tom se hubiese marchado. Era una excelente cocinera y, además, una excelente compañera. Reflexioné sobre el asunto mientras examinaba desordenadamente los libros.

—Fue en esta misma cama —dijo de repente Tom, golpeando el colchón.

—¿De veras?

—Sí. Lo habíamos planeado todo de antemano. Esa chica es un poco boba, Jeremy. Me dijo que me quería… que haría lo que yo quisiera. —Tom titubeó—. No tenía ni idea, en serio.

Arrugué la frente, esforzándome por comprender.

—¿De qué no tenías ni idea? —En mi opinión, Annie había sido bastante clara en cuanto a sus sentimientos.

—De nada. ¡Menuda actividad envuelve ese asunto, amigo! Lo hicimos durante toda la noche hasta que, agotados, nos dormimos el uno en brazos del otro. Y ese fue nuestro error.

—¿Que os durmierais?

—Exacto… Habíamos elegido esta cama porque está alejada del dormitorio de mi madre. Pero yo tenía el deber de encender el fuego de la cocina en tu ausencia. Cuando mamá se levantó por la mañana y no vio rastro de Annie ni de mí, debió de sospechar lo peor, pues subió directamente a este cuarto y nos encontró abrazados, totalmente desnudos, durmiendo donde ahora estoy sentado.

—¿Qué ocurrió entonces?

—¿Qué imaginas que ocurrió? Mamá soltó un grito aterrador, envió a Annie a que se tapara con algo y mientras yo trataba de cubrirme comenzó a decir que podía haber pillado la sífilis y otras cosas igualmente terribles que no quiero mencionar. Y

luego…

En ese momento llegó una voz de la cocina. Lady Fielding nos ordenó que bajáramos en un tono mucho menos dulce de lo usual.

—Pan con queso —dije.

—Algo es algo —repuso Tom—. Estoy hambriento.

Bajamos a la cocina no con la presteza de dos muchachos hambrientos, sino con el lento caminar de quien no sabe qué esperar, pero espera lo peor.

La experiencia, al final, estuvo lejos de resultar terrible, gracias en gran parte (si no en toda) a los esfuerzos de sir John. El hombre ofreció una larga crónica de nuestro azaroso viaje a Portsmouth, incluyendo el ataque de los salteadores y mi inminente reclutamiento en la Armada Real.

Hasta lady Fielding se mostró impresionada por este último acontecimiento. Despertando de sus tristes meditaciones, alargó un brazo y me dio una palmada en la mano.

—¡Qué horror, Jeremy! —dijo—. Habrías desaparecido sin que nosotros supiéramos qué había sido de ti.

—Una buena parte de los hombres que integran la tripulación del *Adventure* fueron reclutados de ese modo —explicó Tom—. Los mismos que se quedaron a bordo de la fragata cuando anclamos.

Lady Fielding miró a su hijo con desaprobación. Al parecer, quien cumplía castigo no tenía derecho a hablar en la mesa.

—Así es —dijo sir John—, y fue justamente a ellos a quienes Hartsell permitió desembarcar con la autorización, o mejor dicho con la vista gorda, de sir Robert, para alterar mi jurisdicción.

—Dudo que volvamos a verlos a bordo del *Adventure* —dijo Tom.

—Pero probablemente veremos a muchos de ellos en mi tribunal.

Llamaron a la puerta. Salté de mi asiento y fui a abrir. Era Benjamín Bailey, jefe de los alguaciles de Bow Street.

—Es el señor Bailey, sir John —dije.

—Hazlo pasar.

—No es necesario, señor —repuso el capitán—. Estaba haciendo mi ronda nocturna cuando un marinero me detuvo para darme una carta dirigida a usted. Está sellada y la letra proviene de una mano instruida, por lo que estoy seguro de que no la escribió el marinero.

—¿Era un marinero del *Adventure*?

—Lo ignoro, sir John. Simplemente me puso la carta en la mano y me pidió que se la entregara. Por su aspecto, diría que la llevaba encima desde hacía tiempo. Se la entregaré a Jeremy y luego me iré. Me alegro de verla, señora, y lamento la interrupción.

—Gracias por venir, señor Bailey —dijo lady Fielding, agitando elegantemente una mano.

El señor Bailey saludó y se marchó. Puse la carta en la mano de sir John, que la colocó con cuidado sobre la mesa, al lado de su plato.

Aunque modesta, la comida fue copiosa. Lady Fielding había dispuesto sobre la mesa cerca de una libra de Stilton junto con una gran hogaza de pan, mantequilla en abundancia y un cuenco con pepinillos en vinagre. Comimos bien, aunque después del relato de sir John sobre el viaje, básicamente en silencio. No fue, de hecho, hasta que terminó de hablar que advertí que no había mencionado su entrevista con el señor Donald MacNaughton ni la asombrosa revelación de sir Robert acerca de su parentesco con el teniente Landon. En realidad, no se habló en ningún momento del motivo que nos había llevado hasta Portsmouth.

Una vez cenados, sir John se recostó en su asiento y dejó escapar un elogioso eructo.

—Gracias, Kate. Es la mejor cena improvisada que he comido en mi vida. Tom, querido, ¿te importaría lavar los platos por esta vez? Jeremy y yo tenemos trabajo que hacer.

Sir John cogió la carta y me indicó que le siguiera. Subimos hasta su pequeño estudio. Ocupó su puesto detrás del escritorio y colocó la carta entre los dos.

—Oigamos la misiva que nos ha traído el señor Bailey —dijo.

Todavía entraba luz por la ventana, bien que debilitada por lo avanzado de la hora.

—Señor, ¿le importa que encienda una vela?

—Adelante, Jeremy. Tanto me da que esté oscuro o claro. ¿Tienes un yesquero a mano?

—Sí, señor.

Encendí una vela, cogí la carta y rompí el sello.

—La carta la firma Jonathan Grimsby, Teniente de la Armada Real —anuncié.

—¡Ajá! El tercer oficial del *Adventure*, o mejor dicho el suboficial en funciones, dado que el teniente Hartsell se ha intitulado «capitán en funciones». ¿Qué tiene que decirnos el señor Grimsby, Jeremy?

Sosteniendo la vela con una mano, leí la siguiente carta a sir John:

Para el honorable sir John Fielding. Tribunal de Bow Street, número 4 de Bow Street.

Sir John:

Por cuanto yo, junto con el desventurado teniente William Landon, soy prisionero tácito del *HMS Adventure*, me resulta imposible visitarle, una injusticia habida cuenta que poseo información que darle, pues parece usted muy interesado en ayudar a mi compañero. ¿Sería mucho pedirle que regresara al *Adventure* para hablar personalmente con usted?

Con el señor Landon confinado en su camarote y el señor Hartsell recluido en el suyo por voluntad propia, estamos escasos de oficiales y debo ejercer de oficial de cubierta la mayor parte del día. Ignoro cuándo recibirá esta carta o siquiera si la recibirá, pues la he confiado a un miembro de la tripulación. Por tanto, no puedo citarle un día en concreto, lo cual, en cualquier caso, sería una grosería y una presunción por mi parte. Todos los días son iguales para mí a bordo del *Adventure*. Estaré deseoso de hablar con usted el día que decida venir. Atentamente,

Teniente Jonathan Grimsby.

Tras digerir el contenido de la carta, sir John enderezó la espalda, clavó los codos en el escritorio y se inclinó hacia mí.

—Y bien, Jeremy, ¿qué opinas?

—Muy alentador. Creo que el señor Grimsby quiere ayudar al señor Landon y tiene información interesante que ofrecer.

—¿Pero por qué me escribe a mí? ¿Por qué insiste en hablar conmigo y solo conmigo? ¿Por qué no habla con el teniente Byner, que después de todo es el abogado del señor Landon? ¿Por qué no habla con el propio señor Landon?

—En cuanto a su última pregunta, solo se me ocurre que el señor Grimsby puede tener algo que decir que el señor Landon no quiere escuchar.

—O no puede contar.

—Exacto, señor. Usted intuyó que el señor Landon podía estar ocultando algo.

—Por orden de su tío.

—En cuanto a por qué el señor Grimsby no quiere hablar con el señor Byner, solo se me ocurre que tal vez no sepa que ha sido nombrado abogado del señor Landon.

—O si lo sabe, quizá sienta que el señor Byner tiene una relación demasiado estrecha con Bobbie… quiero decir con sir Robert.

—Exacto, señor.

—Maldita sea, Jeremy, este caso tiene más pliegues que una serpiente y, al igual que una serpiente, uno no sabe por dónde agarrarlo. Creo que Bobbie desea ayudar al joven teniente. Tenía los ojos llorosos cuando me contó que el señor Landon era su sobrino y me rogó que le salvara. Menuda sorpresa, ¿eh? ¡El hijo de su hermana!

Sir John hizo una pausa antes de añadir:

—Sin embargo, tengo la sensación de que el almirante no hace más que interponerse en mi camino, insinuando que hay ciertas vías de investigación que debo considerar vetadas. ¿Por qué me pidió que le ayudara en este asunto si tenía intención de ponerme tantas limitaciones?

—¿Qué piensa hacer, sir John? ¿Aceptará la invitación del señor Grimsby?

—Por supuesto, pero tendré que hacerlo a espaldas de Bobbie. Iremos mañana por la tarde, después de la sesión en el tribunal. Por la mañana tendrás un recado que hacer y yo una tarea desagradable que cumplir, de modo que tendrá que ser por la tarde.

Como no había especificado el recado ni la tarea, preferí no hacer preguntas. En cualquier caso, sabía que no tardaría en averiguarlo.

—De todos modos, tenemos un testigo. El caso del señor Landon no está perdido.

—¿Señor?

—¿No lo advertiste durante las confusas respuestas de MacNaughton? Lo excluimos de la declaración que firmó porque era un testimonio basado en lo que había dicho una tercera persona, ¿recuerdas?

—Claro, el timonero, Tobías Trindle.

—¡Exacto! El hombre que dijo que si el señor Landon hubiese agarrado al capitán por el cinturón de los pantalones, se habría quedado con esos pantalones en la mano en lugar del zapato.

—Según él, era imposible salvar al capitán.

—Tenemos un testigo —dijo sir John—, ahora solo nos queda dar con él.

Reflexioné un instante.

—A ese respecto, quizá Tom y yo podamos ser más útiles que el señor Bailey o los alguaciles. Seguro que Tom conoce a Trindle de vista, y es posible que yo sepa dónde encontrarlo. —Y sobre todo, pensé, Jimmie Bunkins.

—Buena idea, muchacho. Hablaré con Tom. De todos modos, tengo que hablar con él ahora. Hace un instante le oí subir a la habitación que comparte contigo. Ve y dile que deseo hablar con él.

Le di las buenas noches, pues ya era tarde, y subí a la habitación del ático. Hallé a Tom estirado en la cama con las manos debajo de la cabeza, contemplando los pares del techo. Cuando entré, desvió la mirada hacia mí, pero apenas murmulló un saludo.

—Sir John desea hablar contigo —dije—. Está en su pequeño estudio.

Tom se levantó de la cama y apoyó los pies en el suelo.

—Ha llegado la hora del verdadero vapuleo —dijo—. Supongo que debo despedirme de mi nombramiento de guardiamarina.

No supe qué decir. Solo alcancé a encogerme de hombros. Tom se marchó y yo ocupé su lugar en la cama. Ignoro el tiempo que duró la conversación con sir John, pues mientras leía uno de los libros que había apilados contra la pared, me dormí. A juzgar por la profunda oscuridad de la noche y el goteo de la vela, deduje que la conversación había sido ciertamente larga. En realidad, apenas desperté lo bastante para preguntarle cómo le había ido.

—Oh, casi no hablamos de ello. Lo haremos mañana. Conversamos sobre mi vida a bordo del *Adventure*. Resultó que tenía muchas cosas que contarle.

—Así pues, ha hecho de ti un testigo.

—Sí, supongo que sí.

Nunca dejaban de sorprenderme los conocimientos de *sir* John Fielding sobre Londres. ¿Cómo era posible que supiera dónde se alquilaban los botes cantina? No tuvo más que mentar al cochero del carruaje «las escaleras de Santa Catalina» para que partiéramos de inmediato hacía una nueva aventura. Nuestro destino se hallaba al otro lado de la torre de Londres, de modo que pude divisar flancos del colosal castillo que desconocía. Descendimos por Little Tower Hill hasta la calle de Santa Catalina y desembocamos en la iglesia, donde el cochero detuvo el carruaje.

Comprobé, aliviado, que al final de las escaleras no había muelle. Eso significaba que no habría escalas de cuerdas que bajar. Las escaleras conducían directamente a la

orilla del río, donde descansaban media docena de botes de diversas formas y tamaños. En cuanto los barqueros nos vieron llegar, nos rodearon y comenzaron a vociferar sus tarifas para poder iniciar el regateo. *Sir* John los trató con pericia y a los pocos minutos ya navegábamos por el ancho río.

—No entiendo qué se le ha perdido en ese barco, señor —dijo el barquero, manejando resueltamente los remos—. No queda nadie a bordo.

—Tenemos nuestros motivos.

—Durante unos días hicimos grandes negocios con ese barco: rameras, licores… Tuve que hacer muchos viajes.

—Pero enseguida dieron permiso a la tripulación para desembarcar.

—Sí, en una misma noche. Por la mañana ya solo quedaban algunos marineros indios y los oficiales del barco. Los indios no tienen dinero.

Sir John no respondió.

—Ahora que lo pienso —dijo el barquero—, usted es el segundo cliente que hoy acompaño al *Adventure*.

—¿De veras? ¿Quién fue el primero?

—Un teniente de la Armada. Lo acompañé esta mañana, esperé a que terminara, como haré con usted, y lo devolví a tierra, aunque a la vuelta me pidió que le dejara en el muelle de la Torre.

—Qué interesante.

—No me explico por qué no le enviaron un bote desde el barco.

—Tal vez no lo esperaban.

—Tal vez —dijo el barquero.

La conversación decayó hasta cesar por completo.

Con un solo remero el viaje desde las escaleras de Santa Catalina, ya de por sí más largo, se alargó aún más. Tuve tiempo de meditar sobre la sorprendente mañana que había vivido. El misterioso recado me había llevado hasta el Hogar de Magdalena, donde debía recoger a Annie para llevarla de nuevo a Bow Street. Ella estaba tan asombrada como yo y llena de preguntas, mas al ver que yo carecía de respuestas, no tardó en abandonar su interrogatorio. Para cuando llegamos a casa, Annie estaba muy nerviosa y no paraba de retorcerse las manos. Se enjugó valientemente una o dos lágrimas. Ya no era la descarada Annie de antaño.

Los tres semblantes solemnes que nos aguardaban en la cocina la asustaron todavía más. Los recibió con la mirada gacha y cuando le ordenaron que fuera con ellos, asintió con la cabeza. Hice ademán de seguirles, pero se me ordenó que permaneciese en la cocina. Fueron al estudio de *sir* John, como pude deducir por los pasos, y una vez dentro uno de ellos cerró la puerta. Hablaron cerca de una hora y cuando regresaron a la cocina todo había cambiado.

En aquel entonces ignoraba, aunque luego me enteré por Tom, que *sir* John y *lady* Fielding habían reunido a los dos sinvergüenzas para sermonearles sobre la gravedad de su acto. *Sir* John, naturalmente, fue el principal orador. No se explayó en las

posibilidades de haber contraído una enfermedad, pues debió de imaginar que Kate había cubierto suficientemente ese tema. Sí insistió, no obstante, en la posibilidad de un embarazo. Preguntó a Tom si estaba en situación de mantener a una criatura. Tom reconoció que no lo estaba, pero admitió que sería su deber hacerlo. ¿Qué tenía que decir la pareja en su propia defensa? Annie dijo que había hecho lo que había hecho por amor, que era la primera vez que sentía algo así, que amaba a Tom con todo su corazón. *Sir* John declaró que, puesto que era la más experta de los dos, podía considerársele como la principal culpable, pero que existía una circunstancia atenuante. Luego preguntó a Tom si amaba a Annie. Tom, sin mirar a la muchacha, confesó que aunque le atraía, no podía decir que sintiera amor por ella. Entonces *sir* John señaló el rostro desencajado y lloroso de Annie y declaró que Tom se había aprovechado de sus sentimientos para divertirse a su costa. Seguidamente dijo con voz solemne: «Es un acto abominable, muchacho, utilizar de ese modo a otro ser humano». Y Tom se sintió terriblemente avergonzado. Al final, ambos jóvenes prometieron que no volvería a ocurrir. *Sir* John anunció a Annie que podía quedarse siempre y cuando mantuviese su promesa.

Mas yo no sabía nada de eso cuando los cuatro regresaron a la cocina. Y cuando me comunicaron que Annie iba a seguir con nosotros, no comprendí por qué tan feliz noticia les tenía tan tristes, sobre todo a Annie. Pero la crisis había pasado y Annie no tardó en recuperarse lo suficiente para poder sentarse a mi lado y dictarme la lista de comestibles que debía comprar en Covent Garden. Me confesó que pensaba preparar una comida que jamás olvidarían…

—Tendrás que subir primero, Jeremy —dijo *sir* John, despertándome de mis meditaciones—, y solicitar autorización al señor Grimsby para embarcar.

Estábamos cerca del buque y navegábamos raudamente hacia la escalerilla.

—Si ha sido invitado por carta —objeté.

—Lo sé, pero es una formalidad que debe cumplirse a rajatabla.

Obedeciendo a una señal del barquero, agarré la escala y comencé a subir. El ascenso no supuso ningún problema. El problema vino cuando llegué arriba.

¿Pues a quién no había de encontrarme si no al guardiamarina Boone, el detestable muchacho que al tratar de empujarme por la escalera de la cubierta de popa había acabado rodando por ella?

—Abajo, marinero de agua dulce —dijo—. No permitiré que subas a bordo.

Ignorándolo, traté de pasar una pierna por encima de la barandilla, pero el joven me empujó y perdí el equilibrio. Me sujeté con fuerza a la escalerilla.

—Vengo de parte de *sir* John Fielding —declaré con toda la firmeza que pude reunir—. Está esperando en el bote.

—Me trae sin cuidado quién espera. Este es el buque de su majestad *Adventure* y los marineros de agua dulce no están permitidos a bordo.

—Será mejor que me dejes pasar —le advertí—. *Sir* John Fielding es el magistrado del Tribunal de Bow Street.

Y dicho esto, subí de nuevo. El guardiamarina me presionó la cabeza con tal fuerza que casi me hizo perder el sombrero, obligándome a descender un peldaño.

—Me trae sin cuidado tu magistrado —espetó—. Baja ahora mismo o te tiraré al río.

Reconozco que la amenaza ejerció cierto impacto sobre mí. Aunque hoy día ya he superado mi miedo al agua y puedo nadar largas distancias, a la sazón apenas podía chapotear en un estanque. Con todo, había vencido en una ocasión a ese tipo y estaba decidido a vencerle de nuevo. Me ajusté el sombrero y reinicié mi ascenso, mas esta vez, cuando el muchacho acercó su mano, la agarré con fuerza por la muñeca. El guardiamarina trató en vano de soltarse. Tirando con todas mis fuerzas, bajé un peldaño y deslicé a mi agresor por encima de la baranda, haciendo peligrar su equilibrio. Durante ese tiempo él había estado golpeándome con su mano libre, pero ahora se vio obligado a utilizarla para cogerse a la barandilla. Tirando de nuevo con todas mis fuerzas, descendí otro peldaño. El rostro redondo del guardiamarina se llenó de horror. Los ojos se le salieron de las órbitas a causa del esfuerzo. Se hubiera dicho que sufría. ¿Tampoco él sabía nadar?

Si pudiera bajar un escalón más, caería por la borda.

En ese momento, por encima del rostro enrojecido y sudoroso en el que tenía concentrada toda mi energía, asomó una cara familiar, aunque no me hallaba en condiciones de ponerle nombre.

—Ah, señor Boone, veo que tiene intención de darse un baño —dijo la cara familiar—. No se lo aconsejo. El Támesis está demasiado sucio para esa clase de diversión. Y a usted, señor Proctor, le aconsejo que suelte a su presa, pues si cae al agua es probable que se lo lleve a usted con él.

La cara pertenecía al señor Grimsby. Solté al señor Boone, que se esfumó por el otro lado de la barandilla. Mi mano estaba tan debilitada por la lucha que apenas podía utilizarla. No obstante, conseguí llegar hasta arriba. Solo entonces advertí que nuestro combate había congregado una audiencia de sonrientes indios que, en silencio, agitaban los brazos para expresar su aprobación. Más de uno aplaudía. Tuve que dar un gran salto para no caer de pies sobre el señor Boone.

—*Sir* John —gritó con voz clara el señor Grimsby—, tiene permiso para embarcar.

—He oído problemas por ahí arriba —dijo *sir* John.

—Nada que su ayudante no pudiera solucionar.

El señor Boone se irguió y se levantó lentamente. Entonces me lanzó la mirada más perversa que jamás había recibido de hombre o muchacho.

—Sé que tiene otras obligaciones, señor Boone —dijo el teniente—. Cúmplalas.

—Sí, señor —respondió el guardiamarina, y se alejó cojeando. Tal vez aún sufriera las consecuencias de nuestro encuentro de tres días atrás. Era la clase de tipo al que no convenía darle la espalda.

En un santiamén asomó por la barandilla la cara de *sir* John y también su pesada

pierna. El hombre saltó a cubierta con una destreza asombrosa.

El señor Grimsby se acercó, le tomó el brazo y le estrechó la mano. Cruzaron unas palabras en voz baja y el teniente guio a *sir* John al lado estribor de la cubierta. Pese a lo mucho que me habría gustado seguirles y escuchar, sabía que no podía. Qué se le iba a hacer. Recordando las palabras del poeta —«también son útiles los que aguardan»—, busqué con la mirada un lugar donde pasar el tiempo.

Se me acercó un marinero indio. Al igual que los demás, era delgado y bajo de estatura —no más grande que mi persona de catorce años—, pero, a diferencia de los demás, chapurreaba el inglés.

—Buenos días —me saludó.

—Buenos días, señor. —Aunque no podía determinar su edad, era mayor que yo.

—Nos caes bien. Indios odiamos al señor Boone. Oh, sí. —Hablaba con un ritmo peculiar, muy rápido y algo cantarín—. Creo que vamos al mar, hay una tormenta y cae por la borda. Oh, sí.

Esbozó una amplia sonrisa, como si acabara de contarme un gran chiste.

—¿Por qué le odian? ¿Qué ha hecho?

—Oh, muchas cosas. Pega a muchachos indios con palo de bambú sin razón. Un chico muy malo. Mejor morir, empezar una nueva vida, hacerlo mejor la próxima vez. Oh, sí.

(Aquella idea, querido lector, me resultó tan extraña que creí no haber oído bien. Con el tiempo descubriría que la creencia de vivir vidas sucesivas forma parte de la singular religión de esos hombres).

—¿Qué opina del teniente Hartsell? —pregunté, recordando la profecía de Tom Durham.

El marinero indio sonrió de nuevo.

—La misma tormenta, oh, sí. Para el señor Landon, señor Hartsell hombre tonto, tratar chicos como chicas, pensar que nadie sabe. Muy tonto.

La respuesta me intrigó. Quería interrogar más a fondo al caballero indio para descifrar su significado, pero para entonces el hombre ya había señalado hacia tierra y cambiado de tema.

—¿Eso es Londres?

—Sí, señor —respondí con orgullo—. La ciudad más grande del mundo.

—Muchas casas grandes, pero Bombay es más grande. Más gente en Bombay. Oh, sí.

Oí unos pasos a mi espalda y me volví raudo y veloz. (¿Temía que fuera el joven señor Boone, el «chico malo», portando un palo de bambú o un cuchillo para clavármelo en la espalda?). Eran el señor Grimsby y *sir* John. La entrevista había durado menos de lo que había previsto. El caballero indio se cuadró y el señor Grimsby saludó a su vez con la despreocupación propia de los oficiales.

—Por lo que veo, señor Singh —dijo el teniente—, ha estado entreteniendo a nuestro invitado.

—Oh, sí, señor. Hemos acabado de enarenar el alcázar. Esperamos su supervisión, señor.

—La tendrá. ¡Ah, señor Templeton!

El señor Grimsby gritó hacia la cubierta de popa, donde un muchacho de no más de doce años se pavoneaba como si fuera el amo y señor del *Adventure*. Este respondió con un saludo y un agudo «¡Señor!».

—Quiero que acompañe a estos dos visitantes de la ciudad al camarote del señor Landon.

—¡A la orden, señor!

Mientras bajábamos, el señor Grimsby dijo quedamente a *sir* John:

—Lo he creído necesario, para salvar las apariencias.

—Comprendo —replicó *sir* John—. Quién sabe, con *sir* Robert ausente tal vez el pobre muchacho esté dispuesto a decir más en su favor.

El guardiamarina Templeton apareció poco después, saludó de nuevo y el señor Grimsby nos encomendó a él.

—¿Podrá recibirnos el señor Hartsell? —preguntó *sir* John al muchacho.

—No lo creo, señor. Ha pasado la mayor parte de la noche en cubierta. Se retiró a dormir hace apenas una hora.

El muchacho tenía modales de caballero. El señor Boone podría y debería aprender de él.

Cuando llegamos al camarote del señor Landon, el guardiamarina llamó enérgicamente a la puerta.

Esta se abrió y apareció William Landon con aspecto algo desaliñado. Se había quitado la chaqueta y desabrochado la camisa a causa del calor y la mala ventilación de la reducida estancia. Tenía la melena empapada de sudor.

—Tiene visita, señor —anunció Templeton haciéndose a un lado.

—Ah, *sir* John Fielding. Pero tu nombre, joven, no lo recuerdo.

Mientras nos estrechaba la mano aproveché la oportunidad para recordárselo. Ofreció una silla a *sir* John y yo tomé asiento al lado del magistrado. El señor Landon, todavía de pie, miró en derredor y vio la puerta abierta y al guardiamarina en actitud de espera.

—Eso es todo, señor Templeton. Cierre la puerta, por favor.

El muchacho obedeció y el teniente se sentó frente al magistrado.

—Esto sí es una sorpresa —dijo—, no tanto el verle como el hecho de que sea a solas.

—Sin su tío, quiere decir.

—Veo que ya se lo ha contado.

—Sí, durante nuestro viaje a Portsmouth.

—¿Fueron y regresaron en tan poco tiempo?

—Así es, y de no haberlo hecho así se nos habría escapado un ferviente admirador suyo, el señor MacNaughton. Ha conseguido un puesto en el *Steadfast*, un

buque de línea con destino al Mediterráneo.

—Está en su derecho.

—Puede, pero en mi opinión demuestra falta de coraje moral, especialmente cuando el hombre asegura tenerle a usted en tan alta estima. En cualquier caso, obtuvimos de él una declaración que puede sernos útil. —*Sir* John hizo una pausa y, con tono severo, añadió—: Pero dígame, señor Landon, ¿por qué se muestra tan comprensivo con quienes le giran la espalda?

El teniente guardó silencio. Luego, llevado por la cólera, espetó:

—¡Porque la mía es una causa perdida! ¡Porque ya tengo la soga atada al cuello!

—Permítame que le recuerde lo que le dije en mi anterior visita, joven. Su causa está perdida solo si usted así lo cree. Si no lucha, si no hace cuanto esté en su mano, si no dice todo lo que sabe, no hay duda de que acabará en la horca. Pero si me cuenta a mí o a su abogado, el señor Byner, todo lo que sabe, tendrá una oportunidad de salvarse en mi opinión nada despreciable. Ahora dígame, ¿le ha visitado el señor Byner?

—Sí, esta mañana.

—Lo suponía. ¿Le contó a él más cosas de las que me contó a mí hace tres días?

—No, señor.

—El hombre parece algo lerdo, pero hemos de trabajar con lo que tenemos. Para serle franco, creo, aunque no he logrado convencer de ello a su tío ni al señor Byner, que usted sabe muy bien por qué el teniente Hartsell presentó una acusación contra usted que ambos sabemos es falsa. ¿Por qué no habla de una vez?

El teniente tardó en responder.

—Aquí no.

—¿Teme por su vida?

—No puedo decirle más.

—Bien… —*Sir* John, exasperado, se interrumpió—. Por lo menos MacNaughton nos dio algo… el nombre de un testigo.

El teniente me miró, se llevó un dedo a los labios y señaló la puerta. Toqué a *sir* John en el hombro para indicarle que callara y me acerqué de puntillas.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me has tocado el hombro, Jeremy?

Había alcanzado la puerta. La abrí de golpe y allí apareció el guardiamarina Templeton. Pese a erguirse de inmediato, le había pillado en la clásica postura, esto es, con el oído pegado a la cerradura.

—¿Quién hay ahí? —bramó *sir* John.

—Soy… soy yo, el guardiamarina Templeton. Solo quería preguntarle si necesitaba algo, señor.

—Sí, joven, que te vayas lejos de aquí y no vuelvas.

—¡A sus órdenes, señor! —Y echó a correr.

—¿Comprende cuán difícil resulta hablar aquí? —dijo el teniente Landon.

—Sí. Jeremy, debo pedirte que salgas y montes guardia frente a la puerta. Estoy

decepcionado conmigo mismo. Por lo general, tengo un oído tan fino que nadie podría acercarse sin que yo me diera cuenta.

—Iba descalzo, *sir* John —dije—. Se había quitado los zapatos.

—Eso demuestra que es un chivato, ¿no te parece? Con todo, Jeremy, me temo que tendrás que montar guardia en el pasillo.

Cerré la puerta tras de mí y me situé frente a ella con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. ¡Acercaos, Templeton y Boone, y sabréis lo que es bueno! Luego me lo pensé de nuevo.

Aunque comprendía la necesidad de la tarea que me había sido encomendada y tampoco podía negarme a cumplirla, lamenté haber tenido que abandonar el camarote del teniente justo en el momento en que parecía tener algo interesante que decir. *Sir* John era un hombre de lo más persuasivo. Pero ¿por qué se resistía a hablar el señor Landon? ¿Por qué le prohibía su tío hablar de determinadas cuestiones? ¿Su tío? Ah, todo era de lo más confuso. Pensé que si me tranquilizaba y concentraba toda mi atención en la puerta que tenía a mi espalda, quizá lograra descifrar qué estaban diciéndose las voces quedas y apagadas que había detrás de ella. Al fin y al cabo, no tenía intención de encorvarme para escuchar por la cerradura.

La puerta se abrió de súbito. Como estaba apoyado en ella, di un traspié, mas no pasé por la vergüenza de caer sobre mi espalda.

—Oh, lo lamento… Jeremy, debí golpear la puerta antes de abrir.

El teniente Landon se deshizo en disculpas y yo me deshice en perdones. La pareja se despidió y guie a *sir* John hasta el alcázar.

Allí, esperándonos con las manos a la espalda, el cuerpo erguido y una estudiada actitud de mando, estaba el capitán en funciones del *HMS Adventure*, el teniente James Hartsell. Murmuré la noticia al oído de *sir* John mientras Hartsell se acercaba a nosotros.

—Señor, no es usted bienvenido a bordo de mi barco.

—¿Oh? El señor Landon no parecía opinar lo mismo.

—El señor Landon es un prisionero pendiente de consejo de guerra.

—Y, por tanto, con derecho a recibir asesoramiento.

—Su abogado, el señor Byner, le visitó esta mañana. Tuvimos una larga charla. Usted carece de competencia en un juicio militar, *sir* John Fielding.

—Quizá pueda actuar como *amicus curiae*. Eso todavía no está decidido.

—Hablar en latín no le funcionará conmigo, señor. No le permitiré la entrada a este barco a menos que vaya acompañado del vicealmirante Redmond. El teniente Grimsby hizo mal en dejarle subir. Supuso que usted gozaba de la autorización del almirante. Se equivocó y así se lo he hecho saber.

—¿Cómo está tan seguro de que no cuento con la autorización de *sir* Robert? —preguntó *sir* John con expresión ingenua.

—Fue uno de los temas que surgieron en mi conversación con el señor Byner. Así pues, señor, les acompañaré a usted y a ese delincuente hasta la escalera y les

agradeceré que abandonen mi barco.

—Debemos irnos entonces. Vamos, Jeremy.

El capitán en funciones se adelantó a nosotros pisando fuerte con sus botas. Se diría que trataba de sonar importante, dado que *sir* John no podía ver su autoritaria apariencia.

—Por cierto, señor Hartsell —dijo el magistrado—, puesto que es probable que no regresemos más a este barco, me preguntaba si respondería a dos preguntas que olvidé formularle en mi anterior visita. La primera es por qué esperó tantos meses para escribir la carta presentando su acusación contra el teniente Landon. La segunda es por qué, una vez hecha la acusación, permitió que el teniente Landon siguiera sirviendo en el *Adventure*.

Habíamos llegado a la escalera de la cubierta de babor. Tiré de la manga de *sir* John para que se detuviera. El magistrado se detuvo y esperó pacientemente una respuesta.

Hartsell parecía ofendido por la osada insistencia de *sir* John. Era evidente que creía haberle intimidado, pues ignoraba cuán difícil resultaba semejante hazaña. De repente, una sonrisa arrogante iluminó su cara. Sin duda, había tenido una inspiración.

—Aunque no estoy obligado a responder a sus preguntas y no reconozco su autoridad para formularlas, seré comprensivo y caballeroso y le daré una respuesta. Mejor dicho, dos respuestas. En primer lugar, le diré que acusar a un oficial de mi barco de haber asesinado a su capitán es un asunto muy grave, de modo que creí necesario meditarlo largo tiempo. De hecho, tardé varios meses en decidirme a escribir la carta de la que usted habla. En cuanto a por qué mantuve al señor Landon en activo, la respuesta es simple. Era un buen oficial en todos los aspectos salvo en uno: había asesinado a su capitán. ¿Por qué había de privarme de los servicios de un buen oficial? Buenos días.

Giró sobre sus talones y nos dejó frente a la escalerilla, aunque no del todo solos. Singh estaba allí para ayudarme a subir a *sir* John a la baranda, lo cual hicimos sin demasiada dificultad. El barquero agitó un brazo; todo iba bien allí abajo. El caballero indio y yo observamos el ágil descenso de *sir* John. Quería pedirle que me aclarara su extraña declaración, mas ese no era el momento. Cuando llegó mi turno, me limité a darle las gracias.

No fue hasta que regresábamos en el coche al número 4 de Bow Street que *sir* John se mostró dispuesto a hablar de nuestra visita al *Adventure*. Absorto en sus pensamientos, no había abierto la boca durante el trayecto en bote. El locuaz barquero había tratado una vez más de entablar conversación parloteando y haciendo preguntas. Al ver que solo recibía gruñidos por respuesta, no tardó en desistir.

Llevábamos un rato en el coche cuando *sir* John se echó a reír y me dio una palmada en la rodilla.

—Jeremy —dijo—, ¿oíste cómo te llamó ese petimetre de capitán en funciones?

Te llamó «delincuente». Ignoraba que hubieses adquirido semejante reputación, y para colmo en un buque de guerra. No hay duda de que eres mucho más peligroso de lo que imaginaba.

No supe qué contestar.

—Bueno, señor… el caso es que…

—O quizá hayamos juzgado mal al teniente Hartsell. Tal vez sea más amable de lo que pensamos, sobre todo en lo que respecta al señor Boone, quien, según me contó el señor Grimsby, es el favorito del capitán en funciones. Lo nombró teniente en funciones con tan solo quince años. ¿No te parece extraordinario?

—¿La información del señor Grimsby hizo que valiera la pena la visita al *Adventure*?

—Sí, yo diría que sí, si bien solo hizo que confirmar lo que Tom me contó ayer noche. No obstante, me dio el nombre de otro conejo asustado que huyó de la fragata, aunque por fortuna no se alejó tanto. Mañana le haremos una visita.

Reflexioné un instante y finalmente me decidí a hablar.

—*Sir* John, el marinero indio que le ayudó a subir a la escala…

—¡Ahora lo entiendo! —me interrumpió—. Percibí en él un olor a especias sumamente exótico. Pero continúa, Jeremy, perdona la interrupción.

—Habla un inglés un tanto extraño aunque bastante inteligible. Charlamos un rato mientras usted estaba con el señor Grimsby y me dijo algo muy curioso sobre el teniente Hartsell.

—En ese caso, te ruego que me lo cuentes.

VII

En el que conozco a un clérigo y encuentro a un hombre ahogado

Cruzaba con sir John la multitud de Covent Garden cuando el magistrado tiró de mí y se quejó de lo difícil que le resultaba abrirse paso entre tanta confusión.

—Los movimientos de esta gente no siguen ninguna pauta determinada —refunfuñó—. Van y vienen en todas direcciones, algunos se detienen a charlar y apenas avanzan. El bastón no me sirve de nada, pues parece que siempre esté tropezando con algo o con alguien, y no puedo esperar que ese algo o ese alguien se aparte de mi camino. Me temo que tendré que depender por entero de ti para cruzar la plaza, Jeremy, hasta que alcancemos nuestro destinó.

—¿Cuál es nuestro destino, señor?

—¿No te lo dije al salir? Lo lamento, no pretendía mantenerlo en secreto. Nos dirigimos a la iglesia de San Pablo.

—¿La del Garden?

—¡Por supuesto! Jamás me adentraría en este caos si me dirigiera a la otra. Esta algarabía es insoportable.

La plaza era, ciertamente, un cúmulo de caos y confusión, y sin embargo a mí me gustaba por las mismas razones que a sir John le repelía. Obviamente, no era un lugar indicado para que un hombre ciego se aventurara solo. Pero la plaza latía con la vida de Londres, sobre todo las mañanas en que cocineros y pinches como yo acudían a hacer la compra o simplemente a deambular y escuchar el griterío de los buhoneros y vendedores. En tales ocasiones la plaza constituía el lugar más animado de la ciudad.

Con todo, me abstuve de hacer comentarios y me limité a asir con fuerza el brazo derecho de sir John, murmurando mis direcciones en su oído: «Un poco a la izquierda», «mucha gente delante, será mejor rodearla», etc.

Y así anduvimos hasta que la iglesia estuvo a unos pasos de nosotros. Fue entonces cuando sir John me comunicó que no nos dirigíamos exactamente a la iglesia, sino a la casa del párroco.

—¿Lo ves, Jeremy? Si no me equivoco, debería estar a nuestra derecha. Tiene que ser un edificio grande, pues acoge a numerosos visitantes, como la persona a quien vamos a ver.

Se trataba, ciertamente, de un edificio grande, de ladrillo rojo. Era, como más tarde descubriría, una especie de fonda para clérigos de la Iglesia de Inglaterra que acudían a Londres para atender asuntos diversos mientras sus obispos asistían a las sesiones del Parlamento. Guie a sir John hasta la entrada y subimos los dos escalones que conducían al portal.

—¿Hemos llegado? —preguntó sir John.

—Hemos llegado —respondí.

Sir John golpeó insistentemente la puerta con su bastón. Creo que le gustaba hacer eso. Jamás le había visto utilizar una aldaba. Justo cuando se disponía a reanudar el golpeteo, la puerta se abrió y apareció una mujer madura de colosales dimensiones y aspecto amenazante.

—Soy sir John Fielding. Deseo ver al reverendo Andrew Eagleton.

—¿Qué quiere de él? —preguntó suspicazmente la mujer.

—No es de su incumbencia, señora. Dígale que soy, como usted sin duda sabrá, el Magistrado del Tribunal de Bow Street y que deseo hablar con él en calidad de tal.

—No ha cometido ningún crimen —respondió obstinadamente la mujer.

—Probablemente no, señora, pero puede que haya presenciado uno, lo cual solo podré determinar si hablo con él.

Aunque la mujer no suavizó la expresión de su cara, finalmente cedió y abrió la puerta.

—Está bien —dijo—, pueden esperar en la sala. Iré a avisarle.

Entramos en el edificio y cruzamos la primera puerta de la izquierda que la mujer había señalado con un brusco ademán de la mano. Una vez dentro y después de tomar asiento, oímos el pesado ascenso del ama de llaves por la escalera que salía del vestíbulo.

—¿Por qué es mucho más difícil intimidar a las mujeres que a los hombres? —me preguntó sir John.

No supe qué responder y, por tanto, no lo hice.

La sala estaba desierta y en silencio. Las gruesas paredes del edificio y los ajustados vidrios de las ventanas frenaban el griterío de Covent Garden. Solo se oía el tictac de un reloj situado en una repisa, hasta que a través de la sala llegó el sonido de dos series de pasos que descendían.

—Quiero que observes al hombre detenidamente pero con discreción —me dijo sir John—. Sé por experiencia que los predicadores poseen un talento especial para el disimulo.

—De acuerdo, señor.

La puerta se abrió y entró un hombre alto y atractivo de unos treinta años, vestido de negro. Era la viva imagen de cómo debería ser un clérigo. Sir John se levantó, nos presentó y estrechó la mano del reverendo Eagleton. Este acercó una silla y ambos tomaron asiento.

—¡Qué honor tan inesperado! —dijo el hombre.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Conozco su nombre desde que estudiaba en Oxford. Toda la universidad hablaba de usted y de sus alguaciles de Bow Street. Y ahora tengo la oportunidad de conocerlo en persona. Me siento muy afortunado, además de honrado.

—Me abruma usted, reverendo Eagleton. Ignoraba que mi modesta reputación

llegara tan lejos. ¿Ha dicho Oxford?

—Así es, señor, e incluso en el pequeño condado de Stanton Hartcourt, donde ejercí de párroco durante un tiempo, se oía hablar de usted, aunque no tan a menudo como en la universidad. Gentes del campo, ya sabe.

—Desde luego —dijo sir John—, mas son la sal de nuestra tierra inglesa.

—Amén. Dios los bendiga.

A estas alturas, querido lector, es probable que esta conversación le tenga tan consternado como a mí. Del reverendo Eagleton surgía la adulación más afectada que había oído en mi vida. Aun cuando puedo citar sus palabras, me resulta imposible comunicar el tono con que las pronunciaba, meloso al tiempo que solemne y cargado de un entusiasmo infantil. Pero quizá sorprenda más la respuesta de sir John, pues se diría que saboreaba las almibaradas palabras con deleite. ¿Podía una papilla tan dulce alimentar su innata vanidad?

—Ha dicho que fue párroco —señaló sir John—, pero su título indica que ha sido ordenado sacerdote.

—Así es, hace tres años. Aunque procedo de una familia humilde, mi padre consiguió dinero suficiente para sufragarme la carrera. Que Dios le bendiga por ello.

—Desde luego —replicó sir John—. Pero ¿cómo es posible que recién ordenado aceptara el modesto puesto de capellán en una fragata de la Armada Real?

—Ah, eso —dijo el reverendo con una sonrisa grave—. Básicamente, por dos razones. En primer lugar, porque en aquel entonces no había una casa de párroco disponible para mí. Y aunque le cueste creerlo, ansiaba un poco de aventura. Había vivido demasiado protegido toda mi vida, y además pensé que podría ser una buena influencia para esos rudos marineros. Con toda modestia, creo que lo fui.

—Me complace oír eso —dijo sir John—. ¿Son esas las dos razones, la indisponibilidad de una casa de párroco y el deseo de aventura?

—No, ambas las cuento como una sola. La otra razón, la principal, es que durante mis años de párroco me había picado el gusanillo de escribir un libro.

—¿Un libro? Cuénteme.

—Oh, por supuesto, señor, con su permiso, lo haré. Había tomado muchas, muchas notas en Stanton Harcourt. Llegué hasta el punto de escribir un prospecto estrictamente para uso personal a fin de comprender mejor lo que debía incluir en el libro cuando dispusiera de tiempo para escribirlo. Y tras considerar las opciones después de mi ordenación, las cuales confieso que no eran numerosas, decidí que a bordo de un barco tendría muchas más oportunidades de escribir… ¡y no me equivoqué!

—¡Bravo! ¿Terminó el libro?

—Sí. Embarqué conmigo las notas, el prospecto y los libros necesarios. Los dos años y medio que estuvimos navegando demostraron ser más que suficientes para terminar mi obra.

—¿Sobre qué versa? —preguntó sir John, inclinándose sobre su bastón como si

realmente ansiara saberlo.

—Sobre teología —respondió el reverendo Eagleton—. El estilo es exhortativo y el contenido latitudinario.

—Latitudinario… qué interesante —dijo sir John.

(He de puntualizar que yo no tenía la menor idea de lo que el reverendo Eagleton quería decir con eso, y sospecho que sir John tampoco. El magistrado, no obstante, animó al hombre a que prosiguiera con una sonrisa y un movimiento de la cabeza; eso, naturalmente, era cuanto el clérigo necesitaba).

—Por un lado me remonto a la Iglesia católica romana —dijo extendiendo un brazo— y por el otro a los metodistas. —Extendió el otro brazo. Luego los unió en una suerte de autoabrazo. Los gestos, aunque elocuentes, pasaron inadvertidos para sir John.

—¿Pues qué tenemos todos en común? —prosiguió el clérigo—. ¡Las Sagradas Escrituras, evidentemente! —Con la mano izquierda señaló una Biblia invisible que sostenía en la derecha—. Basándome en las Escrituras, critico la intolerancia dogmática, de la cual, si nos remontamos a dos siglos atrás, somos tan culpables como ellos.

—Ignoraba que los metodistas existieran entonces —comentó sir John.

—No, naturalmente que no. Me refería a la Iglesia católica. En cualquier caso, ¿advierte mi idea?

—Oh, por supuesto. Parece un trabajo muy plausible. ¿Ha venido a Londres en busca de un editor?

—Así es —respondió el reverendo Eagleton—. Con la debida dedicatoria a un mecenas influyente, el libro podría brindarme un ascenso. Podría conseguir una capellanía en una casa noble, ¡un prebendado!

—Un obispado —sugirió sir John.

Un destello iluminó los ojos del clérigo, quien, no obstante, sonrió con desaprobación.

—Oh, no aspiro a tanto tan pronto, pero quién sabe lo que me depara el futuro. Soy tan digno como los demás.

—Desde luego. Sabe, tengo algunos conocidos en el mundo editorial.

La emoción casi hizo caer al reverendo Eagleton de la silla.

—¿Podría… en fin, consideraría la posibilidad de hablarles de mí?

—Lo tendré en cuenta, sin duda, pero ahora hablemos de otras cosas, ¿le parece?

—Claro, como usted quiera.

—Hablemos de la vida a bordo del buque de su majestad *Adventure*.

—¡Ah, el *Adventure*! Reconozco que me extrañó cuando el ama de llaves dijo que usted pensaba que yo podía haber presenciado un crimen. Se refiere, naturalmente, al lamentable asunto relacionado con el teniente Landon. Sí, le conozco, y le respeto grandemente. Quedé tan consternado como los demás cuando me enteré de la acusación lanzada contra él la noche antes de nuestro anclaje. Mas lamento decirle

que no presencié el crimen del que se le acusa. Estuve metido en mi camarote el tiempo que duró esa espantosa tormenta, rezando por nuestra supervivencia. Le confieso que en mi vida había pasado tanto miedo. Pero no vi nada, sir John, absolutamente nada.

—Lo suponía, pero tenía que preguntárselo.

—Lo comprendo… pero me sorprende verle implicado en este caso. ¿No es competencia del Tribunal del Ministerio de Marina?

—Lo es. Digamos que estoy haciendo de asesor.

—¿De la acusación o de la defensa?

—¿Acaso importa? Estoy a favor de la verdad, reverendo Eagleton. Siempre lo estoy.

—Por supuesto, por supuesto.

—Creo que además de servir como capellán en el *Adventure*, era maestro de los guardiamarinas. ¿Es cierto?

—Sí. A veces los capellanes asumimos también la función de maestros, o por lo menos eso me dijeron.

—¿Cuántos alumnos tenía?

—Cuatro, pero al año de viaje uno de los muchachos murió en un accidente. Cayó de cabeza de la obencadura superior y murió al instante. Fue una terrible pérdida. Prediqué un hermoso sermón en su funeral; aunque breve, creo que fue una de mis mejores pláticas. Conseguí extraer algunas lágrimas de esos encallecidos marineros.

—Jeremy y yo conocemos a dos de los tres guardia-marinas que quedan. El señor Boone, un matón odiado por la tripulación…

—¡Pobre Boone! —exclamó el clérigo—. Es tan inepto para las matemáticas que jamás podrá ser un buen navegante. Me temo que nunca superará el examen de teniente. Es posible que descargue sus frustraciones sobre sus inferiores, una actitud nada encomiable pero comprensible.

—También conocimos al guardiamarina Templeton, un chivato.

—Dios santo, sir John, realmente los juzga usted con dureza. No son más que niños.

—De eso no hay duda. Ahora dígame, ¿quién era el tercer alumno de su clase?

Al reverendo Eagleton no le gustó el giro que había dado el interrogatorio. Las preguntas y comentarios eran cada vez más afilados y rápidos. El hombre respondió a regañadientes.

—El guardiamarina Fowler, un gran chico.

—Además de maestro, también era el consejero espiritual de esos muchachos, ¿verdad?

—Como capellán, era el consejero espiritual de toda la tripulación del *Adventure*.

—Teniendo en cuenta que los guardiamarinas eran los más jóvenes del barco, ¿no se sentía especialmente responsable de su bienestar espiritual?

—Supongo que sí.

—¿En alguna ocasión acudieron a usted con alguna queja, buscando consejo u orientación moral?

—Imagino que sí. Sí, no hay duda de que en más de dos años y medio tuvieron que hacerlo.

—¿De qué índole?

Para entonces el reverendo Eagleton estaba visiblemente incómodo. Gotas de sudor cubrían su frente abovedada. Tenía los labios fuertemente apretados.

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta.

—¿Por qué no, señor?

—Porque no debo repetir lo que se me confía en calidad de asesor espiritual. ¿No lo entiende? Se parece mucho al secreto de confesión de la Iglesia católica.

—Pero usted no es católico.

—El principio es el mismo.

—Estoy seguro de que hay obispos y teólogos que estarían dispuestos a discutir ese punto. Pero usted es un hombre inteligente y no dudo de que sabría defenderse. Permítame, no obstante, que le plantee la pregunta de una forma más clara. ¿El muchacho que murió…? Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Sample.

—¿Acudió a usted el guardiamarina Sample alegando que había sido víctima de una conducta antinatural por parte de algún oficial?

—No puedo responder a esa pregunta porque el asunto fue tratado confidencialmente.

—¿De modo que fue tratado?

—No puedo responder a eso.

—¿Qué hay del guardiamarina Fowler, a quien no hemos conocido pero que, según usted, es tan buen chico? ¿Alguna vez le dijo que había sido víctima de libertades antinaturales?

—No puedo responder a eso.

—¿Y Boone? No, Boone no. Goza de tanto favoritismo que jamás se habría quejado. —Sir John suspiró—. Reverendo Eagleton, me decepciona. Habría esperado de usted que hubiese puesto el grito en el cielo, que se hubiese enfrentado a ese oficial e invocado al Todopoderoso para derrotarlo. Pero no, usted permaneció en su camarote y se dedicó a escribir ese libro suyo, ¿no es cierto?

Sir John se levantó bruscamente y corrí a su lado para acompañarlo a la puerta. Pero todavía no había terminado.

—Lo que dije es cierto, señor. Tengo conocidos en el mundo editorial y estaría dispuesto a hablarles de usted y de su libro si se presta a subir al estrado del Tribunal de la Armada para responder a las preguntas que se ha negado a contestar aquí. No, haría más que eso. Si menciona los actos y revela el nombre del autor, me aseguraré de que su libro se publique por muy malo que sea, aunque tenga que pagar los costes de mi bolsillo. Esas son mis condiciones, *quid pro quo*. Ni más ni menos. ¿Qué dice a

eso, señor?

El reverendo Andrew Eagleton no tenía nada que decir. Permaneció sentado con el rostro girado hacia la ventana, los ojos concentrados en algún objeto distante.

—Lo suponía —dijo sir John—. Si cambia de opinión, me encontrará en el número cuatro de Bow Street. Buenos días.

Sir John se dirigió a la salida con paso ligero. Corrí tras él y a duras penas conseguí llegar a tiempo para abrir la puerta y evitar que se estrellara contra ella.

Una vez en la plaza, el magistrado prosiguió su rauda marcha mientras yo me esforzaba por seguirle. Agitando temerariamente su bastón, gritaba: «¡Abran paso! ¡Abran paso!». No parecía desear mi ayuda, mas cuando hubo chocado una o dos veces, aminoró el paso para que pudiera darle alcance.

—Guíame a través de este caos, Jeremy —dijo—. He agotado la rabia, pero la ira persiste.

Le tomé por el codo y le salvé cuando menos de una colisión. Y así avanzamos, a un ritmo más sosegado, abriéndonos paso entre la muchedumbre de compradores y gandules.

—Imagino, señor, que no necesita que le describa las reacciones del reverendo Eagleton a sus preguntas —dije.

—Oh, no, pude leerlas perfectamente. No es más que un adulador, un joven concentrado en su propia persona y en sus ambiciones, un cobarde moral. No es una combinación de cualidades poco frecuente, desde luego, pero raras veces se exhiben con tanto descaro. Ese hombre debería aprender a disimular. Y lo hará.

—Le puso un buen cebo —dije—. Ahora tendrá que elegir entre perder la oportunidad de ver su libro publicado y subir al estrado a declarar.

—Jeremy, ese hombre jamás declararía voluntariamente sobre este caso ante un tribunal ya fuera militar o civil. Si lo hiciera, pondría de manifiesto su canallesca y cobarde actitud ante la crisis. Pero daré su nombre a ese idiota de Byner. Quizá consiga una citación judicial. —Sir John hizo una pausa y luego se preguntó—: ¿Tiene el Tribunal del Ministerio de Marina el poder de llamar a declarar a un testigo aunque este ya no esté vinculado a la Armada Real? Tendré que averiguarlo. No dejes que se me olvide, muchacho.

—Cuente conmigo, sir John.

Para entonces habíamos dejado atrás Covent Garden y nos aproximábamos a Rusell Street. La corriente de gente había amainado lo suficiente para juzgar que había llegado el momento de plantear a sir John un asunto que me inquietaba.

—¿Sir John?

—¿Qué ocurre, Jeremy?

—Hay algo que me gustaría saber. Imagino que como capellán y maestro de los guardiamarinas, el reverendo Eagleton tenía una responsabilidad especial hacia los muchachos. En cierto modo, eran sus protegidos.

—Cierto.

—E imagino también que si alguno de ellos sufrió un perjuicio especial, el reverendo Eagleton pecó por no enfrentarse al autor del perjuicio y defender a su protegido.

—Exacto. El hecho de que no hiciera nada significa que lo toleraba, incluso que lo fomentaba.

—Pero lo que no comprendo es en qué consiste ese perjuicio en concreto. ¿Qué significa una conducta antinatural? ¿Qué son las libertades antinaturales?

Sir John caminó largo rato sin hablar. Al cabo, se aclaró la garganta, musitó algún que otro «mmmm» y volvió a aclararse la garganta.

—Esto… —dijo al fin—, una conducta antinatural es… mmmm… una conducta que no es natural. En fin, el marinero indio con quien hablaste lo expuso con palabras sencillas pero claras. Dijo…

—¿Sí, señor?

—Bueno, ya sabes lo que dijo. Tú mismo me lo contaste en el coche.

—Así es, señor, pero no me explicó su significado.

—Cierto, Jeremy, no lo hice. Lo haré… a su debido tiempo. Sí, te lo explicaré a su debido tiempo.

—¿Acaso significa que…?

—Pero no ahora.

—Lo que usted diga, sir John.

Así eran las cosas con sir John Fielding. Algunas de sus explicaciones eran diáfanas y oportunas, mientras que otras me llegaban tarde y otras solo hacían que oscurecer lo que intentaban aclarar. Sabía que no le sonsacaría nada más.

Doblamos en la esquina de Bow Street con paso ligero. Sir John se había sacudido mi mano y yo me esforzaba nuevamente en seguirle. Pronto apareció ante nosotros el número 4 y divisé un coche de cuatro caballos frente a la entrada. A medida que nos acercábamos reconocí al cochero y al lacayo, los mismos con quienes viajamos a Portsmouth. Comprendí entonces que el coche pertenecía al vicealmirante sir Robert Redmond. Informé de ello a sir John, quien por toda respuesta dejó escapar un gruñido de satisfacción. Cuando llegamos a la altura del coche percibió algo y se detuvo.

—Buenos días, caballeros.

El cochero y el lacayo le saludaron respetuosamente.

—¿Dónde está su señor? ¿Dentro del coche?

—No, señor —contestó el lacayo-suboficial—. Está aguardando en el centro de trabajo de su señoría.

Sir John sonrió.

—Nunca me lo habían descrito así, pero no está mal, no está mal. ¿Lleva mucho rato esperando?

—Más de lo deseable, señor. Yo diría que una media hora.

—Gracias.

Sir John giró sobre sus talones y meneó el bastón hasta dar con la piedra justa, el peldaño justo y finalmente la puerta justa de las dos que daban paso al edificio. Sus habilidades nunca dejaban de sorprenderme.

La que había elegido conducía a la cámara acorazada donde la cosecha diaria de delincuentes aguardaba su comparecencia en la sala del tribunal. El señor Fuller se encontraba allí, manteniendo el orden, y también el señor Marsden, que estaba preparando los sumarios para sir John y, por último, el vicealmirante Redmond.

Luciendo su uniforme completo, la espada en el costado, estaba de espaldas a nosotros cuando entramos, paseando arriba y abajo. Su actitud delataba impaciencia.

—Si ha esperado tanto tiempo significa que desea hablar de algo importante —dijo sir John—. Y eso, muchacho, es bueno, porque yo tengo muchas cosas importantes que hablar con él.

El almirante se acercó apresuradamente a nosotros con el rostro enrojecido por el ejercicio.

—Jack, ¿dónde estabas? —dijo—. Tenemos que hablar.

—Muy bien, Bobbie. El lugar de donde vengo es uno de los asuntos de los que quiero que hablemos. Vamos a mi despacho, ¿te parece? Es la siguiente puerta.

Antes de irse, sir John me llevó a un lado y me susurró al oído:

—¿Recuerdas, Jeremy, que te ofreciste junto a Tom a buscar a nuestro testigo, Tobías Trindle? Bien, pues ha llegado el momento. Estad fuera el tiempo que haga falta, pero encontradlo. Ahora ve a buscar a Tom.

Había transcurrido más de un año desde la última vez que visité la mansión de Saint James Street, la antigua residencia de lord Goodhope. Su viuda se la había cedido de mala gana al señor John Bilbo, el célebre propietario de la casa de juego más elegante de Londres, para satisfacer las deudas de juego de su difunto marido. Tom Durham había estado recientemente allí llevado de la mano de Jimmie Bunkins para conocer a su señor, el hombre moreno de negra barba del que se rumoreaba que había sido pirata y conocido por todos como Black Jack. Tom había regresado a casa entusiasmado con el hombre, como todo el mundo, entre ellos sir John Fielding, quien con cierta reticencia lo incluía entre sus amigos. También la casa de Saint James Street había entusiasmado a Tom, si bien la descripción que me hizo de su interior fue tan imprecisa que me resultó imposible hacerme una idea de los cambios que había sufrido, aunque no dudaba de que había habido cambios.

Fue el propio Jimmie Bunkins quien acudió a abrirnos cuando Tom, vestido de civil, golpeó la puerta con la aldaba de bronce. Black Jack Bilbo, según me había contado Bunkins, tenía como único servicio una cocinera, un criado y dos cocheros. Por otro lado, alojaba en su residencia a algunos empleados de su casa de juego. Estos tenían que trabajar en la mansión para ganarse su manutención, de modo que la persona que estaba más cerca de la puerta cuando alguien llamaba era en ese

momento el mayordomo. Obviamente, le había tocado a Bunkins.

—¡Caramba —exclamó—, si son mis dos viejos camaradas! *Entrez vous*. Estoy aprendiendo el francés de una dama francesa que soba por aquí.

Nos invitó a pasar y cerró la pesada puerta de roble tras de sí.

—Tenéis un aspecto muy misterioso.

—Venimos por un asunto misterioso, Jimmie B. —dijo Tom—. Tenemos una difícil misión entre manos.

—Estamos buscando a un testigo —dije.

—¡Ah, cosas del juez! Contádmelo todo y veré si puedo ayudaros.

Brevemente, expuse a Bunkins la misión que nos había encomendado sir John. Le hablé de la situación del señor Landon, que el señor Hartsell le había acusado y era el único testigo en su contra, pero que sabíamos que otra persona lo había visto todo y podía hablar a favor del teniente Landon.

—Es un marinero muy rodado —intervino Tom—, y seguro que andará de juerga por ahí mientras le quede un chelín. ¿Dónde crees que puede estar?

—En algún burdel o taberna junto al río, al otro lado del puente de Londres, empinando el codo con sus amigotes.

—¿Conoces el lugar?

—Lo conozco casi tan bien como Covent Garden. He pispado muchas guineas a marineros que se quedaban dormidos en los arroyos. ¿Has visto alguna vez a ese tipo, Tom?

—Sí, le conozco bien.

—En ese caso, creo que podré ayudaros, pero primero tendré que pedir permiso al jefe. Venid conmigo. Estoy seguro de que querrá veros a los dos.

Seguimos a Bunkins por un pasillo que yo recordaba de mis anteriores visitas a la casa. ¡Cuánto había cambiado! Las paredes blancas habían sido pintadas de amarillo chillón. Sobre la chimenea situada a media altura del pasillo pendía el cuadro de una Venus exuberante y rosada, acompañada de Cupido. Estuve tentado de examinarlo de cerca, pero sabía que no era el momento.

Llegamos a la biblioteca, donde el asunto Goodhope había tenido su inicio. Bunkins llamó resueltamente a la puerta y esperó con paciencia hasta que una voz áspera y familiar nos invitó a pasar. Una vez dentro descubrí que ya no era una biblioteca, aun cuando conservaba algunos libros. Habían quitado las estanterías, pintado las paredes de azul cielo y convertido la habitación en una pinacoteca de lo más variopinta. Allá donde miraba el ojo tropezaba con enormes cuadros y grabados dispuestos en grupos, todos sobre temas marinos. Había más muebles de los que recordaba, pero el enorme escritorio dominaba como siempre la estancia, quizá el escritorio de lord Goodhope, y detrás de él estaba sentado el señor de la casa, «el jefe», Black Jack Bilbo. El hombre se levantó y nos hizo señas.

—Adelante, acercaos. ¡Pero si es mi viejo amigo Jeremy! Déjame que te eche un vistazo. Has crecido una o dos pulgadas. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Casi un año, señor Bilbo. La última vez fue en la boda.

—Cierto —dijo Bilbo—. He tropezado con sir John en alguna ocasión y hemos cenado juntos un par de veces, pero a ti, ¿un año dices?

—Casi, señor.

—Ah, señor Durham, me alegro de volverte a ver en tan buena compañía. Siempre seréis bienvenidos en esta casa. Pero decidme, muchachos, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—He venido a pedirle permiso para acompañarles, señor —dijo Jimmie Bunkins, siempre tan educado.

—¿Adónde, jovencito?

—A los locales próximos al río que frecuentan los marineros.

—¿Qué? —rugió Black Jack, que realmente sabía rugir cuando quería—. ¿He pasado un año de mi vida intentando mantenerte alejado de tus antiguas guaridas y ahora pretendes regresar a ellas para corromper a estos dos muchachos?

—Por supuesto que no, señor —dijo Bunkins—. No me ha entendido, señor. Están buscando a un testigo del *Adventure*, el barco de Tom. Me han pedido que les ayude porque conozco… en fin, conozco el terreno.

—Comprendo. Quizá deberíais informarme mejor. Acercad unas sillas y sentaos. Jeremy, explícame de qué trata este asunto.

Una vez sentados, repetí la historia extendiéndome un poco más que la primera vez. En cierto momento Tom me interrumpió para declarar que la tripulación estimaba y respetaba sobremanera al señor Landon. Luego proseguí para describir el interrogatorio al señor MacNaughton, que este había mencionado de pasada el nombre de un marinero que durante la terrible tormenta había presenciado la caída al mar del capitán y los esfuerzos del señor Landon por salvarlo.

—¿Es a él a quien buscáis?

—Sí, señor —dije, secundado por Tom.

—En ese caso, Jimmie Bunkins, tienes mi permiso para participar en la búsqueda. Con todo, regresa antes de la cena, pues tienes que ir a mi establecimiento para hacer el reparto de siempre. ¿Entendido?

—Sí, señor Bilbo —respondió sumisamente Bunkins.

—Lamento deciros que vuestro señor Landon está en un serio aprieto. Para la Armada Real el capitán es el rey del barco, su palabra es ley y sus opiniones tan valiosas como las del Todopoderoso. ¿No es cierto, Tom?

—Sin lugar a dudas, señor.

—Me sorprende —dijo Black Jack— que ese tipo… ¿Hartsell se llama?… no hiciera su acusación a bordo del barco delante de la tripulación, pronunciara sentencia contra el señor Landon y ordenase que lo envolvieran en una vela y lo arrojaran al mar. Así se castigaba el asesinato en el viejo Libro Negro.

—En cuanto a eso —intervino Tom—, debo aclarar que el señor Hartsell no era más que el capitán en funciones.

—Aun así, era el capitán —replicó Bilbo.

—Puede que un juicio sumario hubiese actuado en contra del propio señor Hartsell. Landon era tan querido por la tripulación que probablemente se habría producido un motín o, cuando menos, un desquite.

—Pero Trindle, vuestro testigo, no ha declarado en favor del señor Landon y ha tenido la oportunidad de hacerlo, ¿verdad?

Tom reflexionó sobre esto último.

—Sí, señor Bilbo, es cierto.

—Así pues, tal vez no sea un testigo muy dispuesto.

—En ese caso, tendré que persuadirle.

—Bien, os deseo toda la suerte del mundo. Y tú, Jimmie Bunkins, no olvides mis órdenes.

—No, señor.

—Muéstrales dónde buscar. Acompáñales hasta que sea hora de regresar… Ten. —Buscó en su bolsillo y extrajo unas monedas que arrojó sobre la mesa—. Necesitaréis dinero para un coche. Cógelo, Jimmie.

Bunkins saltó de la silla y se apresuró a retirar el dinero.

—En cuanto a vosotros dos, una advertencia: os dirigís a un territorio peligroso. Creo que necesitaréis esto.

Abrió un cajón y extrajo una caja de piel con cierres de latón. La abrió, descubriendo dos pistolas de duelo labradas en plata, idénticas a una que yo había disparado en una ocasión.

—Están cargadas —dijo—. Pero no os daré pólvora ni balas de repuesto porque no quiero que disparéis. Solo con mostrarlas bastará para sacaros de cualquier apuro. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —respondimos Tom y yo al unísono.

—Imagino, Durham, que habrás disparado armas como estas en alguna batalla. Conoces el peligro que encierran y las precauciones que requieren. En cuanto a ti, Jeremy, no estoy tan seguro, mas en una ocasión demostraste que podías disparar. Ahora debes demostrar que sabes cuándo contenerte.

Extrajo las armas y, asiéndolas por sus respectivos cañones, nos las tendió.

—Deberían caberos en el bolsillo. Devolvédmelas en cuanto hayáis encontrado a vuestro hombre o abandonado la búsqueda. Si alguna vez sir John descubre que os las he prestado, seré vuestro enemigo de por vida. Soy un buen amigo, pero también un terrible enemigo. Podéis iros.

Aquel era un sector de la ciudad ciertamente inquietante. Compuesto de dársenas, muelles, cayos y almacenes, entre ellos tenían sus nidos los peores cubiles y tabernas que había visto en mi vida. Lo único que lo hacía tolerable era el bullicio del gentío y el torrente de trabajadores de algunos lugares a lo largo del camino. Cuando los

muelles estaban vacíos o los barcos descargados, no había trabajo y la zona permanecía desierta salvo por las lúgubres tabernas que servían ginebra, ron y cerveza. Tales lugares eran más sucios que cualquiera de Covent Garden. Algunos de los que visitamos —y visitamos muchos— ni siquiera disponían de mesas y sillas. Los clientes podían elegir entre arrimarse al mostrador, sentarse en el suelo o caer borrachos sobre sus compañeros.

Nuestro plan era muy sencillo. Comenzaríamos en las escaleras de la Aduana y caminaríamos en dirección oeste siguiendo el río, deteniéndonos en cada uno de los locales que acabo de describir para que Tom comprobara si había algún tripulante del *Adventure* a quien preguntar por el paradero de Tobías Trindle. Puesto que tales tabernas eran las más próximas al punto de anclaje de la fragata, a poca distancia del muelle de la Torre, dedujimos que eran las más indicadas para registrar. Llegaríamos como mucho hasta el puente de Londres, dado que los barcos de altura no podían ir más allá. Bunkins, que realmente parecía conocer el terreno, trazó la ruta. Tom estuvo de acuerdo y yo, que carecía de preferencias y lo único que quería era emprender la búsqueda, di mi aprobación.

El Gull & Anchor, con un tosco letrero colgado sobre la puerta, fue la primera taberna a la que nos dirigimos. Como se hallaba próxima a la Aduana, no era tan vulgar como otras que habríamos de visitar. Pero sí era tan oscura y apestaba igualmente a cerveza rancia. Jimmie Bunkins y yo nos detuvimos cerca de la puerta y dejamos que Tom deambulara libremente por el mostrador. Al cabo se volvió y sacudió negativamente la cabeza. En ese momento le llamó una fuerte voz procedente de una mesa situada en un rincón.

—¡Caray, pero si es Tom Durham vestido de marinero de agua dulce!

Tom se acercó a la mesa haciéndonos señas de que le siguiéramos.

—¡Pero si es el viejo Bristol Beatty! —exclamó Tom con un tono casi igual de pendenciero—. Y Mizzen Trotter Tim y Viejo Isaac. ¡Qué sorpresa encontraros aquí a los tres!

—Nuestro dinero gusta en toda la ribera del río —dijo uno de ellos. Nunca alcanzaría a saber con exactitud quién era quién.

—Acabamos de empezar nuestra borrachera del día —anunció el segundo.

—Sentaos, muchachos, y bebed con nosotros —dijo el tercero haciendo frenéticas señas a la tabernera, una mujer gorda como una marrana que se acercó contoneándose como un pato.

—Sirve cerveza a estos chicos. Es la bebida propia de los jóvenes.

—¿De dónde has sacado esas ropas, Tom?

—De mi madre. Se empeñó en sacarme de mi uniforme de marinero.

—Para ser de tierra, no están mal. Pareces un caballero.

—¿Quiénes son tus amigos?

Creo que había hablado Viejo Isaac. En cualquier caso, era el más viejo de los tres: apenas le quedaban dientes y tenía el pelo blanco.

—Este es Jimmie Bunkins. Robábamos juntos, pero nos hemos reformado. Y este es Jeremy Proctor, una especie de hermano desde que mi madre volvió a casarse.

Hubo muchos apretones de mano sobre la mesa. La oronda tabernera llegó y nos puso delante las jarras de cerveza. Dinero cambió de manos. Entonces Tom ordenó a la mujer que trajera a sus tres compañeros del *Adventure* una ronda de lo que estuvieran tomando. La mujer se alejó con sus contoneos.

—No, no, muchacho, somos nosotros quienes debemos invitaros.

—No he gastado un penique desde que estoy en Londres —dijo Tom—. Vivo en casa de mi padrastro a mesa y mantel. Tengo dinero de sobras.

Siempre he dicho que eras un buen muchacho, Tom —comentó el que parecía Viejo Isaac.

—Además —prosiguió Tom—, quiero preguntaros algo que, si podéis contestarnos, nos será de gran ayuda.

—¿Qué es, muchacho?

—¿Dónde está Tobías Trindle? ¿Le habéis visto? ¿Dónde puedo encontrarlo?

Los tres se miraron. Las preguntas parecieron inquietar a los marineros.

—No os preocupéis —dijo Tom—, nuestras intenciones son buenas. El caso es que podría recibir una recompensa si lo encontramos.

Quizá en el cielo, pensé yo. No se me ocurría otra posibilidad. Pero era preferible dejarle hablar.

—¿Una recompensa? En fin…

Viejo Isaac sacó una pipa de arcilla y procedió a llenarla del tabaco que guardaba en una bolsa. Apisonó las hojas trituradas al tiempo que meditaba.

Justo entonces llegó la tabernera con tres vasos colmados de un líquido diáfano como el agua. Ginebra, a juzgar por el olor. El trío del *Adventure* alzó los vasos en tanto que Tom entregaba un chelín a la mujer y recibía a cambio un puñado de monedas de cobre. Los hombres devolvieron los vasos a la mesa medio vacíos. El licor les soltó la lengua.

—Si buscáis a Tobías por aquí —dijo uno de los otros dos—, estáis buscando en el lugar equivocado.

—¿Por qué, señor? —pregunté yo, sacudiéndome al fin el peso del silencio que había soportado hasta ahora.

—Porque —replicó Viejo Isaac, apuntándome con su pipa apagada— la tabernera es la única mujer que corre por aquí y el viejo Tobías diría: «No vale la pena molestarse con ella». De hecho, eso fue lo que dijo ayer en esta misma mesa, ¿verdad, amigos?

—Verdad.

—Sí, eso dijo.

—Hay hombres que durante sus permisos solo le dan a la botella. Otros también le dan a la botella, pero si se les cruza una mujer de su gusto, están dispuestos a darse un revolcón con ella, un placer que no tenemos a bordo de un barco. Pero Tobías es el

único hombre que tiene una sola cosa metida en la cabeza cuando toca tierra, y no se trata de ginebra ni de ron. ¿Me equivoco?

Viejo Isaac pronunció las últimas palabras con ojos impúdicos, provocando la risa de sus compañeros.

—Si buscas a Tobías, muchacho, debes ir allí donde haya la mayor concentración de rameras.

—¿Pero dónde soba? —preguntó Bunkins.

—¿Soba? ¿Qué lenguaje es ese? —Viejo Isaac parecía ofendido.

—Es jerga —respondió Bunkins con su viejo estilo agresivo—. ¿Dónde duerme? ¿No se hospeda en ninguna pensión?

—No. Duerme donde la fulana tiene su cuchitril.

Miré a Tom, que se encogió de hombros como diciendo: «Dudo que podamos sonsacar más a estos tipos». Luego noté un codazo de Bunkins en mi costado izquierdo.

—¿Piensas bebértela? —me preguntó, sabiendo que yo aborrecía la cerveza, que únicamente tomaba café y, como bebida fuerte, vino.

Di un ligero empellón a la jarra y Bunkins se apresuró a cogerla. La vació en un abrir y cerrar de ojos.

Los tres marineros emitieron un murmullo de aprobación.

—¡He aquí un muchacho que sabe beber! —exclamó uno de ellos mientras Viejo Isaac sacaba por fin su yesquero y se disponía a encender su pipa, riendo el elogio.

Cuando Bunkins respondió con un colosal eructo, el alborozo fue aún mayor.

—¡Bien hecho!

—Pongámosle otra delante, a ver si es capaz de repetir la hazaña.

Dicho esto, Tom se levantó y yo también. Bunkins nos imitó de mala gana.

—No —dijo Tom—, debemos continuar nuestra búsqueda. Si veis a Tobías decidle que lo estoy buscando. ¿De acuerdo?

—Cuenta con ello, muchacho.

—Y recuerda mis palabras —dijo Viejo Isaac a través de una nube de humo—. Busca a las rameras y allí estará Tobías Trindle.

—Ve a la Taberna del Barco, río abajo. Está llena de fulanas y tienen habitaciones. Allí pasó su primera noche en tierra.

Mientras nos despedíamos y agradecíamos su ayuda, me pregunté por qué no nos lo habían dicho antes.

Aunque Tom votó por ir directamente a la Taberna del Barco, yo, consciente de que una búsqueda bien hecha debía llevarse a cabo siguiendo un orden, insistí en que visitáramos los locales que encontráramos a nuestro paso. Bunkins no opinó sobre el tema, simplemente quería más cerveza, pues hacía calor y el aire era pesado.

Debimos de parar en seis o siete tabernas. En algunas había mujeres y en otras no. Tom trabajaba a conciencia, paseándose por los oscuros cubiles y encontrando a otros marineros del *Adventure*. Todos habían visto a Trindle en un momento u otro desde

que desembarcó. Nadie conocía su paradero actual. En las dos tabernas que carecían de comodidades tan rudimentarias como una mesa y una silla, Tom se dirigió a los hombres que había esparcidos por el suelo, mas con poca determinación, pues aunque halló a dos miembros de su tripulación, ninguno estaba en condiciones de hablar. Bunkins, por su parte, aprovechaba las paradas en el camino para calmar su insaciable sed. Golpeando el mostrador, exigía que le sirvieran cerveza mientras Tom se paseaba por la estancia. No dejaba una sola jarra sin terminar, orgulloso como estaba de su habilidad para vaciarlas en dos o tres tragos.

Para cuando llegamos a la Taberna del Barco, Jimmie Bunkins se hallaba en un estado lamentable. Nos habíamos detenido tres veces por el camino para que hiciera de cuerpo contra una pared. Cuando nuestro objetivo estuvo a la vista, nos pidió que le acompañáramos al río para ayudarle a vomitar y así aliviar su hinchada barriga. Había un muelle vacío en las proximidades. Tom y yo sostuvimos a nuestro amigo por el cinturón mientras se inclinaba sobre la margen del río y, con violentas arcadas, expulsaba el contenido amarillento de su estómago hasta dejarlo vacío. Tiramos de él hacia atrás y Tom le tendió un pañuelo. Bunkins se enjugó el sudor de la cara y los restos de vómito de la boca. Luego escupió dos veces en el río.

—Ya estoy mejor —dijo al fin.

—¿Por qué bebiste tanto, Jimmie B.? —preguntó Tom.

—No lo sé. Una vez que empiezo no puedo parar.

Jadeaba y se balanceaba ligeramente. Parecía mareado.

—Escuchadme, chicos, será mejor que sigáis sin mí. El jefe se enfadaría si llego tarde. Sabed, no obstante, que hay otras muchas tabernas al otro lado de la Torre. Comienzan en las escaleras de Santa Catalina, pero tened cuidado porque es la peor zona. No perdáis de vista las pistolas.

—Conozco las escaleras de Santa Catalina —dije.

—Bien —dijo Jimmie—. Sois buenos chicos, pero no habléis a nadie de lo ocurrido, ¿entendido? Al jefe no le gustaría y estoy esforzándome por complacerle. ¿Tom…?

—Dime, Jimmie.

—¿Puedes darme dinero para un coche? Me lo he gastado todo en cerveza.

Tom le entregó rápidamente una moneda.

—Será mejor que me largue. Adiós.

Y se marchó a grandes zancadas por el muelle Fresh en dirección al puente de Londres. Allí sin duda encontraría un coche. Su estado, no obstante, me inquietaba.

—¿Se pondrá bien, Tom?

—Desde luego. Se mojará la cara con agua y se echará colonia para disimular la peste del vómito. Nadie lo notará.

—Arrastraba las palabras.

—Pues guardará silencio.

—Si tú lo dices.

A fin de cuentas, Tom era un hombre de mundo.

—Bien —dijo—, ¿listo para ir a la Taberna del Barco?

—Listo.

—Entonces, a por Tobías.

Cruzamos el muelle en dirección a la Taberna del Barco con paso raudo, como si fuéramos los muchachos más audaces de todo Londres. Estábamos a punto de alcanzarla cuando la puerta se abrió bruscamente y cinco o seis hombres vestidos de marineros salieron corriendo. Hubo un gran alborozo. Nos detuvimos y miramos. Por un instante nos pareció que corrían hacia nosotros, pero enseguida se desviaron hacia el río.

—Jeremy, son compañeros del *Adventure* —dijo Tom. Luego gritó al que iba último—: ¡Eh, Harry! ¿Qué ocurre? ¿Adónde vais?

Harry no contestó. Simplemente se volvió y nos hizo señas para que les siguiéramos. Tom y yo nos miramos y, sin más, echamos a correr tras él. Estábamos a punto de darles alcance cuando desaparecieron en un vuelo por la margen del río. Cuando llegamos abajo, estaban agolpados alrededor de un bote estacionado en la orilla. El barquero hablaba agitadamente con uno de los marineros mientras el resto contemplaba estupefacto el contenido del bote. El cuerpo empapado de un hombre yacía en la proa, el pelo pegado a la cara. Sin duda, un ahogado.

—No —estaba explicando el barquero, visiblemente irritado—, no lo saqué del agua porque no estaba flotando. Había quedado atrapado sobre uno de los soportes del puente. No sé cuánto tiempo llevaba allí ni cuánta gente lo vio antes que yo. Pero fui yo quien echó a remar y lo cargó en el bote. Ya he hecho mi buena obra y eso es todo lo que voy a hacer. Si lo conocéis, lleváoslo.

—¿Se ha ahogado?

—Eso parece.

—¿Tiene señales en el cuerpo?

—Por supuesto que tiene señales. Si hubieses pasado horas y horas chocando contra el puente de Londres, también tú tendrías señales.

—Me refería a heridas.

Tom, atraído por algo más que la mera curiosidad, se abrió paso entre sus compañeros y contempló el cuerpo que yacía en el bote.

—Si quieres saber si tiene heridas —dijo el barquero— levántale las ropas y mira.

Me acerqué a Tom y vi lo que él estaba viendo. Aunque el hombre tenía la cara abotargada y llena de marcas, no había duda de que era el teniente Grimsby del *HMS Adventure*.

VIII

En el que sir John se niega a leer la Ley de Sublevación a la tripulación

Aunque el cuerpo del teniente Grimsby despertó el interés de los tripulantes presentes en la ribera del Támesis y generó toda clase de especulaciones sobre la causa de su muerte, nadie parecía saber qué hacer. Uno sugirió trasladarlo al Ministerio de Marina y dejarlo frente a la puerta del vicealmirante sir Robert Redmond. A otro se le ocurrió la magnánima idea de celebrar un velatorio en la Taberna del Barco.

El barquero demostró su indiferencia al respecto arrastrando al fallecido oficial fuera del bote y dejándolo caer sobre el fango del río. Seguidamente empujó su embarcación hasta el agua, subió a ella de un salto y se instaló detrás de los remos. Luego desapareció por el cauce, manejando diestramente los remos a izquierda y derecha, rumbo a su siguiente destino.

—Si lo dejamos aquí, tal vez aparezca alguien que sepa qué hacer con él.

Hubo murmullos de aprobación y revuelo de pies. Era evidente que todos deseaban abandonar el cadáver.

—No podemos hacer eso —protestó Tom con severidad—. Si lo dejamos al sol, en una o dos horas se habrá hinchado y apestará. Sería una indecencia abandonarlo aquí.

—Tom tiene razón —convino uno moviendo sagazmente la cabeza.

—Desde luego.

Me aclaré la garganta y ahondé en lo más profundo de mi voz.

—Si me lo permiten, caballeros —dije—, solo hay una forma de arreglar este asunto.

Todos, salvo Tom, se volvieron con suspicacia.

—¿Qué puedes saber tú, muchacho?

—Soy el ayudante de sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street.

—¡Es verdad! ¿Te acuerdas, Bert? Es el chico que iba con el hombre ciego que dejó en ridículo al capitán.

—¡Ahora lo recuerdo! El mismo que arrojó al señor Boone por la escalerilla.

—Hiciste un buen trabajo, muchacho.

—¿Qué debemos hacer? Te escuchamos.

Declaré que debíamos llevarlo al recolector, el hombre que se hacía cargo de los cuerpos hallados en circunstancias misteriosas. Luego yo mismo informaría a sir John, quien a su vez averiguaría cuándo y cómo había muerto el señor Grimsby, además de otras muchas cosas que le diría un competente doctor en medicina. (Desafortunadamente solo conocía a uno, el señor Gabriel Donnelly, y en esos

momentos se hallaba en el valle de Tibble cortejando a una triste viuda). Con todo, me esforcé por crear la impresión de que había una forma adecuada de tratar esta clase de asuntos y de que ellos, naturalmente, querían hacerlo bien.

Los marineros se miraron entre sí y se rascaron la cabeza.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó finalmente uno.

—No muy lejos —respondí—. Al otro lado del puente de Londres.

—En fin… supongo que podemos hacerlo. Somos muchos y podríamos cargarlo en turnos de dos.

Hubo un murmullo de aprobación general, mas de repente se oyó una objeción.

—Creo que es demasiado trabajo para un día tan caluroso.

—Caray, Harry, tienes razón. ¿Por qué no nos llevamos un par de botellas para el camino? ¿Ron o ginebra?

—¡Una de cada!

Se hizo una recolecta. Yo aporté unos cuantos peniques llevado por el espíritu de compañerismo. Tom también hizo su contribución. Uno de los tripulantes se encargó de comprar las botellas y yo sugerí a Tom que le acompañáramos para ver si Tobías Trindle se encontraba en la Taberna del Barco.

—De haber estado, habría salido con los demás —repuso Tom.

—Pero… —Vacilé. El razonamiento de Tom era del todo lógico.

—Aun así, preguntaré a los muchachos —dijo Tom—. Eh, compañeros, ¿está Tobías Trindle en la taberna?

—Hace días que no viene por aquí. Ayer lo vi en el Gull & Anchor con Isaac y Bristol Beatty.

—Ese tipo es un viejo semental, Tom. ¿Os acordáis del día que nos llevó a aquel burdel de Bombay?

—Yo no fui —señaló Tom.

—E hiciste bien. ¿Cuántos pillaron la sífilis? ¿Tres?

—Cinco. Te olvidas de Cherruping Sam y Ned Tobert.

—Murieron en la batalla contra los corsarios, de modo que no podemos saberlo.

—Pero estaban seguros de que la habían pillado. Caray, aquella sí que fue una batalla. Esos cabrones atacaban por todas partes.

Y así pasaron el tiempo, rememorando, hasta que el mensajero regresó con las botellas para el viaje. El hombre se había provisto, además, de una para su consumo personal. Como ginebra era lo que prefería, ginebra había comprado. Extrajo el corcho y pasó la botella. Renuncié a mi turno, pero Tom sí bebió y luego tendió la ginebra al marinero que tenía al lado.

—Bien —anunció… digamos que el cabecilla, pues había sido el primero en aprobar mi plan—, es hora de ponerse en camino. Harry, agarra el cuerpo por ese extremo.

Harry obedeció. Subimos las escaleras y caminamos por una pequeña cuesta que bordeaba el muelle Fresh. Aunque no se divisaban barcos amarrados, había algunos

hombres frente al almacén. Nos miraron con extrañeza cuando repararon en el cuerpo del señor Grimsby balanceándose entre sus dos portadores. El grupo creyó que se trataba de un oficial borracho, hasta que uno de los hombres se acercó, examinó el cuerpo y negó solemnemente con la cabeza en dirección a sus compañeros. Nadie, no obstante, dijo nada.

—Maldita sea, qué pesados se vuelven cuando se mueren —protestó Harry, que iba a la cabeza sosteniendo al teniente por los pies.

—En mi lado hay el doble de peso —replicó su compañero. Y tenía razón, pues en ese momento avanzábamos por una cuesta y le caía todo el peso del tronco.

Los demás nos habíamos distribuido entre la cabeza y la cola de los portadores. Tom y yo encabezábamos la comitiva y de tanto en tanto mirábamos hacia atrás para ver cómo iba todo.

—¿Sabes dónde está ese lugar… la casa del recolector? Nunca había oído ese nombre.

—No es un nombre —repuse—. Es una… descripción. Digamos que almacena cuerpos. —Tras un ligero titubeo, decidí aventurarme—. Pero sí, he estado allí otras veces, no muchas, pero sé dónde está. No es la clase de lugar que uno visita por gusto.

—Me lo imagino.

—No, no te lo imaginas.

Llegamos a Thames Street, que hervía de gente. No quería ni imaginar lo que habría pensado de nosotros y de nuestra grotesca carga. Mas la única forma de alcanzar nuestro destino era dando un rodeo, de modo que desvié el cortejo hacia la izquierda, en dirección al puente. Los transeúntes que encontrábamos a nuestro paso se apartaban para evitarnos. Algunos, llenos de asco, nos daban la espalda. Otros simplemente arrugaban la nariz y seguían su camino. Una señora casi se desmayó en los brazos del caballero que la acompañaba. Pero ¿de qué otra forma podía trasladarse un cadáver?

—Por Dios que llevamos ya un buen trecho —dijo mi primer voluntario—. Dejemos al teniente en el suelo.

Él y Harry soltaron el cuerpo de Grimsby sobre los escalones de la iglesia de San Magno.

—Pásame la botella.

Mientras el hombre la descorchaba y daba un largo trago, observé con inquietud a la gente que pasaba frente a nosotros. Leí en sus rostros la desaprobación y la conmoción, y por vez primera sentí una genuina vergüenza por la rudeza de los tripulantes. No podía disculpar la negligencia con que se habían librado de la carga ni el modo en que ahora descansaban, pasándose la botella unos a otros. Tom, advertí, también estaba incómodo y se mantenía a cierta distancia del grupo. Parecía evitar mi mirada. Sus compañeros eran como niños traviesos, ¿verdad? Había visto a tipos como ellos en Covent Garden, emborrachándose, armando jaleo, incitando a la gente,

y no mucho mayores que yo. Estos eran hombres adultos, pero no tenían otra cosa que compartir que la botella y las historias de asesinatos y rameras.

(¿Realmente medité sobre la conducta censurable de esos salvajes marineros con tanto detenimiento? Quizá los últimos treinta años me han otorgado una sabiduría que ahora adjudico generosamente a mi ser de catorce años. Recuerdo, no obstante, el profundo azoramiento que me embargaba en los escalones de San Magno. Tales sensaciones son, para algunos, las más duraderas y las más difíciles de olvidar).

Pensé que si les recordaba que la tarea estaba inacabada, pondrían nuevamente manos a la obra.

—Falta poco —dije durante una breve pausa del chismorreo.

La mayoría me ignoró. El único que prestó cierta atención a mi discreta súplica fue el cabecilla del grupo, que me miró con ceño.

—Paciencia, muchacho —dijo—. Reemprenderemos la marcha cuando a nosotros nos parezca bien.

—¿Qué le parece si enderezamos al teniente para que no parezca tan… tan muerto, señor?

El hombre dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Desde luego! ¿Por qué no?

Durante varios minutos de macabra diversión los marineros intentaron sentar el cuerpo del teniente sobre un peldaño. El señor Grimsby se resistía a mantenerse derecho, columpiándose de derecha a izquierda acompañado de las risotadas y mofas de los marineros. Cuando finalmente conseguían enderezarlo, la cabeza caía pesadamente hacia adelante o hacia atrás, arruinando la esmerada obra y provocando nuevas risas. En un momento dado, Harry se colocó delante del teniente y le conminó a mantener la postura propia de un oficial y caballero.

¿Qué pensará la gente si le ve columpiarse como un vulgar borracho?

Una vez más, estallaron las risas.

Un marinero zarandeó su dedo índice frente al rostro magullado y tumefacto del señor Grimsby.

—No olvide su rango, señor. Mantenga la compostura.

Aquello fue demasiado para el beligerante grupo de espectadores que se había agolpado para presenciar el horrible espectáculo. Entre ellos había dos o tres hombres distinguidos. Uno de ellos dio un paso al frente y golpeó el suelo enguijarrado con su bastón.

—Les comunico —dijo— que he enviado a mi criado en busca de un alguacil, pues dadas las circunstancias es bien probable que hayan matado a ese oficial. Ahora se mofan de su víctima como una panda de salvajes. ¿Quiénes se han creído que son para perpetrar semejante atropello?

Uno de los tripulantes, botella en mano, se acercó y saludó con gesto burlón.

—Armada Real, señor —anunció—. El buque de su majestad *Adventure*.

—Le agradezco la información. Estoy seguro de que a su capitán le interesará

conocer lo ocurrido.

Al oír eso, los hombres de la fragata se quedaron mudos. El cabecilla se descubrió la cabeza y se estiró las greñas.

—Le ruego nos disculpe, señor. No pretendíamos hacer daño a nadie —dijo—. Le aseguro que no hemos hecho nada a este oficial. Un barquero lo encontró atrapado en uno de los pilares del puente. Se había ahogado. Al verle, advertimos que se trataba de un miembro del *Adventure*. Era un buen oficial, señor, y le profesábamos un gran respeto, aun cuando nuestros actos no den fe de ello. Este muchacho —prosiguió, señalándome— nos asegura que hay un lugar cerca de aquí donde podemos dejar el cadáver. Nos dirigíamos hacia allí cuando nos detuvimos a descansar y la bebida nos venció.

—Que yo sepa, no existe un lugar así por estos alrededores —repuso el hombre distinguido.

—Sí existe, señor —repliqué—. La casa del recolector no está lejos de aquí.

—¿El recolector? ¡Dios santo!

Un escalofrío se apoderó del hombre en ese caluroso día de julio, y no fue el único del grupo de mirones que reaccionó de ese modo.

—Bien —dijo—, si lo que dicen es cierto, pueden proseguir su camino. Pero que quede claro que han dado muestras de una vergonzosa falta de respeto por los muertos.

—Y en terreno de la Iglesia —añadió otro—. ¡Una blasfemia!

—En fin, señores —dijo el portavoz de los marineros— tienen razón, de eso no hay duda. Pero si nos disculpan, debemos seguir nuestro camino. —Se llevó la gorra a la cabeza y señaló el cuerpo del teniente, el cual, desatendido, se había postrado una vez más—. Hurley —ordenó al hombre que tan amablemente había revelado el nombre del buque—, coge a nuestro amado teniente por los brazos y que otro lo agarre por los pies.

Hurley pasó la botella a un compañero y obedeció sin rechistar. Otro marinero levantó al teniente por los pies y la comitiva reemprendió la marcha. La gente agolpada a nuestro alrededor —cada vez más numerosa— se apartó para dejarnos paso y partimos más callados de como habíamos venido.

Mientras subíamos por Fish Street Hill camino del puente de Londres, miré a mi izquierda y traté de imaginar el aspecto que habría tenido el puente cuando sobre él se erigían casas y comercios. Estos habían sido retirados poco antes de mi llegada a Londres. ¡Qué curioso debía de resultar vivir sobre un puente! ¿Quién podía desear una cosa así? Susurré mis pensamientos a Tom.

El marinero Hurley fue víctima de las injurias de sus compañeros. Su insolencia, provocada por la embriaguez, los había puesto en un apuro y no se lo perdonaban.

—Buen trabajo, Hurley —dijo el compañero que había hablado por todos. Si tuviera en mis manos la vara del señor Boone, te azotaría la espalda a cada paso que dieras.

—¡Bah! —replicó Hurley—. Ese hombre no hará nada, solo pretendía asustarnos.

—Más te vale que así sea.

—Y ya puestos, Hurley, ¿por qué no le diste también nuestros nombres?

Etcétera, etcétera. Hurley respondía refunfuñando. Una vez en el muelle Grave, anuncié que debíamos girar a la izquierda y se designó a otro marinero para transportar al teniente por los pies. Hurley, no obstante, aceptó sin rechistar que nadie le reemplazara a la cabeza del cadáver.

—¿Es allí? —me preguntó Tom—. Parece una granja.

—Lo es —respondí—, y en el campo de delante se entierran los cuerpos que nadie reclama.

—¡Diantre! —exclamó Tom—. ¿Ese olor tan fuerte es lo que pienso que es?

—Probablemente —dije—, a pesar de que la casa del recolector se construyó cerca del edificio de los pescaderos para disimular el pestilente olor, o tal vez para confundir ambos.

—Así pues, se trata de un cementerio.

—Exacto.

—No veo señales. ¿Cómo sabe el recolector dónde cavar?

—Según Jimmie Bunkins, el hombre tiene distribuido el terreno de una forma que solo él conoce. Cava a bastante profundidad y amontona los cuerpos.

Tom respiró hondo.

—Este lugar apesta.

—Algunos cuerpos están enterrados a ras de suelo. Cuida de no tropezar con alguna nariz.

Presa del pánico, Tom miró rápidamente el suelo. Luego levantó la vista irritado.

—¿Era una broma, Jeremy?

—Una broma sin gracia —respondí.

Rodeamos la casita habitada por el recolector y por su fea hermana y llegamos a una cerca. Detrás de ella estaba la pareja de caballos fantasmales y enfermizos encargados de tirar del carro. Estaban, como siempre, con la cabeza gacha y sin mover un músculo.

—¿Están vivos? —preguntó un tripulante.

—He visto a uno mover un ojo —dijo otro.

Aunque dudaba que así fuera, no tenía intención de discutir. Aspirando hondo, grité para hacer salir al recolector de su espeluznante granero.

—¿Hay alguien? ¡Si está usted ahí, recolector, le ruego que salga! —Esperé y grité de nuevo—: ¿Hay alguien?

Esperamos. Se oyó un revuelo en el interior del granero y al fin el hombre apareció. Estaba igual que como lo recordaba; después de todo, no había nadie como él. Los brazos le colgaban como a un mono y parecían igualmente largos. Mientras cruzaba el patio con sus piernas estevadas, oí quedos comentarios a mi espalda acerca de la extraña figura, de sus ojos desiguales (uno era mucho más pequeño que el otro),

de su fatigoso andar. Mas cuando el hombre llegó, los marineros se mostraron respetuosos y discretos.

—Te recuerdo —dijo el recolector, clavándome el ojo de tamaño normal—. Eres el joven ayudante del magistrado ciego. ¿Me traes un huésped?

—Así es, señor, un hombre ahogado —dije—, un oficial de la Armada Real.

—Has hecho bien en traérmelo, aunque probablemente no vaya a enterrarlo. ¿Por qué no pides a tus compañeros que lo pasen por encima de la valla? No puedo cogerlo desde aquí.

Sin pronunciar palabra, los marineros echaron una mano a Hurley. Se diría que el recolector les imponía respeto. El hombre recogió el cuerpo del teniente y con destreza se lo cargó al hombro de un solo gesto. Luego sonrió de una manera que pretendía ser amistosa.

—Hace calor —dijo—. Podéis entrar en el granero para escapar del sol si traéis con vosotros esas botellas. —El recolector dejó escapar una risita escalofriante.

Los seis tripulantes del *Adventure* se miraron y asintieron con la cabeza. La votación estaba hecha.

—Entrad —dijo el recolector—, pero debo pediros que saltéis la valla, como hizo vuestro amigo. Si abro la verja, los caballos podrían echar a correr.

Juzgué que el hombre sobrevaloraba las habilidades de sus animales.

Uno a uno, los marineros saltaron la valla, dejándonos a Tom y a mí solos.

—Vamos —dije—. Hemos de ir con ellos.

—¿Por qué? —susurró Tom—. No me gusta ese hombre y no tengo ninguna curiosidad por saber qué guarda en ese granero.

—Yo tampoco, pero tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo?

—Desvestir al señor Grimsby y comprobar si tiene heridas o marcas.

—¿Por qué?

—Porque será la primera pregunta que me haga sir John cuando le informe de la muerte del teniente. «¿Tenía heridas?», dirá. Y he de contar con una respuesta.

—Comprendo. Entremos entonces.

Saltamos la cerca y seguimos al resto.

—Cuidado con los excrementos de caballo —advertí.

Cuando alcé la vista ya no estaban. Al entrar en el granero comprobé que se habían acomodado sobre la enorme pila de ropa que recordaba de mis anteriores visitas al impío lugar. Habían descorchado las botellas y ahora se las pasaban unos a otros. El recolector había depositado el cuerpo del señor Grimsby cerca de la puerta. Tendríamos suficiente luz para realizar el trabajo. La conversación había comenzado al tiempo que las botellas eran descorchadas. Los marineros *Adventure* sentían una curiosidad natural (o tal vez malsana) por el trabajo del recolector. Tenían muchas preguntas y el hombre las respondía animadamente.

—Las mujeres a ese lado y los hombres al otro —estaba diciendo—, pero os juro

que no siempre es fácil decidirse. Me han llegado hombres vestidos de mujer y viceversa.

—¿No hablarás en serio?

—Lo juro por Dios. En un negocio de este tipo se ven cosas increíbles.

Tras beber un segundo sorbo de la botella, la pasó al hombre que tenía más próximo.

—¿Qué es lo más extraño que has visto? —preguntó Hurley.

—Oh, eso es fácil de responder —dijo el recolector—. Una noche que me quedé trabajando hasta tarde para poner un poco de orden, uno de mis huéspedes se incorporó de repente, arrojó la lona que lo cubría y dijo: «¿Dónde están mis ropas?». Se las había quitado, como hago con todos los huéspedes. Estáis sentados sobre algunas de ellas.

—Entonces, ¿estaba vivo o muerto?

—Oh, estaba vivo, de eso no hay duda. Me dio un buen susto. Los muertos pueden darte sustos tremendos. Le habían golpeado en la cabeza y robado. Parecía muerto, pero por lo visto solo estaba dormido. Le proporcioné mejores ropas de las que había traído y le di un chelín por las molestias. Se marchó muy contento.

—Jesús bendito —gimió Hurley—, como el mismísimo Lázaro.

—Desde luego —convino el recolector—. Pero si hubiese dormido un día más, habría despertado bajo tierra.

El silencio se impuso sobre la tripulación de marineros: se había mencionado lo inconcebible.

Al cabo, habló el tipo grande que había dirigido al resto de la expedición.

—Eso, muchachos, es lo que nos diferencia de la gente de tierra. Prefiero que me entierren en el agua, que sé que me aguarda, pues es más limpia y… y más segura.

Los hombres aprobaron la valerosa declaración alzando las botellas. Una de ellas se terminó y fue arrojada a un lado.

—¿No te molesta el olor? —quiso saber uno, o tal vez todos, pues todos aspiraban el mismo aire pestilente.

—A decir verdad, no lo noto. Uno se acostumbra.

Yo estaba seguro de algo: ni Tom ni yo nos acostumbraríamos jamás al olor de ese lugar. Era el peor que había percibido en mis tres visitas al granero del recolector, pues ese día era especialmente caluroso. Un efluvio de putrefacción flotaba en el interior del granero como una lóbrega nube de muerte. Si Tom hubiese echado a correr, yo le habría seguido.

No obstante, trabajamos con toda la presteza de que fuimos capaces en tanto que el resto conversaba del modo que acabo de describir. Desnudamos el cuerpo del señor Grimsby, pero nadie mostró el más mínimo interés por nuestra labor. Mientras examinábamos los miembros, el coloquio continuaba.

—¿Quién te paga por hacer este trabajo?

—Los municipios de Londres y Westminster —dijo el recolector.

—¿Cómo llegaste a meterte en esto?

—Por tradición familiar. Mi padre heredó el puesto de mi abuelo y mi abuelo de mi bisabuelo, a quien se lo concedieron como reconocimiento a sus servicios durante la Gran Peste hace cien años.

No había heridas ni marcas destacables en la parte frontal del cadáver, de modo que le dimos la vuelta. Las piernas, las nalgas y la espalda aparecían intactas, pero Tom me hizo señales para que me acercara y palpara la cabeza. El cabello del señor Grimsby era genuino y lo llevaba largo, ocultando una superficie del tamaño de una guinea en la base del cráneo que había sido aplastada. Asentí con la cabeza y mientras lo hacía me di cuenta de que no habíamos cruzado palabra.

—Si queréis, podéis echar un vistazo a mis huéspedes, pero os advierto que algunos no tienen muy buen aspecto. La muerte es una compañera extraña —dijo el recolector—. Os costará el ron que queda en esa botella.

Un marinero tapó la botella y la arrojó descuidadamente al hombre mientras el resto se levantaba de la pila de ropa y comenzaba a pasearse por la hilera de cuerpos cubiertos con lonas, hablando entre sí con voz queda. El recolector bebió, rio sofocadamente y se puso en pie con un potente gruñido. Se acercó a nosotros y contempló pensativo al teniente Grimsby.

—Dejadlo tal como está —dijo—. Me habéis ahorrado mucho trabajo.

—La Armada le dará sepultura —dijo Tom—, y un médico naval vendrá mañana para examinar el cadáver. Tendrá que dar una buena cepillada al uniforme.

—A sus órdenes —dijo el recolector sonriendo una vez más—. ¿No se dice así? ¿A sus órdenes, señor?

—Debemos irnos —anuncié—. Informaré a sir John de lo ocurrido. Aunque el asunto atañe a la Armada, tiene cierto interés en él.

—Habla bien de mí al magistrado, joven. No olvides decirle que soy su más fiel servidor.

Anochecía cuando llegamos al número 4 de Bow Street. Eran cerca de las diez y nosotros, que no habíamos probado bocado desde el desayuno, éramos dos jóvenes hambrientos. Camino de las escaleras Tom me detuvo y me susurró nerviosamente al oído:

—Jeremy, entra en la cocina y si Annie no está, hazme señas y entraré.

—¿Qué harás si está?

Tom arrugó la frente.

—Caray, no lo sé.

—Vamos, entra conmigo. Debes hacerlo.

—De acuerdo —suspiró Tom—. Supongo que tienes razón.

Había observado que desde el regreso de Annie, ambos mantenían una relación muy tensa. Tom, disgustado como estaba, poco tenía que decir en presencia de la

muchacha y aún menos a Annie directamente. Evitaba sus ojos, lo cual no era tarea fácil, habida cuenta que nunca le abandonaban. Le seguían por toda la estancia, le miraban con ternura desde el otro lado de la mesa; a veces, parecían cubrirse de lágrimas. Durante la cena de la noche anterior, la atención que Annie prestaba a Tom se hizo tan evidente que lady Fielding juzgó necesario hablar a la muchacha con brusquedad: «¡Annie, por favor!», dijo mi señora, llevada más por la exasperación que por el deseo de reprenderla. Solo entonces la joven cocinera clavó los ojos en su plato, si bien tardó muy poco en volver a posarlos en el objeto de su fascinación.

Así estaban las cosas entre ellos. De ahí que Tom se negara a cruzar la puerta, como un potro en una cerca oliendo el peligro. Tal como resultaría después, el peligro no fue tal. Iniciamos nuestro ascenso con paso cauto. Oí la voz de Annie, más profunda y mujeril de lo que cabría esperar en una chica de su edad, al otro lado de la puerta. Entonaba una triste balada a la sazón muy popular. En el momento en que nos acercábamos se interrumpió y cuando giré el pomo de la puerta y entré en la cocina, se estaba levantando de la mesa. Tom me siguió.

—Hola, Annie —saludé todo lo animadamente que pude.

—Hola, Jeremy. Hola, Tom.

Tom murmuró un saludo y se mantuvo pegado a mi espalda, como si tratara de ocultarse.

Algo había cambiado en Annie. Se había producido, o cuando menos iniciado, una transformación. Sus ojos se clavaron en los míos, pero luego se perdieron en los de Tom, que permanecía encogido detrás de mí. Aunque triste, la muchacha logró esbozar una sonrisa.

—Debéis de estar hambrientos —dijo.

—Lo estamos —contesté—. Bastará con un poco de pan y queso, o incluso pan a secas.

—Puedo daros algo mejor. He mantenido vuestra cena caliente, si os apetece estofado.

—¡Sería estupendo! Pero ¿podrías conservarlo caliente un poco más? Tenemos que hablar con sir John.

—Podría y lo haré. Está en su pequeño estudio.

Y dicho esto, Annie se volvió hacia el fogón y removió el estofado.

—Gracias, Annie —dije mientras salíamos de la cocina—. La señora Gredge nunca me trató tan bien.

—Y cocino mejor que ella —añadió Annie con orgullo—. El propio sir John me lo confesó esta noche.

La dejamos junto al fogón. Estábamos subiendo las escaleras cuando Tom me detuvo.

—¿No te parece que está mejor? —me susurró—. Quizá mi madre haya hablado con ella.

—O quizá te ha apartado de su mente —repliqué.

La idea pareció inquietarle.

—Oh —dijo—, sí, quizá sea eso.

Encontramos a sir John sentado a la luz mortecina del crepúsculo. Aunque la puerta de su reducido estudio estaba abierta, llamé suavemente.

—¿Sois vosotros, muchachos? Adelante —dijo—. ¿Habéis localizado a nuestro testigo Trindle?

—No, sir John —respondí, tomando asiento—, pero hemos hecho un terrible descubrimiento.

—¿De qué se trata?

—Del teniente Grimsby —dijo Tom.

—Está muerto —dije yo.

—Contádmelo todo.

Y eso hicimos, desde nuestra búsqueda por las tabernuchas del Támesis hasta el hallazgo del cadáver que el barquero había sacado del agua junto al puente de Londres y su traslado a la casa del recolector.

—Una vez allí examinamos el cuerpo.

—¿Tenía heridas?

—Sufría magulladuras, señor, pero como bien dijo el barquero, es imposible saber cuánto tiempo estuvo dando bandazos contra el puente. No obstante, Tom encontró algo que…

—Así es, señor —intervino Tom—. Su cráneo mostraba un fuerte golpe justo en la zona de unión con el cuello. Estaba como aplastado, pero solo en ese punto.

—¿Justo aquí?

Sir John se volvió y se colocó un dedo en el lugar descrito. Luego, cayendo en la cuenta, preguntó:

—¿Está demasiado oscuro? Si no veis bien, podéis encender una vela.

—No es necesario, señor —respondí.

—Sí, justo donde tiene el dedo —dijo Tom.

—¿De qué tamaño era la herida?

—Aproximadamente del de una guinea —dije.

—¿Tan grande? Tom, ¿crees que pudo hacérsela al chocar contra un pilar del puente?

—Imagino que es posible.

—Pero no lo crees.

—No, señor.

—¿Qué crees entonces?

—Que se lo hizo con una cabilla de maniobra —declaró Tom sin vacilar.

—Comprendo.

Sir John se sumió en un largo silencio, rumiando con la cabeza inclinada hacia adelante. Tom me miró extrañado, como preguntándome si el magistrado se había dormido. Yo sabía que no dormía. Negué firmemente con la cabeza. Al fin, sir John

despertó de su ensimismamiento.

—Jeremy, ¿recuerdas que el almirante sir Robert me estaba esperando cuando os envié en busca de Trindle?

—Lo recuerdo, señor. Parecía muy alterado.

—Y lo estaba. Vino a verme para contarme que el señor Grimsby había desertado del barco, contraviniendo sus órdenes y las del teniente Hartsell. Me dijo que Grimsby sería perseguido y sometido a consejo de guerra. Quiso saber si el teniente se había puesto en contacto conmigo. Le expliqué que me había enviado una carta para que fuera a verle al *Adventure*. El almirante dijo que Grimsby no tenía derecho a hacer tal cosa y que en lo sucesivo no debíamos visitar el buque si no era en su compañía. Naturalmente, era de esperar que eso ocurriera, teniendo en cuenta el sermón que nos dio el teniente Hartsell cuando nos íbamos.

Sir John suspiró y calló de nuevo.

—Si es cierto que el señor Grimsby fue golpeado y arrojado al agua —dijo Tom —, existían muchas probabilidades de que nadie lo encontrara.

—De no ser por el puente de Londres, todavía seguiría flotando —añadió sir John —. Con todo, el pobre teniente consiguió decirme lo que tenía que decirme, e imagino que no debió de resultarle fácil. —Hubo una pausa—. Por lo menos, su muerte deja clara una cosa.

—¿Qué, señor?

—Que el señor Landon debe abandonar el *Adventure* a toda costa. Me temo que también su vida corre peligro a bordo de la fragata. Quizá lo destinen a la prisión de la Torre, pero siempre será preferible a su situación actual. Mañana escribiré a Bobbie para informarle de lo sucedido y pedirle que envíe un médico a casa del recolector para confirmar vuestros hallazgos.

—¿Quién informa al almirante de lo que ocurre en la fragata?

—Me atrevo a decir que en este caso fue el señor Byner. Se diría que pasa más tiempo con el teniente Hartsell que con el hombre al que debe defender.

Sir John tenía razón: Annie cocinaba mejor que la señora Gredge. ¿Se debía acaso a esas excelentes especias inglesas —romero, salvia y tomillo— que la vieja cocinera se negaba a utilizar? ¿A su amor por las cebollas, que la señora Gredge se quejaba de que le provocaban gases y flatulencia? ¿Era su audacia con el ajo, condimento que la anciana señora juzgaba de intrusión extranjera? ¿O era simplemente que Annie ponía más atención en su trabajo? Jamás se le quemaba un asado o se le pegaba un estofado. Se ocupaba de su fuego y, a diferencia de la señora Gredge, jamás me pedía que lo vigilara. Annie solía decir que gran parte del secreto del arte culinario estaba en saber cuándo apaciguar un fuego y cuándo avivarlo.

Su arte quedó demostrado en el estofado de buey que nos puso delante a Tom y a mí después de nuestra entrevista con sir John. Bien condimentado, con la cantidad

justa de cebolla y ajo, lo había mantenido a fuego lento hasta que llegó el momento de darle un ligero hervor. Annie lo probó con ojo crítico.

—Tan bueno como recién hecho —dijo, relamiéndose los labios.

Y después de servirnos, se marchó a su habitación. Tom la siguió con la mirada, bastante perplejo.

—Parece otra —dijo.

Yo estaba tan enfrascado en el delicioso contenido de mi plato que apenas musité unas palabras.

—¿Qué has dicho? —No le había entendido.

—Ha recuperado el amor propio —repetí—. Sir John elogió su trabajo. Una alabanza sincera puede hacer milagros. ¿No te ha ocurrido nunca?

Tras reflexionar un instante, Tom respondió sobriamente:

—Sí, con el teniente Landon.

Es posible que a partir de ese momento comiéramos con mayor solemnidad, pero sin perder el entusiasmo. A fin de cuentas, éramos jóvenes, y ni siquiera un pensamiento triste podía aguarnos una buena cena.

Poco después, cuando estábamos rebañando con pan nuestros respectivos platos, del piso de abajo llegó un ruido espantoso. Luego, sin apenas llamar a la puerta, interrumpió en la cocina el señor Benjamin Bailey, capitán de los alguaciles de Bow Street. Semejante irrupción era tan impropia de él, el más respetuoso de los hombres (salvo con los malhechores y criminales), que enseguida comprendí que se trataba de un asunto de suma importancia. Me levanté enseguida. El hombre, entretanto, resollaba, tratando de recobrar el aliento.

—¿Está sir John en casa, Jeremy?

—Sí. Voy a buscarlo.

Me volví y vi que el hombre en cuestión bajaba en ese momento las escaleras y entraba en la cocina.

—No es necesario, ya estoy aquí. ¿Qué ocurre, señor Bailey?

—Se ha producido una sublevación, señor.

—¡Que Dios nos asista!

—Está en pleno auge, sir John. He venido a solicitar su autorización para pedir a la Torre una compañía de granaderos.

—¿Tan grave es la situación?

—Señor, están…

—No, no, señor Bailey, acepto su criterio. ¿Es preciso que usted acuda a la Torre en persona?

—Enviaré al agente Perkins. Está esperando abajo.

—En ese caso, vaya a darle instrucciones y espérenos. Será cosa de un minuto.

Mientras se alejaba, el señor Bailey gritó:

—La causante del conflicto es la tripulación de la fragata anclada junto al puente de Londres.

De acuerdo con el señor Bailey, que nos relató la historia mientras atravesábamos a toda prisa la ciudad, el colosal disturbio había estallado como consecuencia de uno de los habituales incidentes en casa de la señora Gerney, un célebre burdel situado frente a la Ribera. Al anochecer, un marinero del *Adventure* descubrió, durante su visita a una de las beldades del lugar, que le habían robado. Se quejó vehementemente a la señora de la casa, mas no obtuvo compensación alguna. Profiriendo terribles amenazas, el hombre fue en busca de sus compañeros de barco. Reclutó un pequeño ejército entre las tabernuchas del Támesis y Covent Garden. No solo se unieron a él sus camaradas, sino también sus compañeros de juergas y sus amistades más recientes. Tantos días bebiendo y contando viejas batallas habían gestado el deseo de una buena pelea. Mientras marchaban hacia el burdel de la señora Gerney, recolectando palos, garrotes y piedras por el camino, la demanda de una compensación se había transformado, por la misteriosa química del poder de las masas, en sed de venganza.

Sumaban más de cien para cuando llegaron a su destino, donde dos alguaciles les esperaban apostados frente a la puerta del burdel. Los manifestantes, más que enfrentarse a los alguaciles —Rumford y Cowley—, los barrieron a un lado ignorando sus gritos de «¡Dispersaos!» y «¡Volved a casa!». ¿Qué podían hacer dos alguaciles armados con simples porras contra un centenar de hombres?

Los alborotadores atravesaron la puerta pisando fuerte, golpeando a diestro y siniestro e injuriando a la columna de hombres que la señora Gerney había contratado para que protegieran su persona y su negocio. Se oyeron ruidos de destrucción en el interior —vasos rotos, muebles despedazados y arrojados aquí y allá— y aullidos de mujeres atemorizadas. La acción se extendió al piso superior, de notables dimensiones. Rompieron ventanas y por ellas arrojaron espejos, sillas, sábanas y colchones. La gente que se había congregado para curiosear (ya se sabe que la gente se congrega para curiosear cualquier cosa) huyó horrorizada ante los objetos que llovían sobre sus cabezas. Piezas más pequeñas salieron volando hacia la calle, creando la confusión y el pánico entre las tartanas y carruajes. El caballo de un coche dio un respingo, arrastrando consigo a su compañero, y el vehículo chocó contra otro carruaje. Un caluroso intercambio de improperios tuvo lugar entre los dos cocheros cuando se detuvieron a discutir el asunto, detención que provocó la obstrucción del tráfico de toda la calle.

En ese momento, una bandada de inquilinas de la señora Gerney y sus respectivos clientes salió despavorida del edificio, tratando de ponerse a salvo de los alborotadores. Aunque ninguno iba completamente desnudo, a la mayoría le faltaba alguna prenda, hecho que contribuyó sobremanera al regocijo de los mirones.

Fue esta escena caótica la que contempló Benjamin Bailey cuando apareció con tres alguaciles de refuerzo, también armados con sencillas porras. El inexperto agente Cowley propuso arrestar a los sublevados uno a uno a medida que salían del edificio.

El señor Bailey, consciente del disparate propuesto por su subordinado, ordenó a cuatro agentes que apilaran los bienes esparcidos por la calle e hicieran guardia junto a ellos. Luego partió con Perkins en busca de *sir* John con el fin de solicitar su autorización para avisar a los granaderos.

La situación había cambiado ligeramente cuando el señor Bailey regresó con *sir* John, Tom y yo. Al doblar la esquina de Southampton Street, que desembocaba en la Ribera, divisamos un enorme tumulto a una manzana de distancia. De la colosal masa de gente sobresalían estelas de humo. Pero a medida que nos acercábamos y la luz de los faroles nos permitía ver con mayor claridad, comprendimos que se trataba de algo más que estelas y que había muchas de ellas girando aquí y allá, describiendo un círculo irregular. El señor Bailey informó de ello a *sir* John y se sumergió en la multitud. Tom y yo nos miramos y seguimos a *sir* John, que se había agarrado al cinturón del alguacil.

—Abran paso, abran paso —vociferaba el señor Bailey—. Ha llegado el magistrado.

Mientras avanzábamos a empujones por entre los reacios espectadores, advertí que el humo procedía de antorchas que eran sostenidas en lo alto y agitadas de un lado a otro.

—Abran paso a *sir* John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street.

Cuando era preciso, el señor Bailey no dudaba en utilizar la porra que tan hábilmente manejaba. A los más inflexibles propinaba un azote en el hombro o en el trasero. Gracias a su perseverancia, alcanzamos la primera hilera de mirones y contemplamos el espectáculo que tanto parecía absorberles.

Los agentes, que obedeciendo las órdenes de su capitán habían erigido una elevada pila con los objetos lanzados por las ventanas del burdel, se veían ahora obligados a defenderla con uñas y dientes. Los sublevados, hartos de tanto desmán, habían ido abandonando el edificio. Al divisar la enorme montaña de objetos debieron de imaginar la hermosa fogata que podrían hacer con ella, pues enseguida procedieron a encender antorchas. Los agentes se apostaron en las cuatro esquinas, desde donde podrían repartir golpes a todo el que se atreviera a acercarse para prender fuego a la pila. Lo que siguió fue una suerte de juego, o eso debieron de creer los marineros, pues cuando llegamos, seis de ellos (conté seis, pero podrían haber sido más) estaban bailando alrededor de la pila, arrimando y retirando las antorchas con movimientos rápidos, acercándolas temerariamente a los agentes, aceptando contundentes golpes en brazos y piernas como parte del juego. Llegué a la conclusión de que si esos muchachos traviesos hubiesen querido tener su hoguera, la habrían tenido, que en realidad disfrutaban mucho más con ese juego, pues entretenía enormemente a la multitud. Los astutos acercamientos de las antorchas generaban risas joviales y algún que otro aplauso. He ahí la única razón por la que los espectadores se resistían a dejarnos pasar y hacernos sitio: estaban disfrutando del espectáculo.

El señor Bailey tenía la cabeza pegada a la de *sir* John, sin duda describiéndole la extraña escena. Tampoco pude oír la respuesta del magistrado, hasta que un redoble de carcajadas estalló y *sir* John gritó:

—¿A cuánto?

—A diez pasos, señor —respondió también a voces Bailey—, ni uno más ni uno menos.

Sin el menor titubeo, *sir* John recorrió los diez pasos blandiendo el bastón frente a él. La hazaña le situó entre dos marineros que portaban antorchas y muy cerca del agente Cowley, que le miró asombrado.

El baile se detuvo. La repentina irrupción del hombre ciego sorprendió tanto a los bailarines, que estos permanecieron quietos durante largo rato, mirándose unos a otros sin comprender. ¿Quién era ese hombre? ¿A qué se debía su intromisión?

Viendo que la diversión había cesado, cuando menos temporalmente, la gente comenzó a silbar. Los amotinados que se habían alineado frente a la puerta del burdel empezaron a proferir insultos y abucheos. Mas cuando uno de ellos —no el más próximo— rodeó la pila y se acercó a *sir* John, tanto los alborotadores como su audiencia pusieron punto en boca, presintiendo la inminencia de una confrontación.

El hombre, delgado y de mediana estatura, tenía, como muchos marineros, el rostro más envejecido que el cuerpo. Aunque sus mejillas estaban arrugadas y oscurecidas por el sol, y le faltaban algunos dientes, sostenía la antorcha bien alta y hasta hacía poco había estado haciendo travesuras con sus compañeros para desesperación de los alguaciles.

De repente, Tom me propinó un codazo en el brazo.

—Es él, Jeremy —susurró en voz alta a mi oído—. ¡Es él!

Yo ignoraba por completo a qué se refería, tan absorto estaba en la dramática escena. Me disponía a agitar una mano para hacerle callar cuando me asaltó una sospecha.

—¿Es quién?

—Tobías Trindle —respondió Tom con el mismo susurro subido de tono—. Lo reconocería en cualquier parte.

¿Qué debíamos hacer? ¿Comunicar a *sir* John la noticia a voz en grito? ¿Acercarnos y suplicar a Trindle que declarase a favor del señor Landon? No, imposible. Solo podíamos guardar silencio y dejar que el drama siguiera su cauce, pues en ese momento se disponían a hablar.

—¿Quién eres? —preguntó Tobías Trindle.

—John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street. ¿Y usted, señor?

Trindle soltó una sonora carcajada.

—Sería un estúpido si se lo dijera.

—Teniendo en cuenta lo que usted y sus compañeros han venido haciendo en la última hora, me atrevo a decir que ya ha demostrado ser un estúpido, al igual que todos ellos. De modo que ya puede decirme el nombre del estúpido a quien me estoy

dirigiendo.

—No pienso hacerlo.

Y dicho esto, Trindle acercó la antorcha al rostro de *sir* John. El magistrado no se inmutó. Se oyó un murmullo de asombro. Algunos sublevados retrocedieron ante el atrevimiento.

—Es usted ciego, ¿verdad?

—Lo soy. Y ahora retire ese tizón candente de mi cara, pues tenga por seguro que si me lastima a mí o a mis alguaciles, irá a la horca. Somos oficiales de la ley y la ley debe respetarse. Hasta ahora ha mostrado muy poco respeto por ella. Usted y sus camaradas han perturbado la paz, han causado desperfectos y ahora juegan con fuego. El incendio doloso también se castiga con la horca.

Trindle retiró la antorcha y miró vacilante al centenar de hombres que le habían acompañado hasta el burdel de la señora Gerney. ¿Estaban o no estaban con él? Algunos habían comenzado a retroceder, quizá con intención de desaparecer.

—He oído hablar de usted. Le llaman el juececillo ciego.

—Si ha oído hablar de mí, sabrá que tengo fama de cumplir mis promesas. Le he dado mi palabra de que si yo o mis alguaciles sufrimos daño alguno, usted y sus compañeros irán a la horca. También he prometido que si se produce un incendio, el castigo será el mismo. Pero tengo otra promesa que hacerle…

Sir John había elevado la voz hasta el límite de sus posibilidades. Se estaba dirigiendo a los manifestantes y a su cabecilla.

—Prometo —dijo *sir* John— que si os dispersáis y regresáis a los pasatiempos que os tenían ocupados antes de emprender tan destructiva misión, nadie será perseguido ni arrestado. El local sobre el que habéis descargado vuestra ira ya nos ha dado problemas antes. Consideraré que se ha hecho justicia. Pero si, por el contrario, persistís, seréis acusados de sublevación.

Sir John se volvió y, siguiendo la voz de Bailey («Por aquí, señor»), regresó a nuestro lado y esperó.

Tobías Trindle arrojó la antorcha al suelo y la apagó con el pie. Los demás marineros que habían participado en el peligroso juego le imitaron y se reunieron para deliberar. Celebraron un consejo de guerra, o tal vez de paz, pues todo parecía indicar que el razonamiento y la promesa de indulgencia de *sir* John acabarían venciendo.

Y no dudo que así habría sido si en ese momento dos carros abarrotados de granaderos no hubiesen asomado chacoloteando por la Ribera. Los cocheros tiraron de las riendas y veinticuatro soldados vestidos con casacas rojas descendieron cargando sus mosquetes. Les acompañaba un teniente muy joven montado sobre un corcel castaño. La gente se apartó, dejándoles espacio de sobras para congregarse.

—Maldita sea —dijo *sir* John—, siempre llegan demasiado tarde y en el momento más inoportuno.

Los sublevados interpretaron la súbita aparición de los granaderos como una

traición y comenzaron a proferir insultos y abucheos en tanto que el teniente alineaba a sus hombres.

—Lléveme ante la persona responsable de los granaderos, señor Bailey.

Sir John y el capitán echaron a andar, seguidos de nuevo por nosotros. Mas cuando llegamos, el teniente ya había formado a sus hombres en dos extensas hileras a cada lado de la pila de objetos procedentes del negocio de la señora Gerney. El teniente tenía la espada alzada en lo alto.

—¡Calen bayonetas! —ordenó.

En ese preciso instante, y con la ayuda del señor Bailey, *sir* John le dio alcance portando en una mano el documento enrollado que yo había recogido de su escritorio.

—¡Teniente! —espetó severamente al joven muchacho—. Sus intenciones no están en conformidad con el proceso legal mientras yo no lea la Ley de Sublevación. Y todavía no estoy preparado para hacerlo.

El teniente gritó una nueva orden y los granaderos elevaron sus mosquetes con gran precisión, sosteniéndolos por el gatillo y a media altura del cañón. Las bayonetas, apuntadas hacia el frente, brillaban bajo la luz de los faroles.

—Puede leer cuanto quiera, señor —declaró pausadamente el teniente—. He recibido la orden de sofocar una sublevación y eso pienso hacer. —Alzó una mano enguantada de blanco y señaló con un dedo lánguido a los anárquicos tripulantes del *Adventure* y demás compañeros que habían hecho estragos en el burdel—. ¿He de suponer que esa es la canalla contra la que debemos arremeter?

—No arremeterá contra nadie hasta que yo se lo ordene. Le recuerdo, joven, que en las calles de Londres está bajo mi mando. Soy *sir* John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street.

—Me trae sin cuidado quién es usted. Me hallo únicamente bajo el mando de mi capitán, del cual he recibido órdenes que pienso ejecutar. Y ahora, caballero, le agradecería que se hiciera a un lado.

—Oiga, joven…

El señor Bailey, consciente de que el teniente estaba decidido a avanzar con sus hombres tanto si *sir* John se hacía a un lado como si no, apartó al magistrado de las bayonetas enfiladas e instó a sus cuatro agentes a dejar vía libre a los granaderos. Estos obedecieron al instante.

Se había hecho el silencio entre los mirones, presas de la expectación. El alboroto de los sublevados, por el contrario, había ido en aumento. Habían sustituido los improvisados insultos por el estribillo jocoso y obsceno de *El granadero inglés,* que entonaban a voz en grito. Había algo de fanfarronería en su actitud, pues el número de insurrectos había disminuido visiblemente desde la última vez que miré.

—De frente… ¡marchen!

La espada del teniente descendió y los soldados avanzaron en perfecto orden, los mosquetes extendidos, las bayonetas perversamente resplandecientes.

Trindle trató de incitar a sus compañeros a que reanudaran el estribillo de la

canción, pero estos ya no se mostraban tan desafiantes. De hecho, muchos comenzaban a retroceder por la ribera. Su último acto temerario consistió en lanzar una lluvia de garrotes y piedras sobre los soldados, la cual, a decir verdad, tuvo poco efecto. No obstante, no acabaron de levantar el vuelo hasta que los soldados, por orden del teniente, marcharon en hilera, obligando a los rezagados, esto es, a la retaguardia, a retroceder veinte yardas o más. En ese momento el teniente gritó:

—¡Paso ligero!

La última partida de marineros se volvió y puso pies en polvorosa. Los granaderos, sobrecargados por el peso de los mosquetes y la impedimenta militar, fueron incapaces de dar alcance a la tripulación, que para entonces ya había desaparecido, y con ellos Tobías Trindle.

De cuanto habíamos visto informamos a *sir* John. Finalizado nuestro relato, el magistrado declaró que podría haber sido peor.

—Ese estúpido teniente no habría tardado en abrir fuego.

Justo entonces, a cierta distancia, probablemente en la calle, oímos el fragor sordo de una descarga.

IX

En el que una vez más encontramos y perdemos a Tobías Trindle

La descarga de los granaderos no causó víctimas mortales, solo hirió levemente a dos marineros. Los soldados los apresaron junto con otro que había tropezado y se había torcido el tobillo y el compañero que se había detenido a socorrerle. Como bien había dicho sir John antes de que abrieran fuego, podría haber sido peor.

El joven y arrogante teniente estaba demasiado satisfecho con el modo en que había manejado la situación para aceptar las críticas de sir John.

—Si ciertamente existe un procedimiento específico o, si lo prefiere, legal —dijo mientras sus hombres trepaban nuevamente a los carros—, jamás he sido informado de él. Será un placer facilitarle mi nombre en caso de que desee presentar una queja. Me llamo Thomas Churchill, nombre que llevo con orgullo. En cuanto a los prisioneros, son todo suyos. —El joven hizo una leve inclinación—. Buenas noches, caballeros.

Dicho esto, subió a su caballo y se alejó por la Ribera, deteniendo el tráfico con la mano para despejar el camino a su pequeña caravana.

Benjamin Bailey le vio marchar con una profunda aversión reflejada en sus toscas facciones. Se volvió y escupió contra el enguijarrado.

—Thomas Churchill —dijo—. Debe de ser uno de los cachorros de Marlborough.

—No hay duda de que les une algún parentesco —convino sir John—. ¿Qué edad diría que tiene ese teniente, señor Bailey?

—Diecisiete años, diecinueve como mucho. Poseerá un regimiento entero antes de cumplir los treinta. Esa clase de sujetos fue la que me indujo a abandonar el ejército.

—Ah, lo recuerdo, esa historia que prometió contarme algún día.

—Y algún día lo haré, sir John.

—Estupendo. Pero ahora quiero que se encargue del traslado de los prisioneros a Bow Street. Uno de ellos tiene problemas para andar, así que alquile un coche, o dos si lo prefiere. Pretendo presentar al teniente Churchill una factura de gastos imprevistos, incluidos los médicos. Busque a ese Carr, el tipo que según usted tiene experiencia en tratar con el ejército. Él nos ayudará.

El señor Bailey se cuadró.

—Sí, señor.

Giró sobre sus talones y fue a reunirse con los cinco alguaciles (el señor Perkins ya había vuelto) y sus prisioneros.

El corredor frente a la casa de la señora Gerney, abarrotado apenas hacía un rato

de hombres andariegos y mujeres de dudosa reputación, estaba ahora desierto. La función había terminado. Ya solo quedaban las inquilinas de la señora Gerney, que se afanaban por devolver a la casa sábanas, colchones, espejos y otros objetos.

—Muchachos, ¿seguís conmigo?

—Los dos, señor —respondí.

—En ese caso, regresemos a casa. Ha sido una larga noche y estoy agotado, imagino que al igual que vosotros. —Sir John suspiró—. Indicadme la dirección correcta. Con tanto ir y venir me he desorientado.

Y así, con Tom a un lado y yo al otro, partimos hacia Bow Street desandando la Ribera. Sir John caminaba en silencio y a un ritmo más lento de lo usual. Parecía desalentado por el giro que habían tomado los acontecimientos en casa de la señora Gerney. Aunque no era mi deseo contribuir a su desánimo, creí que debía estar al corriente del hallazgo de Tom.

—Señor —comencé—, Tom tiene algo que contarle acerca del marinero con el que estuvo hablando antes de que llegaran los granaderos.

—¿El tipo que casi me achicharró la nariz? ¿Qué le ocurre, Tom? Tengo entendido que no estaba entre los prisioneros.

—Era Tobías Trindle, señor.

—¡Maldita sea! ¿Nuestro testigo? Eso significa que el desaguisado causado por el teniente Churchill es aún mayor de lo que pensaba. ¡Qué mala suerte!

Sir John calló. Cuando nos aproximábamos a la calle Southampton, aceleró el paso y, adelantando el labio inferior, comenzó a mover afirmativamente la cabeza. Comprendí que había recuperado la confianza.

—Aún estamos a tiempo de volver la situación a nuestro favor —dijo—. Tom, ¿conocía Tobías Trindle el apuro en que se hallaba el teniente Landon?

—Desde luego, señor. Todos lo sabíamos antes de echar anclas. La noticia había corrido por el barco como un rayo. No se hablaba de otra cosa.

—Sin embargo Trindle, quizá el único testigo que presenció lo ocurrido aparte del señor Landon, no salió en su defensa. Dime, ¿se hallaba Trindle en la primera partida que abandonó el barco, la misma con la que tú arribaste?

Tom reflexionó un instante.

—Sí, señor.

—El almirante solicitó en el muelle de la Torre que si alguien sabía algo acerca del asunto relacionado con el señor Landon diese un paso al frente. Trindle no avanzó, ni acudió más tarde al despacho del almirante. Tampoco se puso en contacto conmigo. Hasta aquí estamos seguros. Tom, debo preguntarte algo. ¿Por qué calla Trindle?

—Por miedo a las represalias —respondió Tom—, por miedo a que el capitán decida vengarse.

—Sin embargo, el testimonio de Trindle, junto con otros detalles que han salido a la luz, podría destruir la reputación del teniente Hartsell ante un tribunal militar.

Estoy seguro de que Trindle lo sabe. Por la forma en que me habló, se diría que es un tipo audaz. ¿Por qué iba a amedrentarse ante un tribunal militar?

Tom Durham tardó mucho en contestar, y cuando lo hizo se mostró a todas luces reticente.

—Señor, los hombres del *Adventure* creen que el señor Landon no tiene nada que hacer ante un tribunal militar. Consideran que cualquier esfuerzo hecho en su defensa sería inútil.

—¿Incluido el señor Trindle?

—Sí, señor.

—¿Incluido tú?

Tom habló con voz quebrada.

—Me temo… me temo que sí, señor.

Para entonces habíamos doblado la esquina de la calle Southampton, la cual, a diferencia de la Ribera, estaba casi desierta. El eco de nuestros pasos inundó el silencio de la noche durante largo rato antes de que sir John se decidiera a responder.

—¿Tan poca fe tienes en la Armada Real? —preguntó con gravedad.

—Digamos que en su justicia, señor.

—En fin, no importa —dijo sir John—, porque tengo un plan que podría obligar a Tobías Trindle a declarar ante el tribunal militar. Dictaré una orden de arresto contra él. Alegaré que instigó un grave disturbio que provocó daños materiales y muchas otras cosas. Me abstendré de declarar que encabezó una sublevación, lo cual sin duda hizo. Pero diciendo eso, tendría que trasladar su caso al Tribunal de lo Criminal, y quiero que el asunto quede entre Tobías y yo. Una vez haya sido arrestado, y así ocurrirá cuando envíe a mis alguaciles en su busca, tendré algo con que presionarle. Dudo que entonces se niegue a prestar declaración en el juicio del teniente Landon.

Sir John avivó de nuevo el paso al tiempo que su bastón golpeaba el enguijarrado con un firme clic-clic-clic.

—No, no puede negarse —dijo.

La conversación había dejado a Tom completamente trastornado. El muchacho gruñó y se lamentó en la cama hasta mucho después de que la vela se extinguiera.

—Pero, Jeremy, ¿no comprendes la difícil situación en que eso me pone?

—Claro que lo comprendo —dije en medio de la oscuridad—. Te has explicado muy bien.

—¡Son mis camaradas de a bordo!

—Lo entiendo, Tom.

—Tobías Trindle es mi camarada.

—Lo sé.

—¿Cómo voy a participar en su búsqueda conociendo los planes de sir John?

—Te comprendo, pero el plan de sir John solo pretende obligar a Trindle a actuar honradamente. ¿Acaso no era también tu camarada el teniente Landon?

—Desde luego, pero no…

—¿No qué?

—El teniente Landon no tiene salvación.

—Eso lo dirás tú. Me temo que subestimas a sir John. Le he visto hacer milagros.

Tom no contestó, de modo que me di la vuelta, buscando una postura que atrajera el sueño. Comenzaba a amodorrarme cuando Tom se sentó de súbito en la cama y golpeó la almohada con el puño.

—¡Esos hombres son mis camaradas! —gimió.

—Eso ya lo has dicho —espeté—. Ahora duérmete.

Finalmente, después de una última protesta, Tom se durmió mientras yo me preguntaba cuán diligente iba a mostrarse en nuestra búsqueda del día siguiente.

No me animó nuestra conversación después del desayuno, cuando Tom me arrastró a un rincón y me preguntó dónde estaban retenidos los cuatro prisioneros. Me sorprendió que no hubiese mayor atención al funcionamiento del juzgado y el cuerpo de alguaciles que había bajo nuestros pies.

—Es la cámara acorazada —dije—. Seguro que la has visto. Es una jaula con rejas, cuya puerta solo puede abrirse con llave.

—Es probable que haya estado en ella —replicó Tom—, pero ahora no lo recuerdo. De hecho, he borrado de mi mente todos mis encuentros con la justicia de hace tres años.

Extraña declaración, pensé entonces, pero más extraño me resultó que la hubiese puesto en práctica. ¿Podría yo borrar de mi memoria todo lo que había visto y experimentado durante los últimos años?

—Jeremy, ¿podrías bajar y preguntarles cómo se encuentran? Nunca olvidaría ese gran favor.

—¿Por qué no bajas tú mismo y les saludas? Seguro que los conoces a todos. Podrías infundirles ánimos. Diles que pueden confiar en la justicia de sir John.

—¿Es que no has entendido nada de lo que te he dicho? —consiguió gritar Tom en un susurro—. No quiero que se me aparte de mis compañeros. No quiero que ellos me vean como alguien con el poder de retenerlos.

¿Qué poder? ¿El de la ley? Con cierta consternación, terminé por adivinar los pensamientos de Tom.

—¿Te refieres a… sir John?

—¡Ssssí!

El silbido de su respuesta quedó suspendido en el aire. No supe qué decir.

—Pero Tom —hablé finalmente—, sir John Fielding es el hombre más justo y honrado que conozco. Si no entendí mal tu historia, creo que le debes la vida.

—Lo sé, y mi madre no ha cesado de repetírmelo desde que llegué. Pero si a él le debo la vida, como tú bien has dicho y yo reconozco, también se la debo a dos, mejor dicho a tres, de mis compañeros por otras tantas ocasiones a bordo del *Adventure*.

—¿Y serías capaz de renegar de sir John ante tus cantaradas por ese motivo?

—¡Desde luego que no! Por eso te pido que bajes por mí y te intereses por su

estado. ¿No lo entiendes? No quiero ponerme en una situación en que tenga que renegar de sir John.

Mi pobre cabeza se debatía entre las lealtades divididas de Tom. Mi hermanastro ni siquiera había mencionado al teniente Landon, hombre a quien admiraba, y yo tampoco, pues la situación de Tom ya era lo bastante compleja como para complicarla aún más. Como es natural, finalmente accedí a visitar a los prisioneros y averiguar sus nombres. ¿Cómo podía negarme hallándose Tom en semejante dilema?

Así pues, mientras él procedía a enfrascarse un poco más en el *Viaje alrededor del mundo* de lord Anson, bajé al laberinto de habitaciones situado detrás de la sala del tribunal en busca del señor Marsden, el secretario. Lo hallé hablando con Fuller, el alguacil del turno de día, mientras disfrutaba de su pipa de la mañana. Tras exhalar una colosal bocanada de humo, me guiñó un ojo.

—¿Qué te ronda por la cabeza esta mañana, Jeremy?

—Me estaba preguntando, señor, si podría hablar con los prisioneros —dije, y señalé con la cabeza la jaula de sólidas rejas que el señor Marsden tenía a su espalda.

—No veo inconveniente siempre y cuando el señor Fuller esté de acuerdo.

Miré esperanzado al alguacil.

—¿Señor?

Aunque Fuller ostentaba el rango de alguacil, en la práctica hacía de carcelero, pues era el responsable de alimentar a los prisioneros, acompañarlos al banquillo y luego a la prisión de Newgate o de Fleet, según fuera la decisión de sir John. Con él no me llevaba tan bien como con los demás alguaciles de Bow Street, pues el hombre recelaba de mi amistad con Jimmie Bunkins, cuya rehabilitación ponía en duda. «El ladrón siempre será ladrón», me había dicho en más de una ocasión.

Esta vez, no obstante, parecía inclinado a la indulgencia, probablemente porque el señor Marsden estaba delante.

—Espero que te haya traído hasta aquí un buen motivo —dijo— y no la mera curiosidad.

—Desde luego, señor Fuller —contesté—. Sir John me ha ordenado que busque a uno de los tripulantes que participaron en los disturbios de anoche. Pensaba interrogar a los prisioneros sobre el paradero de dicho tripulante.

(Era la respuesta que había preparado para hacer frente al desafío de Fuller. A fin de cuentas, existía la posibilidad de que averiguara algo acerca de Tobías Trindle, aunque en el fondo lo dudaba).

—En ese caso —respondió el señor Fuller—, no tengo inconveniente.

Di las gracias y me dirigí hacia la cámara acorazada. Al volver la vista, cosa que nunca debí hacer, tropecé con la mirada penetrante del señor Fuller. No sabiendo qué cara poner, esbocé una sonrisa tranquilizadora y agité la mano con confianza, lo cual, sin duda, solo hizo que aumentar las sospechas del alguacil.

Había, tal como nos habían informado, cuatro prisioneros en la jaula. Para mi sorpresa, conocía a dos de ellos de mi visita al Gull & Anchor con Tom y Bunkins.

—Viejo Isaac —dije con voz queda, ¿cómo le va?

El hombre se levantó del banco donde había estado sentado con expresión hosca y abatida y se acercó cojeando hasta las rejas. ¿Estaba herido? Pronto descarté esa posibilidad, pues no había rastros de sangre en la venda que le apretaba el tobillo. Otro de los que ocupaban el banco había estado también en la mesa con nosotros, pero ignoraba si se trataba de Bristol Beatty o de Trotter Tim, pues nunca alcancé a saber quién era quién.

Cuando Viejo Isaac se acercó, pareció reconocerme, pues aunque no sonrió, su rostro se iluminó y comenzó a mover la cabeza como el viejo sabio que fingía ser.

—Te conozco —dijo—. Estabas con Tom Durham y ese otro muchacho que demostró ser todo un borrachín. ¿Cómo te llamas?

—Jeremy —dije—. Jeremy Proctor.

—Bien, me alegro de ver una cara conocida.

—¿Qué le ha ocurrido?

Señaló el tobillo, tan gruesamente vendado que el pie resultaba demasiado grande para el zapato que lo aprisionaba.

—Oh, estaba paseando para despejar la cabeza de la ginebra que había bebido durante el día… por cierto, Bristol Beatty estaba conmigo… cuando de pronto un tropel de hombres echó a correr hacia nosotros. Le dije a Bristol: «¡Eh, mira, son nuestros camaradas del *Adventure*!». Y Bristol dijo: «Es cierto. Pero ¿por qué tienen tanta prisa?». Intentamos detener a uno de ellos para interrogarlo, pero el tipo, en lugar de pararse, me tiró al suelo y el que venía detrás me pisó el tobillo, causándome un tremendo dolor. ¿Qué te parece? No se puede uno fiar ni de los camaradas. En fin, como iba diciendo, mientras desaparecían y Bristol me ayudaba a levantarme, comprendimos a qué venía tanto pánico: un pelotón de granaderos armados con bayonetas apareció en ese momento por la callejuela. Antes de que pudiéramos apartarnos de su camino ya se nos habían echado encima. Un sargento nos arrestó a Bristol y a mí porque, por lo visto, nuestros compañeros del *Adventure* se habían metido en un lío. Pero Bristol y yo no teníamos nada que ver con eso, desde luego que no. Solo pasábamos por allí.

Hubiera sido una impertinencia por mi parte expresar mis dudas al respecto, aunque naturalmente las tenía. ¿Acaso no había visto a Viejo Isaac, o a alguien que se le parecía mucho, entre los hombres que se agolpaban a la entrada del establecimiento de la señora Gerney?

—Bien —dije, pensando únicamente en buscar una respuesta agradable—, me alegro de que no le hirieran. Cuando oí los disparos de los granaderos temí lo peor.

—No fue culpa de ellos —repuso sombríamente Isaac—. Solo cumplían órdenes de ese teniente de pacotilla. No obstante, para entonces nuestros compañeros estaban tan lejos y dispersos, que apenas nos hicieron daño.

—¿A cuántos hirieron?

—A dos, pero las heridas no fueron demasiado graves. A Henry Bladgett le

arrancaron un dedo de un disparo. Hubiera podido escapar, pero se puso a buscar el dedo y lo arrestaron. Fue una estupidez. Solo un médico hubiera podido pegárselo y hacerlo funcionar de nuevo. Y a Fat Paddy, el cocinero, le dieron en el trasero. Es ese que está estirado en el banco. No puede sentarse, pero puede andar.

Averigüé por boca de Isaac cuanto Tom me había pedido que descubriera. Era hora de irme y miré a derecha e izquierda buscando una excusa adecuada. No deseaba dejar al pobre hombre en tan tristes circunstancias.

Pero Viejo Isaac habló de nuevo:

—Te propongo un trato, muchacho.

—¿Qué clase de trato, señor?

—Mi nariz me dice que alguien está fumando tabaco por aquí cerca. ¿Me equivoco?

Naturalmente, se refería al señor Marsden. El aroma de la extraña hebra se había filtrado en la cámara acorazada. Isaac aspiró el aire, extasiado. Extrajo su pipa y me la tendió.

—Si consigues llenarme la pipa, te contaré algo que puede interesar a ese tipo ciego al que hemos de ver hoy. ¿Qué dices?

Acepté la pipa, sorprendido por la ligereza de su peso en mi mano.

—Veré lo que puedo hacer —dije.

Mientras iba en busca del señor Marsden, me pregunté qué era lo que Viejo Isaac tenía que contarme. ¿Sabía dónde se ocultaba Tobías Trindle? Tal vez sí o tal vez no. Quizá me estaba engañando por el placer de fumarse su pipa. Mas si ese era el caso, el hombre había de saber que redundaría en su contra. E Isaac parecía muy deseoso de congraciarse con sir John.

El señor Marsden, que para entonces se había instalado en su escritorio del gabinete, estaba atendiendo los asuntos del tribunal. No había rastro de Fuller, lo cual me tranquilizó, pues sabía que habría negado semejante favor a un prisionero.

Tras explicarle mi misión, Marsden cogió la pipa y procedió a llenarla. Durante todo ese tiempo sostuvo su larga cachimba entre los dientes.

—No tenemos nada que perder, salvo un poco de tabaco —dijo, devolviéndome la pipa cargada—. Y dile que habrá más de este excelente Virginia si lo que tiene que ofrecer lo merece —añadió guiñándome un ojo.

Le di las gracias y regresé a la cámara, donde encontré a Isaac esperando pacientemente junto a la puerta enrejada. La paciencia se tornó en impaciencia cuando me arrebató la pipa y comenzó a manejar torpemente su yesquero. No fue hasta que la tuvo encendida y pudo celebrar la calidad del tabaco que se dignó a hablar de otros asuntos. Me hizo señas para que me acercara y susurró:

—Recuerdo que tú y tus amigos estabais buscando a Tobías Trindle.

—Así es —respondí impaciente—. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

Algo irritado, Isaac negó con la cabeza.

—No van por ahí los tiros, muchacho. Lo que tengo que decirte es que hay otros

que también buscan a Tobías.

—¿Quiénes?

—Después de vuestra visita al Gull & Anchor, llegó otro hombre haciendo las mismas preguntas, dónde está, dónde puede estar, etcétera. Mis compañeros y yo no abrimos la boca, teniendo en cuenta quién era.

—¿Y quién era?

—Ese cabrón de guardiamarina, el señor Boone, el mismo que empujaste por la escalerilla de popa. Caray, fue fantástico. —Isaac estalló en una carcajada, revelando encías, raigones y algunos dientes enteros.

—¿Por qué buscaba a Tobías Trindle?

—¿No lo entiendes, muchacho? Fue el capitán quien lo envió en busca de Tobías. Boone llegó a decir que: «Si os lo encontráis, decidle que el capitán quiere verle». Nosotros le aseguramos que así lo haríamos, pero en cuanto se hubo marchado nos dijimos que si el capitán quería verle, no podía ser para nada bueno.

—¿Y qué contasteis a Tobías?

—Oh, le dijimos que el capitán quería verle y que había enviado al repelente Boone en su busca. Le aconsejamos que se ocultara hasta que hubiesen colgado al teniente Landon. Se trata de eso, ¿verdad? Quiero decir que toda la proa sabía que Tobías había visto al capitán Markham caer por la borda, y según él los hechos ocurrieron como aseguraba el señor Landon. Sin embargo, nadie dijo nada.

—¿Por qué?

Isaac me miró consternado y sacudió la cabeza, como si le maravillara mi ignorancia.

—No tienes ni idea de lo que representa vivir con la Armada Real, ¿verdad?

—No —dije con un tono convenientemente grave—. Ha dicho que Boone llegó al Gull & Anchor después de que nosotros nos hubiéramos ido. ¿Podría ser más exacto en cuanto a la hora?

—Lo lamento, muchacho, pero cuando uno se pasa el día bebiendo sin una campana que le anuncie las guardias, pierde el sentido del tiempo. Con todo, yo diría que estaba anocheciendo, pues al poco rato apareció el propio Tobías y nosotros… —El hombre se interrumpió, tal vez porque comprendió que lo que había estado a punto de revelar ponía en tela de juicio su previa declaración de inocencia.

—¿Fue entonces cuando comunicó a Tobías Trindle que Boone lo andaba buscando?

—¿Qué importa cuándo ocurrió una cosa u otra? —dijo Isaac, súbitamente irritado—. He cumplido mi palabra. Te he contado lo que querías saber y no lo he hecho por el tabaco. Lo he hecho porque Tobías estaría más seguro con ese ciego que con el capitán.

—El teniente Grimsby apareció ahogado en el río —dije.

—A eso me refería. Lo sabíamos, y Tobías también.

—¿Dónde está? Tienes que saberlo.

—No tengo por qué. Tobías es un hombre listo y no abandonará su escondrijo. Si quieres encontrarlo, tendrás que salir a buscarlo… y reza para dar con él antes que Boone.

Alzó la pipa y la sacudió con resentimiento.

—Mira lo que has conseguido —dijo—. Con tantas preguntas se me ha apagado.

Volvió a sacar el yesquero y se dispuso a encender de nuevo la pipa.

—Te diré una cosa —murmuró entre dientes—. Tobías me dijo que ya había tenido su ración de putas caras, de modo que no es probable que lo encuentres en Covent Garden. Busca en el puerto, como ayer. Puede que haya ido a esconderse al cuartucho de alguna ramera a la que habrá pagado bien y enviado a comprar comida y bebida. Eso es lo que yo haría en su lugar, esconder la cabeza y dejar que el barco parta sin mí. Lleva años detrás de una tal Negra Emma o Negra Ella. Es de sangre mixta. A él le gustan así.

Isaac agitó la pipa con rabia. Motas de ceniza salieron volando.

—Maldita sea, no quiere encenderse. Ya no queda tabaco.

—No se preocupe, Isaac —dije, alejándome de las rejas—. Me aseguraré de que tenga todo el tabaco que necesite, se lo prometo.

La cuestión era esta: ¿el disturbio ocurrido la víspera en casa de la señora Gerney constituía una sublevación o simplemente una perturbación de la paz? Si se trataba de lo segundo, el caso sería competencia de sir John Fielding y no pasaría de su tribunal. Pero si el magistrado juzgaba el acontecimiento como sublevación, todos los que participaron en él serían juzgados en el Tribunal de lo Criminal, dado que la sublevación se castigaba con la horca. Era un dilema interesante y su resolución había congregado a un gran gentío en un día que, de lo contrario, habría transcurrido sosegadamente. De hecho, no había ningún otro caso previsto para esa jornada. En circunstancias normales, la sesión habría resultado breve. La gente solo buscaba un poco de entretenimiento a costa de un puñado de marineros revoltosos. Pero era evidente que sir John pretendía tratar el asunto con extrema minuciosidad. Con ese fin me había tenido trabajando en su despacho más de una hora, desenterrando y leyendo en voz alta casos extraídos de la colección de libros polvorientos que abarrotaban la librería situada detrás de su escritorio. También había convocado a varios testigos para analizar el asunto.

El magistrado del tribunal de Bow Street hizo su aparición a la hora habitual en la sala repleta de espectadores. Los prisioneros, reducidos únicamente con grillos en las muñecas, entraron en la sala del tribunal acompañados del agente Fuller. El señor Marsden leyó sus nombres —Timothy Beatty, Henry Bladgett, Patrick McGough e Isaac Tenker— al tiempo que ellos respondían con voz clara. Se les pidió que se sentaran, cosa que todos hicieron salvo Patrick McGough, que solicitó permiso para permanecer de pie dada la naturaleza de su herida. Las risas resonaron en la sala. Sir

John pidió orden con un golpe de mazo y concedió autorización al prisionero para permanecer erguido, e incluso declaró que si se cansaba, podía apoyarse contra la pared, al lado del señor Fuller. Había llegado el momento de iniciar debidamente la sesión.

—Estamos aquí reunidos para determinar la naturaleza del incidente acaecido ayer noche en el número diecisiete de la Ribera —anunció sir John—, y decidir el futuro de los cuatro prisioneros allí prendidos. —Hizo una pausa y ordenó al señor Marsden que llamara al primer testigo.

El primer testigo era el agente Cowley, a sus veinte años el más joven de los alguaciles de Bow Street pero algo más que un aprendiz, pues su tamaño e iniciativa compensaban su falta de experiencia. Siendo el primer oficial que llegó a la escena, había recibido la primera impresión de la situación y presenciado el suceso hasta el final. Le habían informado de que una gran partida de hombres marchaba hacia el número 17 de la Ribera, y suponiendo que nada bueno podía ocurrir en ese número, se apresuró a interceptarles el paso. Cuando llegó al establecimiento de la señora Gerney, los hombres ya habían arribado y el primero de ellos se disponía a atravesar la puerta. El agente Cowley gritó que se detuvieran y se dispersaran. Nadie le prestó atención, ni a él ni al agente Rumford, que llegó a la escena minutos después.

—¿Recurrieron usted y el agente Rumford a la fuerza para tratar de impedir que los hombres entraran en la casa que ostenta el número diecisiete? —preguntó sir John.

—Sí, señor —respondió Cowley—, pero fue inútil. Tratamos de bloquear la puerta, pero nos empujaron a un lado. Repartimos algunos golpes de porra, pero los ignoraron. Los alborotadores reían a carcajadas y no nos hacían ningún caso.

—¿Actuaban como hombres borrachos? ¿Lo describiría como una multitud embriagada?

—No se tambaleaban, señor, pero sí, probablemente llevaban todo el día bebiendo, pues se respiraba un fuerte olor a ginebra y ron. Diría que estaban borrachos, pero activamente borrachos. No sé si me explico.

—Se explica muy bien. ¿Y qué cifra calcula que sumaban?

—¿Señor?

—¿Cuántos hombres había?

—Cerca de cien.

—Bien, prosiga.

El agente Cowley explicó que los manifestantes rompieron las ventanas de la planta superior y lanzaron toda clase de objetos a la calle, tal como el señor Bailey había descrito con anterioridad. El capitán de los alguaciles de Bow Street había llegado al lugar con los agentes Perkins, Sykes y Cummins.

Sir John dejó ir al señor Cowley y el secretario llamó al estrado a Benjamin Bailey, que prosiguió la historia donde aquel la había dejado, describiendo los hechos de forma similar a como yo ya los he narrado. Solo dos detalles vale la pena destacar

ahora. Mientras escuchaba las preguntas de sir John, recordando los casos que me había hecho leer, traté de extraer algún patrón común entre ellos. Mas de las respuestas del señor Bailey no emergió ninguno.

Sir John lo interrumpió en el momento en que relataba su visita a casa del magistrado para informarle del asunto.

—Cuando vino a verme, señor Bailey, ¿cómo describió el problema que acababa de presenciar?

—Le conté lo que había visto, señor.

—Desde luego, pero ¿qué palabra utilizó?

—Pues… —Bailey dudó, sin saber muy bien qué debía responder. Finalmente dijo—: Utilicé la palabra sublevación.

—¿En qué se basó para llamarlo así?

Bailey vaciló de nuevo.

—En el número de alborotadores, los daños materiales y la conmoción causada en la calle.

—Y recomendó solicitar ayuda a los soldados de la Torre.

—Así es, señor.

—Y yo acepté su recomendación sin vacilar. Continúe, por favor.

Bailey pasó rápidamente a describir el peculiar comportamiento de los tripulantes del *HMS Adventure*, que danzaban en torno a la enorme montaña de objetos arrojados a la calle. Sir John dejó que Bailey diera una descripción completa del juego practicado por los alborotadores con las antorchas para desconcertar a los cuatro alguaciles que vigilaban la pila.

Sir John interrumpió de nuevo a Bailey con la mano.

—Señor Bailey, en aquel momento me describió la actividad de esos hombres con curiosas palabras. ¿Recuerda cuáles fueron?

El jefe de los alguaciles se detuvo a reflexionar.

—Creo que le dije, señor, que estaban tomando el pelo a mis agentes, que si realmente quisieran prender fuego a la pila solo tenían que arrojar una antorcha.

—Exacto —dijo sir John—. ¿Qué ocurrió después?

—¿Qué ocurrió? Que usted se acercó resueltamente y propuso un trato a los alborotadores.

—Explique, por favor, cuál fue la conversación que mantuve con el portavoz de esos hombres.

Bailey titubeó en esta parte de su declaración, deseoso como estaba de citar con extrema precisión las palabras pronunciadas por el magistrado. Cuando hubo concluido, recibió la felicitación de sir John.

—La ha descrito exactamente como yo la recuerdo. Con todo, quedan algunos detalles pendientes. De acuerdo con su experiencia en situaciones de este tipo, ¿diría que el hombre con quien hablé era el cabecilla de la banda de alborotadores?

—Sí, señor.

—¿Sabe cómo se llama?

—Sí, señor. Según me informaron, su nombre es Tobías Trindle.

—Exacto, señor Bailey, y como bien ha dicho, se reunió con sus compañeros para discutir mi propuesta. ¿Qué ocurrió después?

—Los granaderos aparecieron en dos carros dirigidos por un tal teniente Churchill.

—Gracias, señor Bailey, eso es todo por ahora.

Todos los ojos de la sala se posaron sobre el joven caballero que, discretamente, había tomado asiento entre los alguaciles. El joven sobresalía cual orgulloso pavo real de rojas plumas entre chochas. La gente esperaba que el teniente Thomas Churchill sería el siguiente en declarar.

Mas no lo fue. Mientras Bailey recuperaba su asiento en el banco situado frente a sir John, Marsden llamó al agente Oliver Perkins. Al oír su nombre, el alguacil Perkins saltó del asiento y se encaminó raudamente al lugar que acababa de abandonar su superior. Era un poco más bajo que los demás alguaciles de Bow Street, y para colmo la manga izquierda de su casaca estaba vacía y sujeta al codo, pues había perdido el brazo un año antes en el cumplimiento del deber. Así pues, algo lo diferenciaba de sus compañeros, si bien yo sabía que nadie le igualaba en coraje e iniciativa. ¿Mas eran su vigoroso andar, su modesta estatura y su manga vacía motivos de risa? Con todo, un coro de estúpidas risas estalló de la multitud en cuanto el agente apareció.

(Más tarde Marsden sugirió que, en primer lugar, la gente creía que el siguiente en declarar sería el teniente Churchill y se llevaron una sorpresa cuando vieron aparecer al agente Perkins, y una respuesta común a la sorpresa es la risa. En segundo lugar, dijo, estaban aburridos con el transcurso de la sesión, pues no estaba siendo tan entretenida como esperaban, y se valieron del agente para descargar sus burlas. Quizá encontraron graciosa la presencia de un alguacil manco. «No debe tomárselo como algo personal», concluyó el secretario del tribunal).

Pero no hay duda de que lo tomó como algo personal. El señor Perkins se volvió con furia hacia la sala y habría injuriado a la multitud si en ese momento sir John no la hubiera silenciado con su mazo. El magistrado preguntó a su secretario por el motivo de la algarabía. Es probable que el señor Marsden le adelantara las razones que más tarde me ofreció a mí. En cualquier caso, tras un breve intercambio, sir John dejó caer el mazo por segunda vez.

—Un alboroto más y tendrán que abandonar la sala —anunció.

La audiencia respondió con un silencio sepulcral. Sir John lo escuchó atentamente durante unos instantes y asintió con satisfacción.

—Señor Perkins —comenzó—, seré breve en mi interrogatorio. ¿Le envió el señor Bailey a la Torre para solicitar que enviaran soldados al número diecisiete de la Ribera?

—Sí, señor.

—¿Actuó con presteza?

—Desde luego, señor. Corrí hasta la calle Rusell, donde tomé un coche. En realidad, trepé hasta el asiento del cochero y le estuve dando prisa durante todo el trayecto.

—Bien. Luego preguntó cómo se llegaba a los cuarteles de los granaderos. ¿Se mostraron deseosos de cooperar?

—Sí, señor. En ningún momento me pusieron trabas y trataron el asunto con la urgencia que merecía.

—¿Con quién habló cuando llegó a su destino?

—Con el capitán Weybright, señor.

—¿Estaba con él el teniente Churchill?

—¿Es el oficial ahora presente en la sala?

—Sí, señor Perkins, justo detrás de usted.

El agente Perkins se volvió y miró al joven oficial de rojo.

—Sí, señor, era uno de los tres oficiales que estaban jugando a cartas con el capitán. Saltó de la silla y dijo: «¡Déjeme ir, capitán!».

—¿Y qué respondió el capitán?

—Lo ignoro, señor, porque en ese momento me invitó a abandonar la sala. «Eso es todo, agente», me dijo. Me ofrecí a acompañarlos a la Ribera, pero el capitán se limitó a repetir: «Eso es todo». Francamente, señor, esperaba que me llevaran en el carro con ellos. Al final me marché y fui a buscar un coche. No es fácil encontrar un coche en Tower Hill a esas horas de la noche.

—Ahora, señor Perkins, quiero que piense detenidamente antes de responder con exactitud y honestidad a la siguiente pregunta. Cuando describió la situación en el establecimiento de la señora Gerney al capitán de los granaderos, ¿qué palabras utilizó exactamente?

El teniente Perkins meditó seriamente la pregunta. Bajó los ojos, se acarició el mentón y al fin respondió:

—Le dije que se trataba de un grave disturbio que escapaba al control de los alguaciles. Le dije que usted me había enviado y que estaría presente en el lugar cuando los soldados llegasen.

—¿Fueron esas sus palabras?

—Así es como las recuerdo, señor.

—¿No utilizó la palabra «sublevación»?

—No, señor.

—Gracias, señor Perkins —dijo sir John—. Señor Marsden, puede llamar al siguiente testigo.

El siguiente testigo, evidentemente, era el teniente Thomas Churchill. El joven se situó delante de sir John Fielding, el tricornio sujeto bajo la axila izquierda, en la postura militar conocida como formación en parada. Era la personificación de un joven oficial de gran porvenir. Dejando a un lado su apellido, los contactos de su

familia y su riqueza, uno podía contemplar a este joven y saber que llegaría lejos en el ejército. Todo él rezumaba talento y confianza. Y no había duda de que la noche anterior había dado muestras de ese talento. Únicamente le había faltado el criterio adecuado y el respeto a la autoridad necesario.

Tras identificarse con su nombre, rango y unidad, esperó en silencio las preguntas de sir John. Resultaba imposible saber si estaba nervioso o inquieto.

—¿Teniente Churchill?

—¿Señor?

—¿Le importaría explicar al tribunal su parte en la resolución del conflicto del número diecisiete de la Ribera?

—Seré breve, señor. Cuando llegamos a dicho número, concentré a mis hombres en la calle, ordené que calaran bayonetas y los conduje hacia la entrada de la casa donde se agolpaban los alborotadores. Nos lanzaron garrotes y piedras, pero seguimos avanzando hasta que la muchedumbre se dispersó y comenzó a correr hacia el este de la Ribera.

»Aceleré el paso de mis hombres para continuar la persecución y doblamos por una callejuela. Allí prendimos a los primeros prisioneros (un viejo que se había caído y torcido el tobillo y el compañero que lo estaba socorriendo). Aprovechando que nos habíamos detenido para apresarlos, ordené a mis hombres que cargaran los mosquetes y abrieran fuego, una sola descarga, no más. Hirieron a dos y no mataron a nadie. También los detuvimos. Como los alborotadores se habían dispersado, ordené a mis hombres que dieran media vuelta y regresamos a los carros. Después partimos.

—Le felicito, teniente —dijo sir John—. Un sumario excelente. Breve pero exacto, pues ha puesto de manifiesto su omisión en cuanto al procedimiento a seguir. ¿Le han puesto al corriente de ello?

—Sí, señor, el capitán Weybright lo hizo.

—¿Y qué conclusión ha sacado?

—Que aunque las tácticas que empleé para dispersar a los alborotadores fueron acertadas, me precipité poniéndolas en práctica.

—¿Y más concretamente?

—Que no esperé a la lectura de la Ley de Sublevación.

Sir John se dirigió entonces al tribunal:

—Es probable que los aquí presentes desconozcan este sutil detalle de la ley inglesa, de modo que daré una breve explicación. Cuando un disturbio adquiere proporciones que exigen la intervención de tropas, es decisión del magistrado solicitar su ayuda. Su sola presencia (la amenaza de las bayonetas y mosquetes) suele bastar para dispersar a los alborotadores. De no ser así, el magistrado dispone de un último recurso, que consiste en leer la Ley de Sublevación a los causantes del disturbio. Incluso entonces se pone freno al uso de la fuerza militar, pues una vez advertidos, los alborotadores disponen de una hora para dispersarse. Si una vez transcurrido ese tiempo no se han marchado, se declara el estado de sublevación y se

permite el uso de todos los medios necesarios (bayonetas y mosquetes) para desalojar la zona. Los prisioneros prendidos son declarados sublevadores y tratados como tales.

»Ahora —prosiguió el magistrado— comprenderán por qué los miembros del Parlamento que elaboraron dicha ley se negaron a conceder al Ejército la iniciativa de su aplicación. En todo momento es competencia de la autoridad civil, generalmente de magistrados como yo, decidir sobre el empleo de la fuerza militar. El magistrado convoca a las tropas en el lugar del conflicto, amenaza con hacerlas actuar y lee la Ley de Sublevación para que los alborotadores conozcan las fatales consecuencias en caso de persistir en su destructiva actitud. El ejército no debe considerar el disturbio como una sublevación hasta que el magistrado lo haya declarado tal con la lectura de la ley, y dado, tras la pausa debida, su permiso para proceder contra los sublevadores. He aquí lo que es un ejemplo claro de la preeminencia de la autoridad civil sobre el ejército, principio sobre el que descansan las leyes de nuestro reino.

»Como dije al principio, estamos aquí para determinar la naturaleza del conflicto de ayer noche. Teniendo en cuenta los testimonios presentados hasta ahora, se trata de un asunto sobre el que hombres razonables pueden diferir. Cuando el señor Benjamin Bailey vino a verme para describirme la situación en Ribera, no dudó en calificarla de “sublevación”, y tenía buenas razones para hacerlo. El agente Oliver Perkins, que fue enviado a la Torre para solicitar ayuda militar en mi nombre, describió lo que había visto como un “grave disturbio” que escapaba al control de los alguaciles.

El público de la sala estaba cada vez más inquieto. Probablemente, solo uno de cada diez asistentes era capaz de seguir el discurso de sir John. Aunque no osaban expresar su insatisfacción con comentarios audibles o conductas pendencieras, no cesaban de removerse en sus asientos y patear el suelo con los pies. Sir John, no obstante, prosiguió.

—Luego está la cuestión de la intención —dijo—. La ley la toma en cuenta de muchas maneras. Por ejemplo, la muerte perpetrada sin intención de matar no es asesinato sino homicidio sin premeditación. Si al final de un largo viaje en coche un hombre coge un baúl parecido al suyo que pertenece a otra persona, no se considera un robo sino simplemente un error. Así pues, habida cuenta que los alguaciles coincidieron en que los alborotadores tenían un cabecilla —hecho poco habitual— y el nombre dado por el señor Bailey es el de Tobías Trindle, juzgo necesario que ese Trindle comparezca ante mí como testigo a fin de estudiar su intención en este asunto. Por consiguiente, dictaré una orden de arresto contra Trindle como testigo material de este caso. En otras palabras, es mi intención aplazar la aclaración de este dilema entre sublevación o disturbio hasta haber reunido información suficiente.

»No obstante, ¿qué debo hacer con estos cuatro prisioneros? Si más adelante se determina que el disturbio de ayer noche constituyó una sublevación, serán sometidos a un juicio penal, mas no puedo retenerlos indefinidamente sin una acusación. Quizá una acusación menor baste. Acérquense los cuatro, por favor.

Los cuatro prisioneros se acercaron con aspecto abatido, temiéndose lo peor. Pese

a la herida, Fat Paddy encabezaba el cortejo. Viejo Isaac, cojo a causa de su tobillo fracturado, iba el último. Se colocaron en fila frente al magistrado. Un amplio espacio les separaba del teniente Churchill.

—El agente Cowley ha declarado que los alborotadores que irrumpieron en casa de la señora Gerney se hallaban bajo la influencia del alcohol. ¿Agente Bailey?

Este se levantó de un salto e hizo un saludo reglamentario.

—No es preciso que se acerque. Ya hay demasiada gente aquí —dijo sir John—. Teniendo en cuenta que acompañó a los prisioneros hasta aquí y supervisó su detención, quizá podría darme su opinión sobre su estado.

—¿Su estado, señor?

—¿Estaban borrachos?

—Lo estaban, señor, desde hacía días.

—Gracias, señor Bailey. —Luego sir John, dirigiéndose a los prisioneros, formuló esta embarazosa pregunta—: ¿Alguno de ustedes desea negarlo?

Los cuatro bajaron la cabeza y respondieron negativamente con un murmullo.

—En ese caso, les declaro culpables de embriaguez pública y les condeno a siete días de reclusión en la prisión de Fleet. Si el *Adventure* partiera antes de que este caso se resuelva, ya llegaré a algún arreglo. Ahora bien, caballeros, la prisión de Fleet es, básicamente, una prisión de deudores, y aunque les parezca paradójico, necesitarán algún dinero allí dentro, máxime cuando tres de ustedes precisan atención médica. Ignoro cuál es su situación económica, y tampoco deseo saberla, pero creo que será posible asignarles una cantidad para aliviar su estancia.

Dicho esto, sir John se dirigió al teniente.

—Teniente Churchill —dijo—, ¿sigue con nosotros?

—Sí, señor.

—Bien, pues como usted bien ha reconocido y descrito, actuó contra la ley al proceder como lo hizo contra los hombres que provocaron el conflicto de la Ribera. Le acuso de haber disparado ilegalmente armas de fuego en el municipio de Westminster, hiriendo, con ello, a dos hombres.

—Pero señor —protestó el teniente—, yo no llevaba ningún arma de fuego. ¡Mi espada era mi única arma!

—Me decepciona usted, teniente. Sabe perfectamente que me refería a los mosquetes de sus granaderos, que fueron disparados por orden de usted. Y por ese motivo el tribunal le impone una multa de cinco guineas.

—Tendré que pedirlas prestadas.

—Pues hágalo. La multa se destinará a aliviar la estancia de los cuatro prisioneros en la prisión de Fleet y sufragar los servicios médicos recibidos. Ni un solo penique de ese dinero se destinará a la compra de alcohol. Si sobra algo una vez cumplida la condena, se destinará a los fondos públicos.

Y dicho esto, golpeó con fuerza su mazo y vociferó:

—Se suspende la sesión hasta próximo aviso.

Si era noche avanzada o temprano por la mañana era algo que no podía asegurar. Solo era consciente de la profunda oscuridad de esa hora sin luna y de que llevábamos toda la noche explorando las tabernuchas de la calle de Santa Catalina. Como Black Jack Bilbo había asegurado, eran mucho peores que los garitos situados río arriba, al otro lado de la Aduana. Aquí no había tabernas de suelos mugrientos con el mostrador y las botellas como único mobiliario. No obstante, los lugares que visitamos esa noche eran mucho peores, incluso los bien equipados, pues en todos flotaba un halo de maldad que parecía impregnarlo todo.

¿Cómo describir semejante atmósfera de malevolencia? Iguales pasatiempos pecaminosos podían encontrarse en Covent Garden para quienes lo desearan, y sin embargo siempre vi el Garden, y todavía lo veo, como un lugar alegre, más dado a la frivolidad que a la conspiración. Pero las tabernas de Santa Catalina nos recibían con un inopinado silencio cuando entrábamos; las miradas se afilaban y las conversaciones se reanudaban en susurros. Quienes lanzaban miradas conspiradoras y murmuraban quién sabe qué oscuros planes a sus compañeros tenían un aspecto satánico. Delgadas y hambrientas ellas —brujas jóvenes y viejas— y hombres dominados ellos. Parecía la clase de gente que, si les dieran a elegir, preferiría hacer mal que bien a un hombre.

Creo que no habría sobrevivido a mi viaje por ese oscuro infierno (y, de hecho, a punto estuve de no sobrevivir) de no ser por el agente Oliver Perkins. Ahora que yo, al igual que Tom Durham, conocía de vista a Tobías Trindle, no tenía sentido que lo buscáramos juntos. Además, aun cuando hubiéramos dado con él, no habríamos podido hacer otra cosa que tratar de persuadirle de que se entregara —pues ninguno de los dos gozábamos de autoridad para arrestarlo—, de modo que cada uno partió por separado con un alguacil provisto de una orden de detención. Al agente Perkins y a mí nos correspondió rastrear la ribera del otro lado de la Torre, que incluía las lóbregas tabernas de la calle de Santa Catalina.

Parecía una tarea inútil. Visitamos un tugurio tras otro —Pig & Whistle, Green Man, Quarterdeck, todos iguales—, donde yo observaba detenidamente los rostros malhumorados de una muchedumbre que había devenido súbitamente muda. Entretanto, el señor Perkins entablaba conversación en el mostrador con el tabernero, exhibiendo ostensiblemente su justillo encarnado (que lo identificaba como alguacil de Bow Street) y las pistolas sujetas al cinturón. Mencionaba el nombre de Tobías Trindle y, por sugerencia mía, el de Negra Emma o Negra Ella. El alguacil no averiguaba nada y yo no divisaba a Trindle ni a ninguno de los tripulantes del *Adventure* que había conocido hasta ahora.

En un momento dado, cuando nos dirigíamos de un local al siguiente, el agente Perkins gruñó y sacudió la cabeza llevado por el desánimo.

—Seguro que tampoco está aquí —dijo—. Apuesto a que se halla al otro lado del río, en Southwark o Bermondsey. Allí me escondería yo. Hay todo un mundo en esa

otra orilla.

—Quizá tenga razón, señor —dije—. Nunca he estado al otro lado del Támesis.

—Ni falta que te hace, muchacho. El vicio es allí aún peor, aunque en menor cantidad. —El agente caminó en silencio durante un rato—. Pero haremos el trabajo, ¿verdad? Si quieren que registremos este asqueroso lugar, pondremos nuestro empeño en ello. ¿Podrás aguantar?

—Desde luego, señor.

—Buen muchacho.

Tal vez fue en nuestra siguiente parada, o quizá en la que siguió a esta, pero el caso es que no había pasado mucho tiempo cuando se produjo una grieta en el decepcionante patrón establecido hasta entonces. Recuerdo bien el nombre de la taberna que marcó nuestro cambio de fortuna, pues había algo de profético en él. Se llamaba La Reina de Saba, en alusión a la reina egipcia que visitó al rey Salomón.

Había terminado de inspeccionar las mesas —abarrotadas de bebedores, fumadores y jugadores—, buscando en vano el rostro afilado y rugoso de Tobías Trindle. Cuando me dirigía a la salida, vi al señor Perkins junto a la puerta, haciéndome gestos para que acelerara el paso.

—¿Qué ocurre, señor?

—Salgamos de aquí —dijo—. Te lo contaré por el camino.

Una vez fuera, advertí atónito que el agente me llevaba por donde habíamos venido. Estaba furioso y blasfemaba para sus adentros. Juzgué conveniente no hacer preguntas hasta que se hubiera calmado. Con todo, no tardó en recuperar el control de sí mismo.

—Se trata del tabernero de ese último tugurio. No es mejor que los demás, pero tuvo algo que decir cuando saqué a relucir a tu Negra Emma.

—¿Y qué fue lo que dijo, señor? —pregunté, muerto de curiosidad.

—Pues dijo: «Ya no viene por aquí». Y yo le dije: «¿Pero solía venir?». Y él dijo: «Desde luego, utilizaba las habitaciones de arriba». Poco importa para qué, muchacho. Solo te cuento lo que me dijo. De modo que le dije: «¿Adonde va ahora?». Y el tabernero dijo: «Al Green Man». Y eso es lo que me ha puesto tan furioso.

—No entiendo nada, señor Perkins. ¿Por qué le ha puesto tan furioso?

—Porque estuvimos allí ocho o nueve tabernas atrás, y el tabernero me dijo que nunca había oído hablar de Negra Emma. Ese tipo se cree que puede tomarle el pelo a un manco. Pues bien, le demostraré que nadie se burla de Oliver Perkins. No tolero que me mientan.

Musitando amenazas e imprecaciones, el agente me condujo de vuelta al Green Man. Pese a no ser mucho más alto que yo, y sus piernas no mucho más largas que las mías, me vi obligado a caminar al trote para no perder el paso. Cuando irrumpió en la taberna, dudé un instante y luego me precipité tras él. En ese breve instante el agente había sacado su porra de roble, apartado a tres hombres y vaciado el mostrador

de botellas y vasos, los cuales seguían rodando por el suelo cuando entré. Golpeó el mostrador con la porra, saltó al otro lado y agarró al amedrentado tabernero por el cuello. Tirando de él con la fuerza de su único brazo, lo atrajo hacia sí hasta que estuvieron cara a cara.

Entonces, con una voz que, aunque queda, envolvió la sala, el agente Oliver Perkins dijo:

—Me has mentido.

Uno de los hombres del mostrador comenzó a retroceder lentamente hacia la puerta. Al verlo, me coloqué frente a la salida, acerqué una mano al bolsillo de mi chaqueta y extraje la pistola que el señor Bilbo me había entregado el día antes. Exhibí lo justo para demostrar que iba armado y eso bastó. El hombre regresó a su lugar. Devolví la pistola al fondo de mi bolsillo, pero mi mano permaneció aferrada al mango.

—Ahora —dijo el agente Perkins sin soltar al tabernero—, te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué sabes de una ramera llamada Negra Emma? ¿Dónde está? Si me respondes que no lo sabes, lo lamentarás.

La respuesta del tabernero emanó como un susurro, ya fuera porque Perkins lo tenía agarrado por el cuello o porque se avergonzaba de su papel de soplón. Aunque me hallaba relativamente cerca y el silencio reinaba en la sala, no alcancé a oír las palabras exactas de su respuesta, la cual, aunque breve, demostró ser precisa.

Cuando el tabernero terminó, el agente le dio un empujón que lo envió al otro lado del mostrador. Recogió su porra y caminó hasta la puerta.

—¡Sígueme, muchacho! —me gritó—. Debemos darnos prisa.

Y eso hicimos. Perkins aceleró aún más el paso, tanto que me vi obligado a correr para no rezagarme. Él me instaba a seguir con una inagotable retahíla de maldiciones mezcladas con palabras de ánimo.

—Te necesito —dijo—. Alguien me cubrió las espaldas en el Green Man y creo que ese alguien fuiste tú. No te preguntaré qué llevas en ese bolsillo, pero por Dios que harás bien en exhibirlo e incluso utilizarlo si te ves obligado a ello.

—¿Adonde vamos? —resollé.

—A casa de Negra Emma. Tiene una habitación en la calle de la Picota.

—Pero ¿por qué tanta prisa?

—Porque ese estúpido tabernero me contó que poco antes de nuestra visita llegó otro hombre que le sobornó para sonsacarle la información.

—¿Le sobornó? No parece el estilo de Trindle.

—Tampoco la descripción que me dio.

Habíamos girado por la calle de la Picota. No me gustaba el nombre, aunque ignoraba su historia. Estaba repleta de edificios de un mismo estilo que tomé por depósitos y almacenes.

—Se supone que el lugar es fácil de encontrar. El hombre dijo… —El teniente Perkins se detuvo y apuntó hacia el otro lado de la calle—. ¿La ves, muchacho?

¿Metida entre esas dos estructuras cuadradas? Es la única pensión de la calle.

—La veo, señor Perkins.

—Te diré lo que vamos a hacer. Supongo que, como la mayoría de las pensiones, será una conejera de cuartuchos con salida por una puerta trasera. La madriguera de la mujer está en el primer piso. Entraré por la puerta principal, pero no podré evitar hacer ruido y es posible que nuestro hombre lo oiga y trate de escapar por la puerta de atrás. Si aparece, haz cuanto esté en tu mano por detenerlo, salvo disparar a matar. No te preocupes. Si tienes que disparar, yo asumiré la culpa. Vamos.

Con sumo sigilo, cruzamos en diagonal la calle de la Picota. El agente Perkins se llevó un dedo a los labios para indicarme que no hiciera ruido y señaló el lado izquierdo del viejo inmueble, donde había un callejón que conducía a la parte de atrás. Con gestos, me explicó que él cruzaría la puerta que teníamos justo delante, donde ardía una vela. Era la única luz de la calle.

Asentí con la cabeza y eché a andar por el callejón. El hedor casi me hizo retroceder. Muchos orinales se habían vertido por las ventanas a este lado de la casa. Habría caminado con más tiento de haber gozado de un poco más de luz, pero solo contaba con el difuso resplandor que emanaba de una ventana del primer piso. Tropecé una vez, pero no caí.

Había recorrido más de medio camino cuando oí una pequeña explosión, un estallido, ¡un disparo! Eché a correr, incapaz de ver más allá de mis pies. Choqué con algo a mi izquierda y me di de bruces contra la pared que tenía a mi derecha. En ese momento oí un ruido de pasos sobre mi cabeza. Llegué a la parte trasera de la casa a trompicones. Mientras daba traspiés en la oscuridad y sin otro aviso que un gruñido, un hombre cayó del primer piso, no exactamente sobre mí sino contra mí, y me tiró al suelo. Rodé para librarme de él, pero al hacerlo perdí la pistola. Tanteé frenéticamente el terreno, tratando de encontrarla.

Mi asaltante no prestó atención ni a mi persona ni a mis pesquisas. Intuí, más que vi (tan oscuro estaba), que se había puesto en pie y se alejaba a trompicones de la pensión.

Acababa de encontrar la pistola cuando oí una voz:

—¡Por aquí, señor!

Todavía en el suelo, tuve la sangre fría de descorrer el percusor. Me puse de rodillas, agucé la vista y a través de una luz difusa procedente de algún farol remoto divisé una figura vestida de negro a unas treinta yardas de mí.

—¡Deténgase o disparo!

—¡Dispara, muchacho! —gritó el señor Perkins desde arriba.

Apuntando al impreciso objetivo, apreté el gatillo. Hubo un fuerte fogonazo y el arma saltó bruscamente en mi mano. No se trataba de una pistola de duelo, sino de un arma de gran envergadura perteneciente al oscuro pasado de Black Jack Bilbo.

Perkins disparó casi al mismo tiempo, mas cuál no sería nuestra decepción cuando oímos que el ruido de pasos se reanudaba, alejándose cada vez más.

—¡Hazte a un lado! —gritó el agente—. ¡Voy a saltar!

Ágil de pies, Perkins aterrizó suavemente a mi derecha.

—Sube a vigilar la habitación. Está en el primer piso, la última puerta a la izquierda. Yo iré tras él —vociferó.

Pero ya había echado a correr, y yo también. Fui hasta la fachada de la casa y crucé el portal. Los curiosos habían asomado la cabeza por las puertas.

—Métanse dentro —grité, y subí las escaleras de dos en dos.

La planta superior hervía de gente. Todavía sostenía la pistola, y aunque descargada, sabía que su sola presencia bastaba para impresionar. La agité con gesto amenazador.

—¡Abran paso! —vociferé, añadiendo un gruñido a mi voz de tenor—. Vuelvan a sus habitaciones. Esto es asunto de los alguaciles.

Hombres y mujeres, unos vestidos y otros desnudos, se apresuraron a desalojar el pasillo. ¿Tan buena había sido mi actuación? ¿O se debía simplemente al pánico ante una pistola que iba de un lado a otro en las manos inexpertas de un muchacho? Sea como fuere, debí de disfrutar sobremanera del momento de autoridad que me había sido otorgado, pues cuando llegué al final del pasillo tuve el coraje de bramar contra aquellos que se agolpaban en torno a la puerta abierta de la última habitación de la izquierda, abrirme paso a empujones y blandir una vez más mi pistola descargada.

—¡Fuera todo el mundo! —aullé—. ¡Vuelvan a sus cuartos!

Cerré la puerta en sus curiosas narices y devolví el arma a mi bolsillo. Al girarme para examinar la habitación, el placer obtenido durante mi actuación se desvaneció de golpe, pues mis ojos se posaron en una cama sobre la que yacía el cuerpo de un hombre, parcialmente cubierto por una sábana sucia. Pese a tener el rostro cubierto de pólvora y un orificio sanguinolento en la frente, entre los ojos, reconocí a Tobías Trindle.

Estaba muerto, de eso no había duda. Me quedé mirándolo, reacio a tocarlo por miedo a alterar las pruebas materiales. Y mientras miraba, pensé en el destino del teniente William Landon. ¿Podría salvarse ahora? ¿Podría alguien, incluso *sir* John Fielding, ayudarle ya?

Ignoro cuánto tiempo permanecí así, pero poco a poco fui consciente de un sonido sordo, irregular pero continuo. Miré en torno a la habitación. Apenas tenía muebles: una cama, dos sillas y un baúl sobre el que descansaban los restos de una comida. ¿Qué sonido era ese? ¿A qué me recordaba?

Saqué la pistola y caminé con cautela hasta el único lugar del que podía provenir el sonido. La habitación tenía una antecámara, probablemente un armario, separada por una gruesa cortina.

Descorrí la tela y descubrí a una mujer sollozante, cubierta únicamente con una camisa. Aunque su tez estaba lejos de ser negra, tenía el color más oscuro que había visto hasta entonces, exceptuando a los marineros indios del *Adventure*.

Era, sin duda, Negra Emma.

X

En el que el teniente Landon cuenta su historia a sir John

Incapaz, como cualquier hombre, de hacer frente a una mujer sollozante, me guardé la pistola y la atraje con suaves palabras hasta una silla. Había tenido la precaución de girarla de espaldas a la cama. La mujer no quería ver el cuerpo de Tobías Trindle, y no vi razón para obligarla a ello.

Una vez hubo tomado asiento, los entrecortados sollozos no tardaron en cesar. Negra Emma alzó los ojos. Aunque todavía llorosos, brillaban de rabia.

—Maldita sea —dijo—. He visto cómo ese cabrón se lo cargaba. Si hubiese estado con Toby, habría hecho lo mismo conmigo.

—Pero ¿dónde estaba usted?

—Allí dentro —respondió ella, indicando con la cabeza el armario del que había salido—, en el retrete. Miré por la cortina cuando le oí llegar y me contuve el agua. Tenía la otra pistola apuntando hacia mí, así que supuse que me había oído. Habría ido a por mí de no ser por los pasos que sonaron en la escalera.

—¿Conocía al hombre? Esa vela apenas da luz, pero ¿pudo verlo?

La mujer me miró súbitamente suspicaz.

—¿Quién eres tú? —me preguntó.

—El ayudante de los alguaciles del magistrado. —¿Era una mentira completa? Esperaba que no.

—No te creo. Eres demasiado joven.

Negra Emma poseía una voz muy profunda para ser mujer y ademanes ciertamente autoritarios. Inspiraba menos temor cuando sollozaba. ¿Qué podía decirle ahora? Por fortuna, me salvé de tener que explicarle mi relación con los alguaciles de Bow Street o inventar alguna excusa, pues la mujer siguió hablando, indiferente a mi posible respuesta.

—Toby era un tipo raro —dijo—, pero se merecía algo mejor. Lo conocía desde hace años. Un día viene y me dice: «Em, esta semana serás mi compañera. Te daré una libra diaria». Así que acepté el trato, compré comida y bebida y me guardé el resto. Se instaló aquí conmigo, como si fuéramos marido y mujer. Luego me dijo que los alguaciles lo buscaban. Lo matan y ahora vienes con el cuento de que trabajas para el magistrado ciego. ¿Qué se supone que debo pensar?

—Lo más razonable —dije, incitado a protestar—. Lo queríamos vivo, no muerto. Queríamos que hiciera de testigo. Los muertos no pueden declarar.

—Si tú lo dices.

—Sin embargo, había alguien que sí lo quería muerto.

La mujer asintió sagazmente con la cabeza.

—Había un tipo al que temía más que a los sabuesos.

—¿Quién?

—Toby no me dijo su nombre, pero era alguien de su barco, de eso estoy segura.

Quería ahondar en el tema, pero en ese momento llamaron a la puerta. Me levanté de un salto, empuñando la pistola y decidido a hacer retroceder al intruso, cuando apareció el agente Perkins. Nos encontramos en la puerta. Tenía la frente bañada de sudor.

Has hecho bien —dijo—. Los pasillos estaban despejados y… —Se interrumpió, observando a la mujer—. Esta debe de ser Negra Emma.

Así es, señor.

En ese caso tendremos una charla sobre ese amigo suyo que está en la cama.

—Vio cómo lo mataban —dije.

—¿De veras? Quizá ella tuvo algo que ver en todo esto. ¿No te parece extraño que haya sobrevivido al asesinato sin sufrir un solo rasguño?

—Tiene una buena historia.

—Y me la contará ahora mismo. Entretanto, tú… Jeremy, ¿verdad? Te he visto otras veces, pero nunca nos habían presentado. Esta noche te has comportado como un hombre, muchacho, pero tu trabajo no ha terminado. Como habrás imaginado, no conseguí apresar al visitante. De hecho, eran dos.

—Lo sé. Oí a uno llamar al otro —dije—. La voz me resultó familiar.

—En ese caso, cuéntaselo a sir John. Solo pudieron huir por dos caminos. El que atraviesa el muelle de Goodman hasta Burtcher Row, que fue el que yo elegí, y el que cruza el cementerio de Santa Catalina y desemboca en la calle del mismo nombre. No obstante, el único lugar al que se puede llegar desde allí es la Torre. ¿Crees que pueden haber ido a la Torre, o digamos que al muelle de la Torre?

—Sí, señor. ¡Desde luego que sí!

—Bien, cuéntaselo también a sir John. Lo que intento decirte, muchacho, es que debes partir sin más tardar en busca del magistrado. Recuerda que estamos en la única casa de una calle de almacenes, la calle de la Picota.

—De acuerdo, señor.

El agente señaló la pistola que todavía sostenía en mi mano.

—¿Has recargado el arma?

—No, señor. Me falta lo necesario.

—¿Significa eso que no es tuya?

—No, señor. Me la han prestado.

—¿Quién?

—Alguien.

—Mmmm. ¿Puedo verla?

Le tendí el arma, complacido por su interés. El agente Perkins la cogió, la pesó en la mano y miró el suelo a través del corto cañón.

—No puedo ayudarte. Requiere balas más grandes que las mías, pero la armazón

permite una carga de gran tamaño. Divisé al visitante por el fogonazo de tu pistola. Se disponía a devolverte el tiro cuando le disparé, pero dudo que le hayamos herido. Por eso al disparar un arma en la oscuridad debes alejarte de inmediato, pues el otro disparará contra el destello de tu disparo.

—No lo olvidaré, señor.

Me devolvió la pistola.

—Es el arma idónea para enfrentamientos a corta distancia —dijo—. Nunca he visto una igual. Sácala y amenaza con ella si alguien se te acerca camino de Bow Street. Eso bastará para ahuyentarle. ¿Tienes dinero suficiente para un coche? Suponiendo que tengas la fortuna de encontrar uno a estas horas de la noche.

Asentí con la cabeza.

—Entonces, ve. No salgas por la puerta trasera. Los peldaños están podridos.

Me despidió con una palmada en la espalda y se volvió hacia Negra Emma.

—Y ahora buena mujer —dijo mientras me iba—, ¿me contarás lo que le has contado a ese simpático muchacho?

Por fortuna, mi regreso a Bow Street transcurrió sin incidentes. Caminaba por una calle desierta cuando un coche surgió a mis espaldas avanzando con paso cansino. Lo oí acercarse antes de verlo, y recé para que fuera de alquiler. Aunque el cochero estaba casi tan dormido como sus caballos, se mostró satisfecho con el pasajero y aceptó aguardar una vez llegáramos a Bow Street, pues le aseguré que después regresaríamos a la calle de la Picota con una partida de hombres.

¡Cuán equivocado estaba! Encontré a sir John hablando en la antesala del tribunal con Bailey, Baker y Tom Durham. No me gustó el tono de la conversación. Había un aire de derrota en el ambiente, y a la sazón solo sabían que Tobías Trindle no aparecía por ningún lado. Me había llegado el turno de anunciar que Tobías había sido asesinado en su cama por un asaltante todavía no identificado.

Los cuatro me recibieron con un saludo discreto. Comuniqué la noticia y prometí extenderme en detalles durante el trayecto de vuelta a la calle de la Picota con el coche que nos esperaba en la puerta. Sin mostrar ninguna emoción, sir John se levantó pesadamente de la silla del secretario. Los demás se prepararon para partir.

—Usted, señor Bailey, vendrá conmigo —dijo sir John—. Tom y Jeremy, a la cama. Ha sido un largo día para los dos. —Y dando expresión a sus sentimientos más hondos, añadió con voz queda—: Y el día finaliza amargamente para todos, ¿verdad?

—Pero señor —dije—, me necesitará para mostrarle el lugar.

—No lo creo. Señor Bailey, ¿conoce la calle de la Picota?

—Sí, señor, y conozco la casa que ha descrito Jeremy. Destaca entre tantos edificios de almacenes.

—Partamos entonces y acabemos cuanto antes con este penoso asunto.

—Pero señor… —Había decidido hacer un último intento, mas sir John no estaba

dispuesto a escucharme.

—No, Jeremy —me interrumpió con firmeza—. Esto es algo que nos compete al señor Bailey y a mí. ¿Estará el agente Perkins esperándonos?

—En ese caso, él nos revelará la información que nos prometiste. Has hecho un buen trabajo y te lo agradezco, pero ahora debes irte a la cama.

Despejamos el camino para que sir John pudiera salir al pasillo.

—¿Señor Bailey?

Juntos caminaron raudamente hasta el coche que los aguardaba.

Tom, que no había abierto la boca en todo el rato, me señaló las escaleras. Me despedí del señor Baker, que asintió con la cabeza y me guiñó un ojo para animarme.

—Sir John tiene razón, muchacho. Esto es trabajo de hombres. Quizá estén fuera toda la noche. Agradece que alguien vele por tu bienestar. Y tú también, Tom Durham.

—Sí, señor —respondimos al unísono.

Y sin más, seguí a Tom hasta la cocina. Sobre la mesa ardía una vela. Annie había dejado junto a ella los restos de un asado de cordero envueltos con una tela y una hogaza de pan casi entera también envuelta.

—¿Hay apetito? —preguntó Tom.

—Estoy hambriento —dije.

Nos sentamos a la mesa. Sobre gruesas rebanadas de pan extendimos generosas porciones de cordero y las cubrimos con una espesa capa de mostaza picante. Fue preciso algo de agua para bajar la comida y extinguir el fuego de la mostaza. ¡Pero cómo disfrutamos! Aquello era un banquete para dos muchachos hambrientos.

Satisfecha nuestra voracidad inicial, procedimos a masticar con serenidad, dispuestos a saborear cada bocado antes de engullirlo.

—Me alegro de que Annie haya dejado comida para nosotros —dijo Tom.

—Y para sir John —añadí yo—. Debemos dejarle algo.

—Oh, desde luego. Sir John adora el cordero… y el buey.

—Y la ternera y el cerdo y el bacalao y…

Prorrumpimos en carcajadas, pues el magistrado era un hombre de gran apetito y considerable gordura. Tal vez le parezca extraño, querido lector, que Tom, que acababa de perder a un compañero, y yo, que había visto a ese compañero muerto, nos comportáramos tan alegremente, pero así son los chicos a esa edad. Aman la broma, que a veces encuentra expresión en los momentos más inoportunos. Pero las risas nos habían purgado y ahora nos sentíamos preparados para hablar del asunto que había pendido sobre nosotros desde que entramos en la cocina.

—¿Quién lo hizo? —preguntó inopinadamente Tom. No había necesidad de ser más preciso.

—Hartsell y Boone —respondí.

—¿Estás seguro?

—Oí una voz, y estoy prácticamente seguro de que era la de Boone.

—Boone sería incapaz de apretar el gatillo. Es un cobarde y un fanfarrón.

—Puede que lo apretara Hartsell o alguien contratado por él. Quienquiera lo haya hecho casi cayó sobre mi cabeza y me tiró al suelo, pero estaba tan oscuro que no puedo asegurar que fuera él. El agente Perkins vislumbró por un instante al asesino cuando disparé. Luego, también él disparó.

—¿Le diste?

—El señor Perkins cree que ninguno de los dos le dio. Salió tras ellos pero los perdió. Cree que huyeron a la Torre.

—O al muelle de la Torre —sugirió Tom.

—Exacto.

Meditamos en silencio sobre las circunstancias y las consecuencias de la muerte de Tobías Trindle. Después de comer, envolvimos la carne y el pan, dejándolo todo como lo habíamos encontrado.

—¿Dejamos la vela encendida? —preguntó Tom—. No tardará en extinguirse.

—No es necesario. Poco importará a sir John que haya diez velas como ninguna cuando llegue. ¿Podrás orientarte en la oscuridad?

—Me mantendré pegado a ti.

Y dicho esto, Tom se inclinó y sopló sobre la llama. La habitación se sumió en una oscuridad, con todo, parcial, pues una media luna de delgada silueta se había alzado durante la última hora, proyectando sobre los objetos familiares de la estancia una luz fantasmal que los volvía, en cierto modo, insustanciales.

—¿Jeremy? —La voz de Tom me detuvo cerca de la escalera.

—¿Sí?

—Alguien lo vendió.

—¿A Trindle?

—Naturalmente —espetó Tom—. ¿A quién me iba a referir si no?

—El tabernero del Green Man confesó haber aceptado dinero de un desconocido, al cual envió a casa de Negra Emma poco antes de que el señor Perkins le sonsacara la misma información. Y ese tuvo que ser el asesino.

—Pero alguien tuvo que haber facilitado el nombre de la mujer al asesino, a Hartsell, del mismo modo que Viejo Isaac te lo dio a ti.

—Tienes razón, y puede que hasta lo enviara directamente al Green Man.

—Creo que Viejo Isaac vendió a Tobías dos veces. Una a ti por un poco de tabaco y otra al capitán por un puesto mejor.

—Estás siendo injusto con Isaac —protesté—. Se descubrió conmigo porque Boone le había venido con las mismas preguntas que nosotros le habíamos hecho. Dijo que era preferible que Trindle cayera en las manos de sir John que no en las de Hartsell. Te lo conté, y eso fue lo que te indujo a dejar a un lado tus escrúpulos y unirte a la búsqueda. Tú mismo lo dijiste.

—Es cierto —convino Tom—, y probablemente me equivoqué participando en ella.

—Lo que dices no tiene ningún sentido. —Fue un comentario cruel, pero en aquel momento me sentía enojado con Tom.

—¿Acaso Isaac no exigió tabaco antes de hablar?

—No lo exigió, lo pidió. Y habría hablado de todos modos.

—Si tú lo dices. Aun así, debió de intuir que una pista sobre el paradero de Tobías le pondría en buenos términos con sir John. ¿Acaso no revelaste a sir John la información y su fuente?

—Por supuesto que sí.

—¿Lo ves? Viejo Isaac consiguió su objetivo.

—Me estás mareando con tus sospechas. No sé qué decir.

—Solo hay una forma de aclarar este asunto. La prisión donde está confinado Isaac… ¿Cómo se llama?

—La prisión de Fleet.

—¿Tienen un registro de visitas?

—Puede —dije—. Sí, probablemente sí. A decir verdad, lo ignoro.

—Si el señor Boone aparece en la lista de visitas, querrá decir que tengo razón. ¿Estás de acuerdo?

No respondí.

—¿Estás de acuerdo? —insistió Tom.

—Me niego a seguir hablando de este asunto —dije—. Quiero irme a la cama.

Finalmente logré imponerme. Subimos las escaleras, yo delante y Tom pegado a mi espalda. Cuando más tarde recordé la conversación, encontré extrañamente significativo que hubiese tenido lugar en la oscuridad. Por la mañana temprano, cuando me levanté para encender el fuego de la cocina, encontré a sir John sentado a la mesa encorvado, con la cabeza inclinada sobre un plato de cordero y pan. De haber sabido que era su costumbre, habría supuesto que estaba bendiciendo la comida. Mas sus labios estaban quietos, y su respiración tranquila y profunda revelaba que dormía. ¿Pero desde cuándo? Si había caído dormido hacía apenas unos minutos, convenía despertarlo y acompañarlo a la cama. Pero si dormía con la profundidad que delataba su respiración, era preferible no molestarle. Sin embargo, había un fuego que encender, unas gachas y un té que preparar. Annie no tardaría en bajar. ¿Qué debía hacer?

Finalmente, como es natural, acabé haciendo lo que hacía cada mañana, pero con más sigilo. Retiré las cenizas del hogar y me deshice de ellas. Luego, con cuidado, coloqué los troncos y las astillas, que rocié con virutas de madera y trozos de papel. Por último, froté una cerilla de azufre en el yesquero y cuando hizo una buena llama, prendí fuego al papel. Observé cómo las virutas se encendían, y también las astillas. Entonces supe que la tarea estaba hecha. Todo ello había conseguido hacerlo con tanto sigilo que sir John no se movió ni una sola vez. Me sentí orgulloso de mí mismo.

No obstante, cuando Annie descendió por las escaleras chacoloteando con sus

zuecos, tuve la certeza de que iba a despertarlo y corrí a silenciarla. La alcancé en el penúltimo escalón. La muchacha me miró atónita al ver que, en lugar de mi habitual saludo matutino, la recibía con un dedo en los labios y señalaba hacia la cocina, justo donde dormitaba sir John. Annie asintió con la cabeza, se sentó en el escalón y se quitó los zuecos.

—Pobre hombre —susurró—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—No tengo ni idea —dije—. Tom y yo nos acostamos tarde. Puede que haya estado fuera toda la noche. Lo encontré así cuando bajé a preparar el fuego.

—Será mejor que le dejemos dormir.

—Eso pensaba yo.

—¿Hubo un gran crimen?

—Sí, un asesinato, y lo que es peor, el asesinato de un testigo.

Annie comprendió lo del asesinato. El resto creo que escapó a su entendimiento. Con todo, la muchacha asintió gravemente con la cabeza, se levantó y entró descalza en la cocina, donde comenzó a trajinar, haciendo lo que debía hacerse, pero con gran cuidado.

Al fin, fue el olor a tocino humeante lo que despertó al magistrado. Annie había cortado ocho lonjas enteras y las había colocado en la sartén. Cuando empezaron a estallar y chisporrotear, desprendieron un aroma que habría resucitado a un muerto. Sir John, indudablemente, no estaba muerto, solo dormido. Alzó levemente la cabeza, luego un poco más, hasta que finalmente estiró la cara y miró a su alrededor.

—¡Ah, tocino! —exclamó, aspirando profundamente.

—Así es, sir John —confirmó Annie—. ¿Le apetecerían unos huevos de gallina para acompañarlo?

—Desde luego, Annie, pues al hombre que se le niega el sueño nunca debe negársele el alimento, porque las fuerzas para enfrentarse al día han de llegar de alguna parte.

Y dicho esto, se levantó para desperezarse y puso a prueba su cuello, que parecía estar algo rígido. Se encontraba de un humor estupendo para alguien que había dormido poco y además en una silla. Y estupendo, también, para alguien que acababa de perder la última esperanza de salvar a un hombre que creía inocente.

—Y después de un buen desayuno, señor —dijo Annie—, podrá subir a su cuarto y echar un sueñecito. Le sentará bien, ya lo verá. Creo que lady Fielding ya se ha levantado. Seguro que estará de acuerdo conmigo.

—Por más que lo desee, no puedo, pues me espera una mañana atareada. Pero quién sabe, tal vez más tarde, cuando concluya mi sesión en el tribunal.

Sir John giró la cabeza hasta fijarla justo en mi dirección.

—¿Estás ahí, Jeremy? —preguntó.

—Aquí estoy, señor.

—Ve a buscar la jofaina y la navaja. Afílala bien, porque hoy necesito un buen afeitado. Mi aspecto ha de ser impecable, y también el tuyo, muchacho, pues esta

mañana haremos una visita al vicealmirante sir Robert Redmond. Espero que sea la última.

Aunque *sir* John me había comentado que el teniente William Landon probablemente estaría presente durante nuestra reunión con *sir* Robert, en ningún momento imaginé que llegaría escoltado por guardias navales. Eran tres: uno a cada lado del prisionero y un tercero que daba las órdenes. Tropezamos con el curioso cuarteto al salir del coche que nos había traído desde el número 4 de Bow Street. Subían por Tower Hill después de haber cruzado el puente de la fortificación. Tras la muerte del señor Grimsby, *sir* John había obtenido del almirante una orden para trasladar al reo a la prisión de la Torre, aun cuando *sir* Robert había determinado, tras una breve investigación (que consistió en una entrevista con el teniente Hartsell), que Grimsby había caído por la borda en estado de embriaguez durante la noche, en un momento en que la atención del oficial de cubierta —el señor Boone— estaba centrada en otros asuntos.

El fino oído de *sir* John advirtió la llegada del cuarteto antes de que yo alcanzara a verlo. Bajaba del vehículo cuando estiró el cuello y se detuvo a escuchar.

—Oigo a tres hombres marchando a paso ligero y a otro que camina con indiferencia —dijo—. ¿Será el señor Landon escoltado por un pelotón de guardias?

Me volví y miré en la dirección que señalaba *sir* John —hacia el Támesis—, y advertí que el magistrado había «visto» perfectamente a los cuatro hombres con sus oídos.

—Lo es, señor —dije.

—¿Va esposado?

Agucé la mirada y vi que los brazos y las manos del teniente se balanceaban con total libertad.

—No, señor.

—Gracias a Dios. Por lo menos le han concedido ese mínimo de dignidad.

En realidad, el teniente Landon parecía relajado y hasta divertido en tan peculiar compañía. Nos saludó con una sonrisa irónica mientras nuestro coche se alejaba y lo dejamos pasar. Su actitud me sorprendió y así se lo hice saber a *sir* John.

—Es un joven extraño —dijo el magistrado—. No sé qué pensar de él. A veces tengo la sensación de que le gusta el papel de mártir.

Sir John apuntó con el bastón en dirección al grupo y echamos a andar. Obviamente, pretendía que los guardias y el prisionero llegaran antes al despacho del almirante. Aminoró el paso. Esperamos. Los guardias, tras reorganizarse en fila de a uno con el reo en segundo lugar, subieron los escalones, entraron en el edificio y prosiguieron su andadura por la amplia escalinata. Nosotros les seguíamos a cierta distancia, deseosos de que terminaran con la extraña ceremonia. Cuando entraron en el despacho de *sir* Robert, nos detuvimos y esperamos a que los guardias salieran de

nuevo y tomaran posiciones en el pasillo. El magistrado conocía y comprendía todos los movimientos por la información que le facilitaban sus oídos. Finalmente asintió con la cabeza y pasamos frente a los guardias en dirección a la puerta.

—¡Señor! —gritó el teniente Byner con sus exagerados ademanes de sargento mayor—. El almirante le espera en compañía del prisionero.

—Bien —dijo *sir* John—. Imagino que usted, como abogado del prisionero, estará presente en el interrogatorio.

—Con su permiso, señor.

—Permiso concedido, desde luego. Es usted quien debería concedérnoslo a nosotros.

No sabiendo qué responder, el teniente Byner inclinó exageradamente la cabeza, caminó con tiesura hasta la puerta y la abrió de par en par. Entramos seguidos del teniente. Hubo apretones de mano, pero ninguno dirigido a mí, dada mi minoría de edad. *Sir* John buscó abiertamente al teniente Landon y le tendió una mano que este aceptó con solemnidad.

—Tengo entendido, *sir* John, que usted es el responsable de mi cambio de alojamiento —dijo el señor Landon.

—En parte sí —respondió *sir* John—, pues yo hice la sugerencia. No obstante, fue el almirante Redmond quien concedió el permiso.

—Se lo agradezco, señor, pues por extraño que parezca me encuentro más a gusto en esa vieja y célebre prisión que en el *Adventure*.

—Me alegro, teniente, pero en realidad lo hice pensando en su seguridad. Temía que sufriera un accidente como el teniente Grimsby.

—Jack —intervino *sir* Robert—, no hay necesidad de volver a eso. Como bien sabes, he investigado el asunto y decidido la causa de su muerte.

—Eso he oído —replicó *sir* John. Luego, dirigiéndose al señor Landon, añadió—: También pensé que podría hablar con mayor libertad fuera del *Adventure*.

En ese momento, sobrino y tío se miraron como hicieron en el camarote del teniente. Esta vez, sin embargo, lo que cada uno comunicó fue muy diferente y mucho más fácil de interpretar. *Sir* Robert lanzó a su sobrino una mirada de enérgico desafío, pero esta vez Landon se enfrentó a ella y respondió de igual modo. Hubo un largo silencio. Fue *sir* John quien lo rompió.

—Teniente —dijo—, ¿piensa hablar?

—Sí, señor.

—Entonces sentémonos, pues los magistrados carecen de horario y he tenido una noche muy agitada.

—Preferiría permanecer de pie, si no hay inconveniente —solicitó el señor Landon.

—Como quiera —dijo *sir* John, hundiéndose en la butaca a la que yo le había conducido—, pero empecemos de una vez.

Me coloqué, como siempre, detrás del magistrado. Esta vez posé una mano sobre

su hombro para que pudiera hacerme una señal cuando llegara el momento. *Sir* John me había asignado un papel. Aunque improvisado, estaba seguro de que podría representarlo tan bien como cualquiera de Drury Lane.

—Teniente Landon —dijo *sir* John—, ¿qué clase de oficial era el difunto capitán Markham? —Y añadió—: Antes de responder, debo preguntar al señor Byner si tiene una herramienta de escritura en la mano.

—Sí, señor, un lápiz.

—Probablemente lo más idóneo. ¿Y algo en lo que escribir?

—Sí, señor.

—Bien. Anote detenidamente mis preguntas, pues cuando le llegue la hora de interrogar a su defendido en el juicio, sus preguntas deberán ser, como las mías, suficientemente amplias para permitirle contar su historia. Y preste atención a las respuestas, pues en un juicio nunca ha de plantear una pregunta a un testigo cuya respuesta no conozca de antemano.

—¿Señor? —El señor Byner estaba sorprendido por el consejo, mientras que a mí me parecía de lo más lógico.

—Lo que ha oído. No debe haber sorpresas. Señor Landon, disculpe la interrupción. Repetiré la pregunta. ¿Qué clase de oficial era el difunto señor Markham, capitán del buque de su majestad *Adventure*?

Hubo una pausa mientras el teniente Landon trataba de organizar su respuesta. Inclinado sobre el escritorio, *sir* Robert Redmond se revolvió en su asiento, como si temiera lo que el prisionero pudiera decir. El teniente Byner estaba encorvado en su silla, haciendo garabatos en un fajo de folios doblados que trataba de equilibrar sobre una rodilla.

—Desde el día que zarpamos de Portsmouth —comenzó el señor Landon—, el capitán Markham dio muestras de beber en exceso. Durante la primera comida a la mesa del capitán, él solo se bebió dos botellas de vino. Las defendía como si le pertenecieran, dejando otras dos para el resto de los oficiales. Luego se bebió media botella de *brandy* y se fue amodorrando hasta quedarse dormido sobre la mesa.

»Desde ese día mostró igual comportamiento las ocasiones en que acudía al comedor, que eran cada vez menos. Cada vez menos, también, eran sus apariciones en cubierta. Apenas intervenía en el trazado del rumbo del barco, aunque tengo entendido que durante un tiempo mantuvo al día el libro de navegación. Ignoraba los nombres de los oficiales salvo el del teniente Hartsell, a quien conocía porque, en cierto modo, le había cedido el gobierno del barco. Para cuando alcanzamos la costa de África el teniente Hartsell ya había asumido las funciones de capitán, dado que el señor Markham vivía recluido en su camarote, presumiblemente borracho.

—Bien —dijo *sir* John—. Ha contestado a la pregunta. Termine su respuesta ahí mismo. En el juicio trate de evitar expresiones como «en cierto modo» o términos como «presumiblemente». Sea lo más preciso posible. Tenemos registrada una declaración similar del médico del barco, el señor MacNaughton, que será leída en el

juicio. En ella se afirma que el capitán se hallaba en un estado de embriaguez casi perpetuo durante esas horas, y de hecho días, que permanecía incomunicado. No le hará falta presumir.

El señor Landon se había relajado ligeramente durante el análisis de *sir* John a su respuesta, demostrando que comprendía y aceptaba las críticas. Cuando el magistrado le formuló la siguiente pregunta, parecía más seguro de sí mismo.

—¿Puede darnos su relato de los hechos ocurridos el doce de abril de 1767?

—Hacía dos días que habíamos abandonado Ciudad del Cabo, después de cargar el barco de provisiones, cuando una tormenta de una magnitud insólita cayó sobre nosotros y nos acompañó durante todo un día y parte de la noche. El cielo se oscureció y diluviaba. Pero lo peor era el mar, que levantaba olas del tamaño de los campanarios de Londres. El barco era sacudido de arriba abajo, de babor a estribor, con una fuerza inusitada.

»En medio de la tormenta comuniqué al teniente Hartsell que el trinquete estaba astillado y amenazaba con romperse. Le pregunté si no sería mejor bajarlo. El teniente Hartsell me respondió que esa decisión competía al capitán y no a él, y que fuera a buscarlo. Entonces…

—¿Cómo reaccionó a la orden del señor Hartsell? —le interrumpió *sir* John.

—Me dejó atónito, señor —respondió el teniente—. El señor Hartsell llevaba dos semanas capitaneando el barco y hasta entonces había tomado todas las decisiones pertinentes, consiguiendo mantenernos a flote. De hecho, llevábamos tres días sin ver al capitán Markham, que tan solo había hecho una breve aparición en el alcázar durante la escala en Ciudad del Cabo. Teniendo en cuenta todo ello, me extrañó que el señor Hartsell intentara de repente evitar el mando.

—¿En qué estado encontró al capitán Markham? —preguntó *sir* John.

—En un estado lamentable. Parecía más muerto que vivo. Había estado bebiendo, porque tenía una botella casi vacía al lado de la cama. También había un vómito reciente y se respiraba un fuerte olor a alcohol. Pero parecía algo más que borracho. He oído hablar de hombres que, a causa de una herida o una enfermedad, caen en una suerte de sueño profundo durante días e incluso semanas. Pensé que eso era lo que le ocurría, porque no conseguí despertarlo. Regresé al alcázar y le dije al teniente Hartsell que no podía despertar al capitán. Me respondió que debía despertarlo como fuera y traerlo a la cubierta de popa, donde ambos inspeccionarían la mesana. Esa fue su orden. No tenía más remedio que cumplirla, así que regresé al camarote del capitán, lo levanté de la cama y le vestí como mejor pude. Recuerdo que le eché un chubasquero a los hombros pero no le cubrí la cabeza, confiando en que el viento y la lluvia le reanimaran. Antes de subirlo a cubierta, intenté hacerle caminar por el camarote. Sus piernas respondieron vagamente, pero su cabeza seguía inerte. Al fin conseguí subirlo hasta la cubierta de popa.

El teniente Landon se interrumpió para descansar de la tensión causada por el recuerdo. Sé por experiencia, lector, que el acto de recordar y relatar acontecimientos

de gran tensión puede hacer que un hombre se sienta de nuevo atrapado en ellos y experimente las mismas sensaciones, las mismas presiones. El señor Landon se hallaba en un estado similar, pues gotas de sudor le surcaban el rostro en una estancia donde la temperatura no era excesiva, y se diría que le costaba respirar.

Sir John debió de percatarse de la situación, porque se demoró en formular la siguiente pregunta.

—¿Qué encontró cuando llegó a la cubierta de popa?

—La pregunta debería ser qué no encontré —respondió el teniente con una sonrisa irónica en los labios—. No encontré al teniente Hartsell, cuando él mismo dijo que estaría. No había nadie en la cubierta de popa, salvo yo y el hombre con el que cargaba. La cubierta de popa es la zona más elevada del barco y, por tanto, la más peligrosa ante una tormenta tan violenta. El barco estaba sumergido en un seno. Pude agarrarme al cordaje de la mesana mientras con el otro brazo sujetaba al capitán. Me hallaba en esa peligrosa postura cuando divisé al señor Hartsell en el alcázar, aferrado a un sólido cañón de veintiséis. Alzó un brazo y nos hizo señas para que bajáramos. En el fondo del seno el *Adventure* se enderezó y decidí correr el riesgo de intentar llegar a la escalera de estribor. Estaba a punto de alcanzarla, rodeando con mi brazo al capitán, cuando fuimos lanzados a lo largo de estribor y la violenta sacudida me arrebató al capitán, que aterrizó contra la barandilla opuesta a la escalera al tiempo que el barco seguía inclinándose hacia estribor. El capitán comenzó a deslizarse por la barandilla. Corrí a socorrerle, pero se me escurrió y cayó al mar. Me quedé con uno de sus zapatos en la mano.

—Teniente Byner —dijo *sir* John—, mi próxima pregunta tiene que ver con el móvil. Es importante que aborde esta cuestión ya que ninguno puede atribuírsele al señor Landon.

Hizo una pausa y recuperó su voz de magistrado:

—Dígame, señor Landon, ¿se llevaba bien con el capitán Markham?

—Ni bien ni mal —respondió el teniente—. Francamente, dudo que conociera mi nombre, tan frugal era nuestra relación. Creo que nunca tuve ocasión de dirigirme a él personalmente, salvo al inicio del viaje en que fuimos presentados, y cuando fui enviado a despertarle.

—El contenido es satisfactorio —observó *sir* John— pero no utilice la expresión «ni bien ni mal». Denota indiferencia. Busque otra forma de expresar esa misma idea, señor Landon. Le haré otra pregunta para ayudarle a ser más explícito. —Hubo otra pausa—. ¿Tenía algún motivo para desear la muerte del capitán Markham?

—Ninguno, absolutamente ninguno.

—¿Empujó usted al mar al capitán Josiah Markham, causándole con ello la muerte?

—No, decididamente no.

Volviéndose hacia el señor Byner, que seguía escribiendo frenéticamente sobre las hojas que sostenía en las rodillas, *sir* John le advirtió la importancia de las dos

últimas preguntas.

—Debe formulárselas sea como sea. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El vicealmirante *sir* Robert Redmond había escuchado atentamente el interrogatorio al tiempo que la severa expresión de su rostro se suavizaba. No obstante, a medida que progresaba la segunda serie de preguntas, recuperó su expresión inicial, revelando con ello su inquietud y desaprobación.

—¿Le habló el teniente Hartsell de la muerte del capitán inmediatamente después de que esta ocurriera… digamos que en las siguientes veinticuatro horas?

—Solo de forma general —respondió el señor Landon—. Dijo lo que era obvio, que habiendo fallecido el capitán él asumiría su puesto y yo debería considerarme primer oficial en funciones. Un día después de la tormenta celebró su primera comida en calidad de capitán, explicó la situación a los oficiales y reasignó las tareas. Una pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que desde el principio del viaje nos las habíamos arreglado sin el capitán. Luego el teniente Hartsell dedicó unas breves palabras al capitán Markham, las cuales anoté en mi diario. El señor MacNaughton nos informó del estado del capi…

—Espere un momento —le interrumpió *sir* John—. ¿Tiene usted un diario?

—Sí.

—¿Lo tiene aquí?

—No, señor. Se lo entregué al almirante *sir* Robert Redmond. Creo que sigue en su poder.

Sir John respondió con un silencio. Bajo mi mano sentí la tensión de su hombro.

—¿El señor Hartsell no pronunció ninguna acusación de asesinato contra usted inmediatamente después de la muerte del capitán? —preguntó al fin.

—No, señor.

—¿Cuándo le informó por primera vez de la acusación de asesinato que preparaba contra usted?

—La tarde antes de que ancláramos junto al puente de Londres. Estábamos en las radas, a la espera de poder entrar. Los miembros de la tripulación se preguntaban por qué no habíamos proseguido hasta Portsmouth y si ello significaba un permiso en la gran ciudad, de modo que fui a hablar con el señor Hartsell en nombre de todos. Estábamos en el alcázar. Recuerdo sus palabras exactas. Dijo: «Señor Landon, atracaremos en Londres para que pueda ser juzgado por un tribunal militar por el asesinato del capitán Josiah Markham. Y ahora que ya lo sabe, juzgo conveniente que se recluya en sus aposentos. Vaya a su camarote. Las comidas le serán servidas allí».

—¿Y cómo reaccionó usted?

—Me quedé atónito. Después de haber servido bajo las órdenes del teniente Hartsell cerca de dos años, sabía que no era una broma. Además, entre nosotros había sucedido algo que explicaba su postura.

—¿A qué se refiere?

—Yo había amenazado con anterioridad al señor Hartsell.

—¿Por qué motivo?

—El teniente Hartsell era, en general, un buen oficial y ejercía satisfactoriamente las funciones de capitán. Habiendo servido en un puesto de autoridad en la guerra contra Francia, poseía dotes de mando. Era un buen marino y mantenía la serenidad en la batalla. Pero como hombre, la conducta del señor Hartsell dejaba mucho que desear. El ascenso a capitán le permitió dar rienda suelta a sus inclinaciones antinaturales.

—Vigile sus acusaciones —advirtió sombríamente el almirante a su sobrino.

—No haría acusación alguna —replicó el teniente Landon, dirigiéndose a *sir* Robert—, si el teniente Hartsell se hubiese limitado a su relación con el señor Grimsby, pero comenzó a acosar a los guardiamarinas. ¡A unos chiquillos! Le oí jactarse de ello al señor Grimsby. Los llamaba su harén.

—Me niego a seguir escuchando semejantes patrañas —dijo el almirante golpeando el escritorio con el puño.

—¡La amenaza! —gritó *sir* John—. ¿Cuál fue la amenaza?

—Sí, sí, la amenaza —repitió el señor Landon alzando también la voz—. El guardiamarina Sample vino a verme para contarme las cosas que le había obligado a hacer el teniente Hartsell. Había acudido con anterioridad al reverendo Eagleton, pero sin resultado. El chico, que apenas tenía trece años, me rogó que interviniera. Fui al teniente Hartsell y le advertí que si no dejaba en paz a los guardiamarinas, le denunciaría cuando regresáramos a Portsmouth. Creo que fue entonces cuando redactó su acusación de homicidio contra mí en una carta desde la India cuyo contenido me ha dado a conocer *sir* Robert. Todo ello está escrito en mi diario, incluida la muerte del guardiamarina Sample, el cual, una semana después de su conversación conmigo, cayó o fue empujado por el señor Boone del penol del velacho y falleció. Puede que incluso saltara él mismo. En aquel momento me hallaba en la bodega y no vi cómo ocurrió. ¿Pero interrumpió el señor Hartsell sus prácticas después de mi amenaza? ¿Después de la muerte del muchacho? No. Simplemente las llevó a cabo con mayor discreción.

—Ya basta, teniente —espetó *sir* Robert levantándose de su asiento—. Ya hemos oído bastante. Señor Byner, lléveselo. Ordene a los guardias que lo devuelvan a la Torre.

Byner se apresuró a obedecer, desparramando las hojas por el suelo. Cogió al señor Landon del brazo y lo empujó hacia la puerta con una rudeza innecesaria.

El teniente se limitó a tender una mirada de agradecimiento cuando salía.

El almirante había rodeado el escritorio hasta colocarse frente a *sir* John, las manos sobre sus amplias caderas. Se inclinó enojado hacia el magistrado, que no se había movido de su asiento. Permanecieron encarados hasta que el almirante habló en un susurro.

—¿Estás contento, Jack? Ya tienes toda la historia. Has actuado así llevado por

una curiosidad malsana y por el deseo de mancillar una institución que una vez tanto amaste. Quieres ensuciar el nombre de la Armada para vengarte de tu ceguera. Ahora lo entiendo. ¡Tú, que eras un héroe para mí, para todos nosotros!

Sir John habló suave, serena y fríamente.

—Solo quiero asegurarme de que se hace justicia a un joven inocente, el cual, por cierto, es tu sobrino.

—Sí, es mi sobrino y le quiero, pero es más profundo mi amor por la Armada. Jack, siempre ha habido hombres como Hartsell en el servicio. Esas cosas ocurren, pero en el sentido más amplio no existen. No pueden existir, porque Inglaterra cree en su Armada, siempre ha creído en ella como en ninguna otra institución. Desvelar semejante escándalo la mancillaría de tal modo que los padres ya no permitirían que sus hijos fueran guardiamarinas. Y lo que es peor, la Armada sería objeto de las mofas y el desprecio de todos. ¿No lo entiendes?

Durante el acalorado discurso Byner había regresado a la habitación, mas con tanto sigilo que dudé de que *sir* John hubiese advertido su presencia. Apreté ligeramente el hombro del magistrado. Aunque sabía que había captado mi señal, no dio muestras de ello.

—Recuerdo —dijo *sir* John— que tú mismo me suplicaste que buscara testigos, que enseñara al señor Byner mis «trucos», como tú los llamaste, que hiciese cualquier cosa por salvar a tu sobrino. Ahora descubro que la expresión «cualquier cosa» excluye la verdad. ¿Cómo has podido cambiar de ese modo? Hasta existe un diario escrito por el teniente Landon que podría corroborar su declaración, y ese diario está en tu poder. Según las normas de cualquier procedimiento criminal, incluido el de la Armada, debería formar parte de las pruebas. ¿Pretendes ocultar su existencia?

Sir John extendió una mano hacia el almirante y la devolvió bruscamente a su pecho, abofeteando los dedos de mi mano en el proceso. De ese modo, respondía a mi señal.

De repente me doblegué, como presa de un fuerte dolor. Me enderecé levemente y susurré algo al oído del magistrado. Este se volvió hacia mí con gesto irritado.

—Dijiste que ya estabas curado —protestó con tono áspero.

—Lo sé, pero…

Hice una mueca de dolor y me llevé las manos a la barriga.

—El muchacho tuvo un ataque de diarrea ayer noche. Por lo visto le ha vuelto. ¿Podría…? ¿Podría el teniente Byner…?

El almirante suspiró.

—Desde luego, desde luego. Teniente, acompañe al muchacho al excusado situado al fondo del pasillo. Espere a que termine. No quiero muchachos rondando solos por los pasillos del Ministerio de Marina.

Salí del despacho de la mano del señor Byner. Interpreté mi papel hasta el final, haciendo muecas y doblegándome una o dos veces más por el camino. Con toda modestia, creo que no lo hice nada mal.

En cualquier caso, convencí a Byner. Tirando de mí con premura, doblamos una esquina, abrió una puerta y señaló el interior.

—Aquí es —dijo—, y date prisa.

Cerró la puerta tras de mí.

El cubículo estaba iluminado por dos velas que pendían de la pared sobre sendos soportes. Aunque reducido, era el mejor excusado que había visto desde mis tiempos en la residencia de lord Goodhope. Este, además, estaba equipado con una cisterna y un lavamanos.

Esperé cinco minutos, contando cinco veces hasta sesenta, el tiempo máximo que *sir* John había juzgado que podría durar la estratagema. La había concebido para poder hablar con *sir* Robert sin que el señor Byner estuviera presente o escuchando detrás de la puerta. No se fiaba de él en lo más mínimo.

Una vez transcurrido el tiempo pactado, tiré de la cadena y un largo chorro de agua emanó de la cisterna. Salí del cubículo jugando con los botones de mi chaqueta, fingiendo que recomponía mi aspecto.

—Vamos —dijo Byner.

Y eso hice, brincando a su lado como el hombre enfermo que se siente súbitamente recuperado.

La conversación entre el almirante y el magistrado había durado menos de lo previsto, pues a nuestro regreso encontré a *sir* John aguardándome en la antesala del señor Byner con mi gorra en la mano. La puerta del despacho de *sir* Robert estaba cerrada.

El magistrado se despidió del teniente educada pero fríamente y partimos. Llevándose un dedo a los labios, me previno de hablar dentro del edificio. Una vez en Tower Hill, habló en su tono más grave.

—Ah, Jeremy —dijo—, qué asunto tan abominable. Es peor de lo que imaginaba y tan terrible como me temía.

XI

En el que tiene lugar el juicio militar contra William Landon

Es un largo trecho el que media entre Tower Hill y el número 4 de Bow Street, y a última hora de la mañana, con la ciudad atestada de tartanas y carruajes, el tráfico de las calles Támesis, Fleet y la Ribera era tan lento, que el cochero no tuvo más remedio que aceptar que sus dos jacas avanzaran con igual lentitud. De ese modo, sir John dispuso de tiempo sobrado para narrar, comentar y maldecir la conversación que había mantenido con sir Robert en ausencia del señor Byner. No pareció ocultarme ningún detalle. Tanto habló, lector, que he juzgado conveniente hacer un resumen de lo hablado y únicamente citar las palabras de sir John cuando lo considere oportuno.

Sir John sacó a relucir la muerte del teniente Jonathan Grimsby. ¿Qué otra cosa pudo haber sido salvo asesinato? Sir Robert, pese a los hallazgos oficiales de su investigación, había admitido tácitamente la posibilidad de homicidio al consentir el traslado del señor Landon a la Torre. ¿Y por qué había sido asesinado el señor Grimsby? Porque había informado a sir John de la verdadera situación a bordo del *Adventure* en lo referente a los guardia-marinas. Cuanto había dicho corroboraba la reciente declaración del señor Landon. Y Grimsby se había ofrecido a hablar en su defensa.

(Sir Robert objetó que el testimonio del señor Grimsby carecía de validez, dado que, según el señor Landon, había mantenido relaciones antinaturales con el señor Hartsell. Sir John restó importancia a ese detalle).

Luego surgió el tema relativo al abogado designado por sir Robert. El teniente Byner era un incompetente y un traidor. Sir John señaló que Byner estuvo presente en el interrogatorio del médico del barco en Portsmouth. Le oyó decir que el timonel, un tal Tobías Trindle, había declarado el fatídico día en que desapareció el capitán Markham que aunque el señor Landon hizo un gran esfuerzo por salvar al capitán, nada hubiera podido hacerse para rescatarlo. Su relato coincidía plenamente con la descripción de los hechos del señor Landon. Tobías Trindle habría constituido un testigo de peso para la defensa de Landon, pero fue asesinado la noche antes con un tiro entre los ojos mientras dormía. Sir John aseguró que no había revelado a nadie el nombre de Tobías Trindle, que confiaba en su joven ayudante, Jeremy Proctor, y que estaba convencido de que sir Robert no habría hecho nada que pudiera perjudicar la defensa de su sobrino. Únicamente quedaba Byner, que había oído el nombre del testigo potencial de labios de MacNaughton. Resultaba probable que hubiese revelado dicho nombre a otra persona, la cual, a su vez, debió de provocar el asesinato de ese testigo potencial. Sir John rogó al almirante que tuviera cuidado con

lo que decía y confiaba al teniente Byner.

(Sir Robert declaró que el señor Byner era su oficial ejecutivo, que confiaba en él y seguiría confiando en él. La muerte de Tobías Trindle se debía, probablemente, a un asunto personal, a una reyerta entre marineros a causa, sin duda, de una mujer. No creía que su asesinato tuviese relación con el inminente juicio. Además, dudaba de que a un marinero le fuera permitido testificar en contra de su capitán e incluso que pudiera declarar en el juicio militar de un oficial).

Sir John dijo que había otra persona cuyo nombre podría citar como testigo potencial —el del capellán y maestro reverendo Andrew Eagleton—. No obstante, el señor Eagleton solo declararía bajo citación judicial, y aun así de forma poco fiable. Según sir John, tenía pánico al teniente Hartsell, razón por la que se había alejado cien millas de Londres. No debía volver hasta que se celebrara el juicio.

(Sir Robert replicó que, teniendo en cuenta las razones aducidas por sir John, carecía de sentido citar al reverendo Eagleton).

A partir de ahora, lector, citaré las palabras de sir John durante nuestro lento recorrido para que, de ese modo, perciba la intensidad de su pasión en este asunto:

—Al llegar a ese punto, Jeremy —dijo sir John—, desafié a Bobbie. Le dije: «Al principio parecías deseoso de salvar a ese joven. Ahora te has vuelto contra él. ¿Cómo puedes haber cambiado de postura en tan pocos días?».

»Bobbie me contestó: “Jack, mi postura no ha cambiado, pues ya desde el principio, cuando mi sobrino me contó el asunto del teniente Hartsell y los guardiamarinas, le prohibí que hablara de ello. También le dije que bajo ningún concepto lo sacara a relucir en el juicio. El muchacho, no obstante, parece decidido a contarlo”.

»Bobbie aseguró que su sobrino había disfrutado contándome la historia esta mañana y que podía verse tentado a difundirla aún más. Insistió en que el muchacho tendría posibilidades de ganar el juicio si se limitaba a hablar del capitán Markham, pero que no tendría ninguna si arremetía contra Hartsell. Y añadió que pronto lo averiguaríamos, porque el jurado ya había sido elegido. Un almirante y un capitán llegarían de Portsmouth mañana. El juicio tendría lugar dentro de dos días.

—¡Dos días! —exclamé—. ¿Es eso normal, señor? El *Adventure* lleva menos de una semana anclado.

—Lo es si así lo han decidido —dijo sir John—. Es una verdad sobre la Armada que he descubierto tarde en la vida, muchacho. Resulta desalentador comprender cuán poco sabía de ella durante mis cuatro años de servicio. Al parecer, la Armada tiene su propia ley, constituye por sí sola un país donde las normas de conducta y procedimientos normales no son aplicables.

»Oíste lo que me dijo Bobbie. Me acusó de querer mancillar la reputación de la Armada para vengarme de mi ceguera. ¿Cómo se atreve a decir semejante cosa? ¡Cómo se atreve!

Sir John clavó el bastón en el suelo del carruaje en una de sus raras muestras de

cólera.

—Increíble, señor. —Yo estaba tan indignado como él.

—Amaba la Armada más que nadie. Si me lo hubiesen pedido de antemano, habría contestado: «Sí, daría mis ojos a la Armada y hasta la vida». Cuando pienso en los años que dediqué a una carrera perdida, en cómo elegí por desesperación los estudios de jurisprudencia que mi hermano me ofrecía, me sorprendo de mi estupidez. Ahora veo que estaba hecho para la jurisprudencia, y si desemboqué en ella por una mala pasada del destino, lamento mi infortunio. Pero el caso es que desemboqué en ella. Dios sabe que amo la jurisprudencia, que es mejor amante y más justa que la Armada. Si Bobbie cree que puede atemorizarme con sus groseras infamias, está muy equivocado. En primer lugar, él no debería formar parte del jurado dada su relación con el acusado. Jamás un juez se entrometería como él lo ha hecho. Ha requisado el diario del señor Landon no para presentarlo como prueba en el juicio, sino para que nunca se utilice como tal. No obstante, Jeremy, te prometo que me encargaré de que se haga justicia a ese joven. Cuando llegamos a Bow Street, sir John corrió a la sala de tribunal para iniciar su sesión. Por el camino me había dado instrucciones que cumplir, y en cuanto le hube dejado en el número 4, partí hacia la casa y tribunal del señor Saunders Welch. Conocía el camino, pues había estado allí hacía poco. En esta ocasión, como en aquella, había de pedir al señor Welch que viera los casos de sir John previstos para dos días después. Sir John estaba convencido de que su petición sería aceptada, habida cuenta que la balanza seguía desequilibrada.

Como resultó al final, el señor Saunders Welch, magistrado del tribunal de Hanover Street, puso menos reparos al contenido de la solicitud que a la forma en que le fue comunicada.

Él, que ya había visto sus casos del día, me invitó a pasar a su despacho. La decoración difería en mucho del habitáculo tosco y polvoriento en que sir John bebía su cerveza vespertina después de la sesión del tribunal. El despacho del señor Welch estaba bien iluminado; había cuadros en las paredes, una alfombra en el suelo, robustas sillas en cantidad y un escritorio de roble frente al cual se hallaba sentado. Estaba contando el dinero de las multas recaudadas ese día. Se decía que en el tribunal de Hanover Street todas las ofensas, con excepción del asesinato, podían liquidarse mediante una multa; y corrían rumores de que ciertos homicidios podían declararse muerte accidental tras el pago de una multa que satisficiera al señor Welch.

Cuando entré en la habitación, el magistrado alzó una mano para que esperara en la puerta. Una vez hubo terminado de contar los chelines, anotó una cifra en el libro mayor y me indicó que me acercara.

—Eres el muchacho de Bow Street, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué tienes para mí?

—Un mensaje de sir John Fielding.

Alargó su mano por encima del escritorio.

—Dámelo —me ordenó.

—Es un mensaje de palabra, señor.

El magistrado me miró sorprendido.

—¿De palabra? —preguntó ligeramente irritado.

—Sí, señor.

Silencio. Luego:

—Creo que no me gusta esto. No me parece correcto que los asuntos de los magistrados de Londres sean confiados a la memoria de un golfillo como tú.

Me sentó mal, querido lector, como a usted le habría sentado si esa mañana se hubiese lavado con esmero y puesto sus mejores ropas para visitar al almirante. ¡Un golfillo! Yo me tenía, cuando menos en apariencia, por un joven caballero.

—¿Por qué no envió el mensaje por escrito, como de costumbre?

—No tenía tiempo, señor.

—¿No me digas? Es cierto que nuestras obligaciones son muchas, pero estoy seguro de que habría podido hallar un minuto para dictar una carta y firmarla con ese garabato de ciego que tiene como firma.

Ahora me sentía realmente ofendido. Podía decir cuanto quisiera de mí y estaba dispuesto a morderme la lengua, pero referirse al mal de sir John de forma tan cruel exigía una réplica de mi parte.

—Puesto que es a mí a quien suele dictar sus cartas —dije con toda la dignidad que pude reunir—, no hay duda de que confió en mi memoria para un asunto tan nimio.

—De acuerdo —dijo el señor Welch—. Diré el mensaje y luego yo juzgaré si el asunto es nimio o no.

—Muy bien —dije—. Sir John me pidió que le preguntara si podría ver sus casos de pasado mañana. El señor Marsden le entregará la lista de causas y el señor Fuller le traerá los prisioneros.

—Lo que me propone representa para mí el doble de trabajo y el doble de tiempo. Asumí su lista de causas hace apenas unos días. Solo un muchacho ignorante llamaría a eso un asunto nimio.

—Al igual que usted, señor —dije con aire inocente—. Permítame citar parte de la carta que envió a sir John el pasado mayo… —Me aclaré la garganta y proseguí—: «Si tuviese la amabilidad de ayudarme en tan *nimio asunto*, regresaré de Bath dentro de una semana en plena forma para ocuparme de mis obligaciones y dispuesto a asumir las suyas cuando usted así lo requiera».

(A decir verdad, ignoro si cité las palabras del señor Welch con exactitud, mas había leído la carta en voz alta a sir John y anotado la respuesta, y sabía que el señor Welch había prometido corresponder a sir John cuando fuera necesario. De modo que recité lo que recordaba con extrema firmeza, como si su importancia fuera tal que mereciese ser memorizado).

Saunders Welch me miró severamente durante largo rato. Comencé a

preguntarme si no había ido demasiado lejos, si no debería presentar una disculpa. Estaba elaborando una en mi cabeza cuando el señor Welch estalló en una carcajada. De hecho, reía con el estrépito de un hombre que acaba de oír un gran chiste. Finalmente, logró contenerse lo bastante para hablar.

—Eres un insolente —dijo—, pero sé cuándo me han vencido. Vete antes de que decida enfadarme, y comunica a sir John Fielding que estaré encantado de ver sus casos de pasado mañana. Pero recuerda al señor Marsden y al señor Fuller que mi sesión comienza a las diez. Ahora vete.

Me dirigí a la puerta con paso raudo.

—Gracias, señor —dije mientras la abría.

—¡Fuera!

En menos de un minuto me hallaba de nuevo en la calle, jurándome que jamás volvería a tratar con semejante osadía los asuntos concernientes a sir John. Fue una promesa que, por lo general, mantuve.

No teniendo en ese momento asuntos urgentes que atender y sabiendo que mi regreso a casa podía optar por esa dirección, decidí visitar a Black Jack Bilbo y deshacerme del peso que tiraba del bolsillo de mi chaqueta. La pistola que me había confiado había despertado un vivo interés en el agente Perkins. Me intrigaba el origen del arma. Me intrigaban muchas cosas del señor Bilbo.

La mansión de Saint James Street, donde yo había pasado un tiempo y Annie Oakum mucho más, se elevó ante mí al final de un largo paseo. Conocía los secretos de esa casa, o parte de ellos, y a esas alturas es posible que mi amigo Jimmie Bunkins ya los conociera todos. Últimamente le veía poco, máxime desde que el señor Bilbo se hiciera cargo de su tutela. Bunkins estaba aprendiendo disciplina de su «jefe», a quien se esmeraba por complacer, aunque dada su lamentable experiencia durante la búsqueda de Tobías Trindle, era evidente que todavía tenía mucho que aprender. Debió de resultarle difícil, pensé, renunciar a una forma de vida que conocía tan bien.

Eso estaba pensando cuando Bunkins me abrió la puerta.

—¿Cómo va todo, camarada? —preguntó—. Pero entra, por favor.

—¿Cómo estás, señor Bunkins? —pregunté a mi vez, imitando su forma de hablar.

—Estupendamente, señor Proctor. Apuesto a que has venido a devolver una pistola ladradora.

—Por cierto, ¿se ha levantado el jefe de la casa?

—Ese hombre duerme menos que una lechuza. Tom, tu hermano o tu amigo o lo que quiera que sea, vino a verle hace un rato por el mismo motivo. No os habéis cruzado de milagro.

—Es una lástima.

—Tom me contó que fuiste tú quien encontró al tipo que andabais buscando.

—Sí, pero muerto —dije.

—Tom piensa que alguien lo delató, de modo que se fue a la prisión de Fleet para

hablar con ese alguien. —Jimmie Bunkins se estremeció—. Brrrr, ¿no te parece una locura meter un pie en una cárcel sin que nadie te empuje?

—Tom tiene sus sospechas —dije.

Bunkins me indicó que le siguiera y en el momento en que echábamos a andar por el largo pasillo central, la puerta de lo que en otros tiempos fue la sala de estar de lady Goodhope se abrió ligeramente y una mujer asomó la cabeza —una cabeza bastante bonita, con rizos apilados en la coronilla y labios y mejillas diestramente embellecidos con carmín.

—*Ah, monsieur Jimmie* —llamó la mujer señalándole con el dedo—, *partez-vous? Mais non, non! Revenez pour la leçon*!

Bunkins suspiró e hizo una mueca de disgusto.

—Esta es madame Bertrand —dijo a modo de presentación—. Una tipa simpática, pero nunca conseguiré hablar su idioma.

La mujer abrió la puerta un poco más y me tendió una sonrisa encantadora. Me había conquistado. Hice una amplia reverencia con la mano sobre el corazón.

—*Enchanté* —dije, sabiendo que era lo que debía decirse.

Madame Bertrand me obsequió con una lluvia de frases en francés que yo jamás había oído y cuyo significado escapaba a mi entendimiento. Con todo, le sonaban muy dulces y musicales a mi desentrenado oído, pero solo fui capaz de inclinarme de nuevo y alejarme por el pasillo.

—Buen trabajo, camarada —me felicitó Bunkins—. El jefe está donde siempre, en el cuarto que tiene tantos barcos en las paredes. Ya conoces el camino. Yo debo *continuer avec la leçon*.

Y dicho eso, se entregó a madame Bertrand. Ella le cogió la mano y, saludándome con la cabeza, lo introdujo en el aula. En ese momento envidié a mi amigo.

Llamé a la puerta de Bilbo y esperé a que me invitara a pasar. Parecía contento de verme y me ofreció una silla. Antes de tomar asiento extraje la pistola de mi bolsillo y la dejé con cuidado sobre el escritorio.

—Tengo entendido que has hecho uso de ella —dijo Bilbo.

—Así es, señor.

—¿Las circunstancias lo exigieron?

Suspiré.

—Sí, señor. Grité: «¡Deténgase o disparo!», y el alguacil que me acompañaba me ordenó disparar.

—¿Quién era el alguacil?

—El señor Perkins.

—¿El tipo manco? Un hombre juicioso. ¿Acertaste?

—Me temo que no, señor. Apunté hacia abajo con intención únicamente de herirle. El agente Perkins disparó guiándose por la luz de mi disparo. Según él, ambos fallamos. Estaba muy oscuro.

—Mejor así. Puedes hacer mucho daño con esta pistola a corta distancia.

—El agente Perkins estaba impresionado.

—¿Le dijiste quién te la había dado?

—No, señor.

—Buen chico —respondió Bilbo. Cogió el arma, la levantó para examinarla, tiró del percutor y, apuntando hacia el suelo, apretó el gatillo. El percutor saltó bruscamente hacia adelante—. Siempre hay que asegurarse. Puesto que se ha utilizado, es preciso limpiarla y recargarla. Quédate y charlaremos mientras lo hago.

Se subió las mangas de la elegante camisa, sacó de un cajón el material y las herramientas necesarias y las extendió sobre el escritorio. Comenzó a trabajar con manos expertas y rápidas. Tras desmontar el arma, examinó las piezas una a una.

—No es preciso limpiar una pistola con tanto esmero —dijo—, pero necesitaba un buen repaso.

Asentí con la cabeza y seguí mirando fascinado.

—De acuerdo con Tom, encontraste a tu testigo sin vida, ¿no es cierto? Sospechas que un tipo vendió al testigo de sir John a otro tipo.

—Tom está más seguro de ello que yo. A decir verdad, se trata de un asunto preocupante. En… en mi opinión, no marcha bien.

—¿Qué te preocupa, Jeremy?

—En primer lugar, hay cosas que no entiendo.

—Continúa —dijo Bilbo sin interrumpir su tarea.

—Sir John y otras personas implicadas en el caso hablan continuamente de «prácticas antinaturales» e «inclinaciones antinaturales». Le pedí a sir John que me explicara el significado de todo ello, pero se las apañó para darme largas. Creo que mi pregunta le incomodó.

Black Jack Bilbo asintió con la cabeza y se acarició la barba.

—Es un asunto que puede incomodar a algunas personas —dijo— y con razón. No debes culpar a sir John. Pero antes de abordar el tema de la prácticas antinaturales, dime, ¿qué sabes acerca de las naturales?

—¿Señor?

—¿Qué sabes de lo que ocurre entre un hombre y una mujer, de cómo se hacen los niños y esas cosas?

Hablaba con tal calma y franqueza que no vi la necesidad de mentir o exagerar mis conocimientos al respecto.

—Sé algo —respondí—, pero no todo. Sé que puede causar enfermedades como la sífilis. También sé que los niños vienen de ahí. Pero ignoro qué hacen exactamente.

Bilbo movió comprensivamente la cabeza.

—Bien —dijo—, ya tienes edad para saber esas cosas, de modo que te las contaré. Si sir John decide explicártelo algún día, no le interrumpas diciendo: «John Bilbo ya me lo ha contado todo». Ha de quedar entre nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

—¿Has visto alguna vez a una mujer desnuda?

—Una vez, señor.

—Entonces habrás notado que a su cuerpo le faltaba algo que tú, yo y todos los hombres tenemos.

—Sí, señor.

—Observa atentamente —dijo Bilbo.

Y en un santiamén el hombre había montado de nuevo la pistola y extraído una funda de otro cajón. Sostuvo ambos objetos en lo alto, uno en cada mano. Luego, con un movimiento rápido y certero, introdujo la pistola en la funda. El cañón desapareció hasta la altura del seguro.

—¿Te das cuenta de lo bien que encaja esta pistola en la funda?

Y con semejante demostración comenzó mi formación en esas cosas que todos los hombres y mujeres deben saber. Tuve dudas. Él las aclaró. Después de contarme cuanto había que contar sobre las prácticas naturales, procedió a hablar de las antinaturales. Yo le escuchaba estupefacto.

—Sé por experiencia —dijo para concluir— que los hombres no se inclinan por las prácticas llamadas antinaturales si tienen una mujer a su disposición, aunque no todo el mundo opina lo mismo. Hay quien dice que forma parte de la naturaleza de algunos. Pero generalmente estos casos se dan cuando hombres, y solo hombres, permanecen juntos durante largos períodos de tiempo, como ocurre en una cárcel o a bordo de un barco. En los barcos se dan más casos de los que la gente sabe o está dispuesta a admitir.

Juzgué que había llegado el momento de plantearle mi siguiente pregunta. Pero ¿cómo hacerlo sin revelar demasiado? Quizá en forma de suposición.

—Señor Bilbo —dije—, supongamos… supongamos que la máxima autoridad de… por ejemplo, de un barco, forzara a otros a realizar… prácticas antinaturales, y que esos otros fueran meros muchachos, digamos que guardiamarinas. ¿Qué ocurriría entonces?

Enseguida advertí que me había expresado con tanta torpeza y claridad que el señor Bilbo había visto más allá de mi «suposición». Pero confiaba en él tanto como él en mí. No hizo preguntas y me respondió en el acto.

—Constituiría una ofensa grave por dos razones. —Bilbo no acostumbraba utilizar tales términos ni hablar con tanta solemnidad—. En primer lugar, forzados o no, los muchachos de la edad de un guardiamarina no tienen la madurez ni la experiencia para decir sí o no, de modo que todo acto realizado con ellos sería una imposición. En segundo lugar, constituiría un terrible abuso de autoridad por parte del capitán, por ponerle un nombre, pues los muchachos de esa edad le han sido confiados. Ellos son su responsabilidad. Sería lo mismo que romper un solemne juramento.

—¿Podría castigarse semejante ofensa con la horca? —pregunté.

—A tanto no llego, Jeremy. Desconozco las leyes, puede que más que la mayoría de los hombres. Solo sé que no me gustaría morir con semejante ofensa sobre mi

conciencia.

Me guiñó un ojo y esbozó una sonrisa triste al tiempo que encogía sus grandes hombros.

—Ya basta de hablar de asuntos serios —dijo—. Más cosas absurdas y horribles se han hecho al servicio de prácticas naturales y antinaturales que nadie salvo Dios conoce. Con todo, he oído que el amor también surge de ahí. Hasta un viejo pecador como yo espera encontrarlo algún día. Cuando seas un hombre, Jeremy, espero que el amor no pase sin llamar a tu puerta como ha hecho conmigo.

Aquel hombre de aspecto temerario, cuyo oscuro pasado había inspirado tantos rumores, no pudo haber dicho nada que me hubiese sorprendido más, ni siquiera que desearía tener alas para poder volar. (En cierto modo, imagino que eso fue lo que me dijo).

—Es hora de irte. Ya te he retenido bastante y seguro que sir John tiene trabajo para ti. Pero no te alejes mucho, Jeremy. Me gusta charlar contigo y Jimmie Bunkins te necesita más de lo que imaginas.

Al día siguiente, sir John tuvo una jornada muy ajetreada. Hubo mucho ir y venir. Fueron numerosas las visitas. En la atmósfera flotaba un aire de misterio que yo era incapaz de dilucidar. El magistrado había salido por la mañana temprano con el agente Perkins y no regresó hasta poco antes de su sesión en el tribunal. El suboficial que hacía de lacayo al vicealmirante sir Robert Redmond le aguardaba con una carta que estuve seguro procedía de este último. Sir John, sin embargo, no me pidió que se la leyera. Simplemente la guardó y despidió al lacayo con las manos vacías.

Por la tarde, el señor Marsden pasó un rato en el despacho del magistrado y al Salir me indicó que entrara. Habían redactado una carta que yo debía entregar.

—¿Precisa respuesta, señor? —pregunté.

—No —respondió sir John mientras me la tendía.

Observé la carta y vi que iba dirigida al almirante.

—Ve paseando y no tengas prisa en volver —me dijo sir John—. Pero no se la entregues a nadie salvo a Bobbie, y desde luego no dejes que caiga en manos del teniente Byner. Si tienes que esperar al almirante, espérale, pero pon la carta en su mano y no en otra. Si no puedes, regresa con ella.

Raras veces se mostraba tan explícito. Como es natural, sentía curiosidad por el contenido de la carta, mas no hice preguntas. Me despedí de sir John y me encaminé a la puerta.

—Jeremy, hay algo más que deberías saber.

—¿Qué, señor?

—El almirante venido de Portsmouth que formará parte del tribunal militar trajo consigo un documento de ascenso para el teniente Hartsell. A partir de ahora se le conocerá como *capitán* Hartsell.

—¿Qué significa eso, señor? Me refiero al hecho de que haya llegado en un momento como este.

—Eso mismo me pregunto yo. Cuando menos, significa que durante el juicio de mañana Hartsell recibirá el tratamiento de «capitán». Todo aquello que recuerde que durante los hechos a juzgar el acusador y el acusado poseían el mismo rango quedará borrado. Significa que, retrospectivamente, todas las decisiones de Hartsell se considerarán justificables y significa que el juicio se ha decantado en favor de la acusación. Significa que el teniente Landon no tiene ninguna posibilidad de ganarlo. Significa que el jurado tiene intención de colgarlo. La decisión ha sido tomada de antemano.

Sir John habló con voz queda, como si estuviera explicándome una regla jurídica. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Las enjugué, contento de que sir John no pudiera verlas.

—¿Cómo pueden hacer eso, señor? Es una injusticia.

—El teniente Landon no obtendrá justicia de la Armada. —Suspiró hondamente y me indicó la puerta—. Debes irte, Jeremy. Hablaremos largo y tendido sobre este asunto algún día.

Mientras me dirigía a Tower Hill, el corazón me pesaba tanto como los pies. Como el lector habrá intuido, en aquellos tiempos, dada mi corta edad, sir John Fielding era para mí más que un héroe y poco menos que un dios. Verlo desesperado y vencido me entristecía casi tanto como pensar en la suerte del teniente William Landon. Hubiera preferido verlo enojado como el día anterior. Seguro que sir John podría hacer algo, seguro que haría algo.

Llegué al Ministerio de Marina sumido en tal estado de desánimo que no estaba preparado para la recepción que me esperaba. En primer lugar, comprendí que sin la compañía de un personaje ilustre como sir John no era tan bienvenido. Cuando el contramaestre de la entrada supo que traía una carta para el almirante, me exigió que se la entregara. Me negué. Temiendo que se abalanzara sobre mi pescuezo para arrebatármela, retrocedí unos pasos.

—Vuelve aquí, muchacho, y dame esa carta.

—El remitente me ordenó que la entregara en mano al almirante Redmond y a nadie más.

—¿Y quién es el remitente?

—Sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street.

Impresionado, ya fuera por el nombre, por el título o por el cargo, o por una mezcla de los tres, el contramaestre se ablandó y me instó a entrar con la promesa de que me enviaría al despacho del almirante escoltado por un marinero. Cumplió su palabra y designó a uno de los hombres que holgazaneaban por los alrededores como escolta. Cuando llegamos a la puerta del despacho del almirante, se repitió el extraño intercambio de gritos entre un lado y otro de la puerta. Finalmente, apareció el teniente Byner con el entrecejo fruncido.

—¿Qué quieres, muchacho?

Yo ya había previsto una disputa con el señor Byner a cuenta de la carta, pero esta duró más de lo que esperaba y desde luego más de lo necesario. Y todo transcurrió en el umbral de la antesala. No fui invitado a pasar ni el guardián me abandonó. Del despacho del almirante llegaba un murmullo de voces joviales.

Cuando el teniente comprendió que no podía intimidarme ni engatusarme para que le entregara la carta, ordenó al marinero que no se moviese de donde estaba y fue a avisar al almirante. Sir Robert Redmond apareció poco después. Escuchó al teniente, me miró y asintió con la cabeza. Pero la puerta había quedado entreabierta y en ese momento oí algo que me heló la sangre.

El almirante se acercó a mí. Desde que hiciera su aparición su rostro se había ensombrecido.

—Tengo entendido que me traes una carta de sir John.

—Así es, señor.

Saqué la carta de mi bolsillo y la deposité sobre la palma abierta del almirante. Con un movimiento de cabeza, retrocedí con intención de partir.

—¿No te dijo que esperaba respuesta?

—No, señor.

—Pues aunque no he leído la carta, tengo una. Dile que lamento profundamente perder su amistad a causa de este asunto, pero el deber prevalece y debo obedecer. —Me miró con expresión severa—. ¿Te acordarás?

—Sí, señor.

—Puedes irte.

Y, sin más tardar, eso hice. Camino de la salida me distancié de mi guardián y eché a correr hasta la calle. Ni siquiera me detuve a sacudirme el polvo del Ministerio de Marina, si bien pensaba hacerlo, pues lo que había oído cuando la puerta del despacho del almirante se abrió todavía resonaba en mis oídos. Poco importaban las palabras, que no eran más que el fragmento de una frase —«… aunque algunos lo crean»— seguido de un estallido de carcajadas. Fue la voz del que hablaba lo que me dejó consternado: la inconfundible voz nasal del teniente Hartsell, ahora capitán. Su ascenso era motivo de celebración y el brindis estaba teniendo lugar en el despacho del almirante.

Cuando llegué al número 4 de Bow Street descubrí aliviado que sir John había salido a uno de sus misteriosos recados, esta vez en compañía del señor Fuller. No deseaba aumentar su aflicción con mi nuevo descubrimiento. Y para la hora de la cena, cuando volví a verle, ya había decidido no contárselo. Me limité a comunicarle el mensaje del almirante. Sir John me escuchó con una sonrisa irónica en los labios.

—El deber prevalece, ¿eh? Ni que fuera un lord, un conde o el mismísimo ministro de Marina.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Tom y yo intercambiamos miradas. La de su madre se posó inquieta en sir John. Annie, por su parte, parecía felizmente ajena al

silencio que se cernía sobre los demás, o puede que simplemente deseara aliviarlo.

—He utilizado un nuevo condimento en el estofado de pollo —anunció cual hada madrina—. Lo llaman paprina o paprika o algo así. Esta mañana me acerqué al muelle de los tratantes de especias para comprarlo. Me señalaron tu barco, Tom. Es inmenso.

—Lo es, Annie —repuso Tom—, pero los hay aún más grandes.

—El pollo está delicioso, Annie —dijo sir John—. No hay nada como una buena comida para levantar el ánimo.

—Gracias, señor.

—¿Jeremy?

—Diga, sir John.

—Te necesitaré casi todo el día de mañana. En mi carta dirigida a sir Robert solicitaba su permiso para asistir al juicio del señor Landon. Aunque se celebrará a puerta cerrada y pese al mensaje que te dio para mí, no podrá negármelo. Estoy seguro de que encontrará un sitio para nosotros.

A decir verdad, yo no tenía el menor deseo de asistir al juicio y no entendía por qué sir John había decidido ir. Si como él aseguraba el teniente Landon iba a ser declarado culpable, ¿qué sentido tenía presenciar semejante injusticia? ¿Por qué teníamos que ver cómo se le condenaba a muerte inmerecidamente? Mas no tenía elección. Si me necesitaba, iría.

—Muy bien, señor.

El silencio reinó de nuevo en la mesa. Puede que el estofado de Annie elevara el ánimo de sir John, pero desde luego no consiguió levantar el mío. Mojé un trozo de pan en la salsa y mastiqué distraídamente, incapaz de saborearlo.

Tom se aclaró la garganta con cierto titubeo y dijo:

—Supongo que ya no podremos contar con la ayuda de sir Robert para mi nombramiento de guardiamarina.

—Me temo que no, Tom.

—¡Pero Jack, eso es terrible! —se lamentó lady Fielding, comprendiendo de repente la importancia de lo que acababa de oír—. ¿Significa eso que Tom deberá regresar al barco teniendo a ese hombre de capitán?

—No hay nada seguro por ahora, Kate, pero ten la certeza de que haré todo lo posible por resolver la situación.

—¿Todo lo posible? Has hecho todo lo posible por salvar a ese teniente y ahora dices que seguramente lo declararán culpable.

—Kate, haré todo lo posible por Tom. No puedo prometer más.

—Eso no es suficiente, Jack. Tarde o temprano ese hombre descubrirá la relación entre Tom y tú, si no la conoce ya, y le castigará por ello. Puede que lo haga matar. Puede que…

Lady Fielding se interrumpió, se levantó y arrojó su servilleta sobre la mesa. Estaba a punto de llorar.

—No, Jack, eso no es suficiente.

Salió de la cocina y subió a su dormitorio. Sir John sacudió la cabeza con tristeza, no sabiendo qué decir.

—Tom, te ruego que subas y trates de consolar a tu madre.

—Sí, señor.

Ya solo quedábamos tres en la mesa. Annie y yo nos miramos. La muchacha giró los ojos para expresar su inquietud.

—¿Alguien quiere un poco más de pollo? —preguntó—. Queda mucho todavía.

El juicio contra el teniente William Landon por el asesinato del capitán Josiah Markham, ambos oficiales del *HMS Bristol*, comenzó a las nueve en punto de la mañana en una sala de vistas de Whitehall que *sir* John ya conocía.

El jurado, además del vicealmirante *sir* Robert Redmond, lo componían el contralmirante Charles Semloe, de servicio permanente en Portsmouth, y Thomas Bender, capitán del *HMS Bristol*, un barco de línea recientemente anclado en Portsmouth. Un joven teniente no identificado asistía a los jueces leyendo en voz alta lo que debía leerse y tomando nota de lo acontecido durante la sesión sobre un pequeño escritorio situado en un recodo de la sala.

Naturalmente, el acusado estaba presente, así como su abogado, el teniente Richard Byner. También estaba el acusador, acompañado del guardiamarina Boone, y un reducido grupo de observadores y partes interesadas. Todos excepto uno eran suboficiales vestidos de uniforme —«enviados por sus superiores», me susurró *sir* John. El hombre de paisano, de unos cincuenta años, lucía un elegante traje y peluca. De acuerdo también con *sir* John, probablemente era un funcionario del Ministerio de Marina. Estos, junto con los tres marinos que dos días antes habían escoltado al teniente Landon desde la Torre hasta el despacho de *sir* Robert, eran todos los presentes en la sala la cual, no obstante, llenaban, pues apenas medía veinticinco pies por quince. A lo largo de esa mañana de julio, el aire devino cada vez más cerrado y caliente.

El vicealmirante *sir* Robert Redmond pidió orden y presentó a los otros dos jueces. Acto seguido, obedeciendo a un movimiento de su cabeza, el teniente anónimo dio un paso al frente y leyó la declaración de cargos contra el teniente William Landon. Fue sorprendente. La acusación de no más de un párrafo de largo que el teniente Hartsell redactara un año antes en Bombay, había crecido hasta ocupar dos folios completos y su lectura duró cerca de un cuarto de hora. Mas en esencia decía lo mismo: que durante una tormenta de inusuales dimensiones el señor Landon había empujado al capitán Josiah Markham a las aguas de un mar furioso, donde, inevitablemente, murió ahogado.

Sir Robert ordenó al teniente Landon que se pusiera en pie.

—¿Ha oído la acusación?

—Sí, señor.

—¿Se declara culpable o no culpable?

—Inocente.

—¿Culpable o no culpable? —repitió el almirante.

El teniente Landon titubeó. Luego, con un hilo de voz que apenas se oyó en la última fila, contestó:

—No culpable.

Después fue llamado a declarar el capitán James Hartsell. Este se levantó y caminó con paso firme hasta la mesa presidida por los tres jueces. Llevándose las manos a la espalda, se detuvo frente a ellos, quedando de espaldas a la audiencia. Tras identificarse como «el actual capitán del buque de su majestad *Adventure*», procedió a relatar la historia que nos había contado a bordo del *Adventure*, mas con una naturalidad que delataba un esmerado ensayo y libre de las interrupciones desafiantes de *sir* John. (Involuntariamente, *sir* John había fortalecido el relato de Hartsell, pues las incongruencias halladas en su momento habían sido astutamente limadas, de modo que ahora lo exponía con la fluidez propia de unos hechos innegables). Tan pulida resultó la actuación de Hartsell que su testimonio fue, en comparación, breve, esto es, en comparación con la lectura de los cargos. El capitán concluyó su versión de los hechos con un seco asentimiento de la cabeza pero sin alterar la postura, a la espera de más preguntas.

El capitán Bender del *Bristol* susurró algo a *sir* Robert y recibió lo que parecía una respuesta afirmativa. Entonces, con voz autoritaria, declaró:

—Capitán Hartsell, en su versión de los hechos dijo que cuando vio al capitán Markham caer al mar arrió un bote para intentar rescatarlo. ¿Fue una decisión sabia? ¿Era posible salvarlo?

Inclinando la cabeza, Hartsell guardó silencio unos instantes, como si estudiara detenidamente la pregunta.

—Probablemente fue una decisión poco acertada —dijo—, pues derivó en la pérdida de cuatro hombres y un bote. ¿Era posible salvarlo? Ignoro la respuesta y tampoco puedo asegurar que cuando di la orden me detuviera a considerarla, pues en aquel momento solo pensaba en rescatar a uno de los oficiales y hombres más admirables bajo cuyo mando he tenido el privilegio de servir. Mi trato con el capitán Markham fue breve, pero aprendí mucho de su sabiduría. Cuando le vi caer por la borda, simplemente me negué a aceptar su pérdida.

—Comprendo, capitán Hartsell —dijo el interrogador—, y agradezco su franqueza.

Sir John, que estaba a mi lado, soltó un sonoro «¡pfff!» y varias cabezas se giraron. Que miren, pensé, pero si supieran todo lo que ese hombre había hecho, se darían cuenta de que semejante hipocresía constituía el menor de sus pecados.

—Una pregunta más, capitán —dijo *sir* Robert.

—¿Señor?

—Existen discrepancias entre la fecha en que según usted ocurrieron los hechos y la fecha en que escribió la carta informando de ellos. He repasado con detenimiento el libro de navegación, que tengo delante de mí para que los demás jueces puedan examinarlo. Como digo, lo he repasado con detenimiento y en él no se menciona que la muerte del capitán fuera un homicidio, ni en la fecha en que se produjo ni posteriormente. ¿Por qué se demoró varios meses en informar de tan grave asunto? ¿Y por qué no se menciona en el libro de navegación del *Adventure*?

Debo decir, en honor de *sir* Robert Redmond, que la pregunta era oportuna y exigía una respuesta. Hartsell le había restado importancia cuando le fue planteada por *sir* John, alegando que tenía que cerciorarse de lo que habían visto sus ojos. Obviamente, una respuesta así resultaba demasiado débil para exponerla ante un tribunal, pero jamás habría imaginado la falsedad con que iba a ser reforzada.

La pregunta, en lugar de incomodar a Hartsell, pareció complacerlo, pues había ensayado la respuesta.

—En lo referente al libro de navegación, no me pareció el lugar oportuno para anotar algo más que la muerte del capitán Markham. Los libros de navegación nunca están seguros. Los oficiales, y en aquella época había tres aparte de mí, podían consultarlo y en ocasiones ellos mismos introducían sus propias anotaciones. De haber tenido un diario personal, que habría mantenido bajo llave, lo habría anotado allí, pero nunca he tenido diario.

»Ahora bien —prosiguió—, en cuanto a mi demora en informar del asunto, reflexioné durante mucho tiempo sobre los hechos, preguntándome si era cierto lo que mis ojos habían visto. Tal como se me ha señalado, habría sido fácil interpretar un rápido movimiento para atraer al capitán como un rápido movimiento para empujarlo por la borda. Tuve en cuenta esa posibilidad y durante un tiempo mi certidumbre se tornó en mera sospecha.

Me faltaba la razón por la que el señor Landon pudiera desear tanto la muerte del capitán que hubiese decidido provocarla él mismo. No se me ocurría ninguna. Hasta que un día se me acercó un guardiamarina para contarme que…

—Permítame que le interrumpa, capitán Hartsell —dijo *sir* Robert—. ¿El guardiamarina al que se refiere es el señor Albert Boone?

—Sí.

—¿Está presente en la sala?

—Sí, señor.

—En ese caso, dejemos que sea él quien nos cuente lo que le dijo. Será nuestro próximo testigo. ¿Debo suponer, no obstante, que lo que le dijo contribuyó a reafirmar sus sospechas?

—Sí, señor.

—Bien. En ese caso, oiremos lo que tiene que decir el guardiamarina Albert Boone. —*Sir* Robert se disponía a despedir a Hartsell cuando de repente recordó algo —. Ah, si no me equivoco, ahora debo preguntar al abogado defensor si desea

interrogar al capitán Hartsell.

Sir Robert miró en derredor.

—¿Señor Byner?

—¡Señor!

—¿Tiene alguna pregunta?

—¿Señor?

—¿Para el capitán Hartsell?

—Oh, no, señor, ninguna.

—Bien. Capitán Hartsell, puede retirarse. Que comparezca el guardiamarina Albert Boone.

Este se acercó con paso jactancioso. Parecía orgulloso de intervenir en un asunto de suma gravedad. Mientras se aproximaba a la mesa del jurado, miró en torno a la sala con una arrogancia que solo flaqueó cuando sus ojos tropezaron con los del teniente Landon. Boone desvió la mirada rápidamente. Landon, sin embargo, la mantuvo incluso después de que el guardiamarina ocupara su lugar frente al jurado.

Cuando se le pidió que se identificara, Boone saludó y farfulló su nombre, añadiendo, solo después de que *sir* Robert le instara a ello: «Guardiamarina del buque de su majestad *Adventure*».

—¿Puede explicarnos, joven, qué le dijo al capitán Hartsell acerca de la muerte del capitán Markham? —preguntó *sir* Robert.

—Desde luego, señor.

Y sin más, querido lector, Boone dijo una mentira. No solo una mentira colosal, sino evidente, pues no contento con contarla, sintió la inclinación de adornarla con matices de indignación moral y cólera farisaica. El relato fue, además, sumamente parco en detalles.

He aquí el embuste: por lo visto, antes del día de la gran tormenta, el señor Landon había revelado al guardiamarina Boone que odiaba al capitán Markham.

—Con una sonrisa malévola en los labios —declaró Boone—, como si fuera el mismísimo diablo, me dijo que el capitán le había insultado y era su intención vengarse. Me dejó aterrado. Le aseguro, señor, que protesté. Le dije lo que tenía por cierto, que el capitán Markham era un buen oficial y un hombre justo, aunque algo enfermo. El señor Landon dijo que eso le traía sin cuidado, que aun así pensaba desquitarse.

El guardiamarina asintió con la cabeza para dar mayor credibilidad a sus palabras. Trasladó el peso de su cuerpo al otro pie, desvelando su deseo de retirarse. *Sir* Robert, quizá ofendido por la crudeza con que se intentaba atribuir un móvil al teniente Landon, acribilló a Boone a preguntas, confundiéndolo y provocando unas respuestas que desconcertaron a los oyentes.

—¿Podría ser más específico en cuanto a la fecha en que el teniente Landon le hizo esas observaciones? —preguntó *sir* Robert.

—Exactamente no, señor. Solo recuerdo que fue justo antes de la gran tormenta.

—¿Cuáles fueron las circunstancias?

—¿Señor?

—Imagino que el teniente Landon no se le acercó un buen día y le dijo: «Ah, por cierto, guardiamarina Boone, odio al capitán y pienso vengarme de él». ¿Está diciendo al tribunal que fue así como ocurrió?

—Oh, no, señor.

—¿Entonces?

—Bueno… —Hizo una pausa para tratar de dar solidez a su fantástico relato con uno o dos detalles de su propia cosecha—. Fue por la noche, señor.

—¿Por la noche? ¿Estaban solos?

—Sí, señor, en el alcázar.

—¿En el alcázar? ¿Y el timonel?

—También estaba allí.

—¿Oyó lo que dijo el teniente Landon?

—No, señor, porque el teniente me habló en voz baja.

—Comprendo. ¿Le dijo usted algo que provocara sus siniestras observaciones?

—Oh, no. Bueno, todo lo que dije fue que me agradaba el capitán.

—¿Y eso bastó para inspirar semejante sedición?

—¿Señor?

—Olvídelo —dijo *sir* Robert—. Pero dígame, ¿por qué tardó tanto en informar del asunto al capitán en funciones? Usted mismo ha dicho que su supuesta conversación con el teniente Landon tuvo lugar antes de la gran tormenta, y sin embargo no informó de ella hasta meses más tarde. ¿Por qué?

—Porque el señor Landon me había amenazado. Un día, después de la tormenta, se me acercó y me dijo: «Si cuentas a alguien lo que te dije, acabarás como el capitán».

—¿Y eso bastó para comprar un silencio de varios meses?

—¿Señor?

—No se mueva de donde está. Todavía no he terminado con usted. —*Sir* Robert miró en torno a la sala—. Capitán Hartsell, levántese, por favor. Dígame, ¿fue la historia de este muchacho la que le instó a redactar la acusación contra el teniente Landon?

—Sí, señor —respondió rotundamente Hartsell—. El guardiamarina estaba muy asustado cuando vino a verme, y me pareció que la amenaza del señor Landon llevaba implícita una confesión de culpabilidad en lo referente a la muerte del capitán.

—¿Creyó que el supuesto insulto del capitán Markham había proporcionado al teniente Landon la razón que necesitaba para matarle?

—Sí, señor.

—¿Explicó al teniente Landon la historia del señor Boone?

—No, señor.

—¿Le mencionó siquiera el asunto?

—No, señor.

—¿Por qué no? ¿Por qué no intentó convocar un tribunal militar en Bombay?

—Por dos razones, señor. En primer lugar, no había en aquel momento, ni creo que en todo el tiempo que estuvimos en aguas indias, suficientes barcos de la Armada Real para poder reunir un jurado de oficiales superiores. Los miembros del *Adventure* estábamos la mayor parte del tiempo solos, sin otra compañía que los barcos mercantes de la Compañía de las Indias Orientales. En segundo lugar, tras la muerte del capitán no podíamos permitirnos perder más oficiales. A decir verdad, un año más tarde perdimos al teniente Highet. La actuación del teniente Landon como oficial del *Adventure* era plenamente satisfactoria, salvo por el hecho de que había asesinado al capitán Markham.

Sir John y yo habíamos oído ese pequeño chiste con anterioridad. El oírlo de nuevo me irritó. Pero lo que más me irritó fueron las carcajadas de algunos de los presentes, entre ellos la del señor Bender, capitán del *Bristol*. Hartsell esperó a que las risas amainaran.

—Por eso —prosiguió— decidí postergar el asunto del teniente Landon hasta finalizar nuestro servicio en la India.

—En realidad, esperó al anclaje del *Adventure* para informarle, ¿no es cierto? —preguntó *sir* Robert.

—Para ser exactos, señor, lo hice la noche antes.

—Puede sentarse, capitán Hartsell.

Sir Robert miró a sus compañeros.

—¿Alguna pregunta para el guardiamarina Boone? —Al no recibir respuesta, se dirigió al teniente Byner—: Señor Byner, ¿alguna pregunta para el señor Boone?

—Ninguna, señor.

—Muy bien. Puede retirarse, señor Boone.

El guardiamarina partió a toda prisa. No tan satisfecho ya consigo mismo, regresó cabizbajo a su asiento.

—Teniente William Landon, acérquese, por favor —habló *sir* Robert.

Landon caminó hasta la mesa del jurado. Después de saludar e identificarse, adoptó ante los jueces la misma postura que Hartsell: piernas ligeramente abiertas y manos apoyadas en la espalda. Observé que en una de ellas sostenía varios folios enrollados. Atendiendo a la orden de *sir* Robert, procedió a relatar su versión de los hechos acaecidos el 12 de abril de 1767, el día de la gran tormenta que azotó el cabo de Buena Esperanza.

Básicamente, narró la misma historia que había contado dos días antes en el despacho de su tío. Estaba claro que pretendía hablar con la misma frialdad y firmeza que su adversario Hartsell, pero no pudo. Al llegar al momento culminante, cuando en la cubierta de popa el capitán Markham se le escurrió de las manos y fue impulsado contra la barandilla, titubeó. Al intentar describir sus últimos esfuerzos por

salvarle, la sensación de que el capitán se le escapaba, el señor Landon rompió a llorar. Obviamente, tales muestras de emoción eran y son consideradas impropias en un oficial de la Armada Real. Y cuando farfulló «… me quedé con su zapato en la mano» y perdió el control de sí mismo, sollozando y gimoteando, un murmullo de desaprobación invadió la sala. Los propios jueces giraron la cara.

—Eso es todo, teniente Landon —dijo *sir* Robert. Más que una pregunta era una afirmación, casi una orden.

Landon levantó la cabeza.

—No… señor… eso no es todo. Hay más. Es preciso que cuente cómo me fue imputada tan pérfida acusación, cómo…

—¡Teniente, eso es todo!

—Pero tengo que contar…

—No tiene nada más que contar, a menos que los demás jueces… Señor Byner, ¿tiene alguna pregunta que hacer dentro de los límites de esta investigación?

—No, señor —respondió Byner—. Pero quisiera leer una declaración en favor del teniente Landon.

—¿Cómo? Ah, claro, del médico del barco, ¿no es cierto?

Inopinadamente, Landon se volvió hacia los espectadores, agitando los folios que había guardado en la mano durante su testimonio.

—¡Tengo una declaración que explica con precisión los perversos actos perpetrados por ese hombre! —gritó, y dirigió un dedo enfurecido hacia Hartsell.

—¡Déjeme verla! —*Sir* Robert se había levantado de su asiento.

—Exijo el derecho de leerla en voz alta ante este tribunal.

—Debo examinarla primero para determinar su pertinencia.

Landon miró con furia alrededor, buscando una autoridad superior a la que recurrir. Al no hallar ninguna, desfalleció. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz queda, casi suplicante.

—Por lo menos, señor —dijo—, permita incluirla en el acta del juicio.

Landon arrojó el rollo de folios sobre la mesa del jurado. *Sir* Robert lo recogió y, todavía de pie, apenas le dedicó un minuto de atención.

—No se acepta —declaró.

Y dicho esto, procedió a romperlo en pedazos. Landon le contempló sin hacer nada por detenerle.

—No eres mejor que ellos —espetó a su tío—. No tengo por costumbre maldecir, pero confío en que la justicia de Dios caiga sobre todos vosotros.

Regresó a su silla, flanqueada por dos marinos, y se sentó con la mirada perdida al frente.

Hubo un largo silencio. Por primera vez fui consciente de la respiración entrecortada que emanaba de la mesa del jurado. *Sir* Robert seguía erguido, pero ahora sus brazos temblorosos apenas conseguían sostenerle. Estaba rojo y resollaba. Finalmente, recuperó el control de sí mismo y se hundió en su asiento.

—Señor Byner, lea la declaración del médico.

Aunque yo había estado presente durante la redacción de la misma, apenas la reconocí. Las palabras de MacNaughton diferían en mucho de las que yo había oído. Lo que insistiera en denominar una adicción al alcohol se había convertido en «una fuerte inclinación a la bebida»; lo que diagnosticara como un hígado hinchado por el alcohol era ahora «una hinchazón abdominal». Y así, por medio de sutiles alteraciones, la declaración había perdido fuerza. Finalizaba, no obstante, con un elogio al señor Landon, «el caballero más cristiano que jamás he tenido el honor de conocer», y la convicción de que el teniente Landon no pudo cometer el acto del que se le acusaba. «No hay duda de que se ha cometido un error».

Tras el drama interpretado por sobrino y tío, esta última escena tuvo algo de decepcionante, sobre todo porque Byner había leído la declaración con voz monótona y pronunciado incorrectamente el nombre del médico.

—Que conste en acta —ordenó *sir* Robert algo más sereno—. Entréguela al secretario, señor Byner.

El vicealmirante *sir* Robert Redmond miró a sus colegas jueces y les habló del siguiente modo:

—Habrán observado que la declaración que acabamos de escuchar está en ligero desacuerdo con el testimonio del capitán Hartsell. Este último en ningún momento mencionó la «inclinación a la bebida» del capitán Markham ni las frecuentes ausencias en cubierta que el señor MacNaughton atribuye a esa inclinación. No hay duda de que ha sido el espíritu generoso del capitán Hartsell lo que le ha impedido mencionar las debilidades de su antiguo capitán. Con todo, la opinión del señor MacNaughton, como médico, merece tenerse en cuenta.

»Y ahora que consta en acta, creo que ya hemos oído todos los testimonios necesarios para tomar una decisión. Nos ausentaremos el tiempo que haga falta y posteriormente haremos público nuestro veredicto.

Sir Robert se levantó y los demás jueces le imitaron. El trío desapareció por una puerta situada al fondo de la sala.

—Jeremy —dijo *sir* John—, quiero que me acompañes abajo, pues no conozco el camino, y que luego regreses aquí.

Se incorporó. Otros se levantaron para desentumecer las piernas, pero nosotros fuimos los únicos que abandonamos la sala. Ya en las escaleras, *sir* John siguió dándome instrucciones, y pese a sorprenderme no pedí explicaciones, pues noté cierta urgencia en el tono de su voz.

—Una vez anunciado el veredicto, no pierdas de vista a Hartsell ni a ese idiota de Boone. Si vienen por este camino, que espero sea el caso, sígueles. Si van por otro, no te separes de ellos hasta estar seguro del rumbo. Luego corre a contarme dónde debo buscarlos.

—¿Eh?… De acuerdo, señor.

—Bien. Ya hemos llegado a la puerta, ¿verdad?

Sir John se inclinó y buscó el pomo. Abrió la puerta y, para sorpresa mía, esperándonos estaban Benjamin Bailey, el jefe de los alguaciles de Bow Street, y el agente Perkins, hecho que me sorprendió aún más.

—Estoy aquí, *sir* John —dijo Bailey.

—Bien. Ahora, Jeremy, vuelve a la sala. Y recuerda, no pierdas de vista a Boone.

¿Boone?, pensé mientras trotaba escaleras arriba. ¿Qué importancia podía tener Boone? ¿Qué había maquinado *sir* John? ¿Acaso no confiaba lo suficiente en mí para incluirme en sus planes?

Confuso y dolido, entré en la sala de vistas y ocupé el asiento, junto a la puerta, que había abandonado minutos antes. La gente seguía de pie. Algunos charlaban en voz baja. Nadie había osado salir a estirar las piernas. Hartsell y Boone estaban sentados uno junto al otro sin hablar. El teniente Landon se hallaba a escasos pies de ellos. Tenía los ojos abiertos pero inexpresivos. Se hubiera dicho que había huido de esa sala, donde fuera humillado e injuriado, hacia un lugar más humano en el que imperaban la justicia y la compasión.

No tuvimos que esperar mucho. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando la puerta se abrió y los tres jueces regresaron a la mesa. Esta vez permanecieron de pie.

—¿Puede acercarse el prisionero?

Un marino propinó un codazo al teniente Landon para devolverlo al lugar y el tiempo presentes, tan lejos había volado. De vuelta a la realidad, el teniente se acercó a la mesa del jurado y saludó.

Entonces habló el vicealmirante *sir* Robert Redmond:

—Teniente William Landon, los jueces de este tribunal militar le declaran culpable del asesinato del capitán Josiah Markham. Por tanto, se le condena a morir en la horca en el muelle de las Ejecuciones dentro de siete días a partir de hoy. Guardias, acompañen al prisionero a la Torre.

Para mi sorpresa, Landon saludó de nuevo.

Lo demás sucedió con suma rapidez. Los guardias rodearon al teniente y el cabo guio al grupo por el pasillo que conducía a la salida. Landon no dio muestras de reconocerme cuando pasó frente a mí. Pese a haberme preparado para escuchar ese resultado, me había quedado sin habla.

Los primeros en levantarse fueron Hartsell y Boone. El recientemente nombrado capitán se volvió y miró en derredor a la espera de felicitaciones. Nadie le felicitó. Quienes habían acudido, por la razón que fuera, a presenciar el juicio le volvieron la cara como si de un leproso se tratara. El jurado desapareció por la puerta del fondo. Algunos les siguieron. Otros salieron por la puerta que yo tenía a mi derecha, entre ellos Hartsell y Boone. El capitán no me prestó atención, pero el guardiamarina me clavó una mirada hosca que, según creo, pretendía asustarme. Dejé que dos personas se me adelantaran para disimular mi persecución.

Bajamos y salimos a la cálida mañana de julio. Crucé la puerta justo a tiempo

para oír a Bailey decir:

—¿Capitán Hartsell?

El muy estúpido alzó la vista, sonrió con altivez y dijo:

—Yo mismo. —Creía que finalmente iba a recibir la enhorabuena que merecía por su valentía e inteligencia.

—Por aquí, señor.

Intrigado, el capitán Hartsell siguió a Bailey hasta el carruaje que les aguardaba. Ni él ni Boone notaron que el agente Perkins y yo les seguíamos.

—Suba, señor —dijo Bailey con educación—. El cochero le llevará a su destino.

Satisfecho, Hartsell subió y ya tenía medio cuerpo dentro cuando (como luego averigüé) vio que en el interior le aguardaban Negra Emma, el tabernero del Green Man y *sir* John.

—Es él —dijo Negra Emma.

—Sí —la secundó el tabernero—, es él.

—Señor, queda usted detenido por el asesinato de Tobías Trindle —declaró *sir* John.

Hartsell trató de huir. Perkins le propinó un fuerte azote en el trasero con la porra y Bailey lo agarró por los pantalones y lo introdujo en el carruaje.

Eso dejaba a Boone para mí solo. El guardiamarina se volvió con los ojos bien abiertos y buscó la forma de escapar, mas no halló ninguna, pues en ese momento le asesté un golpe en la región abdominal. El guardiamarina se doblegó y le propiné otro en la cara.

—Es suficiente —me dijo Perkins.

Y estaba en lo cierto, porque el señor Bailey levantó a Boone sin problemas y lo arrojó sobre su capitán.

—Será mejor que vayas arriba, Jeremy —me aconsejó Bailey—. La situación aquí dentro puede complicarse.

Subió al vehículo y cerró la puerta tras de sí.

El lacayo, a quien no conocía, me ayudó a subir y me hizo un sitio. El cochero puso en marcha los caballos hacia un destino que yo desconocía.

Una pequeña multitud boquiabierta nos vio partir.

XII

En el que se pone fin al asunto

El coche, como averigüé para mi sorpresa, era de Black Jack Bilbo. Cuatro caballos tiraban de él. El compartimento contenía en ese momento siete personas, probablemente no demasiado cómodas. Mi asiento en la plataforma superior, por fortuna, iba equipado con un sólido asidero para impedir que yo saliera volando y aterrizara en el enguijarrado, pues los caballos corrían hacia la residencia del señor Bilbo a una velocidad de vértigo.

Todo ello lo supe de labios del lacayo que iba sentado a mi lado, un tipo alegre que entre «por Dioses» y «por Cristos» me explicó los preparativos llevados a cabo por el «jefe». Estaba orgulloso de su participación en el rapto de Hartsell y Boone.

El cochero detuvo los caballos frente a la mansión.

—Baja, muchacho —dijo el lacayo.

Descendí con cuidado, tanteando cada peldaño.

—Nosotros estaremos aquí esperando.

Para cuando toqué suelo, la mitad del pasaje había salido del compartimento. El señor Bailey empujaba sin problemas a Hartsell y el señor Perkins le seguía con Boone agarrado por el cuello de la chaqueta. Era impresionante la rapidez con que los prisioneros habían adquirido el aspecto de vulgares criminales, ahora que estaban en manos de la ley: Hartsell había perdido su tricornio y llevaba la peluca ladeada; Boone gimoteaba como un niño de siete años.

Sir John no les prestaba atención. Una vez reunidos, le ayudé a cruzar el portal, seguido de Negra Emma y el tabernero del Green Man. El señor Bilbo esperaba en el vestíbulo. Cuando estuvimos todos dentro, cerró la puerta tras de sí.

—Al final del pasillo, sir John —dijo—. Creo que conoce el camino.

—Así es. Síganme.

Encabezó la comitiva con paso firme, rechazando mi ayuda y rozando la pared de la izquierda con su bastón.

En la sala esperaban los alguaciles con los prisioneros y el señor Marsden. Había varias sillas dispuestas frente al amplio escritorio. En una de ellas estaba sentada una figura familiar. Era Viejo Isaac, y a su lado, con los brazos cruzados y expresión ceñuda, el agente Cowley.

El señor Marsden corrió a recibir a sir John y lo condujo hasta el escritorio. Se sentaron uno junto al otro y comenzaron a hablar en voz baja.

—Siéntate conmigo, Jeremy. Lo veremos juntos.

Era el señor Bilbo, dando palmadas al asiento que tenía al lado. Acepté la invitación y miré en derredor para comprobar si otras personas de la casa habían

venido a presenciar la sesión. No había nadie. La puerta de la sala estaba cerrada a cal y canto.

—Si buscas a Bunkins, no lo encontrarás —me informó Bilbo—. Le he enviado a hacer un recado que le tendrá ocupado el resto de la mañana. A los demás ordené que se mantuviesen alejados. Sir John deseaba que la sesión fuese privada.

—¿Secreta?

—Privada fue lo que dijo.

Sir John Fielding golpeó tres veces la superficie del escritorio con la palma de la mano. Los susurros de la sala cesaron.

—Se abre la sesión del tribunal de Bow Street —dijo en tono solemne—. Nos hemos reunido hoy, veinticinco de julio de 1769, en el número doce de Saint James Street, para escuchar los testimonios de un único caso. Se trata del asesinato de Tobías Trindle, experto marinero del buque de su majestad *Adventure*, acaecido hace dos días al filo de la medianoche. El capitán en funciones del *Adventure*, antes teniente y ahora capitán James Hartsell, ha sido detenido en relación con este asunto. ¿Le importaría acercarse?

Hartsell permaneció aferrado a los brazos de su butaca.

—Capitán Hartsell, acérquese —repitió sir John.

El señor Bailey, que estaba junto al prisionero, se levantó y despegó al capitán de su asiento como si fuera un pajarito. Luego lo llevó resueltamente hasta la mesa.

—Capitán Hartsell, nos ahorrará muchas molestias si admite su culpabilidad en este caso. Dígame, prisionero, ¿se declara culpable o no culpable?

Algo recuperado y, por tanto, envalentonado, Hartsell declaró:

—No me declaro ni una cosa ni otra, pues no reconozco este tribunal. Soy oficial de la Armada Real y solo puedo ser juzgado por un tribunal militar naval.

—Capitán Hartsell, quizá no reconozca este tribunal, pero este tribunal le reconoce a usted, pues el crimen por el cual ha sido arrestado fue cometido dentro de su jurisdicción, y poco importa que sea capitán, almirante o general. Toda persona acusada de un crimen cometido en Londres será juzgada por un tribunal de Londres. No obstante, debo decir que este tribunal no le juzgará por el asesinato cometido. Simplemente estudiará los testimonios y las pruebas existentes a fin de determinar si son suficientes para celebrarle un juicio en el Tribunal de lo Criminal de Londres. Así pues, repetiré la pregunta: ¿Se declara culpable o no culpable?

Hartsell mantuvo un silencio beligerante.

—Señor Marsden, que conste en acta que el prisionero se niega a contestar, pero proseguiremos como si se hubiese declarado no culpable. Regrese a su sitio, capitán Hartsell. Guardiamarina Albert Boone, acérquese.

Boone no opuso resistencia. Llegó dando brincos hasta el escritorio.

—No culpable —gimoteó antes de que le preguntaran—. Solo hice lo que él me ordenó, señor. Es mi capitán, señor, tenía que obedecerle.

—No sea impetuoso, señor Boone. Déjeme informarle del motivo por el que ha

sido detenido.

—Sí, señor.

—Se le acusa de haber ayudado al capitán Hartsell en el asesinato de Tobías Trindle y de haber actuado como cómplice. Ahora bien, la complicidad en un delito capital es, en sí misma, un delito capital, es decir que se castiga con la muerte. Dígame, ¿se declara culpable o no culpable?

—No culpable, señor, no culpable. Como ya he dicho, solo hice lo que él me ordenó.

—Vuelva a su asiento. Ahora, señor Marsden, llame al primer testigo.

El secretario llamó a Isaac Tenker, o Viejo Isaac. El curtido marinero se acercó hasta sir John con paso inseguro. La historia que contó confirmaba las sospechas de Tom Durham. Algo avergonzado, confesó que después de revelarme dónde debíamos buscar a Tobías Trindle y a su compañera, en la prisión de Fleet recibió la visita del guardiamarina Boone y le facilitó la misma información.

—¿Exactamente la misma?

—No, no exactamente. Le dije que el viejo Tobías había hablado de buscar a la mujer negra en un lugar llamado Green Man. Le habría contado a su muchacho lo mismo, pero solo recordé esa parte después de que hubiese hablado con él.

—Qué lástima —dijo sir John—. De haberlo recordado, es probable que el señor Trindle aún siguiera vivo. Pero dígame, señor Tenker, ¿por qué le dio la información al guardiamarina Boone? ¿Tanto cariño le tiene?

—Oh, no, señor. Pero me dijo que había venido por orden del capitán y que hablaba en su nombre, y que un hombre no podía ir en contra de su capitán, ¿o sí puede?

—Su pregunta no hace al caso —dijo sir John—. Puede volver a su sitio. Señor Marsden, llame al siguiente testigo.

—Seth Tarkin, acérquese —llamó el secretario con voz fuerte y clara.

El nombre no me resultaba familiar, pero no me sorprendió ver al tabernero del Green Man levantarse y ocupar el lugar que acababa de dejar libre Viejo Isaac. Yo ya conocía su implicación en el caso, pues el agente Perkins le había obligado a hablar en mi presencia. El señor Tarkin declaró de buena gana que por una guinea (veintiuna monedas de plata, ni siquiera treinta) había dicho «al hombre de allí». (Hartsell) no solo dónde se alojaba Negra Emma, sino la exacta ubicación de su habitación (primer piso, última puerta de la izquierda).

Sir John no discutió con él la decencia de su acto. Simplemente le preguntó si el capitán Hartsell estaba solo cuando entró en el Green Man para sonsacarle la información.

—No, señor, no estaba solo. Le acompañaba aquel muchacho.

El tabernero se volvió y señaló al guardiamarina Boone.

—Eso es todo. Señor Marsden, llame al siguiente testigo.

—Agente Oliver Perkins.

Perkins se acercó y explicó que, después de haber recorrido conmigo infinidad de tabernas, había regresado al Green Man tras la información facilitada por otro tabernero.

—Convencí al señor Tarkin de que me contara lo mismo que había contado a su anterior visita. De este último hecho me informó cuando ya había pasado un rato. El señor Proctor y yo fuimos al lugar que nos indicó. Dije al señor Proctor que entrara por la parte de atrás del edificio y que yo entraría por la puerta principal.

—Puedo preguntarle, señor Perkins —dijo sir John—, qué se supone que debía hacer el señor Proctor para detener al… visitante en el caso de que escapara por la puerta trasera, lo cual, si no recuerdo mal, hizo.

—Nada en absoluto, señor. Le dije que gritara y se ocultara. Era una noche muy cerrada, señor.

—Comprendo. Continúe.

—Me hallaba en mitad de las escaleras cuando oí un disparo. Extraje mi pistola y corrí al primer piso. Entonces vi a una figura salir de la habitación a la que yo me dirigía y correr en dirección a la puerta de atrás. Debió de llevarse una sorpresa, pues la escalera trasera estaba podrida. Fui tras él y el hombre no tuvo más remedio que saltar. Cuando me vio, me disparó y yo le devolví el disparo.

—Eso explica los tres tiros que oyeron los inquilinos de la pensión.

—Así es, señor. Como decía, el hombre echó a correr. Salté y fui tras él, pero antes ordené al señor Proctor que fuera a la habitación de la mujer para averiguar qué había ocurrido.

—La gente de la pensión declaró que el muchacho que había aparecido en el pasillo instándoles a volver a sus habitaciones empuñaba una pistola.

—Es cierto, señor. Antes de enviarlo al interior de la pensión le entregué mi pistola, pero vacía, naturalmente.

—Naturalmente. No sería prudente confiar una pistola cargada a un muchacho tan joven. Prosiga, señor Perkins.

—En fin, fui tras el hombre, si bien ya no oía sus pasos. Pudo elegir entre dos caminos y yo debí de tomar el camino equivocado, porque le perdí la pista.

—Comprendo. ¿Y adonde le habría llevado el otro camino?

—A la Torre.

—Muy bien, señor Perkins. Ahora dejaremos que el señor Proctor continúe la historia.

Justo cuando hacía ademán de levantarme, Bilbo me tiró del brazo y me susurró al oído:

—Creo que nos hemos salvado, muchacho. Mi más sincero agradecimiento al señor Perkins.

Le devolví el guiño mientras Marsden pronunciaba mi nombre.

—Dígame, señor Proctor —dijo sir John con un tono más bien severo—, después de irrumpir en la pensión amenazando a sus residentes con una pistola descargada,

¿qué encontró cuando finalmente entró en la habitación situada al final del pasillo?

Le conté lo que usted, querido lector, ya sabe, de modo que no hay necesidad de repetirlo. Mi declaración fue breve y sir John no me pidió en ningún momento que me extendiera. Describí el estado del cuerpo de Tobías Trindle. Describí el aspecto de la habitación. Mas cuando mencioné el nombre de Negra Emma, me interrumpió.

—Llámela, señor Marsden —dijo sir John.

—Emma Negra, acérquese.

La mujer se levantó pero no se movió de su sitio.

—Yo no me llamo así —protestó.

El señor Marsden miró el papel que sostenía en la mano.

—¿No se llama así? ¿Cómo se llama entonces?

—Negra Emma —respondió la mujer—. Siempre me he llamado así.

Marsden frunció el entrecejo, se inclinó hacia sir John y le habló en voz baja. Obedeciendo a un gesto afirmativo del magistrado, el secretario se dirigió de nuevo a la mujer.

—¿Desearía elegir un apellido ahora? —preguntó.

—¿Se refiere a un nombre como Smith, Jones o Tatersby?

—Exacto.

—No lo sé. —La mujer reflexionó unos instantes—. Repita mi nombre como lo dijo antes.

—¡Emma Negra! —pronunció Marsden casi en un grito.

—Me gusta. Déjelo así.

—En ese caso, acérquese, por favor.

Si Hartsell había abrigado hasta ahora la esperanza de que el testimonio contra él fuera de poco peso (pues ni el señor Perkins ni yo habíamos declarado haber visto la cara del hombre fugado), esta se desvaneció por completo con el relato de Emma Negra. La mujer había visto desde el retrete a un hombre entrar en la habitación empuñando una pistola. El hombre se acercó a la cama donde dormía Tobías Trindle, colocó el cañón de la pistola sobre su frente y apretó el gatillo. Emma Negra oyó el disparo. Vio cómo el cuerpo de Trindle brincaba convulsivamente sobre la cama. Vio al asesino volverse hacia ella y extraer otra pistola, pero al oír unos pasos en la escalera, se volvió y huyó por la puerta.

—¿Cómo iba vestido? —preguntó sir John.

—No estoy segura, señor. Llevaba una capa negra que le cubría desde los hombros hasta los pies. Pero cuando sacó la otra pistola vi el brillo de lo que podría ser un botón de bronce.

—Comprendo. ¿Significa eso que había luz en la habitación?

—La luz de una vela en mi lado de la cama.

—¿Pudo ver claramente la cara del hombre con la luz de una sola vela?

—Sí, señor, pues cuando se inclinó sobre Toby para cometer tan malvado acto, la luz de la vela le iluminó la cara.

—¿Le vio con la suficiente claridad para poder identificarlo ahora?

—Desde luego, señor.

—¿Se halla ese hombre en esta sala?

—Sí, señor. Está sentado allí.

Y volviéndose, Emma Negra señaló al capitán James Hartsell.

—Gracias, señorita Negra, eso es todo.

—Gracias a usted, señor.

Negra Emma hizo una reverencia y regresó a su asiento.

—Prisioneros, acérquense —ordenó Marsden.

Y se acercaron, Boone con paso decidido, Hartsell con cierta renuencia aunque por su propio pie. Iban acompañados de Bailey y Perkins. Sir John esperó a que llegaran con expresión solemne.

—Capitán Hartsell y guardiamarina Boone —dijo—, como habrán escuchado, existen testimonios suficientes para justificar su enjuiciamiento en el Tribunal de lo Criminal de Londres. ¿Desean decir algo? ¿Señor Boone?

—Lo mismo que antes, que solo hice lo que él me ordenó.

Hartsell se volvió hacia Boone y le clavó una mirada fulminante. El guardiamarina no se amilanó y miró a su capitán con desafío.

Sir John, totalmente ajeno a este mudo intercambio, inclinó la cabeza hacia el capitán Hartsell y le preguntó si deseaba decir algo.

—No tengo nada que decir —respondió—, dado que no reconozco su autoridad ni la autoridad de este tribunal sobre mí.

—Ya hemos discutido ese asunto. Está claro que le gusta repetirse, pero a mí no. El gobernador y los celadores de la prisión de Newgate gozarán, a partir de ahora, de autoridad sobre usted hasta el día de su juicio y, sin duda, durante poco tiempo más. Puede discutir su situación con ellos, si lo desea. Mas no espere que se muestren comprensivos.

»Guardiamarina Boone, puesto que se considera una víctima del capitán y, según parece, desea finalizar su relación con él, le ayudaré a dar el primer paso enviándolo a la prisión de Fleet. Básicamente es una prisión para deudores, y es probable que allí los muchachos de su edad sean tratados con más amabilidad que los criminales habituales que conforman lo mejor de la población de Newgate.

—Gracias, señor, muchas gracias —gimoteó Boone.

—De nada —respondió sir John en un gesto de generosidad teñido de ironía—. El señor Bailey y el señor Perkins acompañarán al capitán Hartsell a Newgate sin más dilación. El señor Cowley y el señor Proctor trasladarán al guardiamarina Boone a la prisión de Fleet junto con Isaac Tenker, pero eso será un poco más tarde, pues tengo algunos asuntos que tratar con el guardiamarina. El resto puede irse ya, con mi más sincero agradecimiento. El señor Marsden les entregará un chelín a cada uno para que regresen a sus casas en coche. Recuerden, no obstante, que serán llamados a declarar de nuevo en el juicio que tendrá lugar en el Tribunal de lo Criminal de Londres.

Para cuando sir John Fielding hubo terminado con el guardiamarina Albert Boone, no solo había obtenido de él su conformidad para declarar contra el capitán Hartsell —conformidad que dio de buena gana a cambio de la promesa de sir John de recomendar su deportación en sustitución de la horca—, sino también que firmara sendos duplicados escritos por el señor Marsden en el que Boone confesaba libremente haber declarado en falso en el juicio militar contra el teniente Landon.

El viaje a la prisión de Fleet a bordo del coche de cuatro caballos del señor Bilbo transcurrió sin incidentes si exceptuamos los continuos bostezos del agente Cowley, los cuales me hicieron temer que el hombre pudiera dormirse y los prisioneros decidieran largarse. Teniendo en cuenta que el alguacil iba armado y yo no, poco hubiera podido hacer para detenerlos. Mas el señor Cowley, a pesar de haber pasado la noche rondando las calles de Westminster, consiguió mantenerse despierto durante toda la travesía. Y lo cierto es que ni Viejo Isaac ni Boone mostraron intención alguna de huir. El marinero farfullaba malhumorado que ahora lo retendrían como testigo material después de que sus compañeros fueran puestos en libertad, mientras que el guardiamarina apenas pronunciaba palabra, tal era el pesimismo en que le sumía la contemplación de su futuro.

La entrega de los prisioneros a los carceleros de la prisión de Fleet transcurrió también sin incidentes. Obedeciendo órdenes, les comuniqué que era deseo de sir John que Boone viviese separado de los demás prisioneros del *Adventure*, y se me aseguró que el deseo del magistrado sería respetado. Al señor Cowley y a mí solo nos quedaba regresar elegantemente al número 4 de Bow Street. Allí tuve que sacudirlo de su profunda modorra, pues el sueño le había vencido en cuanto se hubo aposentado sobre los blandos cojines del vehículo. Bajó a trompicones del coche y dimos las gracias al cochero y el lacayo. El agente Cowley se despidió de mí y se fue a sus habitaciones, situadas cerca.

Cuando entré en el número 4, encontré el lugar patas arriba. Había papeles desparramados por todas partes y las llaves del teniente Fuller estaban en el suelo. Oí un griterío de voces desconocidas. De haber tenido más juicio, habría dado media vuelta y me habría ido por donde había venido. Pero llevado por la curiosidad, seguí avanzando.

Me hallaba cerca de la cámara acorazada, reconsiderando mi decisión, cuando un marino surgió de donde menos lo esperaba y me apuntó con su mosquete. Una bayoneta remataba el arma.

—¡Cabo —vociferó—, he encontrado a uno!

De eso no había duda. Me quedé clavado en el suelo, más temeroso de la bayoneta que del mosquete. El tipo parecía un poco torpe.

El cabo emergió del despacho del señor Marsden seguido de otro marino igualmente equipado con mosquete y bayoneta incorporada. La pareja avanzó por encima del montón de papeles que cubrían el suelo, procedentes del escritorio y los

cajones del señor Marsden. El cabo me escudriñó con la mirada y, decepcionado, se volvió hacia su subalterno.

—Es solo un muchacho —dijo—. Llévelo junto al otro prisionero e informe al teniente.

Me llevaron al despacho del señor Marsden, donde me uní al señor Fuller. El hombre tenía el semblante acongojado y me saludó en un tono acorde con su cara. Teníamos un guardia para los dos.

—Hola, Jeremy. No pude hacer nada. Entraron apuntando con sus bayonetas antes de que pudiera coger una pistola y desafiarles.

—No es culpa suya —dije—. También a mí me cogieron por sorpresa. —No era del todo cierto, pero el hombre merecía un comentario amable.

—Estoy avergonzado.

—No tiene por qué. ¿Cuántos son?

—Cinco, o seis contando al cabo. También hay un teniente. Esperaban encontrar a sir John celebrando su sesión del tribunal. Les dije que había ido a un juicio militar. El teniente se puso furioso. No paraba de gritar: «¿Dónde está sir John?, ¿dónde está el capitán Hartsell?». Jeremy, ¿quién es el capitán Hartsell?

Reconocí la voz del teniente antes de verle la cara. Llegó rugiendo con ese tono de sargento que podía oírse a una distancia considerable. El teniente Byner parecía enfadado.

—Creo que conozco a ese muchacho —bramó—. Traédmelo.

Se colocó frente a mí con las manos apoyadas en las caderas. Dio una patada en el suelo para atraer mi atención, la cual, obviamente, ya tenía.

—Sí, eres tú, ¿verdad?

Juzgué la pregunta de incontestable, pero traté de responderla lo mejor posible:

—Sí, señor, soy yo.

—Tengo algunas preguntas que hacerte.

—Trataré de responderlas.

—En primer lugar, ¿por qué no hay ningún papel en el despacho de sir John? Ni anotaciones ni memorándums sobre actuales investigaciones. Tiene que haber memorándums en alguna parte. En la Armada mantenemos memorándums de todo.

—Sir John no tiene memorándums ni anotaciones de ningún tipo.

—¿Ni siquiera un diario?

—No, señor.

—Los cajones de su escritorio están vacíos. ¿Cómo es posible trabajar así?

—Lo guarda todo en la cabeza, señor. Creo que la razón por la que no ha encontrado ningún papel es obvia.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque sir John no puede leer.

—¿No puede leer? ¿Y es magistrado?

—No puede leer porque es ciego.

—Oh. —El teniente se llevó una mano al mentón—. Qué extraño, uno nunca piensa en él como en un ciego.

—¿Es eso todo, señor? —pregunté, haciendo ademán de partir.

—¡No, no lo es! ¿Dónde está el capitán Hartsell?

—Imagino que estará en su barco. —Una posibilidad del todo improbable, habida cuenta que el capitán había salido de la casa del señor Bilbo escoltado por dos alguaciles armados.

—Le vieron subir a un coche a la fuerza. Creemos que sir John Fielding estaba dentro y que ha raptado al capitán Hartsell para retenerlo como prisionero apoyándose en alguna acusación técnica.

—Oh, bueno, creo que en eso puedo ayudarle, teniente Byner. Sir John se marchó antes de que se anunciara el veredicto.

—Lo sé. Le vi salir contigo. Luego tú regresaste.

—Así es, señor. Sir John me pidió que le informara del veredicto a su regreso.

—Maldita sea, muchacho, ¿a su regreso de dónde?

—Del Tribunal Supremo. Dijo que el presidente del Tribunal Supremo iba a enviarle su coche y que lo esperaría en la entrada.

—¿Insinúas que el coche al que subió el capitán por la fuerza era del presidente del Tribunal Supremo?

—Posiblemente, señor.

El teniente Bailey se acarició de nuevo el mentón.

—Mmmm… ¿el presidente del Tribunal Supremo, dices? No me gusta nada esto. Será mejor que regrese y…

—El presidente del Tribunal Supremo vive en el número siete de la plaza Bloomsbury —dije—. Es probable que sir John aún esté allí. ¿O prefiere esperarlo aquí?

—No… no. —El teniente Byner miró alrededor—. Cabo —ordenó—, reúna a sus guardias. Nos vamos.

—¡Sí, señor! —respondió el cabo con un saludo, y a voz en grito formó a sus oficiales en fila de a uno.

—Bien —dijo el teniente dirigiéndose a mí—, te agradezco la información. Ha sido muy, muy interesante. Lamento el desorden. —Y se despidió con un gesto de la mano—. ¡Cabo, en marcha!

Más órdenes y muy pronto los marinos marchaban hacia la salida con los mosquetes al hombro y las bayonetas extraídas. Temí que no pudieran atravesar la puerta con los mosquetes tan empinados, pero sí pudieron. El señor Byner siguió al grupo y cerró la puerta tras de sí.

Miré al señor Fuller. El hombre estaba abatido, no tanto por el miedo como por la vergüenza. Suspiró.

—Me fue imposible detenerlos, de veras.

—Lo comprendo, señor Fuller.

—Y cuando subieron, yo…

—¡Subieron!

No creí que se atreverían, pero…

Prometí a Fuller que regresaría para ayudarle a limpiar el desaguisado y eché a correr escaleras arriba. Al cruzar la puerta de la cocina, Annie estuvo a punto de romperme la cabeza con una sartén de hierro.

—¡Jeremy! —gritó—. ¡Podría haberte hecho daño!

—¡Podrías haberme matado!

—Pensaba que eras uno de ellos. Tuve que luchar contra dos de esos hombres con esto hasta que aceptaron mi palabra de que no había nadie más en la cocina.

—Estoy seguro de que supiste defenderte…

Una confusión de voces en la planta baja me interrumpió. El señor Marsden, por lo general el más tranquilo de los hombres, estaba fuera de sí, expresando su indignación a voz en grito. Oí la voz grave de sir John y las lamentaciones del señor Fuller.

—Vamos, Annie —dije—. Será mejor que veas lo que han hecho ahí abajo y expliques a sir John lo que te ha ocurrido.

Cuando llegamos abajo, sir John había calmado los ánimos de los presentes y estaba escuchando la lastimera historia de Fuller. Entretanto, Marsden recogía las hojas del suelo sacudiendo la cabeza con tristeza. Sir John animó al alguacil con palabras de elogio. Luego, sin disimular su regocijo, escuchó el relato de Annie sobre su batalla en la cocina. También a ella la felicitó. Cuando me llegó el turno, el magistrado me trató con más severidad que a los demás, recordándome que lo prudente habría sido retroceder al oír voces extrañas. Sin tratar de buscar excusas, continué mi relato y expliqué que el cabecilla del grupo era el teniente Byner (lo que provocó un gruñido de sir John). Luego le conté que había dicho una mentira al teniente para tratar de deshacerme de él y de sus hombres.

—¿Una mentira? ¿Qué clase de mentira?

—Me temo que le induje a creer que el coche al que subió el capitán Hartsell era del presidente del Tribunal Supremo. El teniente estaba convencido de que usted iba dentro.

—¿Y cómo reaccionó?

—Fue más de lo que esperaba, señor.

—El cabo formó a los marinos y se fueron con mucha prisa —explicó Fuller—. Ese teniente no quería saber nada del presidente del Tribunal Supremo.

—Bien Jeremy, algunas veces, solo algunas, una mentira en favor de una buena causa es preferible a una verdad. La tuya me ha dado una idea. Señor Fuller, quiero que vuelva a desparramar los papeles por el suelo, incluidas las llaves. Señor Marsden, por mucho que le duela, vamos a dejar las cosas tal como las hemos encontrado. Usted y yo haremos una visita al presidente del Tribunal Supremo. Tiene que ver esto.

Cuando, en menos de dos horas, estuvieron de vuelta, traían consigo a William Murray, conde de Mansfield, presidente del Tribunal Supremo de Su Majestad.

Tan augusto personaje raras veces se dignaba visitar el tribunal de Bow Street, y cuando lo hacía solía ser para incordiar a sir John con alguna queja. La compasión era lo último que podía esperarse de él, y sin embargo compasión fue lo que brindó al señor Marsden. A sir John le prometió que el Tribunal de lo Criminal no traspasaría el caso de Hartsell a la Armada bajo ningún concepto.

—Dice que cuenta con varios testigos, uno de los cuales presenció el crimen, y un cómplice que está dispuesto a declarar contra el capitán.

—Así es, señor —dijo sir John.

—En ese caso, por muy capitán que sea, será juzgado como un criminal común. No podemos tener una ley para la Armada y otra para el resto de los ciudadanos.

—No, no podemos.

—Pero ¿por qué causaron semejantes destrozos? ¿Qué buscaban?

—Creo —dijo sir John— que los marinos obedecían órdenes de un oficial llevado por el rencor. Esperaba encontrarme a mí o al capitán Hartsell. Al no ser así, ordenó a sus hombres que provocaran este desorden.

—¡Es intolerable!

—Mi joven ayudante me ha informado de que también buscaban anotaciones, memorándums u otros documentos relativos a recientes investigaciones. En mi opinión, buscaban los nombres de los testigos contrarios al capitán Hartsell.

—¿De veras? Pues no los tendrán, y si es necesario esos testigos contarán con la protección del tribunal.

Y así comenzó uno de los forcejeos más graves que Londres haya visto jamás: el vicealmirante sir Robert Redmond quería al capitán Hartsell, el ministro de Marina también. Al parecer, toda la Armada Real lo quería. Y contra todos ellos, el presidente del Tribunal Supremo. Todo el mundo coincidía en que una de las características más destacadas de William Murray, conde de Mansfield, era su tenacidad. Para unos constituía un defecto y para otros una virtud, según de qué lado del presidente se hallaran. El hombre se mantenía firme cuando se trataba de una cuestión de principios, sin tener en cuenta el coste ni las fuerzas que se alineaban contra él.

El ministro de Marina fue a verlo y lo llamó loco obstinado. El primer ministro le invitó para hablar del caso Hartsell. El presidente del Tribunal Supremo le escribió diciéndole que la visita no tenía sentido, pues no había nada de qué hablar. Corrían rumores de que hasta el rey había mostrado su interés en el asunto y decidido que las partes beligerantes se entendieran entre ellas. El caso llegó a las páginas de los periódicos. La opinión pública estaba de parte del presidente del Tribunal Supremo. Dudo, no obstante, que él lo supiera o le hubiera importado saberlo. Lo único que le

importaba era que había fijado la fecha del juicio en el Tribunal de lo Criminal para el 30 de julio —justo cinco días después del acto de acusación formulado por sir John en la sesión especial del tribunal de Bow Street—; juicio que, como juez supremo, presidiría. Eso era lo único que importaba.

Aunque con tanto alboroto hubiera podido parecer que la causa del teniente William Landon estaba perdida y olvidada, no era así: sir John no la había olvidado ni la daba por perdida. Lo sé porque el día siguiente al juicio del señor Landon, el magistrado me llamó para dictarme una carta destinada al vicealmirante sir Robert Redmond. Como sir John no especificaba el tema a discutir, el destinatario debió de suponer que se trataba del asunto que a él más importaba, esto es, el capitán Hartsell. Tan entusiasmado estaba sir Robert Redmond con lo que él interpretaba como oportunidad de reconciliación, que decidió partir enseguida hacia Bow Street. Ordenó que le prepararan el coche y, llevado por su optimismo, me invitó a acompañarle. (Cabe mencionar que la orden fue transmitida a un joven teniente desconocido por mí; el señor Byner destacaba aquel día por su ausencia). Mientras esperábamos el coche, el almirante me interrogó sin éxito sobre el estado de ánimo de sir John, de modo que me destinó a la parte superior del vehículo, junto a su lacayo homicida. Con todo, me alegré de hacer en coche el largo camino desde Tower Hill, y me alegré, también, de hacerlo en silencio.

El señor Fuller contempló la llegada de sir Robert, quizá esperando que le acompañara un destacamento de marinos aún más numeroso, y también el señor Marsden, que interrumpió su labor de clasificación para mirar al almirante con resentimiento. Sir Robert los ignoró y me preguntó cuál era la puerta de sir John. La señalé y me ofrecí a anunciarle, pero el hombre me apartó con un gesto de la mano e irrumpió en el despacho, dejando la puerta abierta.

No puedo decir que fuera mi intención escuchar a escondidas, pese a lo mucho que me carcomía la curiosidad. Mas como tenía por costumbre sentarme en el banco de al lado de la puerta del despacho de sir John a fin de estar disponible por si me necesitaba, no vi razón para romper ese hábito. Así pues, habiendo ocupado el lugar de siempre, junto a la puerta abierta, oí casualmente cada palabra que se dijeron.

—Jack —dijo sir Robert con efusión—, me alegró tanto tu invitación que he venido sin más tardar. Me disponía a escribirte una carta para solicitarte una entrevista y ofrecerte mis disculpas.

—No hay duda de que me las debes —dijo sir John.

—Ayer se produjo un terrible error. El teniente Byner se excedió en sus órdenes. Tengo entendido que dejó este lugar en un estado lamentable. Espero que aceptes mis más sinceras disculpas. Fue un insulto para ti y lo lamento profundamente.

—Acepto tus disculpas.

—El teniente Byner ha sido relevado de sus funciones. Será castigado de algún modo, probablemente sirviendo en alta mar. ¿Puedes creer que ese hombre no ha servido en alta mar desde que fue guardiamarina?

—Puedo —respondió sir John—. Pero Bobbie, el caso es que el teniente Byner fue enviado al Tribunal de Bow Street con un pelotón de guardias, y solo se me ocurre que su propósito era liberar a un prisionero, es decir, al capitán Hartsell, por la fuerza. ¿Tengo razón?

—Eh… sí, Jack, así es.

—Ese, créeme, es un insulto para mi tribunal y para toda la jurisprudencia sobre la que se fundamenta esta nación mucho más grave de lo que imaginas.

—Pero tienes que comprender nuestra posición. El capitán Hartsell es un oficial de la Armada y, por tanto, debe ser juzgado por un tribunal militar naval. Nos encargaremos de él, créeme. Verás cuan severa y eficaz puede ser la justicia naval.

—He visto cómo funciona la justicia naval, Bobbie, y te aseguro que no me llevé una impresión favorable.

—Oh, Jack, olvidemos ese desafortunado asunto. Créeme, hice cuanto pude por salvar a ese muchacho. —Lo dijo con voz quejumbrosa—. De veras.

—Te creo —dijo sir John—. Creo que dentro de los límites que tú mismo te impusiste hiciste cuanto estuvo en tu mano. Interrogaste minuciosamente a Hartsell e insististe en lo tardío de su acusación. Intentaste demostrar la absurdidad de la historia del guardiamarina Boone. Tampoco dudo de que, durante la deliberación con los demás jueces, te inclinaste por la absolución, pero cediste cuando llegó la hora de votar.

—¡Hice lo que pude!

—Pero no fue suficiente para salvarlo.

—No —reconoció desolado sir Robert—, no lo fue.

Hubo una pausa. Oí un cajón abrirse y cerrarse.

—Creo, no obstante, que esto lo será.

—¿Qué es?

—Un documento atestiguado por mí y por mi secretario y firmado por el guardiamarina Boone, donde este confiesa que declaró en falso en el juicio del teniente William Landon y que lo hizo instigado por el capitán, a la sazón teniente, James Hartsell.

Silencio. Sir Robert se aclaró la garganta. Otro silencio.

—Debo estudiarlo.

—Desde luego, puedes quedártelo. Tengo un duplicado igualmente válido, redactado con las mismas palabras, atestiguado y firmado del mismo modo. Quiero que lo utilices para declarar inválido el juicio y retirar todos los cargos contra el teniente Landon.

—Jack, no creo que pueda hacerlo. No estoy seguro de tener el poder para hacerlo.

—¿Y por qué no? Actuaste de juez supremo en el juicio. Escuchaste el testimonio del guardiamarina Boone, que quedó reproducido en el acta del juicio. Pensaba que te alegrarías.

—Y me alegro, pero… —Hubo otra pausa. Luego, sir Robert adoptó un tono prudente—: Jack, creo que comprendo tu juego.

—¿Mi juego? ¿A qué te refieres? No tengo ningún juego.

—Puede, pero creo que lo que acabas de sugerirme muy sutilmente es una suerte de intercambio: Landon por Hartsell. Pues bien, déjame decirte que semejante arreglo podría ser una posibilidad. Tendré que hablar con mis superiores, pero lo que sugieres no es imposible.

Otro silencio. Esta vez, no obstante, fue sir John quien tardó en responder.

—Me has malinterpretado. Te aseguro que si tú no tienes poder para declarar inválido el juicio contra el señor Landon, yo no tengo poder para alterar la situación del capitán Hartsell. La fecha de su juicio ante el Tribunal de lo Criminal ya ha sido fijada. Nada puede ni debe cambiar eso.

—Estoy seguro de que si hablaras con el presidente del Tribunal Supremo…

—No conseguiría nada. Tu capitán será juzgado en el Tribunal de lo Criminal y no hay más que hablar. Dios santo, Bobbie, pensaba que este documento te alegraría. Puedes salvar al señor Landon con él. Después de todo es tu sobrino, ¿o acaso lo has olvidado? Sabes tan bien como yo que es inocente del crimen por el que ha sido condenado. Y es evidente que le condenasteis basándoos en el testimonio de un perjuro y un asesino.

—Jack, me parece que te precipitas. El capitán Hartsell todavía no ha sido condenado. Todo hombre es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

—No me vengas con sofismas. Sabes tan bien como yo que Hartsell será declarado culpable y enviado a la horca.

Entonces, sin una palabra de despedida, sir Robert salió por la puerta por la que había entrado minutos antes. Su andar era menos vigoroso y seguro ahora, y advertí que en su mano portaba la confesión de perjurio firmada por el guardiamarina Boone.

Al día siguiente, Tom Durham recibió una carta que iba a cambiar su vida. Cuando la depositaron en sus manos, me contó después, la contempló estupefacto, pues llevaba el sello real. Era, efectivamente, un comunicado del rey y portaba la firma real al pie. Era una «carta del rey» nombrándole guardiamarina de la Armada Real.

Sin saberlo yo, pues la solicitud había sido dictada al señor Marsden, sir John había seguido el consejo que sir Robert le diera en su primera visita. Había solicitado formalmente al rey el nombramiento de Tom al tiempo que escribía una carta más personal a la reina Carlota rogando su pronta intercesión. Sir John simplemente le contaba lo que era cierto: que Tom Durham, aunque instruido, era un muchacho del tribunal y se había distinguido en su servicio a bordo del *HMS Adventure*, pasando de grumete a marinero ordinario durante la travesía de la fragata por aguas indias, y que era célebre por su coraje en la batalla y su resolución en la ejecución de las órdenes que recibía. El éxito de Tom Durham confirmaba la valía del proyecto que la reina

tan generosamente había apoyado. Distinguir al muchacho con el nombramiento real de guardiamarina aumentaría la dignidad de dicho proyecto. Y lo que era más importante —había añadido proféticamente sir John—, el joven señor Durham sería un magnífico oficial.

Aunque sir John no había olvidado el asunto, se había abstenido de comunicar a lady Fielding y Tom la posibilidad de obtener el nombramiento por vía real, pues, como luego tuvo ocasión de explicarme, siempre representa un riesgo depender del favor real en cualquier asunto. Prefirió no crear esperanzas que luego podían desvanecerse.

La noticia, naturalmente, fue motivo de gran celebración. Fui enviado al puesto del señor Tolliver para comprar el mejor asado de buey. Annie lo cocinó a la altura de las circunstancias y lo sirvió en el comedor, acompañado de un *pudding* hecho con la grasa de la carne. Se sentó a la mesa con nosotros, como siempre hacía en la cocina, ataviada con su mejor vestido para la ocasión.

Solo dos detalles deslucían la festiva velada, siendo el primero la pronta partida de Tom. La carta del rey llevaba adjunta una nota que estipulaba que Tom debía partir al día siguiente y presentarse en Portsmouth para servir en el *HMS Leviathan*, un buque de línea de setenta cañones que había de partir al cabo de una semana hacia el Mediterráneo. Tendría el tiempo justo para obtener su uniforme de guardiamarina y aprender sus nuevas funciones.

El estado de ánimo de sir John también ensombreció la velada. Tras la visita del almirante, comprendió con pesimismo que las posibilidades del teniente Landon de escapar de la horca eran mínimas. Sin embargo, creí que la magnífica noticia del nombramiento de Tom, que él había hecho realidad, le levantaría temporalmente el ánimo, mas no había calculado bien la profunda tristeza que le causaba el asunto del teniente Landon.

Alzó su copa y bebió con todos nosotros cuando, después de la cena, lady Fielding propuso un brindis por una vida larga y una carrera brillante para su hijo. Luego calló, omitiendo un brindis por su parte, y se sumió en ese silencio contemplativo en que solía hundirse en sus momentos más tristes. Yo, por supuesto, no fui el único en notarlo.

—Jack —dijo lady Fielding—, ¿no te alegra la buena fortuna de Tom? De los aquí reunidos tú deberías ser el más satisfecho, habida cuenta que ha sido obra tuya. —Alzó de nuevo la copa—. Brindo por mi marido, un hombre capaz de lograr milagros, capaz de convertir lo imposible en posible y cubrir de esperanza a los desesperados.

Aunque bien intencionado, no era susceptible de levantar el ánimo de alguien que temía, y con razón, que estaba a punto de producirse una grave injusticia, alguien que creía que había agotado la última posibilidad de detener la marcha de un hombre inocente hacia la horca. Sir John, no obstante, se incorporó y alzó la copa.

—Reconozco que esta noche mi mente está dividida —declaró—, pues aun

cuando sé que Tom espera ansioso servir en su nuevo puesto y que la experiencia de los últimos dos años y su inteligencia innata harán de él un excelente oficial, me entristece el hecho de que en estos últimos días yo haya perdido toda la fe en el servicio al que él piensa consagrar su vida. Aunque sé que no lo hará, no culparía ni criticaría a Tom si, sabiendo lo que sabe sobre alguien que espera condena en la Torre, rehusara aceptar el honor que le ha sido concedido por el rey y decidiera abandonar la Armada. Pero, como ya he dicho, no lo hará, pues sé que ama el mar tanto como yo lo amaba a su edad, y ruego a Dios que le dé la oportunidad de seguir amándolo el resto de su vida. Y así, Tom, brindo por ti y te doy dos consejos. El primero, que como guardiamarina y oficial defiendas siempre lo que sabes que es correcto y justo y no te dejes influir por aquellas voces que claman lo que es conveniente y fácil. El segundo, que nunca menciones mi nombre ni mi relación contigo a tus compañeros, a tus oficiales y a todo el que vista un uniforme naval. Tom, que Dios te bendiga y proteja.

Todos, salvo Tom, nos levantamos y vaciamos nuestras copas. Luego nos sentamos, excepto sir John, que arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Si me disculpáis —dijo—, desearía retirarme. Espero que se me conceda el descanso que necesito. Estas últimas noches han sido muy duras.

Arrastré la silla y me dispuse a ayudarle.

—No, Jeremy, no te levantes. No he bebido tanto vino como para no encontrar mi cama. Tom, me despediré de ti como es debido mañana por la mañana. Buenas noches a todos.

No permanecimos mucho más tiempo en la mesa. Annie y yo retiramos los platos y los lavamos. Tom y su madre cogieron sendas velas y entraron en el salón, donde hablaron durante toda la noche. Lo sé porque aunque leí largo rato, Tom no apareció en la habitación que compartíamos.

Se había decidido que lady Fielding, y solo ella, acompañara a Tom hasta la diligencia que salía para Portsmouth, de modo que nos reunimos en la cocina para despedirle. Tom besó audazmente a Anne en la mejilla, hecho que emocionó a la muchacha y desconcertó a su madre. De sir John recibió un abrazo viril, un cálido apretón de manos y unas palabras solemnes susurradas al oído que debieron afectarle profundamente, pues cuando me llegó el turno tenía los ojos vidriosos. Me tomó la mano derecha y la estrechó con fuerza.

—Jeremy —dijo—, hermano mío, sigue por el camino que has elegido, pues sé que es el mejor para ti. Echaré de menos nuestras charlas nocturnas.

Me emocionó tanto que me llamara hermano, que fui incapaz de pronunciar las pocas palabras que tenía preparadas. Ignorando mis propias lágrimas, me aclaré la flema de la garganta y alargué mi mano izquierda para ofrecerle el libro que sostenía.

—¿Cuál es?

—El *Viaje alrededor del mundo* de Anson —respondí—. No has tenido la oportunidad de terminarlo y pensé que deberías tenerla. Acéptalo, Tom, pues es mi

regalo.

—No sé qué decir. Lo tendré siempre conmigo y lo leeré, y volveré a leerlo, y cada vez que lo haga pensaré en ti.

Aupando el baúl que lady Fielding se había apresurado a comprarle el día anterior y asintiendo con la cabeza, Tom salió de la cocina y su madre le siguió.

De la partida de Tom queda un detalle que añadir. Una hora más tarde, después de realizar la compra en el Garden, regresé a la cocina. Annie había salido a dar un paseo, deseosa, imagino, de estar sola con su pena. Estaba guardando las verduras en el cajón cuando oí unos pasos en la escalera y supuse que Annie había vuelto. Fue, no obstante, lady Fielding quien apareció por la puerta. Después de saludarla, volví a mis quehaceres.

—Jeremy —dijo—, tengo algo que decirte. —Había un ligero temblor en su voz.

—Sí, señora —dije, acercándome a ella.

—Durante todo este tiempo te he negado algo que necesitas, porque yo, insegura del lugar que ocupo en esta casa, estaba también insegura del tuyo. No sabía cómo debía tratarte. Te he negado mi amor, pero cuando Tom te llamó hermano, comprendí que eso solo podía significar que yo… —Lady Fielding rompió a llorar— que yo soy tu madre. A partir de hoy no habré de negarte nada. Tendrás de mí todo el amor que mereces y necesitas. A partir de hoy seré una madre para ti.

Dicho esto, querido lector, lady Fielding abrió los brazos y me hundí en ellos. Y como habrá imaginado, ambos derramamos copiosas lágrimas —como ahora hago recordando el momento.

Ni *sir* John Fielding ni yo asistimos al juicio del capitán James Hartsell, de modo que cuanto ahora escribo, resumido, lo he extraído de los periódicos y de alguien a quien conocí más tarde que estuvo presente.

La Armada Real facilitó al capitán Hartsell el asesoramiento adecuado en la persona de *sir* Richard Calper, un abogado distinguido y competente. Tenía algunas cartas que jugar y una de ellas la jugó desde el principio. *Sir* Richard impugnó la composición del jurado, alegando que en este caso «un jurado integrado por iguales» solamente podía significar que el capitán Hartsell debía ser juzgado por otros doce que ostentaran el rango naval de capitán. Propuso que el juicio se aplazara hasta la conformación de dicho jurado. El presidente del Tribunal Supremo rechazó la propuesta declarando que era impracticable, pues un jurado como el que proponía era difícil de reunir, «por no decir imposible, lo cual, *sir* Richard, imagino que es justamente lo que pretende». Añadió, además, que no le gustaba el razonamiento subyacente.

—¿Acaso juzgamos en función de la ocupación? Pues el rango de capitán de la Armada Real es una ocupación como cualquier otra. Me atrevo a decir que a usted no le gustaría ser juzgado por un jurado de iguales si ello significara que otros doce

abogados habrían de pronunciarse sobre usted. —Las carcajadas resonaron en la sala —. Queda desestimada la propuesta. El crimen del que se acusa al capitán Hartsell fue cometido en Londres, de modo que puede ser juzgado por doce ciudadanos ordinarios. Que así sea.

El juicio transcurrió, al parecer, siguiendo las mismas pautas que el celebrado por *sir* John, con la diferencia de que esta vez comparecieron dos nuevos testigos. El primero era el señor Singh, el marinero indio del *Adventure* con quien hablé en nuestra segunda visita al barco. El abogado objetó que al comparecer en el juicio el marinero violaba la orden de permanecer a bordo del *Adventure*. El señor Singh era, por tanto un desertor y no podía testificar en un tribunal. El presidente del Tribunal Supremo informó a *sir* Richard que el señor Singh había venido por invitación del tribunal, y que los deseos del tribunal invalidaban el reglamento naval. Libre por fin para declarar, Singh explicó que era uno de los marineros indios que trasladaron en un bote de remos al capitán Hartsell y al guardiamarina Boone al muelle de la Torre la noche del crimen; que esperaron más de dos horas su regreso, que tuvo lugar pasada la medianoche; y que durante el camino de vuelta el señor Hartsell y el señor Boone hablaron abiertamente del asesinato de Tobías Trindle, de cómo su cuerpo brincó al sufrir el impacto de la bala y cuán astutamente habían despistado al alguacil.

El abogado, mediante un severo interrogatorio, trató de demostrar que un auténtico criminal no hablaba abiertamente de sus crímenes delante de otras personas.

—¿Por qué iban a hacer una cosa tan estúpida, señor Singh?

—Porque piensan que solo somos muchachos indios que no entendemos inglés. Pero yo entendí todo lo que dijeron, desde luego que sí.

Seguidamente compareció Seth Tarkin, el tabernero del Green Man, para contar su papel de Judas en la empresa asesina de Hartsell. También dijo que el señor Boone estaba al lado del capitán cuando este le preguntó dónde vivía Negra Emma.

Luego llamaron a Negra Emma, el personaje más importante del caso, pues era la única testigo presencial del crimen. Fue entonces cuando *sir* Richard Calper jugó su última carta.

—Señoría —dijo—, me opongo a que esta mujer comparezca como testigo, pues ella misma es una delincuente que actualmente vive del delito. Es una prostituta conocida. Así la llamó el último testigo. La prostitución es un delito. Por tanto es una delincuente.

El presidente del Tribunal Supremo se vio obligado a tener en cuenta el argumento de *sir* Richard, si bien acabó por mantener el siguiente coloquio con la testigo.

—Señorita, ¿se dedica actualmente a la prostitución? Recuerde que se halla bajo juramento.

—No, señor. Vivo en el Hogar de Magdalena para Prostitutas Arrepentidas, donde estoy aprendiendo el oficio de costurera.

—¿Significa eso que era prostituta pero que ya no lo es?

—Así es, señor. Para serle franca, la mitad de las mujeres de Londres han vendido su cuerpo alguna vez, incluso las casadas.

—Aunque espero e intuyo que sus cálculos son exagerados, acepto su argumento y el hecho de que actualmente no se dedica a la prostitución. La testigo puede declarar.

Y una vez lo hizo, el capitán James Hartsell fue hombre muerto. Luego habló el guardiamarina Albert Boone y ya no hubo vuelta atrás. Explicó su visita a Viejo Isaac, la información que obtuvo de él y cómo el asesinato fue planeado y perpetrado. Habló de la huida de él y el capitán Hartsell y de su conversación sobre el asesinato cuando regresaban al *Adventure*.

—Así pues, ¿confiesa que fue cómplice del crimen cometido por el capitán Hartsell?

—Lo confieso, señor, pero solo me limité a cumplir órdenes.

—¿Le han hecho promesas por su testimonio?

—No, señor. Pero *sir* John, el hombre ciego, dijo que me recomendaría.

—Y así lo ha hecho. El tribunal tendrá en cuenta las recomendaciones de *sir* John Fielding cuando sea juzgado. Puede retirarse.

Observé que ni la acusación ni la defensa sacaron a relucir el tema del móvil. La acusación no tenía necesidad de hacerlo, habida cuenta que los testimonios contra el capitán eran de peso. La defensa no osó ponerlo en tela de juicio, pues la Armada no deseaba que el móvil del capitán Hartsell se hiciera público.

El jurado abandonó la sala y regresó a los pocos minutos. El veredicto fue de culpabilidad.

El presidente del Tribunal Supremo condenó al capitán James Hartsell a la horca, condena que debía cumplirse en dos días.

Esa tarde *sir* John dictó una carta al señor Marsden y me la confió para entregarla. Corrí casi toda la distancia que me separaba de Tower Hill y a la entrada me dijeron que el almirante estaba en su despacho pero había dado instrucciones de que no se le molestara bajo ningún concepto. No tuve más remedio que entregar la carta al suboficial responsable.

¿Qué decía la carta? No estoy seguro. Solo puedo suponer que *sir* John declaraba en ella que había quedado demostrado que el tribunal militar había condenado al teniente Landon basándose en el testimonio de un perjuro y un asesino, pues el capitán Hartsell había sido declarado culpable. También imagino que hacía un último ruego por salvar la vida del teniente Landon. No obstante, como ya he dicho, no estoy seguro del contenido, pues la carta fue dictada al señor Marsden.

El guardiamarina Boone fue juzgado al día siguiente. Todos los testigos que comparecieron en el juicio del capitán Hartsell declararon de nuevo en el juicio de Boone, al igual que Isaac Tenker. Boone pudo haberse declarado culpable y ahorrar molestias a los testigos, pero insistió en declararse no culpable, alegando que simplemente obedecía órdenes de su capitán, quien le había obligado a participar en

un acto que él sabía injusto e ilícito. El jurado, no obstante, lo declaró culpable. Y el juez que vio el caso, que no era el conde de Mansfield, tuvo en cuenta el testimonio de Boone contra el capitán y aceptó la recomendación de *sir* John Fielding. Condenó al acusado a su deportación a la colonia de Virginia y a cumplir allí diez años de trabajos forzados.

Por obra del destino, el teniente William Landon y el capitán James Hartsell fueron colgados el mismo día, el 1 de agosto de 1769. Según todos los informes, el capitán Hartsell ofreció el mejor espectáculo. Durante su traslado en Tyburn Hill, estuvo gruñendo, maldiciendo y escupiendo a la multitud que le abucheaba. Tras ser empujado hasta el patíbulo, propinó tal patada a su verdugo que fue necesario atarle también los pies. Mas fue ahorcado, y se agitó y resolló hasta que la lengua le colgó de los labios. El teniente Landon, por su parte, llegó al muelle de las Ejecuciones con suma dignidad. Bendijo al verdugo y perdonó a quienes habían sido injustos con él. Cuentan que murió como un auténtico caballero cristiano.



BRUCE ALEXANDER COOK, (7/4/1932, Chicago, EE. UU. - 8/11/2003, Hollywood, California, EE. UU.), fue un periodista y escritor estadounidense. Obtuvo una licenciatura en Literatura de la Loyola University (Chicago).

Sirvió como traductor en el Ejército de los EE. UU. en Frankfurt (Alemania), a finales de 1950 y también trabajó como relaciones públicas. Se incorporó a la redacción del *National Observer* en Washington, DC, en 1967. Trabajó como crítico literario y cinematográfico en varios periódicos, tales como el *Detroit Times* y *Los Ángeles Daily News*. También trabajó en el mundo editorial, siendo editor del semanal *Newsweek*. Mientras tanto, escribía como *free-lance*, vendiendo a publicaciones como el *National Catholic Reporter*.

Entusiasta lector de John Le Carré y Ross Macdonald, publicó varias novelas policiales, pero alcanzó el éxito con las investigaciones del juez ciego John Fielding, ambientadas en Londres durante el siglo XVIII.

Murió en noviembre de 2003, después de publicar el décimo título de esta serie, cuyo primer volumen se publicó en España en 1998 como *El juez ciego* y más tarde como *Justicia ciega* (Blind justice, 1994).

Aunque más conocido por sus novelas policíacas, escribió también libros de no ficción que firmó como **Bruce Cook**: La generación Beat (*The Beat generation*, 1971); *Listen to the Blues* (1973); *Brecht in exile* (1983); y *The town that country built: Welcome to Branson, Missouri*, (1993). Sus últimos libros fueron publicados póstumamente, *Young Will: The Confessions of William Shakespeare* y *Rules of*

engagement, por lo que su viuda y el escritor John Shannon pusieron los toques finales.